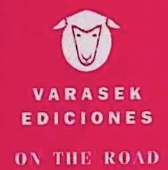


VARASEK
EDICIONES

ON THE ROAD

LA PRÁCTICA DE LO SALVAJE

Gary Snyder

VARASEK
EDICIONES

POESÍA
VIAJES &
ROCK'N'ROLL

LA PRÁCTICA DE LO SALVAJE
(ENSAYOS)

Gary Snyder

Traducción de Nacho Fernández R. y José Luis Regojo Borrás

WWW.VARASEKEDICIONES.ES



VARASEK
EDICIONES
ON THE ROAD

La práctica de lo salvaje

Originally published in the English
language by Counterpoint under the title
The Practice of The Wild, by Gary Snyder

Dirección creativa:
Beatriz Ruibal

Diseño de la colección:
Jaime Narváez

C/ Toledo, 73
28005 Madrid
www.varasekediciones.es

1.ª edición, Madrid, 2016
2.ª edición, Madrid, 2016

ISBN (libro): 978-84-943353-4-1
ISBN (e-book): 978-84-943353-5-8
DL: M-35740.2015

NARRATIVA

Este libro es para Carole
en el sendero

PRÓLOGO

Todos nosotros, especialmente cuando somos jóvenes, nos enfrentamos a preguntas: ¿Quién soy yo? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué está pasando? Crecí en una pequeña granja en el Noroeste del Pacífico norteamericano, en la Isla de la Tortuga. Las aguas colmadas de salmones del estrecho de Puget estaban cerca, y "lo que estaba pasando" era la implacable deforestación de uno de los más imponentes bosques de todos los tiempos.

La vasta extensión de enormes árboles en el litoral del Pacífico Noroeste era un fenómeno botánico y ecológico de formidables proporciones. Originó, junto con los bosques de secuoya roja algo más al sur, las coníferas más grandes del mundo. A esta expresión maravillosa de los procesos naturales llegaron los euroamericanos, que, de inmediato, devastaron el crecimiento de siglos para transformarlo en las casas de las ciudades cada vez más grandes de la Costa Oeste. Para mí, la pregunta "¿quién soy yo?" estaba ligada a mi pertenencia juvenil a una sociedad en expansión sin conciencia alguna del pasado o del futuro medioambiental. Nuestra granja se encontraba lo bastante cerca de ese mundo original de la naturaleza salvaje como para absorber algunas enseñanzas de primera mano de las lagunas, los bosques y la alta montaña. El valor de esas experiencias se consolidó con mi posterior formación intelectual, y me dediqué al estudio juvenil de la historia humana y natural, con un ojo puesto en reconocer las huellas de la injusticia y la explotación.

A los diecisiete años me hice socio de la Wilderness Society, una organización que todavía lleva a cabo una buena labor, y más tarde me afilié a un club de montañismo llamado Mazamas, con sede en Oregón. Me convertí no solo en montañero y trabajador forestal temporal –incluyendo faenas de leñador–, sino también en un defensor de la naturaleza salvaje. A lo largo de los años he desempeñado mi trabajo en montañas y bosques de todo el Oeste americano, y después en Japón, y un poco en Taiwán y Nepal. Comencé a impartir talleres para pequeños grupos, y clases por toda

Norteamérica, enseñando la disciplina, el conocimiento y las destrezas que creía necesarias para apreciar la feroz ordenación de lo salvaje.

Trabajar con personas de lugares remotos de Alaska, o del centro de Manhattan o de Tokio en cuestiones relacionadas con la ecología y las estrategias medioambientales, las especies amenazadas, las culturas primarias y las religiones de Asia oriental es lo que ha dado pie a estos ensayos.

También plantean un enfoque espiritual. Mi propio camino es una suerte de budismo arcaico, que no ha perdido su vínculo con las raíces animistas y chamánicas. El respeto por todos los seres vivos es una parte primordial de esta tradición. He intentado enseñar a otros a meditar y adentrarse en las zonas salvajes de la mente. Como sugiere uno de estos ensayos, incluso el lenguaje puede ser visto como un sistema salvaje.

Un término clave es la *práctica*, entendida como un esfuerzo sostenido, deliberado y consciente por acompasarnos con mayor sutileza con nosotros mismos y la verdadera condición del mundo existente. El mundo, exceptuando una mínima intervención humana, es en última instancia un lugar salvaje. Es esa la parte de nuestro ser que dirige la respiración y la digestión, y cuando se observa y aprecia es una fuente de lúcida inteligencia. Las enseñanzas del budismo son realmente sobre la práctica y muy poco teóricas, aunque la teoría es tan atrayente que a lo largo de su historia ha provocado una ligera y sugerente desorientación en muchos.

La práctica de lo salvaje propone que nos ocupemos de algo más que de la ética medioambiental, la acción política o un activismo útil e ineludible. Debemos enraizarnos en la oscuridad de nuestro ser más profundo. Una recopilación de ensayos posterior, *A place in Space*, sugiere que la mayor parte de ese arraigo tiene lugar en comunidades, que existen, lo sepamos o no, en "naciones naturales" conformadas por cadenas de montañas, cursos de ríos, planicies y humedales.

Nada de lo que aquí se dice pretende poner en duda la elegancia, el refinamiento, la belleza o la llamativa complejidad de eso que llamamos *civilización*, particularmente aquella que prima la cualidad sobre la cantidad y que no es solo una excusa para la piratería global internacional. Me atrae la idea de que la cultura misma tenga un sesgo salvaje. Como manifestó hace años Claude Lévi-Strauss, las artes son el territorio salvaje que sobrevive

en la imaginación, como parques nacionales en el interior de las mentes civilizadas. El abandono y el deleite al hacer el amor, tantas veces cantado, es parte de nuestro gozoso carácter salvaje. ¡Sexo y arte por igual! Lo que quizás no vimos con tanta claridad era que la realización personal, e incluso la iluminación, es otro aspecto de nuestra condición salvaje, un vínculo de esa cualidad que hay en nosotros con los procesos (salvajes) del universo.

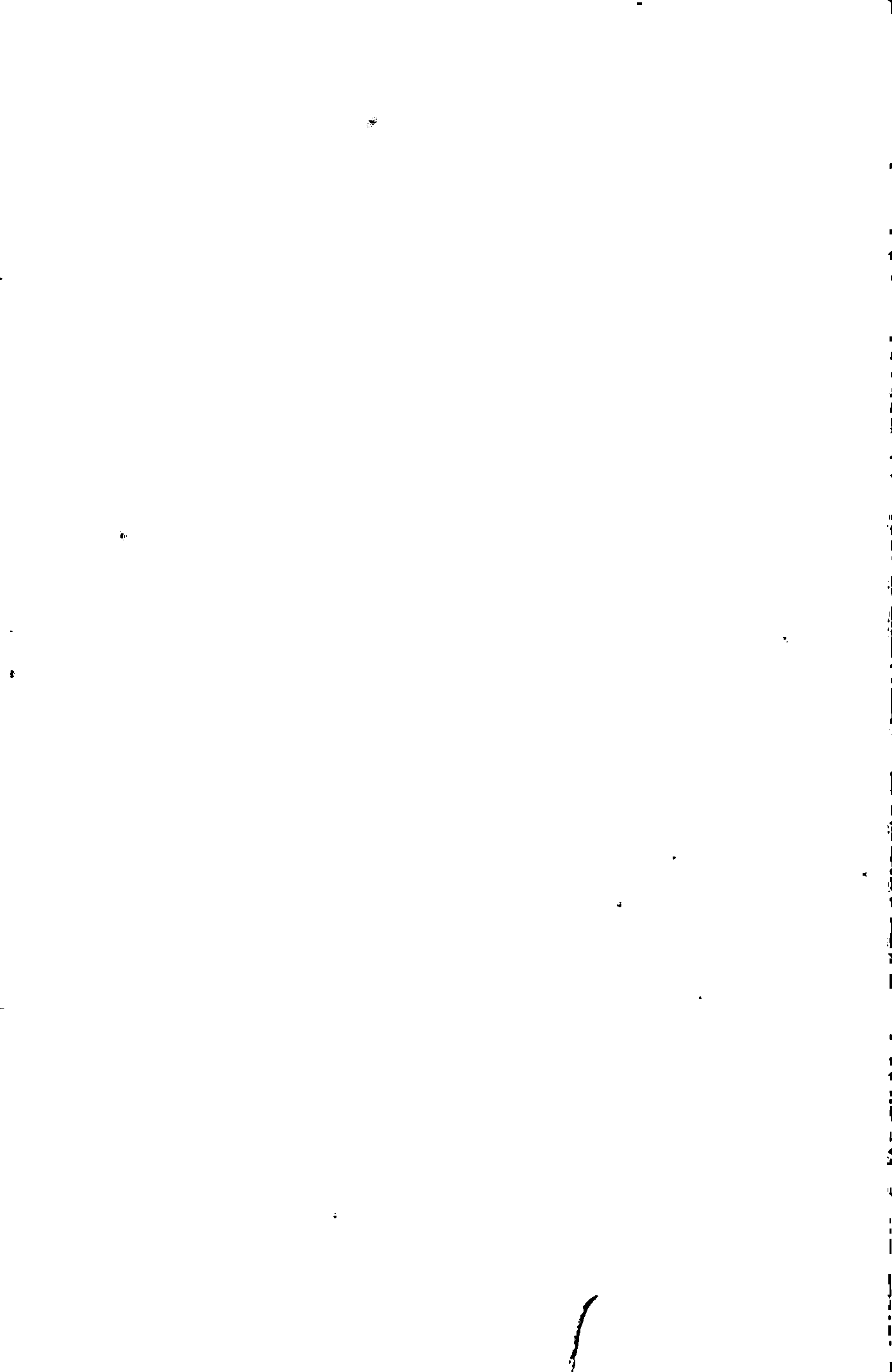
Mi motivación debe mucho a ser un euroamericano viviendo en el Nuevo Mundo, en un lugar semisalvaje. Considerando el planeta en su conjunto, se observa que los problemas no son muy diferentes en cualquier lugar de la Tierra. El mundo entero tenía buenos bosques y mucha fauna salvaje hasta hace unos cuantos siglos. Las comunidades humanas disfrutaban de un gran espacio, excelente agua y buena tierra. Y sumando o restando unos pocos miles de años, todos hemos estado viviendo en pequeñas comunidades de subsistencia durante la mayor parte de la historia humana. Ese tipo de vida tenía sus inconvenientes, pero hay lecciones y destrezas relativas a esa larga historia que todavía no hemos asumido ni incorporado a nuestras actuales ocupaciones.

Lo salvaje, tantas veces despachado como caótico y brutal por los pensadores civilizados, responde en realidad a un orden imparcial, implacable y hermoso, a la vez que libre. Su expresión, la plenitud de la vida animal y vegetal en el planeta, que incluye las tormentas, los vendavales, las serenas mañanas de primavera y a nosotros mismos, es el mundo real, al que todos pertenecemos. Estoy profundamente agradecido por haber podido recorrer este sendero, estudiando con maestros en Oriente y Occidente, y haber disfrutado de la oportunidad de escribir y expresar mis ideas para todo aquel que ha querido escuchar.

GARY SNYDER
25.10.98
12.05.10

*Todas las notas que aparecen en el libro son de los traductores.

EL PROTOCOLO DE LA LIBERTAD



El pacto

Una tarde de junio a principios de los años setenta, caminaba entre rumorosos pastos dorados hacia una cabaña, cuidada pero sin pintar, en el confín de un rancho en la cuenca del río Yuba del Sur, al norte de California. La cabaña no tenía puerta ni cristales en las ventanas. Estaba a la sombra de un gran roble negro y parecía deshabitada. Mi amigo, un estudioso de los idiomas y la literatura nativos de California, entró sin llamar. A un lado, ante una mesa de madera vacía y con un tazón de café, se sentaba un recio indio viejo y canoso. Nos recibió y saludó a mi amigo, ofreciéndonos solemnemente café soluble y leche condensada. Nos dijo que estaba bien, pero que nunca más volvería al hospital de veteranos. De ahora en adelante, en caso de enfermar, se quedaría donde estaba. Le gustaba su casa. Charlamos un buen rato sobre la gente y los lugares a lo largo de la ladera occidental del norte de la Sierra Nevada, el territorio de los concow y los nisenan. Finalmente, mi amigo le anunció la buena noticia: "Louie, encontré a alguien que habla nisenan". Es posible que no hubiera más de tres personas vivas que lo hablaran entonces, y Louie era uno de ellos. "¿Quién?", preguntó Louie. Mi amigo le dijo el nombre de una mujer: "Vive detrás de Oroville. Si quiere, la traigo y los dos podrán conversar". "La conozco desde hace mucho tiempo", dijo Louie. "No querrá venir aquí. No creo que deba verla. Además, su familia y la mía nunca se llevaron bien".

Aquello me dejó sin aliento. Estaba frente a un hombre que no permitía que la mera amenaza de extinción cultural se cruzara en el camino de sus valores, o los de ella. Entre blancos corteses y bienintencionados su respuesta es casi incomprensible; pero en el mundo de su gente, nunca superpoblado, lleno de bellotas,

ciervos, salmones y plumas de pájaro carpintero, aferrarse a semejante pureza, ser escrupulosos en temas de familia y clan, eran lujos asumibles. Louie y su paisana nisenan tenían asuntos más importantes entre ellos que entablar conversación. Creo que él lo veía como un modo de preservar su dignidad, su orgullo y su propio destino –sin importar las estrecheces que padecían– hasta el final.

Coyote y ardilla de tierra no quiebran el pacto que los une, en el que uno debe jugar a ser depredador y el otro presa. En la naturaleza salvaje un lebrato de cola negra quizá no tenga más de una oportunidad de cruzar una pradera a la carrera sin levantar la vista. No existirá la segunda. Cuanto más afilado el cuchillo, más limpia la línea del corte. Podemos valorar la elegancia de las fuerzas que conforman la vida y el mundo, dando forma a cada uno de los perfiles de nuestro cuerpo: dientes y uñas, pezones y cejas. También entendemos que hay que intentar vivir sin causar daño innecesario, no solamente a nuestros semejantes, sino a todos los seres. Debemos intentar no ser codiciosos ni aprovecharnos de los demás. Ya habrá suficiente dolor en el mundo tal como es.

Tales son las lecciones de lo salvaje. La escuela en que pueden ser aprendidas, los feudos del caribú y el alce, del elefante y el rinoceronte, de la orca y la morsa, menguan cada día que pasa. Seres que han viajado con nosotros a través de los tiempos están ahora aparentemente condenados, a medida que su hábitat –el viejo, el antiguo hábitat de los humanos– se colapsa frente a la explosión ralentizada de las rampantes economías mundiales. Si está entre nosotros el muchacho o la muchacha que conoce dónde se oculta el secreto corazón de este monstruoso crecimiento, que por favor diga hacia dónde apuntar la flecha que lo contenga. Y si el corazón secreto permaneciera escondido y nuestra labor en nada se aliviara, yo, por mi parte, trabajaré día a día a favor de lo salvaje.

Salvaje y libre. Una frase del sueño americano que pierde imágenes: un semental de largas crines galopando a través de la pradera, la uve de las barnaclas canadienses graznando en las alturas, una ardilla chachareando mientras salta de rama en rama sobre nosotros en un roble. También suena a un anuncio de Harley-Davidson. Ambas palabras, profundamente políticas y delicadas, se han convertido en fruslerías del mercado. Espero investigar el significado de *salvaje* y cómo se relaciona con *libre* y lo que uno podría hacer con esto. Ser verdaderamente libre es aceptar las condiciones esenciales tal como son: dolorosas, transitorias, abiertas e imperfectas, y al mismo tiempo, agradecer esa transitoriedad y la libertad que nos concede, porque la libertad no existiría en un universo preestablecido. Con esa libertad mejoramos el campamento, educamos a los niños, derrocamos a tiranos. El mundo es naturaleza, inevitablemente salvaje a la larga, ya que lo salvaje, como proceso y esencia de lo natural, también es una ordenación de lo transitorio.

A pesar de que *naturaleza* sea un término que en sí no resulta amenazante, la concepción de "salvaje" que tienen las sociedades civilizadas, tanto en Europa como en Asia, se asocia comúnmente con desorden, desobediencia y violencia. La palabra china para naturaleza es *zi-ran*; en japonés, *shizen*, que significa "el ser, así ". Se trata de una palabra banal y genérica. En chino, la palabra para naturaleza es *ye* (en japonés, *ya*), que básicamente quiere decir "campo abierto", aunque tiene un amplio abanico de acepciones: en diferentes combinaciones el término significa "conexión ilícita", "territorio desierto", "hijo ilegítimo" (niño de campo abierto), "prostituta" (flor de campo abierto) y demás. En un caso interesante, *ye-man zi-yu* ("campo abierto, persona-sureño-tribal-libertad") significa "licencia salvaje". En otro contexto, "cuento de campo abierto" se torna en "ficción y amoríos ficticios". También son frecuentes las asociaciones con lo rústico y lo inculto.

De alguna manera, *ye* viene a significar "la naturaleza en su peor expresión". A pesar de que los chinos y los japoneses han alabado de boquilla a la naturaleza desde antiguo, es probable que solo los primeros taoístas hayan pensado que la sabiduría emana de lo salvaje.

Thoreau dice: "Dadme una naturaleza salvaje que ninguna civilización pueda soportar". Lo cual, claramente, no es difícil de encontrar. Más difícil es imaginar una civilización que lo salvaje pueda soportar, aunque esto sea, justamente, nuestra obligación. Lo salvaje no es solo la "preservación del mundo", *es* el mundo. Todas las civilizaciones, ya sean orientales u occidentales, hace tiempo que siguen un rumbo de colisión con la naturaleza salvaje, y hoy existen naciones desarrolladas que tienen el insensato poder de erradicar de la faz de la tierra no solo seres, sino especies y procesos completos. Necesitamos una civilización que pueda convivir entera y creativamente con lo salvaje. Y debemos comenzar a hacerla crecer aquí, en el Nuevo Mundo.

Cuando hoy en día evocamos la naturaleza salvaje en América, solemos pensar en regiones remotas y quizás categorizadas que casi siempre son alpinas, desérticas o pantanosas. Hace solo unos siglos, cuando virtualmente *todo* era salvaje en el continente, la naturaleza no era algo particularmente severo. Los berrendos y los bisontes recorrían las praderas, los ríos estaban llenos de salmones, las almejas cubrían hectáreas, y el oso pardo, el puma y el muflón eran comunes en las tierras bajas. También existían los seres humanos: Norteamérica estaba *completamente poblada*. Se podría afirmar que sin gran densidad, pero eso depende de quién lo diga. De hecho, había gente por todas partes. Después de que el soldado de infantería Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus dos compañeros —uno de los cuales era africano— naufragaran en la playa de lo que hoy es Galveston, caminaron los tres, entre 1528 y 1536, hasta el valle del Río Grande y luego hacia el sur y México. En contadas ocasiones durante esos

ocho años no descansaron en poblados o campamentos nativos. Y siempre siguieron senderos.

Vivir en una cultura de naturaleza salvaje ha sido siempre parte de la experiencia esencial de los seres humanos. No ha existido entorno salvaje sin algún tipo de presencia humana durante cientos de miles de años. La naturaleza no es un sitio que se visita, es nuestro *hogar*, y en ese territorio hay lugares que nos son menos o más familiares. A veces hay áreas que son difíciles y remotas, pero todas son *conocidas* y hasta tienen nombre. Un día de agosto me encontraba en un puerto de la cordillera de Brooks, al norte de Alaska, en el nacimiento del río Koyukuk, un paso verde en la tundra a 900 metros de altura entre amplias y suaves cordilleras que divide las aguas que van al océano Ártico desde el Yukón. Se trata de un lugar tan remoto como el que más en Norteamérica, donde no hay caminos y las sendas son las que abren los caribúes en sus migraciones. Sin embargo, este paso ha sido usado sistemáticamente por los inupiaq de la ladera norte y por los atabascanos del Yukón como su ruta comercial de norte a sur, desde hace al menos siete mil años.

Todos y cada uno de los collados y lagos de Alaska fueron nombrados en alguno de los doce o más idiomas hablados por los nativos, como demuestran las investigaciones de Jim Kari (1982; 1985) y otros. Por su parte, los cartógrafos euroamericanos les dieron los nombres de exploradores de paso, sus propias novias o sus lugares de nacimiento en el resto de Estados Unidos. Básicamente, todo está en la historia nativa y, sin embargo, solo se vislumbra una mínima huella de la presencia humana a lo largo de ese dilatado periodo. Las historias basadas en lugares que relata la gente y los nombres que pusieron son su arqueología, su arquitectura y su *título* sobre la tierra. Eso sí que es vivir ligeros.

Las culturas de los entornos salvajes viven de acuerdo con las lecciones de la vida y la muerte de las economías de subsistencia. Pero ¿qué queremos decir hoy con las palabras *salvaje* e, incluso, *naturaleza*? Los idiomas trazan meandros como los grandes ríos,

dejando cursos curvos sobre lechos olvidados, solo visibles desde el aire o por los estudiosos. El lenguaje es como una familia de especies infinitamente híbrida que se expande o declina misteriosamente con el tiempo, cruzándose de forma desvergonzada e inagotable, y que cambia sus propias reglas a medida que avanza. Las palabras se utilizan como signos, como sustitutos, de forma arbitraria y temporal, incluso cuando la lengua refleja e informa de los valores cambiantes de las gentes cuyas mentes habita y recorre. Tenemos fe en el "significado" de la misma manera en que podemos creer en los glotones, confiando en los informes ocasionales de terceros o en la autoridad que nos concede haber visto una vez una piel; pero a menudo vale la pena rastrear de vuelta a esos pícaros.

Las palabras naturaleza, salvaje [*wild*] *y* selva [*wilderness*][1]

Comencemos por *naturaleza*. La palabra *naturaleza* proviene del latín *natura*, "nacimiento, constitución, carácter, curso de las cosas", originalmente de *nasci*, nacer. De ella derivan *nación, natal, nativo, preñada*. La probable raíz indoeuropea (a través del griego *gna*, de ahí *cognado* y *agnado*) es *gen*, que proviene del sánscrito *jan*, que a su vez nos da *generar* y *género*, y las palabras *kin* y *kind* en inglés.

La palabra tiene dos significados ligeramente diferentes. Uno es "el exterior", el mundo físico, que incluye a todos los seres vivos. Por definición, la naturaleza es un ordenamiento del mundo que se aparta de las características o creaciones de la civilización y la voluntad humana. Se dice que son "antinaturales" la máquina, el artefacto, lo inventado o lo extraordinario (como una ternera bicéfala). El otro significado, más amplio, es "el mundo material o el conjunto de sus objetos y fenómenos", incluyendo los productos

1. *Wilderness*: en el texto original, el autor rastrea en detalle la etimología de esta palabra. Su traducción al castellano por "selva" no tiene la misma correspondencia etimológica, pero hemos preferido no alterar una argumentación que consideramos importante.

de la acción e intención humana. En tanto agente, la naturaleza se define como "la acción física creadora y reguladora que opera en el mundo material y es causa inmediata de todos sus fenómenos". El pensamiento científico y algunos tipos de misticismo proponen correctamente que *todo* es natural. En este marco la ciudad de Nueva York no tiene nada de antinatural, ni tampoco los desechos tóxicos o la energía atómica, y por definición nada de lo que hacemos o experimentamos en la vida es "antinatural".

¿Qué constituye entonces lo "sobrenatural"? Una manera de abordarlo es decir que designa fenómenos ocurridos a tan pocas personas que se duda de su existencia. Sin embargo, estos hechos —fantasmas, dioses, transformaciones mágicas y demás— se describen con suficiente frecuencia como para que sigan intrigándonos y, para algunos, sean creíbles.

Preferiría usar la palabra *naturaleza* referida al universo físico y todas sus propiedades. Pero, a veces, incluso aquí, aparecerá con el significado de "aire libre" o "lo no humano".

La palabra *wild* es como un zorro gris alejándose al trote por el bosque, ocultándose tras los arbustos, apareciendo y desapareciendo. De cerca, a primera vista, es "wild" [salvaje]; observado nuevamente más lejos entre los árboles será *wyld*, y por vía del antiguo noruego *villr* y el antiguo teutónico *wilthijaz*, retrocede a un vago y preteutónico *ghweltijos*, que aún significa "salvaje" y quizás "boscoso" (*wald*). Ahí se esconde, con conexiones posibles con *will*, con el latín *silva* (selva, salvaje) y con su raíz indoeuropea *ghwer*, origen del latín *ferus*, del cual provienen *feral* y *feroz* (que nos lleva nuevamente a lo que Thoreau llama "la terrible ferocidad", que comparten los amantes y las personas virtuosas). El *Oxford English Dictionary* describe el término de la siguiente manera:

Animales: sin domar, sin domesticar, rebeldes.
Plantas: sin cultivar.

Tierra: deshabitada, inculta.
Cosechas: producidas o surgidas sin labranza.
Sociedades: incivilizadas, rudimentarias, que se resisten al Gobierno constituido.
Individuos: sin restricciones, insubordinados, licenciosos, viciosos, rústicos. ("Viudas salvajes y maliciosas", 1614).
Conductas: violentas, destructivas, crueles, rebeldes.
Conductas: simples, libres, espontáneas. ("[...] trina las salvajes notas de sus bosques nativos". JOHN MILTON)

Salvaje se define principalmente en nuestros diccionarios por lo que, desde el punto de vista humano, no es. Con esa perspectiva no puede revelarse lo que sí *es*. Veámoslo de otra manera:

Animales: agentes libres, cada uno con sus propias cualidades, viviendo dentro de los sistemas naturales.

Plantas: que proliferan y se mantienen por sí mismas, creciendo de acuerdo a sus cualidades innatas.

Tierra: un lugar en el que la vegetación y la fauna originales y potenciales están intactas, en interacción plena, y en el que los accidentes del terreno son enteramente el resultado de fuerzas no humanas. Prístino.

Cosechas: suministro de alimentos provisto y sostenible por la abundancia y la fertilidad naturales de las plantas silvestres en su crecimiento y producción de frutas y semillas.

Sociedades: aquellas cuyo orden surge intrínsecamente y se mantiene por la fuerza del consenso y la costumbre, en contraposición a una legislación explícita. Las culturas primigenias, que se consideran a sí mismas moradoras originales y eternas de su territorio. Sociedades que confrontan la dominación económica y política de la civilización. Sociedades cuyo orden económico está en relación cercana y sostenible con el ecosistema local.

Individuos: que siguen los hábitos, estilos y protocolo locales sin preocuparse por los estándares de la urbe o de los lugares de

intercambio más cercanos. Valeroso, autosuficiente, independiente. "Orgulloso y libre".

Carácter: que resiste ferozmente cualquier opresión, confinamiento o explotación; atrevido, escandaloso, "malo", admirable.

Conducta: natural, libre, espontánea, no condicionada. Expresiva, física, abiertamente sexual, extática.

La mayoría de los sentidos de esta segunda lista se acerca a la manera en que los chinos definen el término *tao*, "el camino" de la gran naturaleza; supone eludir el análisis, ir más allá de las categorías, ser auto-organizado, auto-informado, lúdico, sorprendente, transitorio, insustancial, autónomo, completo, ordenado, sin mediaciones, con legitimidad y disposición propias, complejo, bastante simple. Simultáneamente vacío y lleno. En algunos casos lo llamaríamos sagrado y no está lejos del término budista *dharma* en sus sentidos originales de formarse y afirmarse.

La palabra *selva* [*wilderness*], antes *wyldernesse*, del inglés antiguo *wildeornes*, quizás derivado de *wild-deer-ness* —*deor*: ciervos y otros animales del bosque—, aunque más probablemente de *wildern-ness*, tiene estas acepciones:

Una extensión amplia de tierra salvaje, con flora y fauna originales, que puede ser desde una jungla cerrada o bosque húmedo hasta terrenos árticos y alpinos de "selva blanca".

Tierra baldía, un área sin uso o inservible como pasto o tierra de labor.

Un espacio de mar o aire, como en la cita de Shakespeare, "Ahora soy como aquel que está sobre una roca, rodeado por un desierto de mar" (*Tito Andrónico*). Los océanos.

Un lugar peligroso y difícil donde se asumen riesgos, se depende de la propia pericia y no se cuenta con ser rescatado.

El mundo, en contraposición al cielo. "Caminé a través de la selva de este mundo" (*El progreso del peregrino*).

Un lugar de abundancia, como en la frase de John Milton "una selva de bienes".

El uso que Milton hace de la palabra *selva* captura las verdaderas cualidades de energía y riqueza presentes tan a menudo en los sistemas salvajes. "Una selva de bienes" se asemeja a los billones de pequeños arenques o caballas en el océano, a los kilómetros cúbicos de kril, a las semillas de la hierba de las praderas salvajes, que llevan al pan de nuestros días, hecho de los gérmenes de las hierbas, y a la increíble fecundidad de todos los pequeños animales y plantas que alimentan la red. Pero, por otra parte, lo selvático sugiere el caos, el eros, lo desconocido, el ámbito del tabú, el hábitat tanto de lo extático como de lo demoníaco. En ambos sentidos es un lugar arquetípico de poder, enseñanza y desafío.

La condición salvaje

De manera que podemos afirmar que las ciudades de Nueva York y Tokio son "naturales" sin ser "salvajes". No se desvían de las leyes de la naturaleza, pero se trata de hábitats tan exclusivos en cuanto a quién y a qué dan cobijo –además de tan intolerantes para con otros seres– que constituyen una verdadera rareza. Un entorno salvaje es un *lugar* en el cual el potencial salvaje se expresa de lleno, como en la diversidad de seres vivos y no vivos que florecen de acuerdo a su propio sentido del orden. En ecología hablamos de "sistemas salvajes". Cuando un ecosistema funciona plenamente, todos sus miembros están presentes en la asamblea. Hablar de naturaleza salvaje es hablar de totalidad. Los seres humanos surgieron de ella, y considerar la posibilidad de reactivar nuestra pertenencia a la asamblea de todos los seres no es en absoluto retrógrado.

Llegado el siglo XVI, las tierras de Occidente, los países de Asia y todas las civilizaciones y ciudades desde el subcontinente indio hasta la costa del norte de África se estaban empobreciendo

ecológicamente. La población se tornaba rápidamente analfabeta en cuanto a la naturaleza. Mucha de la vegetación original había sido destruida por la expansión del pastoreo o la agricultura, y la tierras restantes no tenían gran valor económico: eran baldíos, regiones montañosas y desiertos. Los animales que quedaban –grandes felinos, borregos cimarrones, seraus[2] y otros– lograron sobrevivir retirándose a los hábitats más hostiles. Los líderes de estas civilizaciones crecieron con cada vez menos conocimiento sobre el comportamiento animal y no fueron educados en el amplio espectro de sabiduría botánica que había sido universal. En su lugar aprendieron "gestión de recursos humanos", administración y habilidades retóricas. Solo los campesinos más marginales, gente de la tierra, conservaron el conocimiento práctico sobre plantas y animales y la memoria de los antiguos hábitos. Quienes crecieron en pueblos y ciudades, o en grandes haciendas, tenían menos oportunidades de aprender cómo operaban los sistemas salvajes. Más tarde, amplias esferas de mitologías ciudadanas (la cristiandad medieval y, después, el auge de las ciencias) negaron primero el alma; luego, la conciencia y, finalmente, hasta la cualidad sentiente del mundo natural. En ese clima de ideología mecanicista y negadora de la naturaleza, multitudes de europeos perdían la oportunidad de tener una experiencia directa de ella.

Apareció así una nueva especie de viajero de la naturaleza: hombres que partieron como buscadores de recursos, financiados por compañías o familias aristocráticas, y que penetraban en los territorios levemente poblados de quienes vivían inmersos en la naturaleza salvaje. Se trataba de conquistadores y sacerdotes. Europa había exterminado los lobos y los osos, había deforestado regiones enteras y agotado los pastos. La búsqueda de esclavos, pescado, azúcar y metales preciosos sobrepasó los límites del horizonte hasta

2. El serau (*Capricornis*) es un mamífero de la familia de los bóvidos que habita en el centro y el este de Asia.

abarcar Asia, África y el Nuevo Mundo. Estos estados licenciosos y beligerantes se levantaron de nuevo contra la naturaleza salvaje y las sociedades naturales: gentes que habían vivido sin Iglesia ni Estado. En retribución, a cambio de oro o azúcar crudo, los hombres blancos tuvieron que entregar algo de sí mismos e indagar lo que para ellos significaba considerarse un ser humano, ponderar sobre la naturaleza de las jerarquías y preguntarse si la vida valía el honor de un monarca o el precio del oro (un hombre perdido y hambriento se detiene y examina el filo mellado de su espada y su raída capa española en una ciénaga de Florida).

Algunos, como Nuño de Guzmán, se volvieron locos y sádicos. "Cuando comenzó a gobernar esta provincia, había en ella 25.000 indios, sojuzgados y pacíficos. De ellos vendió 10.000 como esclavos, y los otros abandonaron sus aldeas temiendo la misma fortuna". (Todorov, 1985, 134). Cortés, el conquistador de México, terminó su vida derrotado y deprimido, mendigando un trono. Alvar Núñez, que durante ocho años caminó desnudo a través de Texas y Nuevo México, salió transformado en una persona del Nuevo Mundo. Había retomado las antiguas costumbres y nunca volvió a ser el mismo. Su corazón se tornó compasivo y adquirió el gusto por la autosuficiencia y la simplicidad, y el don de la sanación. Los tipos de Guzmán y Núñez aún se encuentran entre nosotros. Hubo otra persona que también cruzó el escenario noh de la historia de Isla de la Tortuga para estrecharle la mano a Alvar Núñez en el extremo opuesto del mismo proceso: Ishi el yaki, que entró en la civilización con tanta desesperación como Alvar Núñez cuando salió de ella. Núñez fue el primer europeo en encontrar América del Norte y su mente mítica original; Ishi fue el último nativo norteamericano que conoció esa mente, y hubo de dejarla atrás. El espacio dentro de ese paréntesis no está muerto ni perdido. Está perennemente dentro de nosotros, dormido como una semilla de dura cáscara, esperando el fuego o la riada que lo despierte de nuevo.

En el transcurso de aquellos siglos, decenas de millones de indios de ambos continentes americanos sufrieron muertes tempranas y violentas, al igual que innumerables europeos. Se extinguió la manada de mamíferos más grande del mundo –la de búfalos–, y desaparecieron quince millones de berrendos. La mayoría de las praderas y el suelo que las sustentaba ya no existen, y solo quedan fragmentos de los antiguos bosques primarios de árboles de hoja caduca del Este y coníferas del Oeste. Todos podríamos añadir cosas a esta lista.

Se suele decir que la frontera dio un giro particular a la historia norteamericana. Una frontera es un borde ardiente, un jirón, una rara zona de comercio entre dos mundos absolutamente diferentes. Es una franja en la que hay pieles, lenguas y pezones a mansalva. Existe una línea casi perceptible que la persona de una cultura invasora podría atravesar, saliendo de la historia y adentrándose en un presente perpetuo, en una forma de vida acompasada con la lentitud y la continuidad de los procesos naturales. La posibilidad de entrada en un mundo definido por un tiempo mítico había sido prácticamente olvidada en Europa. Su redescubrimiento –la angustiosa visión de un yo natural– ha perseguido a los pobladores euroamericanos a medida que desbrozaban y pavimentaban los muchos rincones salvajes del continente norteamericano.

La naturaleza salvaje es hoy, en la mayor parte de Norteamérica, lugares que han sido oficialmente preservados en terreno público, predios del Servicio Forestal o la Oficina de Administración de Tierras, o parques estatales y nacionales. Algunas áreas –mínimas pero críticas– están en manos de grupos privados sin ánimo de lucro, como The Nature Conservancy o el Trust for Public Land. Son los santuarios preservados de todo un territorio que en tiempos fue conocido y habitado por sus pobladores primigenios, pequeños fragmentos que se dejaron tal y como eran, los últimos lugares en los que la naturaleza esencial

gime, florece, anida y centellea sin cesar. Constituyen solo el dos por ciento del territorio de los Estados Unidos.

Pero lo salvaje no se restringe al dos por ciento de las tierras formalmente catalogadas como tales. Si cambiamos de escala, está en todas partes: poblaciones imposibles de erradicar de hongos, musgos, moho, levaduras y similares que nos rodean y habitan. También hay ratones en el porche trasero, ciervos que atraviesan la carretera a saltos, palomas en el parque y arañas por las esquinas. Había grillos en la taquilla de la pintura del petrolero *Sappa Creek*, en el que trabajé de limpiador en medio del Pacífico lavando brochas en la sala de máquinas. Seres de una complejidad exquisita, integrados en sus redes energéticas, habitan las esquinas fértiles del mundo urbano de acuerdo a las reglas de los sistemas salvajes: las recias matas y tallos visibles en los solares abandonados y entre las vías de los ferrocarriles, las constantes hordas de mapaches, las bacterias en la marga y en nuestro yogur. La palabra *cultura*, tanto en la acepción de "una vida estética e intelectual deliberadamente sostenida", como en su significado de "la totalidad de las pautas de comportamiento que se transmiten socialmente", nunca está demasiado lejos de una raíz biológica que significa, al igual que en la "cultura del yogur", un hábitat nutricio. La civilización es permeable y podría estar tan habitada como lo está lo salvaje.

La condición salvaje puede menguar temporalmente, pero su esencia no desaparece. Una naturaleza salvaje fantasma sobrevuela la totalidad del planeta: los millones de semillas minúsculas de la vegetación original están escondidas en el barro de la patita de un charrán ártico, en la seca arena del desierto o en el viento. Cada una de estas semillas está específicamente adaptada a un suelo o una circunstancia particular, con su pequeña forma y pelusa, lista para flotar, congelarse o ser engullida, preservando siempre el germen. La naturaleza salvaje volverá irremediablemente, pero no será a un mundo tan magnífico como aquel que brillaba en la mañana

temprana del Holoceno. Se habrá perdido mucha vida en la estela de la actividad humana sobre la Tierra, la de los siglos XX y XXI. Mucho se ha perdido ya, como revelan los suelos y las aguas:

"¿Qué es esa cosa oscura en el agua?
¿No es una nutria cubierta de petróleo?".

¿Dónde empezamos a resolver la dicotomía entre lo civilizado y lo salvaje?

¿Realmente piensas que eres un animal? Hoy esto se aprende en el colegio. Es una fracción de información maravillosa: la he disfrutado toda la vida y vuelvo a ella una y otra vez, como algo que investigar y comprobar. Crecí en una granja pequeña con vacas y gallinas y un bosque secundario lindando con la valla trasera, por lo que tuve la suerte de ver al animal y al ser humano en el mismo dominio. Sin embargo, muchos de los que han escuchado esta noticia desde la infancia no han absorbido sus implicaciones. Quizás se sienten distantes del mundo no humano, y no están *seguros* de ser animales. Les gustaría sentir que tal vez sean algo mejor que un animal. Es comprensible, ya que también otros animales pueden sentir que son algo más que "solo animales". Pero debemos observar el territorio compartido de nuestro ser biológico antes de hacer hincapié en las diferencias.

Nuestros cuerpos son salvajes: el rápido giro involuntario de la cabeza ante un grito, el vértigo al mirar sobre un precipicio, el corazón en la garganta en un instante de peligro, la recuperación del aliento, los silenciosos momentos reponiéndose, observando, reflexionando... Todas son respuestas universales del cuerpo mamífero y están presentes en el conjunto de nuestra clase biológica. El cuerpo no requiere la intercesión de un intelecto consciente para hacerlo respirar o mantener el latido del corazón. Es en gran medida autónomo y tiene vida propia. Las sensaciones y

la percepción no provienen exactamente del exterior, y el insistente flujo de pensamientos e imágenes no se encuentra completamente en el interior. El mundo es nuestra conciencia y nos rodea. Hay más cosas en la mente, en la imaginación, de las que "tú" puedas llevar cuenta: pensamientos, recuerdos, imágenes, enojos y gozos surgen espontáneamente. Las profundidades de la mente, el inconsciente, son nuestras áreas salvajes interiores, y es ahí donde *ahora* hay un lince. No me refiero a linces personales en psiques particulares, sino al lince que deambula de sueño en sueño. El ego consciente y planificador ocupa un territorio muy restringido, un pequeño habitáculo cerca de la verja de acceso que lleva la cuenta de parte de lo que entra y sale –a veces intentando conspiraciones expansionistas–, pero el resto se ocupa de sí mismo. El cuerpo se encuentra, por así decirlo, en la mente. Ambos son salvajes.

Algunos dirán: "Hasta aquí, de acuerdo, somos mamíferos primates, pero tenemos lenguaje, y los animales no". Quizás tengan razón en función de ciertas definiciones, pero también los animales se comunican profusamente, y a través de sistemas de llamadas que solo comenzamos a entender ahora.

Sería un error pensar que los seres humanos se volvieron "más listos" en algún momento e inventaron primero el lenguaje y luego la sociedad. El lenguaje y la cultura brotan de nuestra existencia biológica, social y natural, como animales que fuimos y somos. El lenguaje es un sistema de la mente y el cuerpo que coevolucionó con nuestras necesidades y nervios. Como lo hacen la imaginación y el organismo, el lenguaje surge de manera espontánea y tiene una complejidad que elude nuestra capacidad racional e intelectual. Todos los intentos de descripción científica de los lenguajes naturales se han quedado cortos, como confiesan sin ambages los lingüistas descriptivos, y, sin embargo, el niño aprende su lengua materna muy temprano y a los seis años de edad prácticamente la domina. La lengua se aprende en casa y en el campo, no en el colegio. Sin haber estudiado nunca gramática formal, pronunciamos frases

sintácticamente correctas, una tras otra, todas las horas de vigilia de los años de nuestra vida. Sin mediación consciente, recurrimos sin cesar al vasto tesoro de vocablos en las profundidades del inconsciente salvaje. Ni como individuos ni como especie podemos reclamar mérito alguno por este poder. Vino de otro sitio; de la forma en que se dividen y agrupan las nubes (y de las espirales de energía que se enroscan primero hacia atrás y después hacia delante), de la manera en que los muchos brotes de una inflorescencia se dividen y redividen, de la caligrafía centelleante de los antiguos lechos del río Yukón bajo los actuales que fluyen desde la meseta del Yukón, del viento en las agujas de los pinos, de los cantos del urogallo entre los arbustos de ceanoto.

La enseñanza del idioma en las escuelas pretende acotar una pequeña parte del territorio del proceder del lenguaje y cultivar algunos atributos predilectos: modalidades elitistas culturalmente definidas que ayudan a postularse para un trabajo o a facilitar la aceptación social en una fiesta; hasta es posible aprender a producir ese artefacto bizantino denominado "ensayo académico". Hay muchas y excelentes razones para dominar tales cosas, pero el poder, la *virtus*, sigue estando del lado salvaje.

El orden social está presente a través de la naturaleza y es muy anterior a los libros y los códices legales. Es parte inherente de lo que somos, y sus modelos siguen los mismos pliegues, controles y equilibrios que la piel y la piedra. Lo que llamamos "organización social" y "buen gobierno" son un conjunto de normas de las que la mente analítica se ha apropiado a partir de los principios operativos de la naturaleza.

El mundo observa

En la costa noroeste de Estados Unidos hay un dicho: "El mundo es tan afilado como la hoja de un cuchillo". ¿Cuál es la perspectiva de las comunidades para las que no existe una gran

dicotomía entre su cultura y la naturaleza, aquellos que viven en sociedades cuyas economías se nutren de sistemas incultos? El mundo sin senderos de la naturaleza salvaje es una escuela sin par, y quienes la han resistido pueden ser maestros rigurosos y a la vez divertidos. Aquí afuera uno está en constante relación con innumerables plantas y animales. Ser bien educado significa haber aprendido los cantos, proverbios, cuentos, dichos, mitos y, también, tecnologías, que llegan al reparar en los miembros no humanos de la comunidad ecológica local. Es primordial la práctica en el campo, "al aire libre". Caminar es la gran aventura, la primera meditación, un ejercicio de vitalidad y alma esencial para la humanidad. Caminar representa el equilibrio exacto de espíritu y humildad. Al caminar uno descubre dónde hay comida. Y se topa con historias reales de primera mano, del tipo "tu culo es la pitanza de algún otro", que es una manera brusca de decir "interdependencia", "interconexión", "ecología", allí donde cuentan. También es un aprendizaje para estar mentalmente alerta y preparado. Hay un maravilloso conocimiento sobre plantas y animales específicos y sus usos, empírico y cabal, que nunca los reduce a ser objetos ni mercancía.

Al parecer, no hace mucho, la historia de las ideas occidentales se bifurcó. La línea de pensamiento representada por autores como Descartes, Newton y Hobbes –todos ellos urbanitas que sostienen que la vida en una sociedad primaria es "desagradable, brutal, y corta"– entrañaba un profundo rechazo del mundo orgánico. Sustituyeron el universo reproductivo por un modelo mecanicista estéril y una economía de "producción". Estos pensadores se mostraban tan histéricos frente al "caos" como sus antecesores, los inquisidores de apenas un siglo antes, lo eran ante "las brujas". No solo no disfrutaban de la posibilidad de que el mundo fuese tan afilado como la hoja de un cuchillo; querían quitarle ese filo a la naturaleza. En lugar de hacer el mundo más seguro para los seres humanos, la

insensata manipulación del científico-ingeniero-gobernante occidental de los poderes de la vida y de la muerte pone al planeta entero al borde de la degradación. La mayor parte de la humanidad, los recolectores, campesinos o artesanos, siempre tomó un ramal diferente; es decir, comprendió el juego del mundo real, con todo su sufrimiento, no ya en los términos simples de "una naturaleza de garra y colmillo rojo", sino a través de la celebración del carácter de don e intercambio de nuestro toma y daca. "¡Somos todos partícipes de un enorme *potlatch*!".[3] Reconocer que cada uno de los congregados a la mesa constituirá eventualmente parte de la comida no solo es "realista", sino que también permite incluir lo sagrado, y que aceptemos el aspecto sacramental de nuestro transitorio y frágil ser personal.

El mundo observa. Uno no puede atravesar un prado o un bosque sin que una onda de información se propague a su paso. El zorzal desaparece como un dardo, el arrendajo chilla, un escarabajo se escabulle bajo la hierba... La señal se transmite. Cada criatura sabe cuándo sobrevuela un halcón o camina un ser humano. La información que recorre el sistema es inteligencia.

En las iconografías hindú y budista, se inscribe la forma de un animal en las imágenes de las deidades o en budas y bodhisattvas.[4] Manjushri, el bodhisattva de la sabiduría discriminadora, cabalga sobre un león; Samantabhadra, el bodhisattva de la bondad, lo hace sobre un elefante; Sarasvati, la diosa de la música y el aprendizaje, cabalga sobre un pavo real; Shiva descansa en

3. *Potlatch*: celebración ceremonial de reparto que se llevaba a cabo en diversas comunidades nativas del Noroeste del Pacífico norteamericano. Las relaciones y jerarquías entre grupos se reforzaban con este intercambio de ofrendas.

4. Bodhisattva: en el budismo, "aquel cuya esencia es la iluminación". En la tradición Mahayana de esta filosofía religiosa se trata de seres míticos concretos que son objeto de devoción, como los que el autor menciona en el párrafo.

compañía de una serpiente y un toro. Algunos llevan pequeños animales en las coronas o el pelo. Esta ecología espiritual y ecuménica sugiere que los otros animales también ocupan tanto nichos espirituales como "termodinámicos". Que su conciencia sea o no idéntica a la de los seres humanos es discutible. ¿Por qué han de ser las peculiaridades de la conciencia humana el estrecho patrón con el que juzgar a otros seres? "¿Quién ha dicho que *mente* signifique pensamientos, opiniones, ideas y conceptos? *Mente* significa árboles, postes de una cerca, tejas y hierbas", dice Dogen, el filósofo y fundador de la escuela soto del zen japonés, con su divertido y críptico estilo.

Todos somos capaces de transformaciones extraordinarias. En los mitos y las historias esos cambios son de animal a ser humano, de ser humano a animal, de animal a otro animal, o incluso saltos aún mayores. La naturaleza esencial se mantiene clara y constante a través de tales cambios. Así, los iconos animales del pueblo inupiat (esquimales) del mar de Bering llevan una pequeña cara humana cosida en la piel –en este caso es al revés–, o bajo las plumas, o grabada en la espalda o el pecho, o incluso dentro del ojo, mirando furtivamente. Es el *inua*, a menudo llamado "espíritu", pero también podría denominarse la "naturaleza esencial" de ese animal. Siempre se conserva la misma cara, sin importar cambios lúdicos y pasajeros. Al igual que el budismo eligió representar nuestra condición mostrando la imagen sólida, afable y constante de una figura humana sentada, meditando en medio del mundo de los fenómenos, los inupiat presentan una panoplia de criaturas diferentes, cada cual con un pequeño rostro humano disimulado. Esto no equivale a antropocentrismo o arrogancia humana. Es una forma de decir que cada criatura es un espíritu que ostenta una inteligencia tan lúcida como la nuestra. Los pintores de iconos budistas esconden una pequeña cara animal entre los pelos del ser humano para recordarnos que también miramos con ojos arquetípicamente salvajes.

El mundo no solo observa, también escucha. Un comentario ordinario y desatento sobre una ardilla de tierra, un pájaro carpintero o un puercoespín no pasará desapercibido. Los demás seres, tal y como nos dicen los maestros de las viejas costumbres, no lamentan que se les dé muerte y servir como alimento, pero esperan que digamos "por favor" y "gracias", y odian ser desperdiciados. El precepto contrario a arrebatar la vida sin necesidad es inevitablemente el primero y el más difícil de los mandamientos. En su práctica de matar y comer con gentileza y agradecimiento, los miembros de las culturas primarias son nuestros maestros. La actitud hacia los animales y la forma de tratarlos que predomina hoy en la producción de carne en el mundo occidental son francamente enfermizas y antiéticas, y una fuente ilimitada de mala suerte para esta sociedad.

Una vida ética es considerada, y tiene buenas maneras y estilo. De todos los defectos morales y las imperfecciones de carácter, el peor es la mezquindad de pensamiento, que incluye la maldad en todas sus formas. La descortesía en el pensamiento o la acción hacia otros, o hacia la naturaleza, reduce la probabilidad de la convivencia y la comunicación entre especies, ambas esenciales para nuestra supervivencia física y espiritual. Richard Nelson, estudioso de las costumbres nativas, ha dicho que una madre atabascana puede decirle a su hijita: "¡No señales la montaña! ¡Es una impertinencia!". No se debe ser descuidado ni desperdiciar los cuerpos o las partes de cualquier criatura que se haya cazado o recogido. Ni tampoco vanagloriarse ni mostrar excesivo orgullo por los logros propios, ni dar nuestras habilidades por descontadas. El derroche y el descuido son causados por la mezquindad de espíritu y una falta de inclinación descortés para completar el intercambio de dones (estas reglas son particularmente vitales para sanadores, artistas y jugadores).

Quizás uno no debería hablar —ni escribir— demasiado sobre el mundo salvaje: puede que a otros animales les resulte incómodo

que se llame la atención sobre ellos. Este tipo de sensibilidad podría ayudar a entender por qué hay tan poca "poesía del paisaje" en las culturas primarias. La descripción de la naturaleza es un tipo de escritura que llega con la civilización y sus hábitos de coleccionar y clasificar. La poesía china del paisaje comienza alrededor de siglo V de nuestra era con la obra de Xie Lingyun. Hay mil quinientos años de canciones y poesía china previa (considerando que la primera colección de poemas y canciones de China, el *Shi-jing* o *Libro de los cantos*, podría incluir cinco siglos de folclore anterior a su escritura) y se hace mención a mucha naturaleza, pero no de grandes paisajes. Se habla de las moreras, de vegetales silvestres comestibles, de la trilla, del mundo del campesinado y del recolector en detalle. En la época de Hsieh los chinos ya se habían apartado tanto de sus propias montañas y ríos como para tratarlos estéticamente. Esto no significa que las comunidades primarias no apreciaran el paisaje, sino que tenían otro punto de vista.

La misma precaución debe aplicarse a las historias o canciones que versan sobre uno mismo. Malcom Margolin, editor de *News from Native California*,[5] señala que los pobladores originales de California no relataban con facilidad una "autobiografía". Decían que los detalles de sus vidas particulares no tenían nada de extraordinario; los únicos hechos que merecían contarse eran descripciones de algunos de sus sueños más señalados y momentos de encuentro con el mundo de los espíritus y sus transformaciones. El relato de las historias de su vida, por lo tanto, era muy corto. Hablaban de sueños, de conocimiento, de sanación.

De vuelta en casa

El protocolo del mundo salvaje requiere no solo generosidad, sino también una fortaleza bienhumorada que tolere la incomo-

5. Traducido, *Noticias de la California Nativa*, una revista dedicada a la cultura, el arte y la lengua, además de a aspectos políticos y sociales, de los nativos de California.

didad jovialmente, comprensión de la fragilidad de todos y cierta modestia. Cosechar arándanos rápido y bien, el talento de la baquía, saber llegar donde la pesca es buena –"un hombre enfadado no puede pescar"–, leer la superficie del cielo o el mar, son logros que no se alcanzan con el mero esfuerzo. El montañismo tiene las mismas cualidades. Se trata de acciones que conllevan práctica, lo que requiere cierto grado de abnegación e intuición que llama a vaciarse de uno mismo. Algunos han alcanzado grandes conocimientos solo después de que llegaran al extremo en el que ya no tenían nada más. Alvar Núñez Cabeza de Vaca ahondó en sí mismo de forma indescriptible después de perderse y pasar varias noches de invierno durmiendo desnudo en un agujero en el desierto tejano, azotado por un viento del norte. Había realmente alcanzado ese punto en el que no tenía nada (Lord Buckley dice sobre ese momento: "¡Para no tener nada, debes *no tener nada*!"). Más tarde se sintió capaz de sanar a nativos enfermos que encontró en su camino hacia el oeste. La fama le precedía, pero una vez que llegó a México y fue de nuevo un español civilizado, descubrió que había perdido su poder para sanar. No ya la capacidad de curar, sino la *voluntad* de curar, que es la voluntad de ser completo, puesto que, como él mismo dijo, había "médicos verdaderos" en la ciudad, y empezó a dudar de su poder. Para resolver la dicotomía entre lo civilizado y lo salvaje debemos primero proponernos ser completos.

Uno puede alcanzar la situación de Alvar Núñez perdiendo, literalmente, todo. Las experiencias dolorosas y peligrosas a menudo transforman a quienes sobreviven a ellas. Los seres humanos son osados; se entregan a la aventura y quizás tratan de llegar más lejos de lo que deben. Por eso, practicando la austeridad yóguica o las disciplinas monásticas, algunas personas hacen el intento de desprenderse estructuradamente de todo. Algunos de nosotros hemos aprendido mucho caminando día tras día por laderas nevadas, terraplenes, puertos, torrentes y bosques

en valles profundos, "colocándonos ahí fuera". Otra forma —sofisticada en extremo— es la de Vimalalakirti, el legendario laico budista que enseñaba que intuyendo directamente nuestra condición en el actual mundo existente comprendemos que jamás tuvimos nada desde el principio. Hay un dicho tibetano que lo expresa así: "La experiencia del vacío engendra compasión".

Para quienes exploren directamente adentrándose en el templo primario, la naturaleza salvaje puede ser un mentor feroz que desnuda rápidamente al incauto o al novato. Es fácil cometer errores que lleven al extremo. En términos prácticos, una vida comprometida con la simplicidad, una audacia apropiada, el buen humor y la gratitud, pródiga en el trabajo y el juego, y también caminar mucho, nos acercan al mundo existente y su compleción.

Los miembros de las culturas salvajes raramente buscan la aventura. Si se arriesgan de manera deliberada, lo hacen por motivos espirituales más que económicos. En última instancia, todos estos viajes se hacen por el bien común y no como una búsqueda privada. La serena dignidad que caracteriza a tantos de los así llamados primitivos es un reflejo de ello. Florence Edenshaw, una anciana haida coetánea que ha vivido una larga vida de trabajo y familia, fue entrevistada por una joven antropóloga; esta, impresionada por su coherencia, presencia y dignidad, le preguntó: "¿Qué puedo hacer para respetarme a mí misma?". La señora Edenshaw le respondió: "Vístase bien y quédese en casa". "La casa" es, por supuesto, tan amplia como uno quiera hacerla.

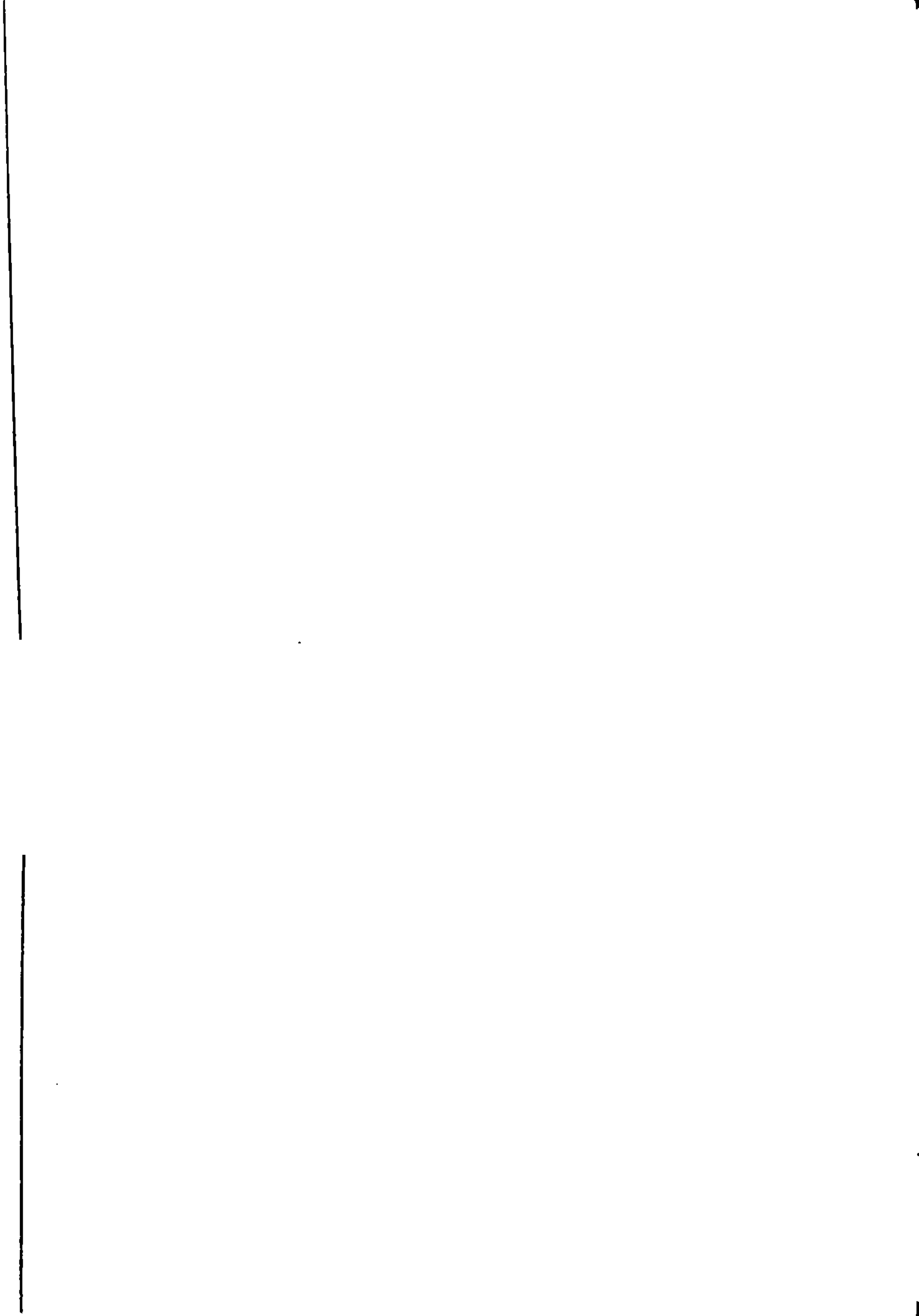
Las lecciones que aprendemos de lo salvaje se convierten en el protocolo de la libertad. Podemos gozar de nuestra condición humana, con su llamativo cerebro y su regocijo sexual, sus caprichos sociales y obstinados enojos, y considerarnos ni más ni menos que cualquier otro ser de la gran cuenca fluvial. Podemos

aceptarnos todos mutuamente como iguales descalzos que duermen sobre el mismo suelo. Podemos perder la esperanza de ser eternos y dejar de luchar contra la suciedad. Podemos espantar a los mosquitos y levantar una valla contra las alimañas sin odiarlas. Carentes de expectativas, alertas y autosuficientes, agradecidos y cuidadosos, generosos y francos. La calma y la claridad nos alcanzan en el momento en que nos limpiamos la grasa de las manos entre un trabajo y otro, mientras levantamos la vista contemplando las nubes que pasan. Otro placer será sentarse, por fin, a tomar un café con un amigo. Lo salvaje requiere que aprendamos el terreno, saludemos a las plantas, los animales y las aves, vadeemos los arroyos y crucemos las sierras, y contemos una buena historia al volver a casa.

Y cuando los niños estén recogidos en la cama, en una de esas grandes fiestas como el 4 de Julio, el día de Año Nuevo o el de víspera de Todos los Santos, podremos sacar los licores y poner música, y los hombres y mujeres que sigan entre los vivos podrán soltarse y ser realmente salvajes. Este es el sentido último de "salvaje", su sentido esotérico, el más profundo e intimidante. Los que estén preparados llegarán a ello. Por favor, no divulgar entre los no iniciados.

EL LUGAR, LA REGIÓN Y EL PROCOMÚN

"La práctica ocurre cuando encuentras tu lugar en donde estás" (DOGEN)



El mundo está hecho de lugares

Experimentamos barriadas, praderas o humedales todos como "lugares". Igual que un espejo, un lugar puede contener cualquier cosa, a cualquier escala. Quisiera referirme al lugar como experiencia y proponer un modelo de lo que significaba "vivir asentado en un lugar" durante la mayor parte de la cronología humana, presentándolo inicialmente con el símil de los pasos que da un niño hasta integrarse en una comunidad natural (disponemos de las palabras *enculturación* y *aculturación*, pero no tenemos ninguna para describir el proceso de asentarse o reasentarse en un lugar). Al hacerlo, quizás adquiramos una nueva perspectiva sobre lo que una "civilización de lo salvaje" podría requerir.

Para la mayoría de los norteamericanos, reflexionar sobre "su lugar natal" es un ejercicio inusual. Pocas personas están hoy en condiciones de reivindicarse como alguien *de* un sitio. Casi nadie pasa toda la vida en el mismo valle, trabajando junto a quienes conoce desde niño. Todas las personas nativas –la palabra misma significa "alguien nacido allí"–, así como los campesinos y los ciudadanos del Viejo Mundo, comparten la experiencia de vivir en un lugar. Aun así –y es importante recordarlo–, convertirse en un poblador, estar asentado en un lugar, nunca significó no viajar de vez en cuando, ya fuera en una aventura comercial o para conducir el ganado a los pastos de verano. Los trabajadores itinerantes han sabido siempre que tenían un hogar en el mundo, y podían demostrarlo en cualquier celebración u hoguera de campamento cantando sus propias canciones.

El corazón de un lugar es la casa, y el corazón de la casa es el lar, el hogar del fuego. Todos los intentos de exploración parten de ahí, y es al hogar adonde retornan los ancianos. Se cre-

ce hablando el idioma de casa, una lengua vernácula. Tu propio círculo familiar puede utilizar un giro o un acento particular, diferente del utilizado en la *domus*, *jia*, *ie*, o *kum*,[6] vereda abajo. Escuchas las historias de tus vecinos y los relatos donde se mencionan rocas, arroyos, montañas y árboles que están todos a la vista. Los mitos sobre la creación del mundo te cuentan cómo surgió *esa* montaña y qué sucedió para que exista *aquella* península. A medida que te vuelves más aguerrido, exploras tu mundo en pequeños viajes abandonando el lar, que es el centro de cada universo. El paisaje de la infancia se aprende a pie, y así se registra un mapa mental de caminos, sendas y espesuras –con el perro malo, la casa del viejo antipático, el prado donde hay un toro– que crece y llega cada vez más lejos. Todos llevamos dentro una imagen del territorio que aprendimos aproximadamente entre los seis y los nueve años, y esto es igualmente válido tanto para un barrio urbano como para un entorno rural. Puedes recordar casi por completo el lugar en el que caminabas, jugabas, nadabas o andabas en bicicleta. Visualizar ese espacio con sus olores y texturas, recorrerlo de nuevo en tu imaginación, provoca una sensación de arraigo y sosiego. Como reflexión contemporánea podemos también preguntarnos cómo será esa vivencia para aquellos cuyo paisaje infantil fue roturado por excavadoras o desdibujado por las mudanzas familiares. Tengo un amigo que aún se emociona recordando cómo las huertas de aguacates del paisaje de su juventud en el sur de California se transformaron en cerro tras cerro de suburbios.

Nuestro lugar es parte de lo que somos. Sin embargo, incluso cada "lugar" tiene una cierta fluidez y transita por el espacio y el tiempo, un "tiempo ceremonial", en palabras de John Hanson Mitchell. Un lugar puede haber sido pradera, luego coníferas y más adelante hayas y olmos. Habrá ocupado medio lecho de un río para ser después raído y roturado por el hielo, y más tarde

6. Nombres en diferentes lenguas para "casa".

cultivado, pavimentado, regado, represado, nivelado, urbanizado. Pero cada transformación es pasajera y será únicamente otra serie de líneas en el palimpsesto. El mundo entero es una gran tablilla que contiene la superposición múltiple de rastros antiguos y recientes de las fuerzas vitales. Cada lugar es particular y, llegado el momento, eternamente salvaje. Cualquier lugar de la Tierra es un mosaico integrado en otros más grandes: todo el territorio está hecho de pequeños lugares, cada uno, un entorno preciso y reducido que reproduce modelos mayores y menores. Los niños comienzan a aprender un lugar a través de esos pequeños entornos en las inmediaciones de la casa, la comunidad y los alrededores.

Nuestra percepción de la escala del lugar se amplia a medida que se conoce la región. Los jóvenes escuchan más historias y salen en exploraciones que son también de subsistencia, para recoger leña, pescar o visitar ferias y mercados. Los rasgos de esa región más amplia se inscriben en la conciencia. En el ensayo *Caminar,*[7] Thoreau dice que un territorio de treinta y tantos kilómetros cuadrados alcanza para ocupar una vida de minuciosa exploración a pie, ya que uno nunca agotará sus detalles.

El tamaño específico de la región que una comunidad llama su hogar depende del tipo de terreno. Todas las comunidades son territoriales y cada una se desplaza dentro de una zona dada. Incluso los nómadas se atienen a fronteras. Los pueblos que habitan desiertos o praderas, con grandes espacios visibles que invitan a salir y caminar hasta la línea del horizonte, recorrerán miles de kilómetros cuadrados. Un frondoso bosque primario puede que muy rara vez se transite. Las comunidades recolectoras en bosques de ribera y prados se moverán mucho y a menudo, mientras que

7. Henry David Thoreau, *Caminar*. Árdora Ediciones, Madrid, 1998. Traducción de Federico Romero.

quienes habiten en valles de suelos fértiles, ideales para huertas, quizás no se desplacen más allá de las cumbres de la sierra más cercana. Las fronteras regionales fueron *grosso modo* conformadas por el clima, que es lo que determina las diferentes zonas de flora, además del tipo de suelo y los accidentes geográficos. Los baldíos desérticos, las cordilleras o los grandes ríos fijan el límite más amplio de una región. Caminamos o vadeamos a través de barreras grandes o pequeñas, y, como niños que comienzan a conocer su territorio nativo, podemos detenernos en la margen de un gran río o sobre la cima de una cordillera mayor y observar que al otro lado el suelo es distinto, hay otras plantas y animales, el techo de un pajar tiene una forma diferente y quizás llueva más, o menos. Los límites entre regiones naturales nunca son sencillos ni claros, sino que varían en función de la biota, la divisoria de las aguas, los accidentes geográficos o la elevación (*véase* Jim Dodge, 1981). Cuando las regiones se observan de acuerdo a criterios naturales se las llama, a veces, *biorregiones*.

En la América precolombina la gente estaba acostumbrada a recorrer grandes distancias. Se dice que los mojave del bajo Colorado pensaban que por lo menos una vez en la vida cualquiera debía viajar a pie a las mesas de los hopi, al este, al golfo de California, al sur, y caminar hasta el Pacífico.

Cada región tiene su territorio salvaje. Está el fuego en la cocina y también el lugar menos frecuentado. En la mayoría de las regiones habitadas solía haber alguna combinación de tierra fértil para la agricultura, zonas de frutales y viñedos, pastizales, arboledas, bosque y desierto o montaña "baldía". El entorno salvaje existente era campo adentro, las zonas más extremas y menos transitadas de ese territorio, "donde están los osos". Este territorio es accesible a pie, quizás a tres días de camino o quizás a diez. Se encuentra en el confín más alto, lejano y agreste, en el extremo del bosque y del marjal, lejos de donde vive y trabaja la mayoría. La gente va hasta

allí a recoger hierbas alpinas, colocar cepos o en busca de soledad. Viven entre los polos del hogar y su territorio salvaje.

Evocar que hubo un tiempo en que vivimos en lugares es parte del redescubrimiento contemporáneo de nuestro ser. Nos arraiga en lo que significa ser "humanos" (etimológicamente, algo parecido a "terrícola"). Tengo un amigo que siente, a veces, que el mundo es hostil para la vida humana: dice que nos hiela y nos mata. Sin embargo, ¿cómo podríamos *existir* si no fuera por este planeta que nos dio la constitución que tenemos? Dos condiciones, la gravedad y un rango de temperaturas tolerable –entre el punto de congelación y el de ebullición–, son las que nos han provisto de los fluidos y la carne. Los árboles que trepamos y el suelo que pisamos nos dieron los cinco dedos en cada mano y pie. El "lugar" –*place* en inglés, cuya raíz es *plat*: amplio, vasto, llano– nos dio ojos que pueden divisar la lejanía, y los arroyos y las brisas nos dieron lenguas versátiles y orejas como caracolas. La tierra nos dio la zancada, y el lago, un chapuzón. El asombro nos dio el tipo de conciencia que nos es propia. Deberíamos estar agradecidos por ello y aceptar las lecciones más rigurosas de la naturaleza con la gracia apropiada.

Comprender el procomún

Me encontraba junto a mi compañero de cordada (Allen Ginsberg) en la cumbre del pico Glacier y mirábamos a nuestro alrededor, cordillera tras cordillera de montañas y cima tras cima, hasta donde alcanzaba la vista. Hacia el oeste, cruzando el estrecho de Puget, se encontraban las cumbres más distantes de las montañas Olímpicas. Me dijo: "¿De verdad que hay un congresista que representa a todo esto?". Al igual que en la Gran Cuenca, después de cruzar innumerables desiertos y cordilleras, es fácil pensar que en la Tierra todavía existen vastos espacios sin gobierno, quizás olvidados o desconocidos (como la interminable extensión de bosques de píceas de Alaska y Canadá), pero todo ha sido cartografiado y registrado bajo

algún dominio. En Norteamérica, una gran parte es de titularidad pública, lo que conlleva ciertos problemas, pero al menos todos estamos llamados a ocuparnos de ellos. David Foreman, fundador del colectivo Earth First!,[8] precisó recientemente cuáles eran sus orígenes radicales. "No procedo de la justicia social, ni de la izquierda, ni del feminismo –afirmaba Foreman–, sino del movimiento por la conservación de las tierras públicas", un movimiento recio y ponderoso que se remonta a antes incluso de los años treinta. Sin embargo, fueron las controversias sobre el territorio y la vida salvaje y los abusos infligidos al dominio público lo que politizó a John Muir, John Wesley Powell y Aldo Leopold.

Las tierras públicas norteamericanas son la encarnación actual de una institución mucho más antigua conocida a través de Eurasia y llamada "procomún", *commons* en inglés, que era la forma tradicional tanto de proteger como de administrar las zonas salvajes de regiones con Gobierno propio. Funcionaron eficazmente hasta la época de las economías de mercado, el colonialismo y el imperialismo. Examinemos un modelo de cómo operaban los procomunes.

Entre los extremos de entornos salvajes apartados y las tierras de labor privadas hay un territorio que no es apto para el cultivo. En el pasado era utilizado colectivamente por los miembros de cualquier tribu o aldea. Este espacio, que incluía zonas salvajes y semisalvajes, tenía una importancia crítica; era necesario para la salud del entorno salvaje, ya que añadía un amplio hábitat, territorio deslindado y espacioso, donde la fauna podía correr y volar. Es un espacio esencial incluso para una economía agrícola comunitaria, porque su diversidad natural abastece de

8. Earth First! [¡La Tierra Primero!]: una organización ecologista constituida en 1979 en Estados Unidos que propugna la acción directa y la defensa de la naturaleza como portadora de derechos frente a los intereses humanos. David Foreman es uno de sus fundadores.

muchas necesidades y provechos que las parcelas privadas no pueden ofrecer. Enriquece la dieta campesina con caza y pesca. La tierra compartida proporciona leña, madera y piedra para la construcción, arcilla para el horno, hierbas, tintes vegetales y mucho más, igual que en una economía recolectora. Y es especialmente importante en ciclos estacionales o durante todo el año como tierra de pastos para yeguadas y cabañas de vacas, cabras, ovejas y cerdos.

En abstracto, se podría pensar que compartir una región natural significa tener acceso a "una fuente compartida de recursos", sin límites ni controles para la explotación individual. Pero es un hecho que este reparto se desarrolló durante miles de años, siempre dentro de un contexto social y territorial. En las sociedades campesinas tanto de Asia como de Europa existían modos tradicionales que ordenaban el uso compartido de la tierra. No se permitía el libre acceso a los forasteros, y había controles de entrada y utilización para los hogares partícipes. El procomún se ha definido como "la tierra indivisa que pertenece al conjunto de los miembros de una comunidad local". Esta definición no incluye el hecho de que las tierras comunales son al mismo tiempo el territorio concreto y, también, la institución tradicional comunitaria que determina la capacidad de carga de sus varias subunidades, y que establece los derechos y deberes de quienes la utilizan, incluyendo sanciones de faltas. Porque es tradicional y *local*, es diferente a nuestro actual "dominio público", que es tierra bajo la custodia y administración de un Gobierno central. Bajo un estado nacional esa administración puede ser dañina –como comienza a suceder en Canadá y en los Estados Unidos– o benigna, como sucedió a menudo en el pasado; pero en ninguno de los dos casos es administrada localmente. Una de las propuestas en el actual debate sobre cómo reformar nuestras tierras públicas propone devolver el control a la región.

Tomemos un ejemplo de administración tradicional: ¿qué evita que una unidad familiar lleve más ganado y provoque en los demás la tentación del sobrepastoreo? En Inglaterra, en el pasado –al igual que hoy en algunas aldeas suizas– (Netting, 1976), el comunero solo podía soltar en los pastos comunales tanto ganado como le fuera posible alimentar durante el invierno en sus propios establos. Esto significaba que nadie podía incrementar su cabaña con vacas solo para el pastoreo estival, lo que se conocía en el lenguaje legal normando como la regla de *levant et couchant*: solo se permitía manejar el ganado que se tenía "de pie y durmiendo" dentro de los establos en invierno.

El procomún es el contrato que un pueblo establece con su propio sistema natural. La palabra inglesa *commons* tiene una interesante historia; está formada por *ko* ("junto") y el griego *moin* ("tenido en común"), pero la raíz indoeuropea *mei* significa "moverse, ir, cambiar". Tenía un sentido arcaico particular que significaba "intercambio de bienes y servicios en una sociedad, ajustado a costumbres y leyes". Creo que podría atañer al viejo principio de las economías del don, donde "el obsequio debe circular siempre". La raíz llega al latín como *munus*, "servicio prestado a la comunidad", y de ella nace "municipalidad".

Existe una historia bien documentada de los procomunes en relación con la economía rural europea e inglesa. Desde la conquista normanda de Inglaterra, los enfeudados caballeros y señores comenzaron a controlar gran parte de las tierras comunales locales. La ley los apoyó, como el Estatuto de Merton de 1235. Desde el siglo XV en adelante, la clase terrateniente, de acuerdo con los gremios mercantiles urbanos y los cuerpos del Gobierno, cercó paulatinamente las tierras controladas por las aldeas, y las entregó a intereses privados. El proceso de los cercamientos fue apoyado por las grandes asambleas de la lana, que descubrieron que las ovejas eran mucho más rentables que la agricultura. Los negocios lanares, con sus exportaciones al continente, fueron un

prematuro agronegocio que tuvo consecuencias nocivas para el suelo y provocó el desarraigo campesino. Los argumentos en favor de los cerramientos en Inglaterra, como la eficiencia y la mayor productividad, desestimaban los impactos sociales y ecológicos y sirvieron para mutilar la agricultura sostenible de algunos concejos. El proceso de los cercamientos se aceleró de nuevo en el siglo XVIII y, entre 1709 y 1869, alrededor de dos millones de hectáreas se entregaron a particulares, una séptima parte de la superficie existente. Después de 1869 hubo un súbito cambio de opinión agrupado alrededor del "movimiento de los espacios abiertos", que acabó por impedir los cercamientos y consiguió amparar al bosque de Epping por medio de un pleito espectacular contra los terratenientes de catorce señoríos.

Karl Polanyi (1975) afirma que los cercamientos del siglo XVIII generaron una población de desarraigados rurales que se vieron forzados, por pura desesperación, a convertirse en la primera clase trabajadora de la historia. Los cercamientos fueron un suceso trágico tanto para la sociedad como para los ecosistemas naturales. El hecho de que hoy en día Inglaterra posea la menor cantidad de bosque y fauna de todas las naciones europeas tiene mucho que ver con ellos. La apropiación de los terrenos comunales en la llanura europea también comenzó hace aproximadamente quinientos años, pero una tercera parte del continente sigue sin ser privado. Prácticas reminiscentes del procomún en la ley sueca permiten a cualquiera entrar en granjas particulares a recoger frutos o setas, cruzarlas a pie y acampar fuera de la vista de la casa. La mayor parte de los antiguos procomunes está hoy bajo la administración de oficinas gubernamentales del territorio.

Un modelo de procomún todavía existe en Japón, donde hay aldeas rurales encajonadas en estrechos valles, arroz creciendo en el *tambo*[9] de las planicies y hortalizas y legumbres en terrazas

9. *Tambo*: en japonés, una tierra de labranza inundada, donde se cultiva el arroz.

ligeramente más elevadas. Las colinas boscosas muy por encima de los valles son los procomunes, en japonés llamados *iriai*, "entrada común". La frontera entre una aldea y la siguiente es a menudo la cumbre misma de las sierras. En las laderas del monte Hiei, en la prefectura de Kioto, al norte del remoto templo de formación budista tendai de Yokokawa, me topé con hombres y mujeres de la aldea de Ohara recogiendo hatos de leña para el fuego. Estaban dentro de las tierras del pueblo. En las montañas más remotas del interior de Japón hay bosques que se hayan demasiado lejos para ser utilizados por ninguna aldea. Durante los primeros tiempos feudales estaban todavía habitados por una población residual de cazadores, quizás supervivientes de una mezcla de raza japonesa y ainu. Más adelante algunos de estos territorios salvajes fueron confiscados por el gobierno y declarados "bosques imperiales". Los osos se extinguieron en Inglaterra en el siglo XIII, pero todavía campean por las montañas japonesas más distantes, y en ocasiones incluso al norte de Kioto.

En China, la administración de las tierras de montaña se solía dejar en manos de los consejos de aldea y el Gobierno central solo exigía el pago de impuestos. Se recaudaban en especie porque los productos locales eran muy valiosos. La capital demandaba arroz, madera y seda, y esquilmó las plumas de martín pescador, las glándulas de almizcle de los venados y las pieles de rinoceronte, así como otros productos exóticos de montañas y arroyos. Los consejos de aldea quizás hubieran resistido la sobreexplotación de sus recursos, pero su administración sucumbió cuando la creciente deforestación alcanzó sus territorios. El siglo XIV parece haber sido el punto de inflexión para los bosques de China continental. Históricamente, la confiscación de los procomunes –tanto en Oriente como en Occidente– por parte de los Gobiernos centrales o los empresarios de las economías urbanas provocó la degradación del entorno salvaje y de las tierras de labor. A veces hay buen motivo para matar la gallina de los huevos de oro:

el beneficio inmediato se puede reinvertir en otra parte y aumentar la ganancia.

En los Estados Unidos, en cuanto los invasores euroamericanos desplazaban por la fuerza a los nativos de sus propios modelos de procomunes tradicionales, la tierra se abría a los nuevos pobladores. Sin embargo, en el árido Oeste, gran parte del territorio nunca fue cultivado por colonos, y menos aún registrado. Los nativos que habían conocido y amado los desiertos blancos y las montañas azules vagaban dispersos o estaban encerrados en reservas, y los nuevos habitantes, mineros y algunos rancheros, no tenían ni principios ni conocimientos para cuidar de la tierra. Una extensión enorme era *de facto* de dominio público, y el Servicio Forestal, la Administración de Parques y la Oficina de Administración de Tierras se concibieron para administrarla. El mismo tipo de tierras se conocen en Canadá y Australia como "tierras de la Corona", reflejo de la historia de los gobernantes británicos que trataban de arrebatar los procomunes a la gente.

En el Oeste norteamericano actual, podría parecer que la gente que habla de una "rebelión de la artemisa" está luchando por la recuperación del control local del procomún. Lo cierto es que los rebeldes de la artemisa tienen todavía mucho que aprender del lugar: son comparativamente recién llegados, y no los motiva el asentamiento cuidadoso, sino el desarrollo. Algunos habitantes del Oeste comienzan a pensar más a largo plazo y no defienden la privatización, sino una mejor administración del territorio y mayor protección de la naturaleza salvaje.

La historia medioambiental de Europa y Asia parece indicar que la mejor administración de la tierra comunal era la local. La antigua y severa deforestación –a menudo irreversible– de la cuenca del Mediterráneo fue una consecuencia extrema del mal uso de los procomunes por los poderes que retiraron su gestión del control de las comunidades regionales (Thirgood, 1981). La

situación en los Estados Unidos en el siglo XIX y comienzos del siglo XX era la inversa. Los verdaderamente autóctonos, los nativos norteamericanos, estaban diezmados y desmoralizados, y la nueva población se componía de aventureros y emprendedores. Sin presencia estatal, los furtivos, los ganaderos y los barones de la madera lo hubieran tenido fácil. A partir de 1960 la situación volvió a cambiar. Las agencias que una vez fueron responsables de la conservación son percibidas, cada vez con mayor frecuencia, como cómplices de las industrias extractivas, y la población local –que está empezando a ser realmente local– busca el apoyo de las organizaciones ecologistas y se agrupa para defender las tierras públicas.

La destrucción se extiende por todo el mundo y *cerca* los procomunes y a los habitantes locales. Los naturales de aldeas y comunidades tribales que viven en los bosques tropicales son literalmente expulsados de sus hogares por las excavadoras de los consorcios madereros internacionales en connivencia con los Gobiernos estatales. Se emplea una bien conocida retórica para desposeer a los pobladores autóctonos al sentenciar que los bosques de propiedad tribal son, o bien de titularidad privada, o bien de dominio público.

Cuando los procomunes se cierran, los campesinos se empobrecen al estar abocados a comprar la energía, la leña y los medicamentos en la tienda de la compañía. Es una de las consecuencias de lo que Iván Illich llama "una guerra de quinientos años contra la subsistencia".

¿Qué significa entonces la llamada "tragedia de los procomunes"? Esta teoría, en su actual interpretación popular, parece sostener que cuando se brinda acceso libre a un recurso, por ejemplo una zona de pastos, todo el mundo trata de maximizar sus beneficios, y el sobrepastoreo será la consecuencia inevitable. Lo que plantean Garrett Hardin y sus colegas debería llamarse

"el dilema de los recursos de fuente común". Se trata de un problema de sobreexplotación de recursos "sin dueño" por parte de individuos y empresas atrapadas en la red del "si no lo hago yo, lo hará otro" (Hardin & Baden, 1977). Los caladeros oceánicos, el ciclo del agua, el aire y la fertilidad de la tierra entran todos en esta categoría. Cuando estos autores intentan aplicar su modelo al procomún histórico, no funciona, ya que olvidan mencionar que se trataba de una institución social que nunca, en toda su historia, careció de reglas ni permitió el acceso ilimitado (Cox, 1895).

En Asia y partes de Europa, aldeas que en muchos casos se remontan al Neolítico siguen manejando los procomunes a través de algún tipo de consejo. Cada procomún es una entidad con límites, y los efectos del abuso son evidentes para quienes dependen de él. Hay tres posibles destinos contemporáneos para los recursos de fuente común: uno es la privatización; otro, la administración a cargo de una entidad gubernamental, y el tercero —cuando sea viable—, es pasar a formar parte de un verdadero procomún de tamaño razonable y administrado por los nativos del lugar. Quizás esta tercera opción sea hoy impracticable tal como aquí se plantea. Parece que subsisten aquí y allá algunas cooperativas de tierras tribales o comunitarias de raigambre local, como en Alaska, pero funcionando tal como exige el mercado global, se debaten para equilibrar tradición y sostenibilidad con éxito económico. La corporación Sealaska de la comunidad tlingit en el sudeste de Alaska fue duramente criticada —incluso desde dentro— por consentir la tala de zonas de bosque primario.

Debemos establecer un "contrato natural" de escala planetaria con los océanos, el aire y las aves del cielo. El reto es convocar al mundo explotado de los "recursos de fuente común" a la conciencia del procomún. Hoy en día, cualquier recurso natural de la tierra que no esté bajo control será considerado botín por

los comerciantes de madera o los prospectores de petróleo de Osaka, Róterdam o Boston. La presión de una población en aumento y el poder de un consolidado sistema económico –aunque también frágil, desnortado y carente de liderazgo– echan a perder cualquier posibilidad de ver con claridad. Incluso nuestra percepción sobre cuán consolidado está este sistema puede que tenga algo de espejismo.

A veces parece improbable que una sociedad en su conjunto pueda tomar decisiones sensatas. Y, sin embargo, no hay alternativa posible salvo la de llamar a una "recuperación del procomún", incluso en un mundo moderno que no entiende del todo lo que perdió. Recuperemos, como la noche, aquello que todos compartimos, lo que constituye nuestro ser más completo. Ninguna "tragedia del procomún" será mayor que esta: si no recuperamos el procomún, retomando el compromiso personal, local y comunitario y la implicación directa de la gente en compartir y *ser parte* del tejido del mundo salvaje, ese mundo continuará replegándose. Llegará un momento en que nuestras complejas componendas de capitalismo y socialismo industrial destruirán muchos de los sistemas vivos que nos sustentan. No hay duda de que la pérdida del procomún local señala el fin de la autosuficiencia y anuncia la desaparición de las culturas vernáculas de la región; todavía sucede así en los rincones más apartados del planeta.

El procomún es una curiosa y elegante institución social dentro de la cual los seres humanos mantuvieron existencias políticas libres entretejidos en la red de los sistemas naturales. Se trata de un nivel de ordenación de las sociedades humanas que integra lo no humano. El nivel superior al procomún local es la biorregión. Comprender el procomún y su función dentro de una cultura regional a mayor escala constituye un paso más en la integración de la ecología con la economía.

"La región es el otro lugar de la civilización". (MAX CAFARD)

Las pequeñas naciones del pasado vivían dentro de territorios que se ceñían a diferentes pautas de orden natural. Las áreas culturales de las poblaciones mayores de nativos de Norteamérica se solapaban, tal como es de suponer, casi exactamente con la conformación general de las biorregiones más grandes (Kroeber, 1947). La vieja experiencia humana de una región doméstica abierta e indefinida, pero también auténtica, fue progresivamente reemplazada en toda Eurasia por fronteras arbitrarias y, a menudo, impuestas a la fuerza por los nuevos estados nacionales. Muchas veces estas nuevas fronteras fragmentaban tanto áreas bióticas como étnicas. La población perdió erudición ecológica y solidaridad comunitaria. Según las antiguas costumbres, la flora, la fauna y los accidentes geográficos son *parte* de la cultura. El mundo de la cultura y la naturaleza, siempre real, es hoy casi un mundo de sombras, y un mundo insustancial de soberanía política y economías enrarecidas pasa por ser real. Vivimos tiempos retrógrados. Podemos recuperar una ligera impresión de aquella vieja pertenencia descubriendo la ordenación primordial de nuestra tierra y guiándonos por ella –al menos en el territorio propio y en la imaginación– y no por las fronteras arbitrarias de naciones, estados y provincias.

Las regiones son "cuerpos en interpenetración mutua en espacios semisimultáneos" (Cafard, 1989). Los biomas, las divisorias de aguas, los accidentes geográficos y las elevaciones del terreno no son más que algunas de las características que conforman una región.

De igual forma, las áreas culturales tienen subconjuntos, como dialectos, religiones, modos de disparar las flechas, tipos de herramientas, motivos míticos, escalas musicales y estilos

artísticos. Un criterio posible para delimitar una región sería, por ejemplo, la flora. Es el caso del abeto Douglas como árbol paradigmático de la costa del Noroeste del Pacífico. Lo conocía íntimamente de niño porque crecí en una granja entre el lago Washington y el estrecho de Puget. Los snohomish, nativos locales, lo llamaban *lukta tciyats*, que significa "agujas anchas". Su frontera norte se sitúa alrededor de río Skeena, en la Columbia Británica, y se encuentra al oeste de la cordillera a lo largo de Washington, Oregón y el norte de California. El límite costero meridional del abeto Douglas es muy parecido al del salmón, que no remonta corrientes al sur del río Big Sur. En el interior desciende a lo largo de la ladera oeste de la Sierra, llegando a zonas tan meridionales como el brazo norte del río San Joaquín. Este contorno conforma los límites de un área natural de gran tamaño que cruza tres estados y una frontera internacional.

La presencia de este árbol revela un rango de temperaturas y precipitaciones, lo que sirve de indicativo para saber cuáles podrían ser los cultivos, qué inclinación deberían tener los tejados y qué tipo de impermeable es aconsejable. No hace falta conocer tantos detalles para arreglárselas en ciudades modernas como Portland o Bellingham, pero, si sabes lo que enseñan las plantas y el clima, estarás en la onda y te sentirás realmente en casa. La suma de un campo de fuerzas se convierte en lo que llamamos, de manera algo imprecisa, "el espíritu del lugar". Conocer el espíritu de un lugar es comprender que eres una parte de una parte y que esa totalidad está compuesta también por partes, cada una de las cuales también es completa. Se empieza por la parte en la que tú estás completo.

Por quijotescas que parezcan estas ideas, son un filón de energía y posibilidades. Una semana después del equinoccio, Gary Holthaus y yo viajamos en coche de Anchorage a Haines, en Alaska. Bordeamos la margen septentrional de la cuenca del río Copper, sorteamos algunos afluentes del Yukón y cruzamos

la cumbre de Haines. Era todo una taiga de píceas blancas y negras aún congeladas. Al descender desde el puerto hasta el océano en la bahía de Chilkat nos adentramos inmediatamente en bosques de enormes píceas de Sitka, con col de mofeta asomando en las marismas, típica de la primavera. Era un salto sobre una divisoria biorregional. Al día siguiente me honraron invitándome a tomar café en la Casa del Cuervo con Austin Hammond y otros ancianos tlingit para escuchar largas y elaboradas reflexiones sobre la responsabilidad de la gente para con sus lugares. Al mirar hacia fuera desde la ventana principal veíamos los glaciares colgados de los picos allende la bahía. Hammond habló de los glaciares como metáforas de imperios y civilizaciones. Explicó cómo grandes y extrañas fuerzas avanzan y retroceden, en este caso, la civilización industrial, y cómo la gente asentada puede esperar a que pasen.

En algún momento de los años sesenta, durante una conferencia de dirigentes y activistas indígenas norteamericanos en Bozeman, Montana, escuché decir algo parecido a un anciano crow: "¿Sabe? Creo que si la gente se queda el tiempo suficiente en un lugar, incluso los blancos, los espíritus les empezarán a hablar. Es el poder de los espíritus que viene de la tierra. Los espíritus y los viejos poderes no se perdieron, solo necesitan que la gente se quede lo suficiente y comenzarán a hacer notar su influencia".

La conciencia biorregional nos enseña de una manera *específica*. No es suficiente "amar la naturaleza" o querer estar "en armonía con Gaia". Nuestro vínculo con el mundo natural transcurre en un lugar, y debe enraizarse en un sustrato de información y experiencia. Por ejemplo, la "gente real" está sinceramente familiarizada con las plantas locales. Es un conocimiento tan común que todos en Europa, Asia y África lo daban por descontado. Muchos norteamericanos contemporáneos ni siquiera son conscientes de no "conocer las plantas", lo que ya indica un grado de alienación. Conocer algo la flora nos permitiría disfru-

tar de preguntas como "¿dónde se topan Alaska y México?". Sería alrededor de la costa norte de California, donde los arrendajos grises y la pícea de Sitka se mezclan con la manzanita y el roble azul.

En vez de "el norte de California", llamémosle la biorregión de Shasta. El actual estado de California, antiguo territorio de la Alta California, se corresponde al menos con tres divisiones naturales. El tercio septentrional mira claramente al norte, como bien indica el ejemplo del abeto Douglas. Los límites de este tercio cubrirían aproximadamente desde la divisoria de los ríos Klamath y Rogue, alcanzando por el sur la bahía de San Francisco y ascendiendo hasta el delta donde se juntan los ríos Sacramento y San Joaquín. La línea seguiría hacia el este hasta la cresta de la Sierra Nevada y, tomando esta como un límite definido, se prolongaría en dirección norte hasta Susanville. Desde ahí la divisoria de aguas se abre en un ángulo amplio hacia el noreste, siguiendo el borde de la meseta de Modoc hasta la cordillera Warner y el lago Goose.

Al este de la divisoria se encuentra la Gran Cuenca. La región de Cascadia y Columbia está al norte de la de Shasta, y más al norte está lo que llamamos la región del río Ish, donde drenan el estrecho de Puget y el de Georgia. ¿Y por qué habríamos de preocuparnos con todo esto? Yo repetiría que nos prepara para comenzar a sentirnos en casa en este paisaje. Hay decenas de millones de personas en Norteamérica que nacieron físicamente aquí pero no habitan este territorio en conciencia, con su imaginación y su moral. No hay duda de que los pobladores originales tienen un derecho anterior a la palabra "nativo", pero, dado que aman esta tierra, darán la bienvenida a la conversión de millones de psiques inmigrantes en "compañeros nativos americanos". Para que el americano no nativo se sienta en su casa en este continente, él o ella han de renacer en este hemisferio y en este continente, llamado con propiedad, Isla de la Tortuga.

Con ello quiero decir que debemos aceptar y reconocer conscientemente que es aquí donde vivimos y comprender el hecho

de que nuestros descendientes también lo harán en los milenios venideros. Después debemos honrar la gran antigüedad de esta tierra, aprender y defender su esencia salvaje, y trabajar para entregarla a los niños del futuro –y a todos los seres– con su salud y biodiversidad intactas. Europa, África y Asia serán así vistos como los lugares de los que llegaron nuestros ancestros, lugares que quizás querremos visitar y conocer, sin que sean nuestro "hogar". El hogar, en términos profundos y espirituales, ha de estar aquí. Llamar a este lugar "América" es darle un nombre foráneo. "Isla de la Tortuga" es el nombre que le fue dado a este continente por los nativos americanos basándose en un mito originario (Snyder, 1974). Estados Unidos, Canadá y México son entidades políticas temporales; sin duda, tienen su legitimidad, pero perderán su autoridad si continúan abusando de la tierra. "El estado ha sido destruido, pero las montañas y los ríos permanecen".

Pero esta labor no es solo para los recién llegados al hemisferio occidental, Australia, África o Siberia. Se precisa una purificación mental planetaria, la práctica de mirar la superficie de la Tierra tal como es por naturaleza. Con esta conciencia la gente se presenta en las comisiones y frente a los camiones y las excavadoras para defender la tierra o los árboles. ¡Mostrar solidaridad con una región! Qué idea tan extraña al principio. El biorregionalismo es el acceso del "lugar" en la dialéctica de la historia. También podríamos decir que hay "clases" a las que no se ha considerado hasta ahora –animales, ríos, rocas y praderas– y que están hoy entrando en la historia.

Estas ideas suelen provocar reacciones previsibles y respuestas a menudo desinformadas. La gente teme a las pequeñas sociedades y las críticas al Estado. Cuando se ha crecido bajo uno es difícil darse cuenta de que se trata de una institución intrínsecamente codiciosa, desestabilizadora, entrópica, desordenada e ilegítima. Se cita la mentalidad provinciana, los conflictos regionales, expresiones "intolerables" de diversidad cultural y cosas parecidas. Nuestras filo-

sofías, religiones globales e historias privilegian la uniformidad, la universalización y la centralización, o, lo que es lo mismo, la ideología del monoteísmo. Es indudable que bajo determinadas circunstancias comunidades vecinas han rivalizado durante siglos, con un rencor y una hostilidad interminables, hirviendo como desechos radioactivos. Sucede en Oriente Medio: las miserias políticas y étnicas contemporáneas de esa región —y partes de Europa— se remontan a veces hasta el Imperio romano. Pero no se trata de algo que pueda atribuirse a la beligerancia de la "naturaleza humana" *per se*. Antes de la expansión de los primeros imperios los conflictos ocasionales de tribus y naciones naturales eran prácticamente domésticos, pero, con el desarrollo del Estado, la escala de la destrucción y la malevolencia de los conflictos bélicos da un paso de gigante.

En los tiempos en que la gente no tenía demasiado excedente acumulado, no existía una gran tentación de ocupar otras regiones. Daré un ejemplo de mi propio rincón del mundo. Yo describo mi ubicación así: "ladera oeste de la Sierra Nevada, en la cuenca del río Yuba, al norte del brazo sur del río en la cota de los 900 metros, en una comunidad de roble negro, cedros de incienso (*Caloedrus*), madroños, abetos Douglas y pinos ponderosa". En la ladera oeste de la sierra llueve y nieva en invierno, y hay una variedad de plantas diferente a la de la ladera este, más seca. En tiempos precoloniales las comunidades nativas que vivían en la cordillera no albergaban gran deseo de cruzar a la otra vertiente, porque tenían habilidades que se correspondían con su zona y podían pasar hambre en un bioma inexplorado. Conocer las plantas comestibles, saber dónde encontrarlas y cómo prepararlas, exige una completa educación. Los washo de la ladera este de la sierra intercambiaban sus piñones y obsidiana por bellotas, arcos de madera de tejo y orejas de mar con los miwork y maidu del oeste. Ambas partes se encontraban y acampaban juntas en las praderas estivales de la Sierra, su procomún compartido (las culturas del saqueo, los "bárbaros", se desarrollan como respuesta a los tesoros de las civilizaciones vecinas. Se dice que Gengis Khan, en una

audiencia en su yurta[10] cerca del lago Baikal, habría afirmado: "El cielo se enfurece con la decadencia y el lujo de China").

Hay numerosos ejemplos en todo el mundo de la coexistencia relativamente apacible entre pequeñas culturas. Siempre han existido personas multilingües, recorriendo grandes extensiones e intercambiando bienes de forma pacífica. Las diferencias se salvaban a menudo por visiones espirituales compartidas, instituciones ceremoniales y por la variedad de mitos e historias que superan la barrera del idioma. ¿Y qué hacemos con las profundas divisiones causadas por la religión? Hay que decir que la exclusividad religiosa es la especialidad característica de las fes judía, cristiana e islámica, que tienen un desarrollo reciente y, globalmente, minoritario en el mundo. Las religiones asiáticas, la totalidad de la religiosidad popular, el animismo y el chamanismo estiman o, cuanto menos, toleran la diversidad. Parece que las diferencias en los hábitos alimenticios son causa de las disputas culturales más graves. Cuando trabajaba como peón maderero en el este de Oregón, uno de los hombres en mi grupo era wasco, y su mujer, chehalis de la ladera oeste. Me contó que cuando se peleaban ella le llamaba "maldito comesaltamontes", y él le gritaba: "¡Comepeces!".

El pluralismo cultural y el multilingüismo son la norma planetaria. Buscamos el equilibrio entre un pluralismo cosmopolita y una profunda atención a lo local. Nos preguntamos cómo la raza humana al completo puede recuperar la autodeterminación sobre el lugar después de siglos de haber sido desposeída de ese derecho por las jerarquías y el poder centralizado. Este ejercicio no debe confundirse con el nacionalismo, que es exactamente su opuesto: el impostor, el títere del Estado, el fantasma de sonrisa bufa de la comunidad perdida.

Aquí tenemos un posible comienzo. El movimiento biorregional no es solo un programa rural, sino que pretende igualmente la

10. Yurta: tienda de campaña circular utilizada por los nómadas mongoles de Asia Central.

reparación de la vida en los barrios urbanos y potenciar criterios sostenibles para las ciudades. Todos nos movemos con comodidad entre distintas esferas que incluyen distritos de riego, jurisdicciones administrativas de gestión de la basura, zonas con diferentes códigos telefónicos y demás. La Fundación Planet Drum, con sede en la bahía de San Francisco, colabora con muchos otros grupos locales en la recuperación de la ciudad como espacio habitable, con proyectos tales como la identificación y restauración de arroyos urbanos (Berg y otros, 1989). Hay grupos trabajando por todo el planeta con comunidades del tercer y cuarto mundo para visualizar de nuevo el territorio y encontrar jovialmente los nombres apropiados para antiguas regiones recién redescubiertas (*Raise the Stakes*, 1987). Diversos congresos biorregionales se han llevado a cabo desde entonces en la Isla de la Tortuga.

Con la misma certeza de lo transitorio, las naciones del mundo se sensibilizarán llegado el día y los principios del planeta azul empezarán a redefinir la política. Las necesidades de las economías sostenibles, la agricultura ecológicamente viable, una vida comunitaria pujante y vital, el hábitat salvaje y, también, el segundo principio de la termodinámica van en esa línea. No se me escapa que, en el momento presente, esto es tanto teatro como política ecológica; pero no es solo teatro callejero, sino un visionario teatro de corrientes, campos y montañas. Como afirma Jim Dodge: "Las posibilidades de que el biorregionalismo tenga éxito no es la cuestión. Si una persona, o unas cuantas, o una comunidad, llevan una existencia más plena como consecuencia de una práctica biorregional, entonces será un éxito". Que todo continúe precipitando la destrucción de los suprapoderes. Como dice el Manifiesto Surre(gion)alista:

> "Las políticas regionales no se desarrollan en Washington, Moscú u otra,'*sedes* del poder'. El poder regional no se 'sienta', sino que fluye por todas partes, por cuencas fluviales y riegos sanguíneos, por sistemas nerviosos y cadenas alimenticias. Las regiones están

en todas partes y en ninguna. Todos somos ilegales. Somos nativos y somos errantes. No tenemos país, vivimos en el país. Estamos fuera de la interestatal. La región se opone al régimen, a cualquier régimen. Las regiones son anárquicas". (CAFARD, 1989).

Encontrar el "condado de Nisenan"

Burt Hybart se jubiló después de conducir durante muchos años camiones volquetes, excavadoras, motoniveladoras y orugas. Las carreteras, estanques y plataformas son sus esculturas, formas que quedarán sobre la tierra mucho después de que desaparezcan las casas. ¿Cuánto tarda un estanque en llenarse de sedimento? Pero Burt todavía se conjuraba contra los pozos. Se quejaba de los pulmones la última vez que le vi. "En aquellos años, cuando trabajaba en la costa manejando la oruga, el polvo bullía de tal manera detrás que no se veía a tres pasos, y también me tragaba el humo del diésel".

Salimos un grupo a caminar por las montañas Warner. Se encuentran en el extremo noreste de California, el límite real de la cuenca fluvial entre la cabecera del río Pit y los *nors*[11] de la Gran Cuenca. Desde lo alto de los escarpados picos a más de 2.700 metros de altitud se puede divisar Oregón, el lago Goose y, siguiendo el contorno de las montañas hacia el oeste, el extremo norte del valle Surprise. Al este hay colinas áridas y desérticas.

Se trata de una cordillera montañosa desértica. Tiene un toque de la flora de las Montañas Rocosas que salta por encima de las cuencas desérticas desde las montañas Steen del sureste de Oregón, las montañas azules y, quizá, las Wallowa. Se trae ganado desde Eagleville, en el lado este, un pueblo anclado en la década de 1880. El dueño del bar Egleville me contó cómo los pastores arrean los rebaños desde Lovelock, en Nevada, a

11. *Nors*: el autor utliliza la palabra tibetana para "playa".

comienzos de marzo, camino de las montañas Warner, con las hembras pariendo por el camino. Llegan a los pies de la cordillera a finales de junio y suben con las ovejas a los prados a más de 2.000 metros en la ladera oeste. En septiembre, los rebaños bajan a Madeline y los corderos van directos al matadero. Las hembras se devuelven en camión a Lovelock a pasar el invierno. Nos encontramos con el rebaño en las interminables y paradisíacas praderas salpicadas con flores de orejas de mula (*Wyethia*). Todos los segmentos del negocio bovino lo controlan los vascos. Hay viejas arboledas de álamos junto al camino con inscripciones y dibujos hechos por los pastores en los troncos que se remontan a la década de 1880.

El lago Patterson es la joya de las Warner, y anega un viejo circo bajo las paredes del pico más alto. Hay muchas repisas en los cantiles, que son el hogar de los halcones. Las rapaces jóvenes están solemnemente posadas junto a sus nidos. La vista hacia el oeste está dominada por la montaña Shasta, el eje de esta inmensa vastedad kilométrica de pinos contorta y pinos de Jeffrey, rocas volcánicas, lirios de día, ríos que desaparecen bajo la tierra. ¡Maravilloso! Este es el punto más alto del lugar al que nos referimos como "río arriba" y cerca de donde el territorio drena hacia ambos lados, una parte de la meseta gravitando hacia el río Klamath y la otra hacia el Pit y el Sacramento. La montaña Shasta es visible desde muy lejos –desde la cordillera de la Costa, desde Sierra Buttes, junto a Downielle– y resplandece sobre las cabeceras de los ríos de todo el norte de California.

El viejo John Hold solía caminar junto a la ribera de un arroyo hablando con él: "¡Así que esto es lo que has estado haciendo!". Leer la geología, el lavado y depósito del metal denso que se hunde bajo la arena, que nunca se empaña ni oxida, el oro. Los mineros con sus nuevas técnicas también aparecen y desaparecen. Durante un tiempo, la empresa St. Joseph Minerals estuvo explorando "los

yacimientos" entre los cantos rodados del Terciario. Al final, los supervisores de este condado aprobaron el estudio de impacto ambiental y comenzaron las perforaciones exploratorias. Dijeron que volverían en dieciocho meses con su gran propuesta. Durante un tiempo hubo una pequeña torre y una caravana perdidas entre los barrancos y simas de grava que quedaron tras la época de la minería hidráulica. Los yacimientos se convirtieron de nuevo en el patio de recreo de los *quads* y las motos todoterreno. Después otra compañía, Siskon Gold, llegó y puso vallas a lo largo de la única carretera de gravilla. Siskon quebró, y de nuevo los yacimientos permanecen, manzanita, bonsáis naturales de pino y grava bajo la luz de la luna, esperando el destino que les llegue.

Hay dos viejos caballeros en la estación de autobuses de Sacramento. Yo estoy junto a un anciano que mece su bastón ligeramente adelante y atrás, la punta girando en el suelo, y mira alrededor de la sala, sin fijarse demasiado. Tiene huevo en la barbilla, y, de vez en cuando, me llega olor a orina rancia. Otro anciano cruza delante de mí y sale. Es muy pulcro: lleva una manta impermeable enrollada y con un forro de plástico sujeta sobre el hombro, un gorro de fieltro, barba blanca en el mentón, como un amish. Viste pantalones vaqueros de peto y lleva un pañuelo rojo anudado al cuello. Bajo el peto se asoman otros pantalones, quizás de traje. Me digo que es así como se abriga, ¡y mantiene parte de la ropa limpia! Durante mis años viajeros la gente solía decir: "Sí, he pasado el invierno en Sac".

Cogí el autobús para Oakland. En Berkeley, en una pared del edificio Lucas Books, hay un mural que muestra un corte transversal de Alta California, desde la costa noroeste hasta el desierto de Mojave. caminé hacia atrás en el aparcamiento para poder verlo entero: leones marinos, coyote, halcón de cola roja y arbustos de Creosote. Vi que había un hombre en una de las esquinas, retocándolo. Hablé con él; era Lou Silva, el autor.

Estaba rehaciendo un ratón. Me dijo que venía de vez en cuando para pintar fauna más pequeña.

La sierra de San Juan se encuentra entre los brazos medio y sur del río Yuba, en una entidad política llamada el condado de Nevada. Hasta aquí han llegado nuevos residentes desde finales de los años sesenta. Los condados de la Sierra son un desbarajuste. Una rosario de condados rebasan la cresta de la montaña, y en invierno las carreteras entre ambos lados se cierran con frecuencia a causa de la nieve. Un realineación sensata aunaría la parte de la Sierra, del estado de Nevada y de los condados de Placer que están al este en un nuevo "condado del río Truckee", cuya sede podría ser Truckee. La parte oeste de los condados de Placer y Nevada, al sur del brazo meridional del Yuba, podrían constituir un buen nuevo condado. La parte occidental del condado de Sierra, junto a una pequeña división del condado de Yuba y el norte del condado de Nevada estarían contenidos en la cuenca fluvial de los tres brazos del río Yuba. Yo lo llamaría "el condado de Nisenan", retomando el nombre de los nativos que vivieron aquí. La mayoría fueron desterrados o murieron a manos de los mineros durante la fiebre del oro.

La gente vive en las sierras porque los valles tienen roca y breña, y no son llanos. En la Sierra Nevada el hábitat humano óptimo no es el fondo del valle, sino una ancha y amable serranía entre barrancos.



GRAMÁTICA PARDA

La misma vieja canción y el baile

Una tarde de sábado estival de 1943 estaba en la puerta del nuevo centro social de St. Johns Woods, un barrio de viviendas de protección oficial en Portland, Oregón. Todo palpitaba, brillaba y gemía como si fuera una medusa gigante: se celebraba un baile. La mayoría de la gente que había venido a vivir a St. Johns Woods trabajaba en los astilleros, pero también estaban algunos soldados de permiso y un montón de adolescentes del instituto. Casi todos eran del Medio Oeste o del Sur. Yo era de más al norte, de la zona del estrecho de Puget, y nunca antes había oído hablar con acento sureño. Di una vuelta y finalmente me atreví a entrar a escuchar en directo al grupo musical de swing y *jitterbug*. En un momento dado, se pusieron a tocar la canción de las Andrews Sisters *Drinking Rum and Coca-Cola*. Una chica del instituto St. Johns se fijó en mí. Yo era un chiquillo de trece años más bien bajito y ella una delicada chica-mujer que, por alguna razón que nunca sabré, me sacó inclemente a la pista y me hizo bailar con ella.

Yo no tenía confianza ni experiencia social. Mi pasatiempo habitual era observar aves acuáticas migratorias en los marjales a lo largo del río Columbia o coser mocasines. La guerra y sus nuevos trabajos habían apartado a mi familia de la granja y la habían llevado a la ciudad. Al principio, pletórico y luego, aterrorizado, al abrazar a aquella chica que conocía a medias —más alta que yo—, sentí sus pechos contra mis costillas. Mi mano se posó en el desconocido triángulo en la base de su ancha espalda y noté su dulce olor corporal. Casi me aturdió la intuición de la sexualidad, la feminidad y las diferencias entre nuestros cuerpos. Nunca antes había bailado ni abrazado a una mujer y apenas podía respirar. Ella simplemente

me movía, giraba y columpiaba con una paciencia infinita, y en cuanto recuperé la respiración supe que estaba, en ese momento, bailando. Me entusiasmó ver que podía hacerlo. Era "nuestra época, nuestro baile, nuestra canción". No volví a bailar con ella; enseguida se fue con un chico mayor. Pero me introdujo al baile y, con una suerte sorprendente, superé una barrera de temor y nerviosismo ante la calidez de una mujer madura. Me había dado entrada a la sociedad adulta y su momento.

Cada baile y su música pertenecen a un tiempo y a un lugar. Pueden usarse en otro sitio o más adelante, pero nunca será lo mismo. Cuando estos pequeños brotes culturales se agostan, se convierten en étnicos o nostálgicos, pero nunca vuelven a estar presentes, mostrando la red de sus conexiones y significados originarios en su totalidad.

El maíz, el arroz, el reno, el boniato..., todos indican lugares y culturas. Como plantas, representan la tierra y la lluvia, y como fuentes de alimentación son reflejo de la sociedad y su gestión productiva. Otro indicador es "la música y el baile" autóctonos. La reunión de cantantes, músicos, cuentacuentos, bailarines y artesanos que hacen máscaras es la flor de la vida diaria. No solo se baila lo humano, sino que el cuervo, el ciervo, la vaca y la tormenta también hacen su aparición. El baile nos permite presentarnos con nuestras múltiples facetas humanas y no humanas unos a otros y ante nuestro lugar. El lugar se ofrece a sí mismo. Tanto el arte como la economía son cuestiones de ofrenda e intercambio, y la danza-ofrenda en particular ha sido una buena forma de canje para obtener frutos, cereales o caza. Esta forma de entrega también nos ayuda a superar nuestra tendencia a la mezquindad y la arrogancia.

Cada cultura tradicional tiene su baile. Los jóvenes que se esfuerzan en aprenderlo siempre aportan su imperecedera e incomparable gracia y energía. Deben aprender a seguir el ritmo, memorizar los cantos, identificar ciertas plantas, observar las

estaciones, asimilar los gestos de los animales y moverse con la precisión de un halcón cayendo en picado. El yoga de la danza (tal y como lo llamó Balasaraswati, la gran bailarina y profesora de *bharata natyam*) puede ser uno de los caminos hacia la realización personal.

Pero esa solo es la parte espiritual. La parte central o principal es la reencarnación perpetua de un sentido sacramental del mundo, y la danza lo lleva consigo. Es cierto que hoy en día muchas personas no tienen una danza y una canción propias. La música actual es una mercancía demasiado cambiante y nunca llegamos a impregnarnos de ella. No estamos muy seguros de cuál es nuestra propia música. En Japón, cuando los hombres beben juntos, llega un momento determinado de la noche en el que empiezan a turnarse para cantar canciones populares de sus pueblos de origen. Cuando le toca el turno al estadounidense del grupo, lo tiene difícil para saber qué cantar. Yo solía entonar la balada por antonomasia del estrecho de Puget, *Acres of Clams*.

Como la danza tiene una clara importancia cultural y religiosa, a menudo es atacada por los gestores de los poderes imperialistas, los predicadores fundamentalistas o los ayatolás. Cuando los misioneros llegaron al territorio esquimal de los inupiaq –en la ribera de los mares de Bering y Chukchi y la costa norte de Alaska– durante los últimos años del siglo XIX, una de las primeras cosas que prohibieron fue bailar. Hoy en día, esos pueblos todavía cazan, pescan, cosen *mukluks* (botas hechas de piel de foca) y hacen cajas de madera de abedul, pero no bailan. Un poco más al sur, en la costa del mar de Bering, está el territorio esquimal yupik. A los pueblos que hablaban yupik llegaron misioneros de la iglesia ortodoxa rusa que no prohibieron bailar. Ahora se ha producido un resurgimiento de la danza en esos pueblos; un fuerte renacimiento cultural que los aparta de los televisores y los devuelve a los recintos publicos para ensayar y bailar.

En Hawái, el renacimiento político de la tradición nativa tiene dos fuertes polos culturales: el renovado interés por la

técnica tradicional del cultivo del *taro*[12] y la danza antigua o *kahiku hula*. Los profesores aceptan a estudiantes de todas las razas en sus escuelas, llamadas *halau*, pero insisten en que estos dominen la terminología de la danza en lengua vernácula. Deben memorizar poemas épicos transmitidos de forma oral en hawaiano, hacerse sus propios trajes y aprender a presentar ofrendas a Laka, la diosa de la danza. Su apertura a la multiculturalidad permite que también los recién llegados tengan acceso al sentido tradicional hawaiano de las islas.

El *bharata natyam*, la danza del sur de la India, es una confluencia de tradiciones populares arcaicas, ceremonias de cortejo, devoción religiosa originaria del norte, danza-ofrenda profesional del templo y resurgimiento cultural del siglo XX. Esta tradición es de una calidad excepcional y solamente la música requiere toda una vida de estudio. Las categorías y cualidades del gesto y la expresión son otra formación aparte, y la percusión que la acompaña es una especialidad en sí misma. Las narraciones originarias de origen mitológico que se cantan como acompañamiento a algunas danzas evocan un cosmos amplio y atemporal. No sabía todo esto la primera vez que vi bailar *bharata natyam* a Padma Bhushan Shrimati Balasaraswati en Jaipur, India, en marzo de 1962. Era un día de tormenta y nos sentamos en el suelo bajo una carpa que se agitaba por el viento. Entonces empezó a llover torrencialmente agua caliente y la mitad de la gente se marchó. La actuación no se detuvo. Vi actuar y bailar a Bala en el instante preciso en que la madre de Krishna –al intentar sacar un trozo de tierra de la boca de su bebé– mira y no ve tierra, sino las profundidades del universo entero y todas sus estrellas. Se incorpora y retrocede con respeto reverencial, al son de la música (fue una travesura de Krishna a su madre). Se me puso la piel de gallina.

12. *Taro*: planta herbácea perenne y de rizoma grande de la que se extrae una fécula comestible.

Seguí a Bala hasta Bombay para volver a verla y, una vez allí, me invitaron a un concierto privado en un piso bien entrada la noche. Le pregunté: "Al bailar, cuando se acerca el momento en que miras dentro de la boca de Krishna, ¿ya ves las estrellas?". Se rio con sarcasmo y me dijo:

> "¡Claro que no! Debo empezar con tierra. Se ha de convertir en estrellas. A veces, lo único que veo es tierra y la danza no funciona. Aquella noche vi estrellas".

De vuelta a la Costa Oeste de Norteamérica diez años después, descubrimos que Balasaraswati –que significa "la infante Saraswati"; la diosa Saraswati es la esposa de Brahma y patrona de la poesía, la música y el conocimiento– iba a dar clases en Berkeley. Nos pusimos en contacto con ella y aprendí más sobre su tradición. Bajo la dominación inglesa, el *bharata natyam* prácticamente se declaró ilegal porque algunas bailarinas servían como *devadasis*, "siervas de Dios". Eran chicas jóvenes que desde su niñez aprendían a bailar en los templos hindúes.

Balasaraswati y su círculo batallaron para que el *bharata natyam* volviese a tener una posición respetable en la sociedad india. Los conservadores puritanos del sur de la India temían el componente erótico, que Bala defendió, purificó y santificó de nuevo. Era una yogui de la danza. Después de un inicio precoz a los diecisiete, tuvo una época oscura durante varios años. Su deseo más ferviente fue bailar ante Shiva, conocido en el sur como Murugan, en el templo de Tiruttani. Sobornó al vigilante, entró en la cámara interior durante la noche y bailó sola en el santuario. Cuenta que esa noche ofreció su arte, y a sí misma, a Shiva y el mundo. Bala se hizo famosa primero en la India y después en Europa y América. Ella se remonta a esa danza en el santuario para explicar su buena fortuna posterior. En el repertorio de Bala había una danza popular que completaba el rizo que iba del mito cósmico a la vida rural. En el

sur de la India se encarga a los adolescentes que mantengan a los loros alejados de las cosechas. Se sabe que el trabajo de espantar pájaros es una oportunidad para los encuentros amorosos. La bailarina canta y se pasea de arriba abajo por los jardines agitando un palo, ahuyentando bandadas de pájaros al ritmo de un coro de antiguas canciones populares en telugu. Las cosechas, la tierra, los loros, el trabajo, la danza y el primer amor se funden. Toda la cultura vernácula del sur de la India se condensa en esta pequeña representación.

Los kuuvangmiut y las humanidades

El supermercado de Safeway en Fairbanks, Alaska, está abierto 24 horas al día, sea verano o invierno. Prácticamente toda la comida a la venta en Alaska llega por avión. La segunda semana de abril, a las dos de la madrugada, estábamos comprando piñas, mangos, brócoli y kiwis como regalo para amigos de los poblados inupiaq de Shungnak y Kobuk. Temprano a la mañana siguiente, Steve Grubis y yo ayudamos a Tom George a repostar su avioneta Cessna 182 y a empujarla, cruzando la carretera de tierra, desde su plaza en el muelle de Chena hasta la pista de aterrizaje. Volamos hacia el norte atravesando el río Yukón para después virar al oeste siguiendo la cara sur de la cordillera de Brooks y descender sobre la ancha cuenca del río Kobuk, que desemboca en el mar de Chukotka. Todo estaba cubierto de nieve. Me había informado sobre el yacimiento arqueológico Onion Portage y por eso nuestro entendido piloto voló río abajo unos treinta y cinco kilómetros de más y giró sobre un gran meandro del río. Cuando el avión se ladeó, miré hacia el suelo y pude echar un vistazo al emplazamiento de ese campamento y morada de 15.000 años de antigüedad que posiblemente acogió a quienes llegaron a pie por una lengua de tierra desde Siberia. El valle del río Kobuk nunca ha estado bajo hielo glacial. Hay artemisa del Prepleistoceno,

Artemisia borealis, y una leguminosa, *Oxytropus kobukensis*, que no crecen en ningún otro lugar del mundo.

El avión giró río arriba y planeó por encima de un solitario alce. Aterrizamos en la pista nevada de Kobuk sobre ruedas, no esquís. Iba a encontrarme con algunos maestros y dirigentes nativos para intercambiar opiniones sobre cuál podría ser el papel del mito, el folclore, la poesía y la filosofía occidentales entre las nuevas generaciones. Steve Grubis y yo habíamos trabajado en estos temas antes. Él pertenece al programa de orientación multicultural de la Universidad de Alaska y también tenía antiguos conocidos a lo largo del río Kobuk. Unos veinte años antes había navegado por el río en una balsa de troncos que se destrozó en los rápidos. Durante varias semanas y con penoso esfuerzo consiguió abrirse camino río abajo hasta el pueblo de Kobuk, donde lo alimentaron, lo vistieron y pudo descansar. Steve también era amigo de Hans y Bonnie Boenish, que enseñaban en la escuela de Kobuk y nos iban a hospedar. El pueblo estaba a unos cientos de metros. Nos acompañó la motonieve que arrastraba el trineo con el correo. El sol brillaba sobre la ropa infantil roja y amarilla colgada de los tendederos, completamente congelada. Los perros sujetos al trineo armaban una feliz algarabía y, una vez acabado el recreo, unos niños subían por la escalera hasta el módulo metálico que utilizaban como aula. El termómetro de la escuela marcaba diez bajo cero. El aula sobre pilares parecía un mundo aparte del resto de cabañas bajas de troncos, cada una con un almacén de madera para la carne sobre unos pilotes, y una columna de humo subiendo recta desde cada chimenea.

Aun siendo tan remota la parte alta del río Kobuk, solo accesible por avión o trineo de perros en invierno y a duras penas por barco durante el corto verano, hay una mina en las cercanías. La zona se llama Bornite y se supone que contiene uno de los mayores depósitos de cobre del mundo. Se han planificado carreteras y vías de ferrocarril y la compañía ha estudiado la

logística durante años. Las gentes de Kobuk, kuuvangmiut en inupiaq, todavía mantienen una economía de subsistencia. Muchos reciben ayudas gubernamentales, pero todos dependen de la pesca –salmón *chum* y blanco, pez negro de Alaska y tímalo– y de la primordial caza del caribú. En temporada hay sopa de pato. Algunos ponen trampas; todos recolectan grandes cantidades de arándanos en otoño y tienen muchos trucos para cogerlos, prepararlos y guardarlos. Los llaman *asriaviich*.

La minería, cuando llegue –si llega–, traerá grandes cambios a su vida social y económica, y lo saben. Por eso, Hans, Bonnie, Steve y yo enseguida nos enfrascamos en el eterno debate sobre qué tipo de educación sería la mejor. Hans y Bonnie llevan muchos años allí. Hans incluso tiene sus propios trineos y equipos de perros. Tienen un gran respeto y preocupación por sus vecinos y patronos kuuvangmiut.

Nosotros hablábamos como forasteros, por supuesto. Estábamos de acuerdo en que sería útil programar el horario escolar para que los estudiantes pudiesen salir de la escuela en determinadas épocas del año y aprender las técnicas de subsistencia de padres y ancianos. Esto les permitiría mantener una economía relativamente autónoma y sostenible en el siglo XXI. Los vecinos con los que hablé estaban divididos; algunos querían mantener las técnicas tradicionales mientras que otros creían que ya era demasiado tarde y que la educación de sus hijos debería ser útil tanto en Los Ángeles como en Alaska. "Técnicas tradicionales" no significa usar únicamente la tecnología anterior al contacto con los europeos. Las herramientas y máquinas modernas son muy prácticas y funcionan al servicio de los nativos de todo el norte, ayudándolos a vivir en su entorno. Una economía de subsistencia actualizada en el Ártico circumpolar es viable. Pero también hay una gran probabilidad de que las ganas y la satisfacción de tener bienes de consumo, y la necesidad de más dinero, sean una tentación para que la próxima generación prefiera el papel de asalariada en una economía minera.

Entonces, ¿deberían estos niños prepararse para ser ingenieros de minas? La empresa traerá sus propios expertos. ¿Operadores de maquinaria pesada? Quizás. ¿Ordenadores? Hay ordenadores y cámaras de vídeo en todas las escuelas del remoto norte. Puede que los estudiantes de las escuelas del noroeste de Alaska tengan más conocimientos de informática que los de Los Ángeles. Aun así, ninguna escuela del mundo puede garantizar una educación que sea útil dentro de veinte años, porque es tanto lo que está cambiando tan rápido; excepto, tal vez, las migraciones de caribúes y la maduración de las bayas.

Durante los últimos años, el objetivo de los nativos del noroeste de Alaska ha sido definir su propio sistema de valores. Este esfuerzo se denomina "movimiento del espíritu inupiaq". En la pared del aula de la escuela de Kobuk había un póster con la lista de los "valores inupiaq":

HUMOR
GENEROSIDAD
HUMILDAD
TRABAJO DURO
ESPIRITUALIDAD
COOPERACIÓN
ROLES FAMILIARES
EVITAR CONFLICTOS
BUENA CAZA
HABILIDADES DOMÉSTICAS
AMAR A LOS NIÑOS
RESPETAR LA NATURALEZA
RESPETAR A LOS OTROS
RESPETAR A LOS MAYORES
RESPONSABILIDAD CON LA TRIBU
CONOCER LA LENGUA
CONOCER EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Estos valores viables y acogedores son como "sabiduría de la abuela", valores fundamentales y eternos de nuestra especie. Ajustándolos un poquito por aquí y allá, funcionarían en cualquier parte. Quizá lo único que falta es articular más claramente qué valores aplicar a los vecinos difíciles o diferentes. Su interés son las realidades dentro de la comunidad inupiaq, no versan sobre cómo llevarse bien con forasteros.

Hoy en día, la gente se encuentra atrapada entre los restos todavía en uso de la "sabiduría de la abuela" que permanecen en los pueblos del mundo (entre los que incluyo varios de los diez mandamientos y los primeros cinco de los diez grandes preceptos budistas) y los códigos que funcionan para centralizar y jerarquizar. Los niños crecen recibiendo enseñanzas contradictorias: las que dicen que cojas lo que es tuyo y las que enseñan que debes ser honrado. El maestro de escuela, que debe mantener separados Iglesia y Estado, solo puede presentar el término medio: la filosofía humanista liberal que sale de "la universidad". Es una forma de pensar que empieza –para Occidente– con el esfuerzo griego por indagar la verdad literal del mito contrastando historias y teorías con la experiencia. Los primeros filósofos hacían que las personas fueran conscientes de su capacidad para razonar y consideraban que la objetividad era posible. Del filósofo se espera que dirija la discusión con transparencia; no puede pedir que te tomes ninguna droga, sigas una dieta especial o cualquier régimen fuera de lo normal, aparte de la reflexión inteligente, para proceder con tu argumento. Creo que se trataba de un necesario correctivo en algunos casos. Así, sin descartar necesariamente el mito, se podría conseguir una cierta claridad intelectual. Para mantener vivo al mito hace falta pasión por las honduras de la metáfora y el rito, y necesidad de historias. Interpretar y racionalizar el mito lo mata. Eso fue lo que pasó más tarde en la historia griega.

Sin embargo, los griegos del siglo V no inventaron la actitud crítica. El mito, el teatro y, también, los debates comunitarios

y la discusión intelectual, son prácticamente universales. Lo que sí hicieron los griegos fue exteriorizar su vida intelectual, hacerla social y explícita, definir la coherencia del pensamiento y disfrutarlo públicamente. Percibieron que una posición intelectual activa y expresada con propiedad podía ser algo actual y práctico al mismo tiempo, que mejoraba y perfeccionaba sus capacidades para cumplir las obligaciones ciudadanas en una sociedad donde los debates claros y convincentes eran muy importantes. El toma y daca de sus amistades y escuelas sentó las bases de una actitud continuada de estudio que con el tiempo se convirtió en textual y archivística. Pero una inteligencia práctica y analítica no necesariamente requiere de una dialéctica formal. La cerámica temprana y el horno, la primera metalurgia, el diseño elegante del kayak y del *umiak*[13] y la navegación de los melanesios son todos el resultado final de un pensamiento riguroso y práctico.

Las personas que ya tienen todas las respuestas arguyen que la actitud humanística carece de firmeza moral. Siempre hay quien cree que los juicios deben ser rigurosos. Según el pensamiento de la India, el mundo es resultado de muchos puntos de vista –*darshan* o "visión"–, cada uno de los cuales parece completo y autosuficiente de manera concluyente para el que lo habita. Uno de los sistemas budistas determinó no tener "un punto de vista concreto" y practicar así una sublime imparcialidad. No obstante, esta escuela de pensamiento –la *madhyamaka*– no dio la espalda al primer precepto, *ahimsa*, la no violencia (este precepto está implícito en la lista inupiaq bajo los términos de "humildad", "cooperación", "compartir" y "respeto a la naturaleza"). No hay lugar en el mundo del filósofo donde se reconozca o apruebe la avaricia o el odio. También ha de quedar claro que el humanista

13. *Umiak*: un barco de fabricación artesanal, hecho de madera y piel de foca, utilizado por los inuit. Es significativamente mayor que el kayak, y se utilizaba para el transporte de personas y materiales, así como para cazar ballenas.

no es necesariamente un agnóstico. El último acto de Sócrates fue pedir que se llevara a cabo su ofrenda prometida al reino del espíritu: "Le debo un gallo a Asclepios". El filósofo puede menospreciar la mistificación, pero respeta los misterios.

Los días en el Ártico durante el mes de abril son ya bastante largos. Había luz crepuscular a las once de la noche, cuando se fue relajando la conversación, con el sol justo bajo el horizonte. A la mañana siguiente nos prestaron una moto de nieve a Steve y a mí, y fuimos a dar una vuelta sobre la costra de hielo y nieve a través de la tundra de píceas blancas y turbera, en dirección a las montañas y las minas de Bornite. Hay un paso bajo y, justo después, nos encontramos la torre de madera y las casetas cerradas de una vieja mina de cobre. Cables, cuerdas y cadenas pendían de ganchos en las paredes de tablas, con las montañas de la cordillera Schwatka al norte, bajo una neblina helada, de fondo. Caminamos por la nieve entre las construcciones de la mina y volvimos a bajar hacia el rastro que había dejado la moto de nieve, con una vista maravillosa de la ancha cuenca y sus arboledas heladas. La taiga subboreal alberga pícea blanca, pícea negra, turberas sin árboles, sauces y abedules. En un par de semanas, había comentado uno de los hombres, puede que regresen los patos.

Cuando Steve Grubis apareció medio muerto en Kobuk veinte años atrás, el cartero, Guy Moyers, lo acogió y se hicieron amigos. Fuimos a visitarlo. Tenía unos ochenta años, todavía era el cartero y la oficina de correos era el recibidor de su pequeña casa: el suelo era de linóleo, había una estufa nueva de hierro, una hilera de estanterías y balanzas para el correo. Una niña pequeña de rasgos orientales y pelo negro estaba colgada en un columpio saltador y se impulsaba junto a la estufa. "Mi nieta", dijo él. Una adolescente entró detrás de nosotros, recién llegada de la escuela, y Guy nos la presentó; era Wanda, otra nieta. Wanda entró en una habitación pequeña separada por una manta

y puso una cinta con la música que escuchan los jóvenes desde los trópicos hasta Groenlandia. La esposa de Guy trabajaba de rodillas junto a la estufa. Estaba descarnando un trozo de piel con una rasqueta hecha con una tubería de hierro afilada. Sonrió y se presentó como Faith. En una pared se alineaban estanterías de cestas elaboradas con corteza de abedul arqueada, doblada y cosida, que es una artesanía de la región.

Guy solo recordaba vagamente a Steve, pero eso no afectó a nuestra conversación mientras tomábamos café. Nos dijo que había llegado por accidente; un avión lo había dejado en el lago equivocado hacía cincuenta años. Encontró el camino a Kobuk y vivía allí desde entonces. Una foto de Guy y su esposa recién casados colgaba en la pared: una sonriente y hermosa joven inupiaq, de rasgos delicadamente angulosos, y Guy, un muchacho guapo, con todo el pelo. "Nací aquí hace setenta y dos años", dijo ella, "y aquí me quedé".

Qué haría yo si fuese profesor en Kobuk o Shungnak, pensé, y tuviera que enseñar la cultura e historia de la civilización que los está invadiendo. Quizá leeríamos a Shakespeare, un poco de Homero, uno de los *Diálogos* de Platón (ya conocen bien el cristianismo protestante). "Esto ha sido lo que han considerado importante a lo largo de los siglos", tendría que decirles. Y a continuación vivirían para ver cómo se abre una mina en los alrededores. Las formas y actitudes habituales de empresarios e ingenieros son poco representativas de la supuesta cultura occidental de nadie. La experiencia de la contradicción, como si fuera una pequeña dosis de veneno, les prepararía para sobrevivir en esta complicada sociedad pluralista. ¿Serían capaces de conservar un mínimo de respeto por las leyendas griegas que surgieron en las largas sobremesas entre amigos clarividentes? ¿Y de recordar también sus propias leyendas de dioses-animales relacionándose con hombres y mujeres? ¿No deberían los profesores desvelar la avaricia y la corrupción de los sucesivos imperios, escondidas

tras el arte y la filosofía? Estar sentado en medio de tales conversaciones en casas de troncos en Alaska me ayudó a entender aquello a lo que se enfrentan mis hijos y las hijas e hijos de mis vecinos de la sierra de San Juan en California. Parece que todo quedará obsoleto, excepto las matemáticas, la lingüística y el mito.

La sociedad americana —como cualquier otra— tiene su propio conjunto de supuestos incuestionables. Todavía mantiene una fe ciega en la noción del progreso en continuo desarrollo. Se aferra a la idea de que puede haber una objetividad científica intachable. Y, sobre todo, opera bajo el engaño de que cada uno de nosotros somos una especie de "conocedor solitario", que existimos como inteligencias desarraigadas sin sucesivas capas de contexto localizado. Simplemente un "yo" y el "mundo". Así no existe un reconocimiento verdadero de que nuestros abuelos, el entorno, la gramática, las mascotas, los amigos, los amantes, los niños, las herramientas y los poemas y canciones que recordamos son *con lo que* pensamos. Una mente tan solitaria —si pudiese existir— sería una aburrida prisionera de las abstracciones. *Sin alrededores no hay camino, y sin camino no se llega a la libertad.* No es de extrañar que los padres de los niños esquimales de toda la cuenca de Kotzebue divulguen los "valores inupiaq" en las paredes de sus escuelas.

Pobres intelectuales, pensaba yo. ¿Han sido siempre los filósofos, escritores y similares testigos inútiles ante los poderes fácticos de la Iglesia, el Estado y el mercado? En una cronología cortoplacista, esto es verdad. Si lo medimos en siglos y milenios, se ve que la filosofía siempre se entrelaza con el mito, tanto para explicarlo como para criticarlo, y que el mito fundamental al que un pueblo se adscribe avanza a la velocidad de un glaciar, pero es implacable. Los mitos profundos se modifican de forma parecida a la deriva de la lengua. En cualquier época, las fuerzas sociales pueden manipular y dar forma a ciertos usos durante un tiempo, como la Academia Francesa al intentar mantener a

raya los préstamos lingüísticos del inglés. Pero, finalmente, las lenguas vuelven a tomar un rumbo propio e inexplicable.

Lo mismo ocurre con el incluso mayor ámbito de las filosofías del mundo. Nosotros, meros espectadores, nos situamos en la morrena lateral del glaciar que Newton y Descartes contribuyeron a mover lentamente. La revivificada diosa glaciar Gaia desciende por otro valle, desde nuestro lejano pasado pagano, y otro brazo de hielo se desliza desde otro ángulo: el concepto práctico de la meditación budista que pone énfasis en la compasión y la percepción de un universo vacío. Algún día convergerán y aun así las señales en cada fracción confirmarán el lugar de origen de cada uno (como en el grandioso glaciar Baltoro en la cordillera del Karakórum). Algunos historiadores mantienen que detrás de cada idea y mitología por las que los pueblos se guían hay "pensadores". Yo creo que también se remontan al maíz, al reno, la calabaza, los boniatos y al arroz. Y a sus canciones.

Es bueno ser leal a un glaciar en concreto; es aconsejable estudiar todo el ciclo del agua; y es extraño y maravilloso saber que los glaciares no siempre fluyen y que las montañas caminan sin cesar.

Mis abuelos no nos contaban cuentos alrededor de una hoguera de campamento antes de irnos a dormir. En vez de eso, en su casa había una estufa de fueloil y una pequeña biblioteca (mi abuelo me dijo una vez: "¡Lee a Marx!"). Así que, en la civilización, la gente lee libros. Durante siglos, la "biblioteca" y la "universidad" han sido nuestro repositorio de sabiduría tradicional. En esta inmensa y vieja cultura occidental los libros son nuestros ancianos maestros. *¡Los libros son nuestros abuelos!* Este encantador pensamiento se me ocurrió mientras iba en el trineo de perros de John Cooper desde Kobuk a Shungnak bajando por el helado río Kobuk, subiendo por sus laderas y cantiles y atajando por caminos de sirga. Tenía la nariz y los dedos de las manos y los pies entumecidos. Oía el chirrido de las correas de cuero sin curtir que ensamblan el tri-

neo y le dan flexibilidad, el complejo tamborileo parecido al gamelán de las pisadas desacompasadas de los perros y el sonido sibilante de la nieve. Los perros jadeaban felices, con los ojos brillantes y la respiración humeante. Nos deslizábamos gracias a la alegre energía del perro lobo que corre en manada solo por correr y correr.

Desde esta perspectiva, las bibliotecas parecen un poco más interesantes. Tenemos a nuestra disposición a ancianos y útiles maestros, exigentes y amigables; pienso en Bartolomé de las Casas, Baruch Spinoza, Henry David Thoreau. Siempre me han gustado las bibliotecas: están calientes y abiertas hasta tarde.

Al llegar a Shungnak, cruzando el río helado, unos chicos nos saludaron gritando el nombre de cada uno de los perros de John. Había participado en la carrera Iditarod el año anterior y era un héroe local. Hans y Bonnie Boenish llegaron detrás de nosotros en otro trineo y con otro tiro. Sacamos los arreos a los perros y encadenamos a cada uno a su caseta. A continuación hervimos pescado blanco congelado dentro de un barril de petróleo de 200 litros en una hoguera de pícea (ahí recordé cómo los hawaianos cocinaban barriles de *taro* para alimentar a los cerdos). Al servir una cucharada de estofado de pescado en el cuenco metálico de cada perro, me sorprendí cantando para mis adentros los versos zen previos a la comida. Yo era el sirviente. Era como volver a estar en casa, en el *zendo*,[14] círculo de hueso, a la hora de comer.

> ¡El estofado de pescado es bueno de diez maneras
> para ayudar a los perros que tiran de los trineos
> no hay límite a los buenos resultados
> consumando el regocijo eterno!

Los perros de trineo me acompañaban cantando los *gathas*[15] con un coro desordenado de dulces y tristes aullidos.

14. *Zendo*: término de origen japonés. En el budismo zen, sala de reunión y meditación.
15. *Gatha*: palabra sánscrita que significa "canto" o "verso".

Llegamos andando hasta la casita de nuestros anfitriones, los profesores Bob y Cora McGuire, bajo un cortado en la ribera del helado río Kobuk. Debíamos de estar a unos cero grados, pero las niñas de los McGuire, Jennifer y Arlene, jugaban bajo la débil luz del sol.

Dentro de la casa, la cocina de fueloil se mantenía templada y la estufa de leña estaba siempre encendida. Con ropa interior larga y camisas gruesas de lana sobre los jerséis, no pasábamos frío. Habían bajado unos contenedores rojos de plástico llenos de agua desde la colina donde estaba la escuela, y los guardaban en la cocina para que el agua no se congelase. Nos dedicamos a contar anécdotas mientras tomábamos café; Bob había sido profesor muchos años. Tiempo atrás se marchó del norte de Alaska durante un año para visitar y estudiar escuelas rurales por el mundo. Cora también es profesora y sus alumnos son atabascanos. Bob y Cora se conocieron en la universidad.

"Si lo único que intentáramos enseñar fueran los valores de la civilización occidental, solo difundiríamos la ideología del individualismo y de la singularidad humana, su privativa dignidad, el potencial infinito del hombre y la gloria del éxito", dije, mirándolo desde otra perspectiva. ¿No es esa la filosofía de las compañías petrolíferas? ("El introspectivo carácter judío, el narcisismo griego, la dominación cristiana" es como lo cataloga el experto en osos grizzlies Doug Peacock). Después del protestantismo, el capitalismo y la conquista del mundo, quizás sea ese el resumen la cultura occidental.

Pero no era así cuando la sabiduría griega se abrió de nuevo paso en la historia. Desde el punto de vista de las vivaces mentes italianas de los siglos XV y XVI, el mensaje de los textos griegos era que los seres humanos son soberanamente inteligentes, imaginativos, fuertes, audaces y hermosos; "paganos" y "poéticos". Quizás no era tanto una jactancia de la raza humana (excepto a los ojos de la iglesia) como un redescubrimiento de

la cultura secular y de los seres humanos como entes orgánicos en un mundo natural. En todo caso, el estudio apasionado y en profundidad de la Antigüedad —por el que los pensadores occidentales han pasado varias veces— es como un aprendizaje con los ancianos de las culturas tradicionales. La frescura del Renacimiento se coló en el aburrido plan de estudios de latín, cultura y lengua de las clases medias europeas. Pero la fascinación por la personalidad y las nuevas posibilidades se diluyeron frente al autoritarismo y la pedantería.

Los maestros infantiles —nativos o blancos— agradecen la oportunidad de enseñar un poco de historia, filosofía o literatura, sea de la cultura que sea. Los maestros rurales que he conocido en el norte organizan voluntariamente visitas de los ancianos de las tribus a las aulas y apoyan la enseñanza de la cultura tradicional. Algunos líderes locales dijeron que habían llegado a sentir que estamos todos en el mismo barco: la cultura occidental, con su capitalismo avasallador y su anticuado socialismo, así como los jirones supervivientes de los grandes linajes de cazadores y recolectores del Paleolítico.

Quizá los humanistas europeos no estuvieron precisamente del lado de las élites de poder. A simple vista, sirvieron a los poderosos de las ciudades, pero su "proyecto", tanto si lo sabían como si no, era en el fondo una defensa de lo vernáculo, porque hay que evitar intereses estrechos y atrincherarse en las opiniones para pensar con claridad: los valores vernáculos se oponen incondicionalmente a los intereses particulares de las multinacionales, el capital, los empresarios, la burocracia religiosa centralizada y otras instituciones similares. Ser de una región, ser de un sitio, tiene su propio sesgo, pero no puede ser exagerado porque se arraiga en los procesos inviolables del mundo natural.

Así, la filosofía es un ejercicio enraizado en un lugar. Viene del cuerpo y del corazón y se ratifica comparándola con la experiencia

compartida ("la sabiduría de las abuelas" sospecha de los hombres que pasan mucho tiempo hablando en la casa comunal cuando deberían estar cosiendo redes o haciendo otras cosas. Acabarán metiéndose en líos, y quizás inventando el Estado). Cerramos el círculo al admitir que es necesario prestar atención a los ancianos del pueblo y también a los sabios de Occidente que han sido preservados milagrosamente gracias a la frágil institución de la biblioteca.

Una noche di un recital de poesía en la escuela de Kobuk. Fue ahí cuando John Cooper apareció por primera vez. Había conducido sus perros sesenta kilómetros hacia el sur desde su cabaña en el río Ambler para escuchar unos poemas. La voz se había corrido por radio. Cuando llegó su trineo, todos los perros del mundo se pusieron a ladrar. Conocí a John en la Universidad de Colorado a principios de los setenta cuando estudiaba gestión forestal y se convirtió en un defensor de la naturaleza salvaje. El auditorio estaba compuesto por nativos locales y unos pocos profesores blancos, muchos de los cuales nunca habían oído recitar poesía. Más tarde esa noche hablamos de los cantantes-percusionistas que acompañaban a los bailarines y la similitud de su función con el oficio de los poetas. Una pareja inupiaq que también había venido a la lectura desde otro pueblo habló de la antigüedad del mito. Nuestros ancestros, dijeron, contaban las mismas historias que los griegos, que los pueblos de la India y que el resto de la América indígena. *Todos* teníamos una cultura clásica.

Hubo preguntas sobre las civilizaciones del lejano Oriente y le presté un ejemplar del *Tao Te Ching* de Lao Tse a una reflexiva líder de la comunidad, activa tanto en la defensa de la cultura nativa como en la iglesia. Dos días más tarde, a la hora del café, me lo devolvió diciendo: "Antiguo. El libro es muy sabio y antiguo. No sabía que los chinos se remontaban a tanto tiempo atrás". Le pregunté sobre su labor con la iglesia, porque sabía que también

estaba muy implicada en el renacimiento del espíritu inupiaq. "Es agradable formar parte de algo internacional", me dijo. "No conocía nada de China ni de la India ni de sus filosofías. Pero, como estoy en la iglesia, tengo amigos en todas partes y gente a la que voy a ver cuando viajo a Seattle".

Steve y yo nos marchamos de Shungnak una mañana muy temprano. Fuimos en un par de motos de nieve hasta la pista de despegue; dos cuervos saltaban alrededor de un perro dormido en la nieve, el aire glacial soplaba sobre la montaña Old Man y más allá, hasta el desfiladero entre las colinas donde el sendero conduce a Bornite. La noche anterior se había disputado un partido de baloncesto en la escuela y las chicas del pueblo estaban allí para despedir al equipo visitante. Dos de ellas rondaban alrededor del avión de las líneas aéreas Ambler llorando y gimoteando por sus nuevos novios, mientras otras chicas más mayores las reprendían por no mostrar indiferencia. En el avión había otro equipo que iba a un partido en Fairbanks. Eran todo chicas. Mientras el precio del petróleo se mantuviera alto en Alaska, las líneas aéreas locales podían cubrir gastos con el baloncesto escolar.

"La bahía de Prudhoe –dijo John Cooper–. Solía trabajar ahí en verano. La gente de la bahía de Prudhoe trabaja el día completo, doce horas al día, siete días a la semana. Se lo funden en cocaína".

La escritura de la naturaleza

Uno de los criterios que debe cumplir el estudio de las humanidades es el interés por el análisis de textos. Un texto es información almacenada a lo largo del tiempo. La estratigrafía de las rocas, las capas de polen en una marisma, los anillos concéntricos en el tronco de un árbol también pueden considerarse textos. La caligrafía de los ríos zigzagueando por la tierra mientras dejan trazo sobre trazo de lechos anteriores es

texto. Las capas de historia en la lengua son a su vez un texto de esta. En el libro *Proto-Indoeuropean Trees*, Paul Friedrich identifica los "primitivos semánticos" de las lenguas tribales indoeuropeas mediante un grupo de palabras que no han cambiado demasiado en doce mil años, y son nombres de árboles: especialmente abedul, sauce, aliso, olmo, fresno, manzano y haya (*bher, wyt, alysos, ulmo, os, abul, bhago*) (Friedrich, 1970). Semillas de sílabas, *bija*,[16] de la vida occidental.

En la antigua China, los adivinos calentaban un caparazón de tortuga sobre una llama hasta que se resquebrajaba para después interpretar las grietas. La escritura empezó, según los propios chinos, copiando estas grietas. Todas las formas de escritura se relacionan con materiales naturales. Los caracteres chinos actuales, con sus pequeñas curvas y ángulos, aparecieron cuando los chinos de la dinastía Han dejaron de usar un punzón para grabar símbolos en cañas de bambú peladas y pasaron a escribir con un pincel de pelo de conejo empapado en tinta de hollín de madera de pino sobre un papel absorbente de fibra de mora. Las formas de los caracteres chinos varían en función de la manera en que la punta del pincel se mueve cuando se eleva de la página. Levantar un pincel, un buril, un bolígrafo o un punzón es como dejar de morder o levantar una garra.

Aviones ligeros como cometas bailan en el viento. Durante los largos días de la primavera ártica, la gente vuela a cualquier hora del día o de la noche. Volamos dejando Bettles al sur, para aterrizar deslizándonos sobre la nieve en Fairbanks. Allí visité a Erik Granquist, un paleotaxidermista finés, para echar un vistazo a su reconstrucción del cuerpo de un antiguo tipo de bisonte que había muerto hacía 36.000 años. Por entonces todavía estaba en el laboratorio de la universidad. Era un animal pequeño,

16. *Bija*: palabra sánscrita que significa "sílaba semilla". Originalmente es parte del vocabulario de los mantras, como, por ejemplo, *Om*.

hermosamente compacto y relleno, y cuya piel tiene ahora un tono azulado. El proyecto anterior de Erik había sido un mamut lanudo en Polonia, encontrado en el depósito de sal en el que había caído.

Erik me enseñó a leer la historia de este bisonte del Pleistoceno: "Está sobre sus cuatro patas, desplomado hacia delante, porque cuando se mata a un bisonte, no cae de costado como un alce, se desploma sobre sí mismo. El león que le atacó desde atrás le hizo estos arañazos en la piel. No era distinto a un león africano actual. Se pueden ver las marcas de las garras y las incisiones de los colmillos: tienen exactamente la anchura de los dientes de un león moderno. También tiene arañazos en el morro y marcas de garras bajo la mandíbula y en el cuello, que muestran como un segundo león lo tenía agarrado por el morro y le mantenía la cabeza agachada. A continuación, la forma en que la piel estaba abierta muestra que se lo comieron desde atrás, arrancando la carne alrededor de la cola y el espinazo, para abandonarlo después. No se comieron ni el cuello ni la cabeza, por eso quedó colapsado tal cual lo dejaron, con una sola tira de piel desgarrada a lo largo de la columna. Poco después de que los leones acabaran con él, bajó la temperatura y se congeló. Era otoño. Durante la primavera siguiente —se encontraba en la cara norte de la ladera—, el barro que se fue deshelando en la parte superior de la pendiente cayó encima del bisonte congelado, todavía sobre sus cuatro patas, y lo cubrió. Fue arrastrado hasta el permafrost, donde quedó sellado de forma anaeróbica y se mantuvo congelado hasta que la minería hidráulica lo afloró hace unos años".

Erik también me explicó cómo, el día de su cumpleaños, y coincidiendo con el fin de la reconstrucción, se comió sacramentalmente un pequeño trozo de la carne que había estado helada durante milenios y trasladada después en helicóptero a un congelador. Ese cuerpo de bisonte, un texto rescatado de un antiguo manuscrito, puede verse hoy expuesto en el museo de la Universidad de Alaska, donde se le conoce como Babe.

La cultura occidental es muy breve si la comparamos con el cadáver de un bisonte que trasciende el tiempo, con la sinuosa caligrafía de un río que desciende por las llanuras del Yukón o con el arcaico cosmopolitismo circumpolar de la tradición que conecta los pueblos kuuvangmiut. El humanismo euroamericano ha sido la historia de unos escritores y académicos profundamente conmovidos y transformados por su inmersión en literaturas e historias previas. Sus escritos nos han dado una útil perspectiva cultural –más que teológica o biológica– sobre la condición humana. Los griegos de los tiempos de Pericles asimilaron la sabiduría tradicional homérica, que databa de la Edad del Bronce e incluso antes. Estudiar a los griegos engrandeció a los romanos. Los investigadores del Renacimiento se alimentaron de Grecia y Roma. Hoy, una nueva generación de poshumanistas estudia y experimenta las diversas pequeñas naciones del planeta llegando a apreciar lo "primitivo", y descubriendo que la prehistoria es un área de conocimiento de gran riqueza y en continua expansión. Obtenemos así un destello de la profundidad de nuestra primordial raíz humana. La naturaleza salvaje está inextricablemente trenzada con el ser y la cultura. El *pos-* en el término *poshumanismo* se debe a la palabra *humano*. Nuestro próximo diálogo será entre todos los seres, hacia un discurso de relaciones ecológicas. Esto no implica menospreciar lo humano: "el estudio correcto de la humanidad" es qué significa ser humano. No basta enseñar en la escuela que somos semejantes al resto, hemos de sentirlo completamente. Solo entonces podremos ser únicamente "humanos" sin considerarlo un privilegio especial. El agua es el *koan* del agua, como dice Dogen, y los seres humanos son su propio *koan*. Los osos grizzlies, las ballenas, los macacos o las *Rattus* preferirían mil veces que los humanos (especialmente los euroamericanos) se conocieran *a sí mismos* en profundidad antes de pretender investigar a los osos o los cetáceos.

Cuando los humanos se conocen a sí mismos, el resto de la naturaleza está ahí. Es parte de lo que los budistas llaman *dharma*.

Los estudiosos del lenguaje usan la palabra *gramática* para describir la estructura de una lengua y el sistema de normas que la regula. Una gramática es como una cesta que contiene oraciones que funcionan todas en una lengua determinada. Al principio, los estudiosos del lenguaje confundían la escritura con el habla. Es evidente en la propia palabra *gramática*: *gramma* en griego significa "letra", con la raíz *gerebh* o *grebh*, "rayar". *Gramática*, viene de *gramma techne*, "rayas tejidas". Pero es bastante obvio que la existencia primaria de la lengua está en el suceso, en el habla. El lenguaje no es una talla, es un bucle de aliento, una brisa entre pinos.

Las metáforas del tipo "la naturaleza es como un libro" no solo son inexactas, sino perniciosas. El mundo puede estar repleto de signos, pero no es un texto fijo al que se le añada un archivo de comentarios críticos. El excesivo apego a un modelo basado en el estudio libresco va emparejado con asumir que no sucedió realmente nada interesante antes de que empezara la historia escrita. Es cierto que los sistemas escritos dan cierta ventaja. Los pueblos con escritura se han creído superiores a los otros, y quienes tenían un libro sagrado se han colocado por encima de aquellos con una religión popular, independientemente de la riqueza de sus mitos y ceremonias.

Desde Fairbanks retrocedí hacia el sur hasta Anchorage. Una noche Ron Scollon y yo fuimos al bar Pioneer en Anchorage: yo le explicaba nuestro viaje por el río Kobuk y él me ponía al día de lo que había sucedido en el campo de la lingüística. Ron y Suzanne Scollon son lingüistas profesionales. Han estudiado la familia de lenguas atabascanas durante años y publicado trabajos basados en la observación del aprendizaje del lenguaje, tanto de niños atabascanos como caucásicos, en los pueblos subárticos. Así que compartí con él mi idea; que el lenguaje pertenece a nuestra naturaleza biológica, mientras que la escritura es como las huellas

de un alce en la nieve. "Ron-le dije-, ¿no pertenece el lenguaje, de alguna forma, a la biología?".

La respuesta de Ron fue básicamente la siguiente disertación: "Wilhelm von Humboldt –probablemente con alguna influencia de su hermano Alexander– creó la metáfora de la "especiación", tanto para los fenómenos orgánicos como para el lenguaje. Desde entonces, las lenguas se han visto como si cada una fuera una especie diferente, y los primeros lingüistas históricos solían hablar de cierta competición darwiniana entre ellas. Pero en biología, las especies nunca convergen, solo divergen. Todas las lenguas pertenecen a la misma especie y pueden cruzarse entre sí, por tanto, pueden converger. La dinámica entre lenguas no es solo competitiva, sino también familiar y ecológica. Tampoco se puede inferir de la historia del lenguaje que haya un tipo de mejora evolutiva: todas las lenguas funcionan igual de bien y cada una tiene su propia elegancia. No existe la lengua 'más fuerte' de todas. El inglés se convirtió en una lengua internacional solo gracias al afán aventurero de los británicos y americanos (el inglés es un rico muladar de palabras a medio fermentar que más tarde se embarulló por la derrota a manos de los normandos: una lengua genuinamente criolla que tuvo la suerte de convertirse en la segunda del mundo). Lo cierto es que los cambios lingüísticos –vocálicos, consonánticos, hacia gramáticas más simples o más complejas–, no responden a ninguna necesidad práctica". "Vale, entonces no se le aplican los principios de la evolución. ¿Y los de las fuerzas ecológicas? Los seres humanos son todavía una especie salvaje, nunca se ha controlado nuestra reproducción para conseguir un rendimiento específico. ¿Estás de acuerdo en que el lenguaje también es salvaje? Sus estructuras básicas no se domestican o educan. Pertenecen al lado salvaje de la mente". "Por supuesto -dijo-. Pero si el lenguaje es solo una especie, debe de haber otras criaturas en el entorno salvaje de tu mente con las que interactúe,

porque un hábitat salvaje es un sistema. Si el lenguaje es el bisonte del Pleistoceno, ¿qué es el león?".

"¡Ja! Si el lenguaje es un herbívoro" —dije yo—, no está en la parte superior de la cadena. Se podría decir que 'la poesía' es el león porque la poesía claramente se come e intensifica el habla natural. Pero, como el lenguaje colorea casi todo nuestro pensamiento y la poesía es un subconjunto del uso del lenguaje, no puede ser. Yo diría que es 'la mente en el momento', incondicionada, la que come, transforma y va más allá del lenguaje. El arte, o el juego creativo, a veces lo hace yendo directamente a la frescura y la singularidad del momento, y a la experiencia sin intermediarios".

Ron me puso a prueba con un desafío whorfiano: "¿Hay *alguna* experiencia, sea la que sea, que no necesite la mediación del lenguaje?". Golpeé la mesa con mi pesada jarra de cerveza y media docena de personas dieron un respingo y nos miraron. Tuvimos que reírnos y dejarlo en este punto de la conversación, ya que parece que siempre acaba volviéndose al misterio de lo ordinario. Nuestra mesa estaba debajo de la cabeza astada de un caribú.

Todos los intelectuales que conozco en Alaska, tanto nativos como blancos, participan activamente en el intento de mantener vivas las lenguas autóctonas. Michael Krauss, James Kari, Gary Holthaus, los Scollon, Katherine Peters, Richard y Nora Dauenhauer, Elsie Mather, Steve Grubis y profesores como los Boenish y el ecólogo-antropólogo Richard Nelson, se han tomado el tema de la supervivencia de la lengua como algo personal. Krauss, que dirige el Centro de Lenguas Nativas de Alaska, no es optimista; los hablantes más jóvenes de las lenguas nativas envejecen cada año que pasa. El pueblo de Kobuk es uno de los más fuertes, pero incluso allí me dijeron que los hablantes más jóvenes eran adolescentes, y los niños en el patio de la escuela jugaban en inglés. Aunque hay un programa estatal de apoyo a la educación bilingüe y excelentes textos bilingües y libros de texto

en todas las lenguas nativas, parece que están desapareciendo. Es como si la mayoría de las familias nativas percibiera el inglés como el futuro y la fuente del potencial éxito económico de sus hijos, y por eso no se esfuerzan en hablar "la Lengua" en casa (en Australia siempre oí que cuando se debatía sobre cualquier lengua local se la llamaba "la Lengua"; "¿habla la Lengua?").

Puede que sea una fase pasajera. Puede que las lenguas nativas vuelvan a tener fuerza. Ayudaría si los profesores y los directores de centros educativos educados en los Estados Unidos, que son —a excepción de en unas pocas áreas— mayoritariamente monolingües, entendieran que el bilingüismo no es ni raro ni difícil. Un director para quien el español en la escuela secundaria era una pesadilla no se cree que una niña esquimal pueda ser bilingüe con facilidad. En el pasado, el multilingüismo prácticamente universal garantizaba el cosmopolitismo del mosaico mundial de pequeñas naciones basadas en biorregiones. Se dice que un viejo yupik que murió cazando un caribú hace algunos años —se ahogó cruzando un río— fue uno de los últimos de la generación más antigua de hablantes multilingües. Se sabía que hablaba yupik, dena'ina (una lengua atabascana), ruso, inglés y un poco de inupiaq.

Para hablar de una "ecología del lenguaje" podríamos empezar por reconocer, en un solo hablante, la coexistencia habitual de niveles, códigos, jergas, dialectos y lenguas completas, incluso algunas de familias diferentes. John Gumperz (1964) describe la situación de un pueblo en el norte de la India donde "los dialectos locales son la lengua vernácula para la mayoría de sus habitantes. Puede que haya algunos grupos de intocables con lenguas vernáculas propias. Además de las vernáculas, hay diversas jergas. Una forma del dialecto subregional se utiliza para negociar con los comerciantes de los mercadillos de ciudades vecinas; con artistas ambulantes o con los ascetas religiosos pueden utilizarse

otras formas diferentes... Es posible que los ascetas ambulantes del culto a Krishna usen el braj bhasa mientras los devotos de Rama utilizan el avadhi. El hindi estándar sirve para relacionarse con forasteros cultos; el urdu, para transacciones empresariales o para hablar con musulmanes cultos. Además, la gente con estudios habla inglés y hay otros que al menos saben algo de sánscrito".

Volvamos a los pueblos: la mezcla local de dialectos y lenguas estándar es particular a cada lugar. Todas están arraigadas en la naturaleza; pero su ramificación llega al mundo entero (aunque esta noche la gente de las zonas remotas de Alaska, en McGrath, Kobuk o Kiana, quizás verá en la televisión por satélite el mismo programa que ahora se oye en la otra punta del bar).

Y aquí es donde entran los clásicos. Lo clásico proporciona una especie de norma. No la normalidad estadística del conductismo, sino un canon que se constituye por su permanencia y por un amplio e instruido consenso. La permanencia a lo largo de la historia tiene relación con el grado de intencionalidad, intensidad, concienciación, juego e incorporación de estrategias y modelos anteriores del propio medio, más la reutilización o reinterpretación creativa de las formas recibidas. A esto se suma la coherencia intelectual, la relevancia humana a largo plazo que trasciende el tiempo y una resonancia con las imágenes profundas del inconsciente. Para conseguir este estatus, es necesario que muchas naciones acepten el texto o historia durante unos cuantos milenios, lo representen y lo traduzcan en múltiples ocasiones.

El marco temporal inmediato de la experiencia humana son los climas y ecologías del Holoceno, es "el momento presente", los diez u once mil años desde la última edad de hielo. Entre las literaturas tradicionales hay probablemente algunas historias completas que son *tan* antiguas, al igual que una cantidad enorme de literatura más reciente compuesta de elementos prestados de la tradición anterior. Durante la mayor parte del tiempo al que nos referimos, las poblaciones humanas fueron relativamente

pequeñas y se viajaba a pie, a caballo o en barco. Tanto en Grecia, Germania Magna como en la China de la dinastía Han, siempre había áreas boscosas cercanas y animales salvajes, aves acuáticas migratorias, mares llenos de peces y ballenas, y todo formaba parte de la experiencia de cualquier persona activa. Aparecen animales como caracteres literarios y presencias universales en la imaginación y en los arquetipos religiosos porque estaban *ahí*. Las ideas e imágenes de páramos, tempestades, entornos salvajes y montañas no son una abstracción: surgen de la experiencia cisalpina, hiperbórea, circumpolar, transpacífica, ulterior al límite civilizado. Es el mundo en que la gente habitaba hasta finales del siglo XIX. (¿Cuándo fue la población del planeta la mitad de la que es hoy? Alrededor de la década de 1950).

Las condiciones de vida en el lejano Norte todavía se aproximan bastante a la experiencia del universo de los cazadores-recolectores, el tipo de mundo que no fue solo la cuna, sino también la joven edad adulta de la humanidad. El Norte aún tiene una comunidad salvaje, con la mayor parte de sus poblaciones intactas. Hay un grupo relativamente pequeño de individuos resistentes que viven de la caza y la recolección y han aprendido a moverse con la conciencia plena imprescindible en la antigua experiencia humana. No es la "frontera" sino el final del Pleistoceno en pleno apogeo del salmón, el oso, el caribú, el ciervo, los patos y gansos, las ballenas, las morsas y los alces. Por supuesto, no durará mucho más. El Refugio de Vida Silvestre del Ártico será perforado en busca de petróleo y el bosque Tongass del sudeste de Alaska se ha llenado de carreteras y talado hasta lo inconcebible.

El Nuevo Mundo del Norte es una ventana al pasado europeo: ¿de dónde vienen el salmón sagrado de los celtas, los Bjorns y Brauns y Brun (hilde) [*bhar*: oso] de la literatura nórdica de Europa, los delfines del Mediterráneo, las danzas del oso de Artemisa y la piel de león de Heracles sino de los sistemas salvajes en que

vivían los humanos? La persistencia de estas criaturas maravillosas en la literatura y en nuestra imaginación nos explica lo importantes que son para la salud de nuestras almas.

Ron y yo cambiamos de conversación y hablamos de China. Ambos compartimos esta doble visión: valoramos que Alaska es el sitio más abierto y salvaje del Norte —y uno de los lugares más salvajes que quedan en la tierra— y China es la civilización más concienzudamente literaria de todas. No están tan alejadas la una de la otra en el globo terráqueo. Ambas parecen ir acercándose a su propio final. Pero China, con todo lo destructiva que su historia medioambiental reciente pueda ser, es una gran civilización que quizá se mantenga vital gracias a un pequeño hilo sobreviviente de su carácter salvaje (llamémoslo canciones miao y poemas chan),[17] y algo de Alaska puede que sobreviva si convierte a su recién llegada población euroamericana en amante de la naturaleza salvaje posindustrial, gracias a la magia de su peligro ocasional, noche polar y sol de medianoche, su vacío, inutilidad y anonimato, su aliento helado y su pescado ahumado. El periódico de Anchorage publicó que se había visto de nuevo a dos alces paseando por el aparcamiento de un centro comercial, justo frente al bosque de abetos que lleva a las montañas Chugach.

Una joven blanca me preguntó (esto fue en otra ocasión): "Nosotros hemos echado mano de los animales para todo: los comemos, cantamos sobre ellos, los dibujamos, los cabalgamos y los soñamos. Mientras tanto, ¿qué obtienen ellos de nosotros?". Una pregunta excelente, pertinente y elegante, planteada desde el punto de vista de los animales. Los ainu dicen que al ciervo, al salmón y al oso les gusta nuestra música y que están fascinados por nuestras lenguas. Por eso cantamos a los peces o a los animales de la caza, les hablamos, y bendecimos la mesa. Periódicamente

17. Canciones miao y poemas chan: las primeras, canciones de la tradición oral de la minoría miao, en China, cuyo tema principal es la creación del mundo. *Chan* es la palabra china para una escuela del budismo Mahayana. La palabra japonesa *zen* deriva de *chan*.

bailamos para ellos; una canción a cambio de tu cena: actuar es la moneda en la economía del don del mundo profundo. Las otras criaturas probablemente nos encuentran un poco frívolos: nos cambiamos continuamente la vestimenta y comemos demasiadas cosas diferentes. No puedo evitar sentir que la naturaleza no humana es bien intencionada con la humanidad y solo desearía que la gente moderna fuera más recíproca y no tan sanguinaria.

Bajé a desayunar con Gary Holthaus, alaskeño desde hace mucho tiempo y director del Fórum de Humanidades de Alaska, al sótano del Hotel Capitan Cook. Yo había asistido a su asamblea anual el día anterior para presentar un informe sobre el tiempo que había pasado junto a los kuuvangmiut. (Durante los años setenta viajamos juntos a Aleknagik, pueblo yupik del sudeste de Alaska, y le vi empaquetar un libro de Marco Aurelio). Todavía seguíamos comentando algunas ideas de días anteriores en la asamblea, y no estábamos de humor como para ser benévolos con el proyecto humanístico. Decíamos que tampoco se había preocupado tanto por la vida real del mito, la poesía y los valores. Los pensadores griegos tuvieron para *empezar* un fondo oral de canciones e historias asombrosamente vitales, los poemas homéricos y Hesíodo. Pero sus estudios humanísticos se convirtieron en una preocupación por el lenguaje extrañamente formalista y estrecho.

Se había abierto un hueco entre los espacios del chamán, el sacerdote, el poeta y el mitógrafo. Ese hueco era la ciudad, la pequeña ciudad-estado. El pensamiento en la ciudad era el reflejo de una especie de competición: la forma poética y mítica de mirar, común en los pueblos, frente a la discusión y el *reportaje* diario que dominaba la vida urbana. En el fondo era una competición entre la economía de subsistencia y la de excedente, con su centralización del comercio. Por eso los filósofos –los sofistas– enseñaban a los jóvenes ricos cómo discutir eficazmente en público. Hicieron un buen trabajo; son los maestros fundadores de toda la estirpe intelectual occidental. El noventa por ciento de todo lo que han

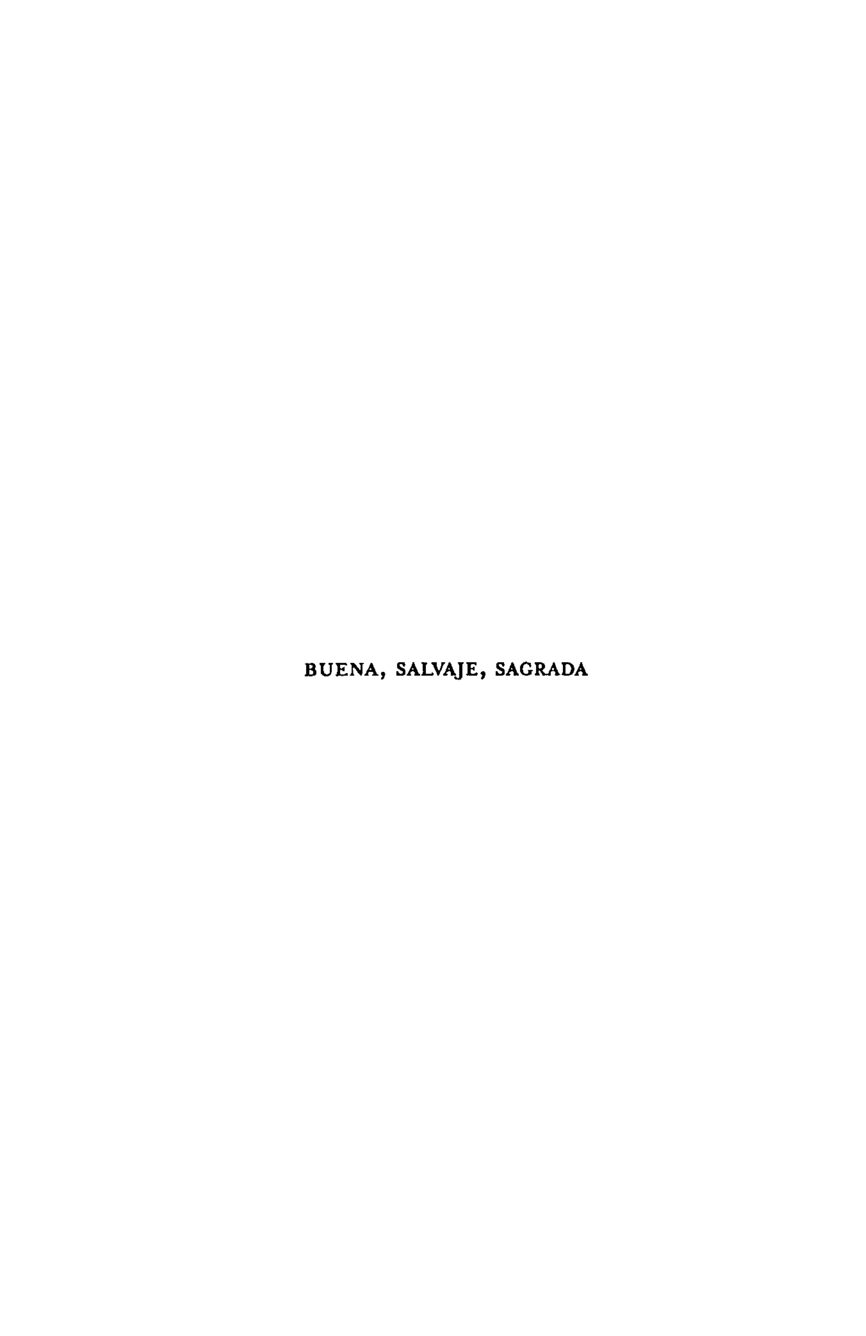
hecho los llamados humanistas a lo largo de la historia ha sido enzarzarse con el lenguaje: gramática, retórica y, luego, filología. Durante dos mil quinientos años, no solo creyeron en "la palabra", sino también en que tenía un formato correcto. Y si algunos franceses están intentando ahora desarmar la palabra, es porque siguen en la misma tradición y con la misma obsesión. Pero hubo gente interesante en esa tradición: Hipatia, con su paganismo intelectual matemático, y Petrarca, el primer montañero moderno y primer poeta lírico en lengua vernácula, por mencionar solo a dos.

No hay nada malo en hablar claro y con una argumentación honesta. "Hablar bien no tiene relación con ser occidental, de clase alta o con estudios", dijo Holthaus. "He estado en cientos de reuniones, muchas de ellas en zonas rurales. Las gentes yupik, inupiaq o kutchin, hablan todos con libertad y van al grano. Las mujeres también son unas potentes oradoras. No aprendieron a serlo leyendo a Cicerón en la escuela".

Thoreau escribió sobre "nuestra inmensa, salvaje, aulladora madre, la Naturaleza, presente por doquier con tanta belleza y tanto afecto hacia sus hijos como el leopardo; y, sin embargo, qué pronto hemos abandonado su pecho para entregarnos a la sociedad".[18] ¿Es posible que el conjunto de una sociedad pueda estar en paz con la naturaleza y no simplemente vivir a su costa? Thoreau contesta: "Los españoles tienen un buen término para expresar esta sabiduría salvaje y oscura: *gramática parda*, una forma de sentido común que proviene del mismo leopardo al que he hecho referencia". La gramática no solo del lenguaje, sino de la cultura y la civilización misma, es del mismo orden que un arroyuelo musgoso en el bosque o una piedra del desierto.

18. En *Caminar*, Henry David Thoreau. *Véase* nota 7.

En una de sus charlas, Dogen dijo: "Avanzar y experimentar innumerables cosas es una ilusión. Pero, cuando las cosas innumerables avanzan y se experimentan *a sí mismas*, es un despertar". Si aplicamos esto a la teoría lingüística, creo que sugiere que cuando los filósofos occidentales centrados en el logos promueven sin sentido crítico que el lenguaje es un don humano único que sirve para organizar un universo caótico, se trata de una ilusión. Los multifacéticos y sutiles cosmos del universo han encontrado su enlace en las estructuras simbólicas, dejándonos miles de gramáticas pardas del lenguaje humano.



BUENA, SALVAJE, SAGRADA

Erradicar lo salvaje

Mi familia y yo llevamos veinte años viviendo en la cordillera de la Sierra Nevada al norte de California. Las laderas de esta cadena montañosa son de alguna manera "salvajes" y no especialmente "buenas". A sus habitantes originales, los nisenan (o maidu del sur), se les desplazó o aniquiló durante las primeras décadas de la fiebre del oro. No parece que quede nadie para podernos enseñar qué lugares de este entorno se consideraban "sagrados", aunque con tiempo y atención, creo que seremos capaces de sentirlos y encontrarlos otra vez.

Tierra salvaje, buena tierra, tierra sagrada. En casa trabajando en nuestra granja, en reuniones políticas en el pueblo, y más lejos, estudiando los problemas de los pueblos indígenas, escucho cómo esas palabras emergen. Examinando estas tres categorías quizá podamos conseguir entender los problemas de habitar un entorno rural, la vida de subsistencia, la preservación de la naturaleza salvaje y la resistencia del tercer y cuarto mundo a las exigencias de la civilización industrial.

Nuestra idea de "buena tierra" viene de la agricultura. Aquí el significado de *buena* —como en "buen suelo"— se reduce a tierra que produce algunas variedades elegidas y, por tanto, prima lo opuesto de *salvaje*, que es lo cultivado. Para cultivar, luchas contra los bichos, espantas los pájaros y arrancas las malas hierbas. Lo salvaje que sigue volando, creciendo y trepando es pura frustración. Aun así, la naturaleza salvaje no puede catalogarse como improductiva. No hay planta fuera de lugar en los mosaicos casi infinitos de ninguna micro o macro comunidad. Para los pueblos cazadores y recolectores que basan su economía en ese

despliegue de riqueza —un sistema salvaje natural—, un pedazo de tierra cultivada puede parecer extraño y nada bueno, al menos al principio. Los recolectores aprovechan todo el territorio, recorriendo diariamente grandes distancias. Los pueblos agricultores basan su vida en un mapa de nodos muy productivos (los campos desbrozados) conectados por líneas (senderos a través del temible bosque). Es un inicio de lo "lineal".

Para los pueblos preagrícolas, los lugares considerados sagrados, y a los que se dedicaba especial atención, eran, por supuesto, salvajes. En las civilizaciones agrarias tempranas, a veces se imaginaba sagrada la tierra cultivada mediante un rito o los campos junto a los templos. Los cultos a la fertilidad de esa época no necesariamente celebraban la de *toda* la naturaleza, si no que se centraban en la cosecha propia. La idea de lo cultivado se extendió conceptualmente para describir un tipo de formación en pautas sociales que garantizase la pertenencia a una élite. Según la metáfora del "cultivo espiritual", un hombre santo ha arrancado lo salvaje de su naturaleza. Se trata de teología agrícola; pero eliminar lo salvaje de la naturaleza de miembros de los clanes bos y sus —vacas y cerdos— transformó gradualmente a animales inteligentes y despiertos en un entorno salvaje en indolentes máquinas productoras de carne.

Algunas arboledas del bosque original perduraron a lo largo de los tiempos clásicos como "templos" bajo la mirada recelosa de los dirigentes de la metrópoli. Sobrevivieron porque la gente que trabajaba la tierra todavía escuchaba el eco de hábitos antiguos, y aún se susurraba la sabiduría tradicional anterior a la agricultura. Los reyes de Israel empezaron a talar las arboledas sagradas y los cristianos remataron el trabajo. La idea de que "salvaje" podía significar también "sagrado" regresó a Occidente solo con el Romanticismo. Este redescubrimiento de la naturaleza salvaje en el siglo XIX es un complejo fenómeno europeo, una reacción contra el racionalismo formalista y el despotismo ilustrado que apelaba a la sensibilidad, al instinto, a los nuevos nacionalismos y a una cultura popular

sentimentalizada. Solo por culturas muy antiguas enraizadas en su entorno sabemos de arboledas sagradas y tierra sagrada, en un contexto de práctica y creencia genuinas. Parte de ese contexto es la tradición del procomún: la "buena" tierra se convierte en propiedad privada; lo salvaje y lo sagrado se comparte.

En todo el mundo, los habitantes originarios de desiertos, junglas y bosques se enfrentan periódicamente a una inacabable marea de incursiones en sus territorios más remotos. Les habían permitido el uso de esas tierras mediante tratados o por omisión, porque la sociedad dominante decidió que la tundra ártica, el árido desierto o la selva no eran "buenos". Ahora, los pueblos nativos de todas partes llevan a cabo una lucha desfavorable y sin recursos contra corporaciones increíblemente ricas para evitar la deforestación, la explotación petrolífera o la extracción de uranio de sus tierras. Mantienen su lucha no solo porque esa tierra siempre ha sido su hogar, sino también porque para ellos algunos de esos lugares son sagrados. Este último aspecto les hace luchar de forma desesperada para resistir la poderosa tentación de vender, coger el dinero y aceptar ser desplazados. A veces la tentación y la confusión son demasiado fuertes; se rinden y se marchan.

Por tanto, surgen cuestiones políticas muy convincentes y actuales respecto al tradicional uso religioso de algunos lugares. Estaba en la Universidad de Montana la primavera de 1982 en un panel con Russell Means, fundador y activista del Movimiento Indígena Estadounidense, que intentaba recabar ayuda para el Yellow Thunder Camp[19] de los lakota y otras tribus indias de las Colinas Negras. Thunder Camp estaba en tierra tribal tradicional, en aquel momento bajo jurisdicción del Servicio Forestal. Estas

19. Las Colinas Negras de Dakota del Sur, en Estados Unidos, son tierra sagrada para la nación nativa lakota. Anexionadas por el Gobierno desde 1868. Yellow Thunder Camp fue un asentamiento lakota establecido en 1981 que reivindicaba la recuperación de la tierra.

personas querían parar la expansión de la minería en las Colinas Negras con el argumento de que aquel lugar concreto que habían reocupado no solo era ancestral, sino también sagrado.

Durante su mandato, el gobernador de California, Jerry Brown, creó la Native American Heritage Commission[20] específicamente para los indios de California, y se dio a un grupo de ancianos la responsabilidad de localizar y proteger los sitios sagrados y las tumbas nativas en ese estado. Fue en parte para atajar los enfrentamientos entre nativos y propietarios o gestores públicos, cuando estos últimos empezaban a urbanizar tierras en lo que hoy se considera su propiedad. A menudo, el problema atañe a los cementerios tradicionales. Fue un gesto de comprensión y a los votantes blancos les costó entenderlo, pero envió un mensaje de reconocimiento a todas las comunidades nativas. Aunque los fundadores cristianos blancos de Estados Unidos probablemente no tuvieron en cuenta las creencias amerindias cuando garantizaron la libertad religiosa, algunas decisiones judiciales a lo largo de los años han apoyado a determinadas iglesias nativas. Sin embargo, tanto la cultura dominante como los tribunales se han opuesto a la conexión de la religión a la *tierra*. Este antiguo aspecto de culto religioso sigue siendo prácticamente incomprensible para los euroamericanos. Y puede que siempre sea así, porque, si pequeños pedazos de tierra se consideran sagrados, no se podrían vender ni considerar tributables. Y esto implicaría una seria amenaza al supuesto de una economía materialista de expansión ilimitada.

Charcas

En un estilo de vida cazador y recolector, todo el grupo tiene prácticamente la misma experiencia de la totalidad del territorio.

20. Native American Heritage Comission [Comisión para la Herencia Nativa Americana]: organismo del estado de California dedicado al reconocimiento y recuperación de la cultura e historia de los nativos norteamericanos.

Los lugares salvajes y sagrados tienen muchos usos: hay lugares donde las mujeres van a recluirse, otros donde se llevan los cuerpos de los muertos, y sitios para instruir a los jóvenes. Esos lugares son numinosos, están cargados de significado y poder. Los recuerdos de dichos lugares vienen de muy atrás. Nanao Sakaki, John Stokes y yo estuvimos en Australia en el otoño de 1981 invitados por la Comisión del Arte Aborigen para dar algunas clases, leer poemas y hacer talleres, tanto con dirigentes como con niños aborígenes. Una buena parte del tiempo lo pasamos en el desierto australiano central, al sur y al oeste de Alice Springs, primero en el territorio de la tribu pitjantjara y luego 450 kilómetros al noroeste, en las tierras de los pintubi. Todos los aborígenes del desierto central hablan todavía sus lenguas. Su religión está bastante intacta, y la mayoría de los jóvenes continúan iniciándose a los catorce años, incluso los que van a la escuela de Alice Springs. Abandonan la escuela durante un año y se les envía al bosque australiano para aprender rutas a pie, dominar la sabiduría ancestral de paisajes, plantas y animales, y, por último, someterse a la iniciación.

Viajábamos en furgoneta por un camino de tierra al oeste de Alice Springs en compañía de un anciano pintubi llamado Jimmy Tjungurrayi. Circulando por la carretera polvorienta, sentados en la parte posterior de la furgoneta, empezó a hablarme muy rápidamente. Hablaba de una montaña de allí cerca, contándome una historia de unos ualabíes[21] que fueron a esa montaña en el "tiempo del sueño"[22] y se metieron en líos con unas chicas lagarto. Apenas hubo acabado esa historia, empezó con otra sobre una colina por aquí y otra historia por allá. No le podía seguir. Después de media hora me di cuenta de que todas eran historias que se debían contar

21. Ualabí: vocablo derivado del inglés *wallaby*. Marsupial australiano y de Nueva Guinea, más pequeño que un canguro.

22. "Tiempo del sueño": en la mitología de los pueblos aborígenes australianos, una edad de oro mítica.

a pie, y que yo estaba experimentando una versión acelerada de lo que se debía desgranar sin prisa durante varios días de caminata. El señor Tjungurrayi se sintió obligado, por gentileza, a compartir el conjunto de esa sabiduría ancestral conmigo en virtud de mi presencia allí.

Así que recuerda una época en que viajabas a pie cientos de kilómetros, caminando rápido y a menudo por la noche, viajando toda la noche y dormitando bajo la sombra de una acacia durante el día, y esas historias te las contaban sobre la marcha. En tus viajes con una persona mayor, se te daba un mapa para memorizar, lleno de canciones, sabiduría ancestral y también información práctica. Cuando ya estabas solo, podías cantar esas canciones para conseguir regresar. Y quizá incluso podías viajar a un lugar en el que nunca habías estado, guiado solo por las canciones que habías aprendido.

Acampamos junto a una charca llamada Ilpili, donde habíamos acordado encontrarnos con un grupo de gente pintubi del desierto circundante. La charca de Ilpili tiene un metro de ancho y quince centímetros de profundidad y estaba en una pequeña zanja entre arbustos llenos de pinzones. La gente acampa a medio kilómetro escaso. Es la única charca que permanece llena durante los años de sequía en miles de kilómetros cuadrados a la redonda. Un lugar que, por costumbre, se mantiene abierto a todo el mundo. Sentados alrededor de un pequeño fuego de espinos, Jimmy y los otros ancianos cantaron un ciclo de canciones de viajes, recorriendo una parte del desierto con la imaginación y la música hasta bien entrada la noche. Acompañaban los cantos con el ritmo regular de dos bumeranes golpeados entre sí. Paraban entre canción y canción, tarareaban una o dos frases, discutían un poco acerca de la letra y volvían a comenzar. Cada uno daba preferencia al otro y le dejaba empezar. Jimmy me explicó que tienen tantos ciclos de canciones de viaje que no pueden recordarlos todos, y deben ensayar constantemente.

Todas las noches empezaban la velada diciendo: "¿Qué cantaremos?", y alguien respondía: "Cantemos el camino hasta Darwin".

Empezaban y discutían, cantaban y palmeaban todo el rato. Fue durante la fase de luna llena: unas pocas nubes flotaban en la luz serena del desierto empujadas por un viento suave y fresco. Me había dado cuenta de que a los ancianos les gustaba el té negro y varias veces cada noche preparaba al fuego una tetera, con mucho azúcar blanco, como ellos lo hacían. Los cantantes paraban cuando les apetecía. Yo le preguntaba a Jimmy: "¿Hasta dónde habéis llegado esta noche?", y él me contestaba: "Bueno, hemos hecho dos tercios del camino a Darwin". Esto puede verse como un ejemplo de las muchas formas en que paisaje, mito e información se entrelazan en las sociedades preliterarias.

Un día, al pasar cerca de Ilpili, paramos la furgoneta; Jimmy y los otros tres ancianos bajaron y él dijo: "Te llevaremos a ver un lugar sagrado. Creo que ya eres lo bastante mayor". Se giraron hacia los muchachos y les dijeron que esperaran. Mientras subíamos la colina de roca, estos aborígenes, que normalmente eran alegres y ruidosos, empezaron a bajar la voz. A medida que ascendíamos, empezaron a susurrar y su comportamiento cambió. Casi de forma inaudible, uno dijo: "Ya estamos cerca". Entonces se agacharon y empezaron a gatear. Gateamos los últimos sesenta metros y subimos a un pequeño promontorio para descender a continuación a una pequeña cuenca de rocas rotas con formas extrañas. Nos susurraron lo que allí había con respeto y asombro. Luego nos retiramos. Bajamos la colina y, en un punto determinado, nos pusimos de pie y caminamos. Un poco más adelante comenzamos a subir la voz. De regreso, en la camioneta, todos volvimos a hablar más alto y el lugar sagrado no se mencionó.

Muy poderoso. Lo tengo muy presente. Más tarde supimos que era un lugar ceremonial adonde se llevaba a los jóvenes.

Viajé en camioneta a lo largo de cientos de kilómetros por duros caminos de tierra y subí por zonas de pedregal y montaña allí donde no llegaba la carretera. Me guiaron hasta lugares especiales. Vimos peñascos inmensos y particulares, con una

sorpresa en cada cara y faceta. Había una súbita apertura tras un escondido y escarpado desfiladero, donde dos paredes se juntaban con solo un pequeño lecho de arena en medio, algunos arbustos verdes y unos loros llamando. Descendimos por un acantilado desde una meseta hasta una charca que nunca hubieras pensado que estaba ahí, donde una lancha de roca de nueve metros se mantiene en equilibrio. Cada uno de estos sitios era fuera de lo común, incluso fantástico, y a veces lleno de vida. A menudo había pictogramas en las inmediaciones. Fueron descritos como lugares de aprendizaje. Algunos eran "sitios del tiempo del sueño"[23] para ciertos antepasados totémicos, arraigados en canciones e historias a lo largo de miles de kilómetros cuadrados.

"El sueño" o "el tiempo del sueño" se refiere a un tiempo de fluidez, cambio de apariencia, conversación y encuentro sexual entre especies, actos creativos radicales, paisajes enteros en mutación. A menudo se considera un "pasado mítico", pero en realidad no acaece en *ninguna* época determinada. También podríamos decir que sucede *ahora mismo*. Es el modo del eterno instante del crear, del ser, en contraste con el modo de causa y efecto ligado al tiempo. El tiempo es el ámbito en que principalmente vivimos las personas y en que imaginamos tienen lugar la historia, la evolución y el progreso. Dogen dio una charla ardua y traviesa sobre la resolución de estos dos modos a principios del invierno de 1240. Se titula *Ser-Tiempo*.

En la sabiduría popular australiana, el lugar del sueño de un tótem es especial, primero, para la gente de ese tótem, que a veces peregrina hasta allí. Segundo, es sagrado, pongamos, para las hormigas melíferas que habitan en el lugar, que son cientos de miles. Tercero, es como una pequeña caverna platónica de

23. "Sitios del tiempo del sueño": el tótem de un aborigen es conocido como su sueño. En su cosmogonía, los antepasados crearon toda la tierra a través de las canciones y caminaban mientras cantaban. Los aborígenes, a través de canciones, han configurado y conservado un mapa de todo el continente.

hormiguería melífera ideal, quizás el lugar de creación de todas las hormigas melíferas. Conecta misteriosamente la esencialidad de la hormiga melífera con los arquetipos de la psique humana y construye puentes entre la humanidad, las hormigas y el desierto. El lugar de la hormiga melífera está en historias, danzas y canciones, y es un lugar real que resulta ser también el hábitat óptimo para un mundo de hormigas. Consideremos ahora el lugar del sueño de un loro verde: las historias narran huellas de ancestros cruzando el paisaje y se detienen en ese lugar del sueño; es un lugar perfecto para los loros. Todo esto constituye una manera radicalmente diferente de expresar lo que dice la ciencia, como igualmente lo hace otra colección de metáforas para las enseñanzas de la doctrina Huayan o las del *Sutra Avatamsaka.*[24]

Esta sacralidad implica una sensación de hábitat óptimo para una cierta parentela que tenemos ahí fuera: los ualabíes, el canguro rojo, los pavos de matorral y los lagartos. Geoffrey Blainey (1976, 202) dice: "La tierra misma fue su capilla; las colinas y arroyos, sus altares; los animales, plantas y pájaros, sus reliquias. Por eso, aunque impulsadas por la necesidad económica, las migraciones de los aborígenes siempre fueron, también, peregrinaciones". Buena (productora de mucha vida), salvaje (natural) y sagrada era todo uno.

Esta forma de vida, aunque débil y maltratada, todavía existe. Ahora está amenazada por los proyectos japoneses, y de otros, de extracción de uranio, la minería de cobre a gran escala y las exploraciones petroleras. La cuestión de lo sagrado se ha politizado mucho; tanto, que la Oficina Australiana de Asuntos Aborígenes ha contratado a algunos antropólogos y aborígenes bilingües para trabajar con los ancianos de las diversas tribus e intentar identificar los lugares sagrados y cartografiarlos. Hay

24. La escuela Huayan es una filosofía budista Mahayana de origen chino. Su texto fundamental es el *Sutra Avatamsaka* (*Sutra de la guirnalda de flores*).

grandes esperanzas de que el Gobierno australiano actúe de buena fe y declare vedadas ciertas áreas antes de que ningún equipo de prospección pueda siquiera acercarse a ellas. Enfrentamientos como los de Nincoomba o Kimberly, a consecuencia de las exploraciones petroleras, han espoleado este esfuerzo. Las comunidades nativas locales se alzaron, formando cadenas humanas frente a las excavadoras y las plataformas de perforación, y la repercusión mediática de esta resistencia puso de su lado a parte del público australiano. En Australia "La Corona" se reserva siempre los derechos mineros de cualquier propiedad, por lo que puede explotar incluso un rancho particular. Otorgar una categoría especial a la tierra sagrada, aunque sea en teoría, es una decisión audaz, aunque también precaria. Se excavó en un "lugar registrado" cerca de Alice Springs, supuestamente siguiendo instrucciones de un ministro de tierras del Gobierno, ¡y esto bajo una jurisdicción federal relativamente favorable!

Santuarios

Los habitantes originales de Japón, los ainu, tenían una determinada forma de expresión para la sacralidad y aquello que hace que todo un ecosistema sea especial. Su término *iworu* significa "campo" e implica una cuenca fluvial, comunidades de plantas y animales, y fuerza espiritual; es el poder tras la máscara o la coraza, *hayakpe*, de cada ser. El *iworu* del Gran Oso Pardo sería el hábitat de la montaña –vinculado al sistema de valles de tierras bajas– donde el oso domina, y también significaría el mito y el mundo espiritual del oso. El *iworu* del salmón serían las cuencas fluviales más bajas con todos sus afluentes (y sus comunidades de plantas) y, más allá, el mar extendiéndose hacia los reinos oceánicos solo imaginados, donde los salmones zigzaguean. El campo del oso, el campo del ciervo, el campo del salmón, el campo de la orca.

En el mundo ainu hay unas pocas casas humanas en un valle junto a un pequeño río. Las entradas siempre miran al este. En el centro de cada casa hay un fuego. Los rayos de sol se cuelan por la puerta del este todas las mañanas hasta tocar la lumbre y se dice que la diosa sol visita a su hermana la diosa fuego en la hoguera. No deberíamos cruzar los rayos de sol que brillan sobre las llamas, ya que interrumpiríamos su contacto. A menudo, la comida se recolecta en las proximidades, pero algunos de los seres bajan desde las montañas interiores y suben desde el fondo del mar. Se llama "visitante", *marapto*, al animal, pez o planta que se deja matar o recolectar y entra en la casa para su consumo.

La dueña del mar es Orca; el señor de las montañas interiores es Oso. Oso envía a sus amigos los ciervos a visitar a los humanos. Orca manda a sus amigos los salmones a remontar las corrientes de los ríos. Al llegar, "su coraza se rompe" –se les mata– y esto les permite liberarse de su piel o escamas y alejarse como espíritus invisibles. Entonces les encanta ser testigos de los entretenimientos humanos: el sake y la música (les fascina la música). La gente les canta canciones y come su carne. Una vez que han disfrutado de su visita, vuelven al fondo del mar o a las montañas interiores e informan: "Nos lo pasamos estupendamente con los seres humanos". Los demás se apresuran a seguir con esas visitas. Por eso, si los humanos no descuidamos nuestra hospitalidad –música y buenas maneras– en el momento de entretener al ciervo, al salmón o a la planta salvaje *marapto*, los seres renacerán y regresarán una y otra vez. Se trata de una especie de gestión cinegética espiritual.

El Japón moderno es otro tipo de ejemplo: un próspero país industrializado con vestigios intactos de una conciencia de la sacralidad del paisaje. Hay santuarios sintoístas por todas las islas japonesas. Sinto es "el camino de los espíritus". Los *kami* son una "energía" sin forma que habita en todo hasta un cierto grado, pero más intensa en fuerza y presencia en algunos objetos sobresalientes.

tales como grandes peñascos curiosamente retorcidos, árboles muy viejos o cataratas atronadoras y vaporosas. Todas las singularidades y curiosidades del paisaje son señales de *kami*; espíritu-poder, presencia, forma de la mente, energía. El centro más grande de *kami* es el monte Fuji. Ahora se cree que el nombre Fuji deriva del de la diosa del fuego ainu, la única que está por encima y puede regañar y corregir al *kimun kamui*, deidad de la montaña u Oso. Todo el monte Fuji es un santuario sintoísta, el más grande de la nación, desde mucho antes del límite de los árboles hasta la cima (hoy en día aún se mantienen en Japón los topónimos que dejaron atrás los ainu cuando fueron desplazados).

El sintoísmo tuvo una mala reputación durante los años treinta y la segunda guerra mundial porque los japoneses habían creado un "estado sintoísta" artificial al servicio del militarismo y el nacionalismo. En las mentes de muchos euroamericanos se confundió con el tradicional. Mucho antes de que surgiera ningún estado, pequeños santuarios *–jinja* y *omiya–* que eran parte de la cultura neolítica local salpicaban las islas de Japón. Incluso inmersos en el hervidero de energía industrial de nuestro sistema actual, las tierras de los santuarios todavía siguen siendo intocables. Pone los pelos de punta ver cómo un constructor japonés lleva las excavadoras a una hermosa pendiente de viejos pinos y la nivela para construir una nueva población. Para crear New Island en el puerto de Kobe y convertirlo en el segundo puerto más importante del mundo (después de Róterdam), se elevó el fondo de la bahía con tierra obtenida a base de rebajar toda una cadena de colinas quince kilómetros al sur de la ciudad. Se llevó en barcazas a la obra a lo largo de doce años, un flujo constante de gabarras transportando tierra desde cintas transportadoras gigantes que erosionaron por completo dos hileras de colinas frente a la costa. La nueva zona nivelada se convirtió en una urbanización. En el Japón industrial no es que "nada sea sagrado"; lo *sagrado* es sagrado y eso es *todo* lo que es sagrado.

Agradecemos los rastros microscópicos de tierra preservada en Japón porque la norma en los santuarios es que —aparte de edificios y caminos— nunca se corta nada, ni se mantiene nada, ni se desbroza o poda nada. Prohibido cazar, pescar, podar, quemar, impedir que se queme, dejándonos unas mínimas zonas de bosque primario en el interior mismo de las ciudades. Se puede entrar en un pequeño *jinja*[25] y estar ante un ejemplar de árbol Cryptomeria (*sugi*) de 800 años de edad. Sin los santuarios no conoceríamos tan bien cómo pudo haber sido el bosque japonés nativo. Pero tal compartimentación no es saludable: en este modelo patriarcal se rescata algo de tierra como si fuera una sacerdotisa virgen, otra es explotada hasta el infinito al igual que una esposa, y una parte se remodela brutalmente en público, como una chica exuberante a la que declararan promiscua y castigaran. Lo bueno, lo salvaje y lo sagrado no podrían estar más lejos entre sí.

Hubo un tiempo en que santuarios parecidos salpicaban Europa y Oriente Medio. Incluso se catalogaron como "arboledas sagradas". Quizás, en un pasado remoto, el lugar más sagrado de toda Europa estuvo bajo los Pirineos, donde se encuentran las grandes pinturas en cuevas. Sospecho que eran parte de un núcleo religioso, treinta mil años atrás, donde los animales se "engendraban" bajo tierra. Tal vez, un lugar del "tiempo del sueño". Quizás se pensaba que así, los corazones secretos de los animales se ocultaban bajo la tierra, evitando su extinción. Pero muchas especies se extinguieron, algunas incluso antes del fin de la era de las pinturas rupestres. Muchas más lo hicieron en los últimos dos mil años, víctimas de la civilización. La expansión occidental aceleró la degradación de hábitats en todo el planeta, pero es interesante señalar que incluso antes de esa expansión

25. *jinja*: santuario sintoísta y el área natural que lo circunda.

tales métodos políticos y económicos estaban ya bien establecidos. La eliminación de especies, el empobrecimiento y la esclavización de la gente del campo, y la persecución de tradiciones que adoraban la naturaleza han sido parte de Europa desde hace mucho tiempo.

Así, los exploradores franceses e ingleses de Norteamérica, los primeros comerciantes de pieles, no habían recibido ningún tipo de enseñanza en las sociedades que habían dejado atrás que les impeliera a tratar la naturaleza salvaje con veneración. Mucho de lo que encontraron fue impresionante, y algunos supieron expresarlo bien. Incluso hubo quienes se unieron a los indios y se convirtieron en gente del Nuevo Mundo. Estas pocas excepciones, casi olvidadas, fueron superadas con creces por el número de comerciantes emprendedores y, más tarde, de colonos. Aun así, durante toda la historia americana hubo algunos que siguieron uniéndose a los indios, de hecho o en estilo de vida, y quienes, incluso en el siglo XVIII, se dieron cuenta de que el mundo ante sus ojos desaparecería. En Oriente, o en Europa, la idea de un bosque primario o una pradera original y todos los seres maravillosos que podían llegar a vivir allí es ahora un cuento que habla del Neolítico. En el oeste de los Estados Unidos, era el mundo de nuestras abuelas. A muchos de nosotros hoy esta pérdida nos causa de dolor. Para los nativos americanos fue la pérdida de la tierra, de la vida tradicional y de la fuente de su cultura.

Naturaleza verdadera

Thoreau se propuso "hacer que la tierra dijera judías" mientras vivía junto a su estanque. Conseguir que la tierra sea productiva según nuestros propios criterios no es malo. Pero también debemos preguntarnos: ¿qué hace la madre naturaleza cuando se la deja seguir su propia estrategia a largo plazo? Esto equivale a preguntarse cuál sería el máximo potencial de la vegetación en un lugar determinado. Toda tierra, por

más agotada y explotada que esté, si se deja en manos de la naturaleza (*zi-ran*, por sí misma), llegará a un punto de equilibrio entre productividad biológica y estabilidad. Una agricultura posindustrial "primitiva futura" se preguntará: ¿hay alguna manera de poder ir *a favor* y no en contra de la tendencia de la naturaleza? Ir, pongamos, en Nueva Inglaterra, hacia bosques de hoja caduca y madera noble o, como donde yo vivo, hacia una mezcla de pino y roble con un sotobosque de kitkitdizze.[26] Practicar la horticultura, agricultura o silvicultura de acuerdo con la naturaleza, y no en su contra, sería lo mejor para los intereses humanos, y no solo a largo plazo.

Las investigaciones de Wes Jackson sugieren que una agricultura diversa y basada en plantas perennes constituye una promesa real de mantener comunidades adecuadas a su entorno local en el futuro. Esto implica reconocer que, en última instancia, la fuente de la fertilidad es "salvaje". Se ha dicho que "la buena tierra es buena por su carácter salvaje". ¿Cómo podría haber garantizado semejante idea un rey victorioso que reparte su botín? Esa es la soberbia de las "mercedes de tierra españolas" y los "bienes raíces". El poder que nos da una buena tierra no es otro que el de la red completa de Gaia. Es posible que casi toda la agricultura civilizada tomara un rumbo equivocado desde el principio, confiando como lo hace en el monocultivo anual. En *New Roots for Agriculture*,[27] Wes Jackson desarrolla este argumento. Coincido con su punto de vista, entendiendo que surgen entonces preguntas mayores sobre la civilización misma, algo sobre lo que he reflexionado otras veces. Baste mencionar que los tipos de organización económica y social a que nos referimos cuando decimos *civilización* ya no se pueden aceptar acríticamente como un modelo útil. Sin embargo, escrutar la civilización no supone negar todos los significados de "cultivado".

26. *Kitkitdizze* es la palabra de la tribu miwok para la *Chamaebia foliosa*, un arbusto común en el entorno natural donde vive el autor, y que también da nombre a su casa.

27. En castellano, *Nuevas raíces para la agricultura* (*véase* bibliografía).

La palabra *cultivo*, que remonta su etimología a "labrar" y "girar",[28] implica generalmente un movimiento para alejarse del proceso natural. En la agricultura consiste en "detener la sucesión ecológica y establecer el monocultivo". Si lo aplicamos al plano espiritual, ha significado austeridad, obediencia a la autoridad religiosa, gran erudición libresca o, en algunas tradiciones, una devoción dualista –que distingue abruptamente entre "creación" y "creador"– y una imagen predominante de la divinidad como "centro": un punto de perfección distante y único al que aspirar. Los esfuerzos que genera tal práctica espiritual son a veces una batalla contra la naturaleza, colocando lo humano sobre lo animal y lo espiritual sobre lo humano. La variedad moderna más sofisticada de jerarquía espiritual es la obra del padre Teilhard de Chardin, que proclama un exclusivo destino evolutivo espiritual para la humanidad que él llama "superconciencia". Algunos de los más extremistas de estos darwinistas espirituales estarían dispuestos a dejar atrás la vida terrenal y vegetal vinculada a la Tierra para entrar en un reino fuera del planeta que trascendiera la biología. El antropocentrismo de algunos pensadores de la nueva era es contrarrestado por la reflexión radical del movimiento de ecología profunda.[29]

En el aspecto social, *cultivar* ha significado asimilar un lenguaje, un conocimiento popular y un comportamiento que garantiza la pertenencia a una élite, en contraste con unos modales "locales". La verdad es, por supuesto, que las buenas maneras de los aldeanos o los nómadas (Charles Doughty tomando café con sus anfitriones beduinos en Arabia Deserta) pueden ser tan

28. El original se refiere a las palabras inglesas *till* (labrar) y *wheel about* (girar). *Colere*, palabra latina de la que procede *cultivo*, se relaciona también con "girar".

29. Ecología profunda: filosofía medioambiental que considera que la naturaleza salvaje y los seres vivos del planeta son portadores de derechos, y que su existencia no debe estar supeditada a su posible utilidad para los seres humanos.

elaboradas, complejas y arbitrarias como las de cualquier habitante de una ciudad.

Sin embargo, existe lo que llamamos *formación*. El mundo se mueve en base a complementarios como joven y viejo, tonto y listo, maduro o verde, crudo o cocinado. Los animales también aprenden autodisciplina y cautela ante el deseo y la disponibilidad. Hay aprendizaje y formación en consonancia con la tendencia natural de las cosas, y lo hay también en su contra. En el taoísmo chino temprano, la "formación" no significaba desbrozar el carácter salvaje en uno mismo, sino deshacerse de condicionantes arbitrarios y engañosos. Zhuangzi parece decir que todos los valores sociales son falsos y generan un ego autocomplaciente. El budismo toma un camino intermedio aceptando la avaricia, el odio y la ignorancia como intrínseco al ego, mientras considera que el ego mismo es un reflejo de la ignorancia y el engaño que viene de no ver quiénes somos "realmente". Una sociedad organizada puede exacerbar, consentir o explotar tales debilidades, o bien alentar la generosidad, la amabilidad y la confianza. Hay motivos, por tanto, para comprometerse con una actitud honrada, aunque dependa de cada uno el pequeño voto individual de trabajar a favor de la compasión y el discernimiento, o pasar por alto esa posibilidad. La actualización diaria del voto requiere práctica: una formación que nos ayude a darnos cuenta de nuestra naturaleza verdadera, y de la naturaleza en sí.

La avaricia revela la imprudencia tanto de la persona como del pollo ante el siempre atento halcón de la red trófica y la temprana transitoriedad. Las culturas preliterarias de cazadores y recolectores estaban altamente adiestradas y vivían bien en virtud de la observación aguda y las buenas formas; como hemos señalado antes, la mezquindad era el peor de los vicios. También sabemos que las economías prehistóricas modificaban su entorno más de lo que a menudo creemos. Los habitantes de la Gran Bretaña mesolítica desbrozaban o quemaban selectivamente en el valle del Támesis

para favorecer el cultivo de la avellana. En la jungla de Guatemala se practicó un sistema casi invisible de cultivo de árboles frutales. Una forma particular de formación y cultura puede enraizarse en un entorno salvaje.

Todos podemos estar de acuerdo en que el egoísmo humano es un problema. ¿Es un reflejo de lo salvaje y de la naturaleza? No lo creo, porque la civilización misma es el ego echado a perder que se ha institucionalizado en la forma del Estado, tanto oriental como occidental. No es la naturaleza como espejo del caos lo que nos amenaza, sino la presunción del Estado de haber creado el orden. Además, una casi autocomplaciente ignorancia del mundo natural invade los círculos empresariales, políticos y religiosos euroamericanos. La naturaleza es ordenada. Lo que parece caótico en la naturaleza simplemente *sigue* un orden *más* complejo.

Ahora podemos repensar qué podría ser la tierra sagrada. Un pueblo de cultura ancestral considera que *todo* su territorio, mutuamente compartido, contiene vida y espíritu numinosos. En algunos lugares se percibe una alta concentración espiritual por la intensidad del hábitat animal o vegetal, porque se asocian con una leyenda o con ancestros *totémicos humanos*, por anomalías geomorfológicas o como consecuencia de la combinación de varias cualidades. Estos lugares son puertas a través de las que uno puede –se diría– ser tocado con más facilidad por una visión mayor que la humana, mayor que la personal.

La preocupación por el medio ambiente y el destino de la Tierra se está extendiendo por todo el mundo. En Asia, se percibe el ecologismo principalmente como un movimiento preocupado por la salud, y no sorprende, viendo en qué condiciones están el aire y el agua. En el hemisferio occidental tenemos problemas parecidos. Pero aquí somos afortunados de tener unos pocos restos de tierra salvaje, una herencia a preservar para las personas de todo el mundo. Conservamos un

número mínimo de edificios que puedan denominarse templos o santuarios; los templos de nuestro hemisferio serán algunas de las zonas salvajes que queden en el planeta. Al entrar en ellas a pie podemos sentir que el *kami* o el *kukini* (en maidu) todavía tienen fuerza. Se han convertido en el refugio de los pumas, los borregos cimarrones y los osos grizzlies, tres animales norteamericanos de la época anterior a la llegada de los europeos que fueron comunes en colinas bajas y praderas. La rocosa y helada grandeza de la alta montaña y las umbrosas marismas sureñas, colmadas de peces y de aves, nos recuerdan los sistemas salvajes globales que nos alimentan a todos y sostienen la economía industrial. En la yerma belleza de los neveros y glaciares de montaña nacen los pequeños arroyos que riegan los campos de la industria agropecuaria del Gran Valle Central de California. El paso a paso, "suspiro a suspiro" del peregrino de lo salvaje cuando asciende por un sendero en la montaña nevada, llevando todo a la espalda, es un conjunto de gestos tan antiguo que conlleva una profunda alegría para el cuerpo y la mente.

Por supuesto, no solo son los mochileros. Les sucede lo mismo a quienes navegan por el océano, reman en kayak por los fiordos o ríos, cultivan un jardín, pelan un ajo o incluso se sientan a meditar. Lo importante es contactar íntimamente con el mundo real, el ser real. Lo *sagrado* se refiere a aquello que nos ayuda a salir de nuestra pequeña individualidad (no solo a los seres humanos), al mandala universal completo de montañas y ríos. La inspiración, la exaltación y el discernimiento no acaban cuando se cruzan las puertas de la iglesia. La naturaleza salvaje como templo es solo un inicio. No deberíamos recrearnos en la exclusividad de la experiencia extraordinaria ni tener esperanza en dejar atrás el fracaso de la política para alcanzar un estado de perpetuo e intenso conocimiento. El mejor objetivo de tales estudios y travesías es ser capaces de regresar a la planicie y reconocer toda la tierra —agrícola, suburbana, urbana— a nuestro alrededor,

como parte del mismo territorio, nunca totalmente devastada, nunca completamente antinatural. Puede recuperarse, y ser en gran parte habitable para un buen número de personas. El gran Oso Pardo camina y el Salmón remonta la corriente con nosotros mientras paseamos por las calles de una ciudad.

Volviendo a mi situación personal: la tierra donde mi familia y yo vivimos en la Sierra Nevada de California "no es muy buena" desde un punto de vista económico. Con la ayuda de nutrientes, mucho trabajo y la construcción de balsas para almacenar agua durante la temporada seca produce ciertas verduras y unas cuantas buenas manzanas. Es mejor como bosque; a lo largo de milenios se ha destacado por el crecimiento de robles y pinos. Creo que debería admitir que lo mejor sería dejar la tierra salvaje. La mayor parte se gestiona ahora con esa premisa. Los pinos se hacen grandes y algunos de los robles ya crecían aquí antes de que los euroamericanos llegaran a California. Los ciervos y el resto de animales la transitan, excepto los osos grizzlies y los lobos, por ahora no tienen su hogar en California. Algún día los traeremos de nuevo.

Estas colinas en las estribaciones de la Sierra Nevada no son llamativas por nada especial. No hay paisajes de postal, pero los ciervos se sienten tan a sus anchas por aquí que creo que podría ser un "área de ciervos". El hecho de que mis vecinos y yo, y todos nuestros hijos, hayamos aprendido tanto al habernos asentado en estas laderas de la Sierra (esta tierra que se deforestó y ahora renace, que se quemó y se recupera, considerada inservible durante décadas) comienza a convertirla en nuestra educadora. Es el lugar del mundo con el que trabajamos, luchamos, y donde nos quedamos en verano y en invierno. Nos ha mostrado un poco de su belleza.

¿Y sagrada? Uno podría darse un poco el gusto y ponerse místico diciendo que sí se han encontrado recientemente

lugares sagrados en nuestro territorio rehabitado. Sé que mis hijos (como todos los niños) tienen algunos lugares secretos en el bosque. Hay una colina cercana donde muchas personas van a pasear, por la vista o el amplio cielo nocturno, un lugar donde mirar la Luna y soplar una caracola al alba del Rohatsu.[30] Hay kilómetros de graveras explotadas por la minería, donde hemos celebrado ceremonias para pedir perdón porque se arrancaron los árboles y se desnudó la tierra, y para ayudar a acelerar la recuperación de la sucesión vegetal. Hay algunas arboledas profundas donde la gente se ha casado.

Incluso esta conexión con el lugar basta para inspirar a nuestra comunidad local a resistir. La reactivación de la minería del oro y el incremento de la tala comercial nos acosa. La gente se presenta voluntaria para formar parte de comités que estudian las propuestas mineras, analizan los informes de impacto medioambiental, desafían las chapuceras conjeturas de las corporaciones y se plantan ante cierto tipo de funcionarios del condado que venderían a sus habitantes y ofrecerían toda la zona para cualquier proyecto rimbombante. Es un trabajo duro, no remunerado y frustrante para quienes ya tienen que trabajar a tiempo completo manteniendo a sus familias. El mismo trabajo se lleva a cabo sobre temas forestales, sacando a la luz cómo la gestión de nuestro cercano Bosque Nacional favorece de forma escandalosa a la industria maderera, mientras sus gestores tratan de apaciguar a la opinión pública con bellas palabras y estadísticas frívolas. Se explota cualquier zona poco poblada y con "recursos" como si fuera un país del Tercer Mundo, incluso en los Estados Unidos. Estamos defendiendo nuestro propio espacio e intentamos

30. Rohatsu: día en que los budistas celebran la iluminación del buda histórico, Sidarta Gautama.

proteger el procomún. Lo que inspira esta actitud va más allá de la lógica del interés propio; un amor verdadero y abnegado por la tierra es la fuente del indómito empuje de mis vecinos.

No hay prisa por llamar a las cosas sagradas. Creo que deberíamos tener paciencia y dar a la tierra mucho tiempo para que nos hable o lo haga a la gente del futuro. El canto de un pájaro carpintero, la cháchara divertida y apresurada de una ardilla gris, el sonido de una bellota sobre el tejado de un granero son señales suficientes.



EL ETERNO CAMINAR DE LAS MONTAÑAS AZULES

Fudo y Kannon

"Las montañas y los ríos de hoy son la actualización de las actitudes de los antiguos budas. Cada uno, de acuerdo con su propia expresión fenoménica, alcanza la plenitud. Las montañas y las aguas están vivas en este instante porque han estado activas desde antes de los eones del vacío. Están liberadas y realizadas porque han sido el ser antes del surgir mismo de las cosas".

Este es el párrafo inicial del extraordinario ensayo de Dogen Kigen titulado *Sansui-kyo* (*El sutra de las montañas y las aguas*), escrito en el otoño de 1240, trece años después de retornar de su visita a la China de la dinastía Song. Kigen había abandonado su hogar en Kioto a los doce años para ascender por transitados senderos a través de los oscuros bosques de cipreses hinoki y sugi (similares a los cedros y secuoyas) de la montaña Hiei. Esta cordillera de 900 metros de altura en el rincón noreste de la cuenca del río Kamo —el ancho valle ahora ocupado por la enorme ciudad de Kioto— era el cuartel general de montaña de la doctrina budista tendai. Kigen ingresó como novicio en uno de los umbríos templos de madera, pintados de rojo, que se reparten por las laderas.

"Las montañas azules caminan constantemente".

En aquellos tiempos, los viajeros caminaban. El abad del monasterio zen de Daitoku-ji me mostró en una ocasión el texto manuscrito del monasterio con las "tareas anuales" del siglo XIX (había sido reemplazado por otro volumen manuscrito con algunas actualizaciones menores para el siglo XX). Son los anales

a los que acuden los superiores a lo largo del año para dejar constancia de ceremonias, sesiones de meditación y recetas. Los templos vinculados a esta escuela de formación estaban enumerados de acuerdo con el tiempo que se tardaba en llegar a ellos: entre un día y cuatro semanas de trayecto. Aun desde los templos más distantes, los novicios solían regresar a sus casas por lo menos una vez al año.

Casi todo Japón son colinas escarpadas y montañas cortadas por arroyos someros de aguas rápidas que se abren a valles angostos, y algunas llanuras fluviales más anchas que conducen al mar. Las colinas están cubiertas de coníferas bajas y arbustos. En tiempos estuvieron densamente pobladas por grandes frondosas, así como por pinos retorcidos y altos y rectos cipreses hinoki y sugi. Todavía pueden encontrarse por todo el territorio restos de una vasta red de senderos bien señalizados. Por ellos marchaban músicos, monjes, mercaderes, porteadores y, periódicamente, ejércitos.

A pie y con la imaginación, de niños nos familiarizamos con un lugar y aprendemos a visualizar las relaciones espaciales. Lugar y escala espacial deben ser medidos en relación con nuestros cuerpos y sus capacidades. Originalmente, una "milla" era una medida romana de mil pasos. Poco pueden enseñarnos los viajes en automóvil y en avión que podamos traducir con facilidad a percepciones espaciales. Saber que para atravesar la Isla de la Tortuga (Norteamérica) se necesita caminar a paso sostenido pero cómodo la jornada entera todos los días durante seis meses nos da cierta idea de la distancia. Los chinos hablaban de las "cuatro dignidades": levantarse, acostarse, sentarse y caminar. Son "dignidades" en tanto constituyen formas de ser cabalmente nosotros mismos, en armonía con nuestros cuerpos y sus modalidades fundamentales. Creo que muchos de nosotros pensamos que sería maravilloso poder viajar de nuevo caminando, con un pequeño hospedaje o un campamento

limpio aproximadamente cada dieciséis kilómetros y sin los peligros del tráfico, para recorrer un vasto territorio como toda China o toda Europa. Así es como conocemos el mundo: en nuestros propios cuerpos.

Las montañas sagradas y el peregrinaje a estas son dos características firmemente arraigadas en las religiones populares de Asia. Cuando habla de montañas, Dogen es perfectamente consciente de esas tradiciones previas. Hay cientos de famosas cumbres taoístas y budistas en China, y montañas asociadas con el budismo y el sintoísmo en Japón. En Asia existen diferentes tipos de montañas sagradas: los "lugares sagrados", en los que residen los espíritus o las deidades, son los más sencillos y quizá los más antiguos. A estos les siguen las "áreas sagradas" –tal vez de decenas de kilómetros cuadrados– propias de la mitología y de las prácticas de sectas con sus correspondientes deidades taoístas o budistas; hay miles de senderos, e innumerables pequeños templos y santuarios. Un peregrino puede ascender cientos de metros, dormir en modestos hospedajes de madera, comer gachas de arroz y alguna verdura en salmuera y circular por rutas establecidas, quemando incienso e inclinándose reverentemente en un lugar tras otro.

Por último, existen unas pocas zonas sagradas previamente determinadas que siguen deliberadamente el modelo de un diagrama simbólico –un mandala– o el de un texto sacro. También estas pueden tener grandes dimensiones. Se piensa que caminar en ese paisaje canónico propicia logros específicos en el plano espiritual (Grapard, 1982). En una ocasión recorrí con algunos amigos la antigua ruta de peregrinaje de los Omine Yamabushi (ascetas de las montañas de Omine) de Yoshino a Kumano, en la provincia de Nara. Al hacerlo, cruzamos el centro tradicional del "Mandala del Reino del Diamante" en la cúspide de la montaña Omine, a más de 1.800 metros de altitud, y tras cuatro días de caminata descendimos al centro del "Mandala del Reino del Útero Materno" del santuario de Kumano ("campo del oso"), en las

profundidades de un valle. Era la estación de lluvias, a finales de junio, florida y neblinosa. Había pequeños santuarios de piedra –y miles de cumbres– a lo largo todo el recorrido, y a todos los saludábamos sinceramente con una inclinación. Esta proyección en el paisaje de complejos diagramas pedagógicos proviene de la variedad japonesa del budismo Vajrayana, la secta shingon, y de su interacción con la tradición chamánica de las fraternidades de la montaña.

Hoy conoce un gran auge la costumbre de peregrinar a la montaña Omine desde la vertiente de Yoshino. Cientos de coloridos *yamabushi*[31] vestidos con atuendos montañeros medievales escalan riscos, ascienden a la cima y soplan caracolas, mientras otros cantan sutras en el brumoso templo de suelo de tierra que hay en la cumbre. La práctica de las largas caminatas se había abandonado en los últimos años, y el sendero estaba tan oculto que era casi imposible encontrarlo. Seguir ese sendero por las cumbres a 1.200 metros de altitud tiene su lógica, y sospecho que durante el Paleolítico y el Neolítico fue el recorrido acostumbrado desde la costa hacia el interior. Fue el único lugar de Japón donde me topé con ciervos salvajes y monos.

En Asia oriental, *montañas* es a menudo sinónimo de naturaleza salvaje. Hace tiempo que los estados agrarios drenaron, aterrazaron e irrigaron los valles. Los bosques y el hábitat salvaje comienzan justo donde terminan los cultivos. Las tierras bajas, con sus aldeas, mercados, ciudades, palacios y tabernas, se identifican con lugares de codicia, lujuria, competencia, comercio e intoxicación: el "mundo polvoriento". Quienes huyen de ellas en busca de pureza encuentran cuevas o construyen ermitas en las colinas, y se dedican a prácticas que conducen a la realización o, por lo menos, a una vida más sana. Con el tiempo, estas ermitas se transforman en el núcleo

31. *Yamabushi*: originalmente, eremitas budistas de Japón que vivían en las montañas.

de conjuntos monásticos y, a la postre, en sedes de órdenes religiosas. Dice Dogen:

> "Son muchos los gobernantes que han visitado las montañas para homenajear a los sabios o pedir consejo a los grandes ascetas: los tratan como a maestros, sin importarles ya el protocolo del mundo cotidiano. El poder imperial carece de autoridad sobre los sabios en las montañas".

De esta manera, las "montañas" no solo iluminan el espíritu, sino que también son –o eso se espera– independientes del control del Gobierno central. Quienes huyen de la cárcel, de los impuestos y del servicio militar se unen a los ermitaños y a los monjes en las colinas (en las sierras remotas del sudoeste chino sobreviven tribus de montañeses que adoran a los perros y a los tigres, y entre hombres y mujeres hay gran igualdad, pero eso ya es otra historia). Las montañas o los territorios salvajes han servido en todas partes como refugio de la libertad espiritual y política.

Las montañas también tienen asociaciones míticas con la verticalidad, el espíritu, la altura, la trascendencia, la dureza, la resistencia y la masculinidad. Los chinos las consideran manifestaciones del *yang*: seco, duro, masculino y brillante. Las aguas son femeninas: húmedas, suaves, oscuras, el *yin*, que se asocia con lo fluido aunque fuerte, con buscar –y excavar– en lo más hondo, con lo espiritual, lo fértil, las formas cambiantes. La iconografía del budismo popular –y Vajrayana– personifica "montañas y aguas en las *rupas* o imágenes de Fudo Myo-o (el Rey Inmóvil de la Sabiduría) y Kannon Bosatsu (el Bodhisattva que Mira las Olas). Tuerto y con un colmillo, Fudo muestra una ferocidad casi cómica, sentado o de pie sobre una laja de roca y envuelto en llamas. Se le conoce como aliado de los ascetas de la montaña. Por su parte, Kannon (Kuan-yin o Avalokitesvara), imagen de la compasión, se inclina graciosamente hacia delante

con su flor de loto y su vasija de agua. A ambos se les considera socios en el trabajo búdico: la disciplina ascética y la espiritualidad incansable equilibrada por la tolerancia compasiva y el perdón desprendido. Montañas y aguas son una díada que, reunida, hace posible la plenitud; la sabiduría y la compasión son los dos componentes de la realización. Dice Dogen:

> "Wenzi afirmó: 'El camino del agua es tal que, cuando sube hacia el cielo, se convierte en gotas de lluvia, y se hace ríos al caer al suelo [...]. El camino del agua no es percibido por el agua, pero lo hace el agua'.".

Existe el hecho evidente del ciclo del agua y el de que las montañas y los ríos se forman mutuamente: las aguas se precipitan desde las alturas, excavan o depositan masas de tierra en su flujo descendente y lastran las plataformas continentales mar adentro con sedimentos hasta que acaban por provocar nuevas elevaciones. En el lenguaje común la combinación "montañas y aguas" –*shan-shui*, en chino– es la forma común de referirse al paisaje. La pintura de paisaje es "estampas de montañas y ríos" (a veces a una cordillera se le llama *mai*, que significa "pulso" o "vena", como, por ejemplo, la red de venas en la parte anterior de la mano). No hay que ser un especialista para observar que un paisaje es obra de la excavación de los ríos contra la resistencia de las cordilleras, y que aguas y sierras se entrecruzan en una cadencia interminable. El sentimiento chino con respecto a la tierra siempre ha incorporado esta dialéctica entre agua y roca, entre flujo descendente y ascenso rocoso, y el del dinamismo y "lento fluir" de las formas terrestres. Se conservan varios grandes rollos apaisados de pintura china premoderna cuyo nombre es algo así como "Montañas y ríos sin fin". Algunos abarcan las cuatro estaciones y parecen retratar el mundo entero.

"Montañas y aguas" es una forma de referirse a la totalidad de los procesos naturales: va más allá de las dicotomías de puro

o contaminado, natural o artificial. La plenitud, con sus ríos y valles, incluye, sin lugar a dudas, granjas, campos, aldeas, ciudades y el mundillo polvoriento de los asuntos humanos, que en otro tiempo fue relativamente pequeño.

Este mismo

"Las montañas azules caminan constantemente".

Dogen cita al maestro chan Furong. Veía probablemente esas montañas de Asia cuyas veredas había recorrido a lo largo de los años: cumbres entre los 1.000 y los 2.800 metros, de un azul vaporoso o verdoso, cubiertas en su mayor parte de árboles, tal vez el laberinto de escarpadas montañas de la costa meridional de China, donde había vivido y practicado trece años antes. En esas latitudes hay árboles hasta los 2.800 metros, no se trata de montañas alpinas. Había caminado miles y miles de kilómetros: "La mente estudia el camino corriendo descalza".

"Si dudas de que las montañas caminan, desconoces tu propio caminar".

A Dogen no le interesan las "montañas sagradas", ni los peregrinajes, ni los espíritus amigos, ni la naturaleza salvaje como cualidades especiales. Sus montañas y arroyos son los procesos de esta Tierra, la totalidad de la existencia, curso, esencia, acción y ausencia; entrelazan y convierten en uno el ser y el no ser. Son lo que somos, somos lo que son. Para aquellos que miran la naturaleza esencial sin pestañear, la idea de lo sagrado no es más que una ilusión engañosa y un obstáculo; nos distrae de lo que tenemos ante los ojos: una absoluta mismidad. Las raíces, los tallos y las ramas pinchan todos por igual. No existe jerarquía ni igualdad, nada hay oculto o esotérico, no hay niños dotados y otros de aprendizaje lento. No hay salvaje ni doméstico, atado ni

libre, natural ni artificial. Cada totalidad en su propia y endeble esencia. A pesar de estar interconectadas, e incluso *quizás* porque están interconectadas.

Esta *mismidad* es la naturaleza de la naturaleza de la naturaleza. Lo salvaje en lo salvaje.

Así las montañas azules caminan hasta la cocina y vuelven al taller, al escritorio, a la estufa. Nos sentamos en un banco del parque y dejamos que el viento y la lluvia nos empapen. Las montañas azules bajan a la calle para meter otra moneda en el parquímetro y pasarse por la tienda de la esquina; avanzan desde el mar, llevan el cielo a cuestas un rato y vuelven de nuevo a sumergirse en las aguas.

Sin hogar

Los budistas llaman "sin hogar" a los monjes y sacerdotes (*shukke*, en japonés, significa literalmente "fuera de la casa"). La expresión se refiere a quien supuestamente ha abandonado la vida de los que habitan un hogar y las tentaciones y obligaciones mundanas. Otra expresión, "dejar el mundo", significa apartarse de las imperfecciones de la conducta humana, en concreto las reforzadas por la vida urbana. No quiere decir alejarse del mundo natural. Para algunos ha significado vivir como ermitaños en la montaña o integrarse en comunidades religiosas. La "casa" se concibe como algo opuesto a "montañas" o a "pureza". Ampliando la escala del mundo de los "sin hogar", el poeta del siglo V Zhianyan dijo que el ermitaño cabal debe "hacer de los cielos púrpura su choza; del mar circundante, su estanque, rugir de risa en su desnudez, caminar cantando con el pelo ondeando al viento" (Watson, 1971, 82). El poeta Han-shan, de comienzos de la época Tang, es considerado como el verdadero modelo de ermitaño, porque su espacioso hogar alcanza el fin del universo:

"Me establecí en la Montaña Fría hace tiempo,
parecen haber pasado ya años y años.
Errando libremente, vagabundeo por bosques y arroyos
y me detengo a mirar las cosas en sí mismas.
Los hombres no se aventuran tanto en las montañas,
las nubes blancas se congregan e hinchan.
Los pastos tiernos me sirven de colchón,
el cielo azul es una buena manta.
Feliz con una piedra bajo la cabeza
dejo que cielo y tierra se afanen en sus mudanzas".

En este sentido, "sin hogar" significa aquí "sentirse en casa en el universo entero". De igual forma, los pueblos independientes cuyos enclaves se conservan íntegros pueden concebir los hogares, montañas y bosques de su región bajo el mismo prisma.

Hace años asistí a las ceremonias del santuario del volcán de la isla Suwanose, en el Mar de China oriental. El sendero a través de la jungla estaba sin desbrozar, así que había poca gente que llegase hasta allí. Dos de nosotros pertenecíamos al *ashram* de Banyan[32] e íbamos como ayudantes de tres ancianos. Pasamos la mañana cortando maleza, barriendo el suelo, abriendo y limpiando la estructura de madera despintada del altar –más o menos del tamaño de un palomar– para luego colocar ofrendas de batatas, frutas y *shochu*[33] en el estante frente al espacio vacío, que, de hecho, enmarcaba la montaña. Uno de los mayores se encaró entonces con la cima, que había estado vomitando cenizas, y le dirigió un breve parlamento u oración personal en su dialecto. Sudorosos, nos sentamos en el suelo y, mientras los ancianos contaban viejas

32. Ashram de Banyan: un *ashram* es un lugar de meditación y enseñanza en el hinduismo. En este caso, una comunidad fundada en la década de 1960 en la isla japonesa de Suwanose por el poeta Nanao Sakaki, entre otros.

33. *Shochu*: bebida alcohólica japonesa, destilada de cebada o arroz.

historias de otras jornadas en las islas, abrimos sandías con una hoz y bebimos el potente *shochu*. Altos y lustrosos troncos verdes se arqueaban sobre nosotros, llenos del fragor de las cigarras. No fue un momento trivial. Su equivalente doméstico se consigue en cada hogar con las fotos de antepasados, ofrendas de arroz y aguardiente y una vasija con ramitas de alguna hoja perenne silvestre. La casa misma, con su vistosa cocina, el baño, el pozo y los altares de la entrada, se transforma en un santuario familiar.

Y la "casa" propiamente dicha, cuando se percibe solo como una parte más del universo en sí misma transitoria y hecha de agregados, es por derecho propio, una pobre cosa "sin hogar". Las casas se hacen amontonando tablones de pino, tejas de arcilla, listones de cedro, pilares de cantos rodados, ventanas rescatadas de demoliciones, pomos de puertas de supermercados, esteras de mercadillos, suelo de arenisca de algún talud de montaña y un felpudo de la ferretería, todo hecho a partir de la misma realidad que tú, yo y los ratones del campo.

> "Las montañas azules no son sensibles ni insensibles. Tú no eres sensible ni insensible. En este instante, no puedes dudar de que las montañas azules caminen".

No solamente los brotes de ciruelo y las nubes, o los conferenciantes y *roshis*,[34] enseñan la verdad de las cosas tal como son, sino también los buriles, los clavos torcidos, las carretillas y las puertas chirriantes. La verdadera condición del "sin hogar" es la madurez de confiar en nada y responder a lo que aparezca ante el umbral. Dogen nos alienta: "Una montaña practica siempre y en todas partes".

34. *Roshi*: en japonés, "viejo maestro". Título asignado a los maestros principales de la tradición zen del budismo.

Me he pasado toda la vida en la naturaleza salvaje o muy cerca de ella, trabajando, o explorando, estudiándola incluso cuando vivía en la ciudad. Y, sin embargo, hace unos años me di cuenta de que no me había convertido en un botánico, un zoólogo o un ornitólogo tan bueno como mucha gente del campo a la que admiro. Recordando en qué había concentrado mi energía intelectual a lo largo de los años, caí en la cuenta de que había hecho de los seres humanos mi disciplina, que me había convertido en un naturalista de mi propia especie. Yo mismo había sido objeto de mi indagación. Me divierte conocer cómo cada sociedad resuelve los detalles de la subsistencia y la celebración en su propio paisaje. La ciencia, la tecnología y los usos económicos de la naturaleza no se oponen necesariamente a la celebración. De hecho, es muy fina la línea divisoria entre uso y mal uso, entre reificación y celebración.

La línea divisoria está en los detalles. Una vez asistí a la consagración de un templo japonés que había sido desmontado y transportado a través del océano Pacífico para renacer en la Costa Oeste de los Estados Unidos. La ceremonia de la consagración se hizo al estilo sintoísta e incluía ofrendas de flores y plantas. La dificultad estaba en que eran las plantas que se habrían utilizado en una ceremonia japonesa tradicional y habían sido enviadas desde Japón: no eran plantas del lugar del nuevo emplazamiento. Los ritualistas habían cumplido con las formas, pero evidentemente no habían captado la esencia. Cuando todo el mundo se había ido a casa, traté de hacer las presentaciones por mi cuenta: "Edificio japonés de madera hinoki, te presento a manzanita y a los pinos ponderosa. Por favor, cuídate en este clima seco. Manzanita, esta construcción está acostumbrada al aire húmedo y a mucha gente. Por favor, acéptala en tus laderas polvorientas". Los seres humanos aportan sus propias formas de entender la naturaleza y lo natural.

La diversidad humana de estilos y costumbres y las transformaciones constantes de la cultura popular constituyen un tipo de especiación en el ámbito simbólico, como si los seres humanos eligieran imitar los colores y los dibujos del plumaje de los pájaros. En concreto, las civilizaciones avanzadas han desarrollado nociones muy elaboradas de separación y diferencia, así como decenas de maneras de declararse "fuera de la naturaleza". Como pasatiempo, sería algo inofensivo. Podríamos imaginarnos al grupo de los cordados declarando: "Constituimos un salto cualitativo en la evolución que representa algo que trasciende completamente lo que hasta ahora había sido mera biología". Pero semejante apelación a un destino especial por parte de los seres humanos puede ser también interpretada, cuando menos, como un caso de multiplicación innecesaria de teorías –la navaja de Occam–. Y los resultados, en lo que se refiere a la relación entre los humanos y el resto de la naturaleza, han sido perniciosos.

Existe un rollo manuscrito llamado "Montañas y arroyos sin fin" atribuido a Lu Yuan, de la dinastía Ching; hoy está en el museo Freer. En el marco de un paisaje de rocas, árboles, cortados, montañas y cursos de agua, vemos a gente y lo que la gente hace. Hay campesinos y chozas con techo de paja, sacerdotes y conjuntos de templos, estudiosos tras sus ventanitas, pescadores en botes, mercaderes ambulantes con sus cargas, matronas y niños. Mientras que la tradición budista del norte de la India y del Tíbet hizo del mandala –diagramas pintados o dibujados de las posiciones de la conciencia y de las cadenas de causa-efecto– su representación visual para el aprendizaje, la tradición chan de China, y especialmente la song del sur, hizo algo similar, me atrevo a sugerir, con la pintura paisajística. Si se considera un rollo como una especie de mandala chino, entonces todas sus figuras representan nuestras pequeñas y diversas identidades, y los acantilados,

árboles, cascadas y nubes son nuestras mudanzas y estaciones. Un cañaveral en las ciénagas junto al río, ¿qué nos dice? Cada tipo de ecosistema es un mandala diferente, una imaginación diferente. De nuevo viene a la mente el término ainu *iworu*, "campo de seres".

> "No todos los seres perciben las montañas y las aguas de la misma manera... Algunos ven el agua como una maravillosa floración. Los fantasmas hambrientos ven el agua como fuego furioso o pus y sangre. Los dragones ven el agua como un palacio o un pabellón... Algunos seres ven el agua como si fuera un bosque o un muro. Los seres humanos ven el agua como agua... La libertad del agua depende solo del agua".

Un mes de julio, bajando desde el nacimiento del río Koyukuk hacia la cordillera de Brooks, en Alaska, tuve la oportunidad de vislumbrar el reino de las ovejas de Dall. Las verdes y neblinosas montañas estivales de la tundra –en las que yo era un frágil visitante– fueron todo lo hospitalarias que pueden llegar a ser con un primate lampiño. Sin embargo, los largos y oscuros inviernos no intimidan a las ovejas de Dall, que ni siquiera emigran hacia el sur. Los vientos arrastran la escasa nieve, y las flores y la hierba seca del verano ártico sirven de alimento todo el año. Las docenas de ovejas estivales destacaban, blancas contra el verde: jugando, sesteando, comiendo, embistiéndose, dando vueltas, sentadas o dormitando en sus altos y tersos lechos sobre cortados "al borde de la vida y la muerte". Las ovejas de Dall, llamadas *dibee* en atabascano, ven las montañas –podría decir Dogen– "como un palacio o un pabellón". Pero esa frase provisional, "palacio o pabellón", es demasiado urbana, aristocrática y humana como para mostrar realmente de qué manera total y singular cada forma de vida está "en casa" en su propio "campo búdico".

Paredes de montañas verdes entre nubes henchidas
puntos blancos en laderas lejanas, constelaciones
que cambian lentamente, no estrellas, no rocas,
"dispersas por las brisas de la medianoche",
jirones de nubes, luz lavanda del Ártico
sobre ovejas salvajes que pastan
en calma las hierbas de la tundra, asidas en la red del clan
y la familia por balidos y olores en la lenta
rotación de su orden viviendo
a medias en el cielo. Viento húmedo que sube
de la ladera norte y sabor del campo de hielo,
y ahora ruge el hornillo:
ven, tómate un té.

Y ahí abajo, en el riachuelo ártico al pie de las laderas, los tímalos de cuerpo tornasolado están —para nosotros— en su propio paraíso de hielo. Cito de nuevo a Dogen:

"Ahora bien, cuando los dragones y los peces ven el agua como un palacio, es lo mismo que cuando los seres humanos ven un palacio. No creen que fluya. Si un extraño les dijera: 'lo que veis como un palacio es agua que corre', los dragones y los peces se sorprenderían, así como nosotros nos sorprenderíamos si nos dijeran: 'las montañas fluyen'.".

Podemos comenzar a imaginar y visualizar las jerarquías y redes afincadas en el actual universo no dualista. La teoría de sistemas nos ofrece ecuaciones, pero pocas metáforas. En *El sutra de las montañas y las aguas*, encontramos lo que sigue:

"No se trata solamente de que haya agua en el mundo, sino de que hay un mundo en el agua. No está solo en el agua. Hay un mundo

de seres sensibles en las nubes, hay un mundo de seres sensibles en el aire, hay un mundo de seres sensibles en el fuego..., hay un mundo de seres sensibles en una brizna de hierba".

A veces parece que la idea aceptada de "evolución" es la de una suerte de carrera entre especies rivales a lo largo del tiempo en el planeta Tierra: todas en la misma pista, algunas abandonando, otras perdiendo fuelle, otras victoriosas a la cabeza. Si intercambiamos fondo y primer plano y asumimos la perspectiva de las "condiciones" y sus posibilidades creativas, se nos revelarían multitud de interacciones a través de cientos de ojos ajenos. Podríamos decir, por ejemplo, que un alimento genera una forma de existencia. Los arándanos y los salmones llaman a los osos; las nubes de plancton del Pacífico Norte llaman a los salmones, y los salmones llaman a las focas y, por tanto, hay orcas. El cachalote es arrastrado a la existencia por la fluctuación y el latido de las praderas de calamares, y los nichos disponibles de las islas Galápagos llamaron a una diversidad de funciones y formas aviares que evolucionaron a partir de una sola rama de pinzones.

Los biólogos de la conservación hablan de "especies indicadoras", animales o aves tan característicos de una región natural y su ecosistema que su situación es índice del estado general. Los bosques primarios de coníferas pueden ser medidos por la presencia del cárabo manchado, y las Grandes Llanuras dijeron una vez —y repetirán— "bisonte". Por tanto, la pregunta que me he estado haciendo es la siguiente: ¿quién dice "humanos"? ¿Quién da forma a nuestra especie? Son, sin duda, las "montañas y ríos sin fin", la totalidad de esta Tierra en la que nos sentimos propiamente en casa. Las bayas, las bellotas, las semillas del cereal, las manzanas y las patatas llaman a la existencia de diestras criaturas parecidas a nosotros. Mayores que el lobo, menores que el alce, los seres humanos no ocupan mucho espacio en el paisaje.

Desde el aire, los trabajos de la humanidad son rasguños, lagunas y cuadrículas, y, de hecho, la mayor parte de la Tierra parece, a lo lejos, campo abierto. Ahora sabemos que nuestro impacto es mucho mayor de lo que aparenta.

En cuanto a los pueblos y ciudades, son —para los que saben ver— viejos troncos de árboles, grava de los ríos, charcos de petróleo, quemas y desguaces, restos de crecidas, colonias de corales, nidos de avispas, colmenas de abejas, leños podridos, capas de estratos, pilas de guano, banquetes, cenadores para el cortejo y el pavoneo, atalayas de roca y apartamentos para topillos. Y para unos pocos también hay palacios.

La descomposición

> "Los fantasmas hambrientos ven el agua como fuego furioso, o pus y sangre...".

La vida en la naturaleza salvaje no es solo comer moras al sol. Me gusta imaginar una "ecología profunda" que se adentre en el lado oscuro de la naturaleza: la bola de huesos aplastados en un excremento, las plumas en la nieve, las historias de un insaciable apetito. Los sistemas naturales están, en un sentido noble, por encima de toda crítica, pero también pueden considerarse irracionales, mohosos, crueles y parasitarios. Jim Dodge me contó que había visto, con horror y fascinación, cómo un grupo de orcas golpeaba metódicamente hasta matarla a una ballena gris en el Mar de Chukchi. La vida no es solo el feudo diurno de grandes y atractivos vertebrados, sino también una cocina en las tinieblas: nocturna, anaeróbica, caníbal, microscópica y fermentante. La vida se sostiene bien a una profundidad de seis kilómetros por debajo de la superficie del océano, se sustenta y espera en una pared congelada de roca, se aferra y alimenta a temperaturas de cincuenta grados en un desierto. Hay un mundo natural del lado de la

podredumbre, un mundo de seres que se pudren y descomponen en la oscuridad. Los seres humanos han privilegiado la pureza y les repele la sangre, la contaminación y la putrefacción. El otro lado de lo "sagrado" es ver a quién amas en el infierno, rezumando gusanos. Coyote, Orfeo e Izanagi no pueden evitar mirar, y pierden a su ser amado. La vergüenza, el dolor, la humillación y el miedo son los combustibles anaeróbicos de la imaginación oscura. Las energías menos familiares del mundo salvaje y sus equivalentes imaginarios nos han provisto de ecologías de la mente.

Ahí encontramos las particulares condiciones que necesita el hábitat de los dioses. Se establecen en las cumbres de las montañas, como en el Olimpo, tienen sus cámaras en las profundidades de la Tierra o son invisibles a nuestro alrededor (se rumorea que una de las deidades mayores habita completamente fuera de nuestra Tierra). Los yana decían que el Monte Lassen, un volcán de 3.000 metros en el norte de California –Waganupa en la lengua de Ishi–, es el hogar de innumerables *kukini*[35] que avivan un fuego en el interior (el humo sale por la abertura, como en el tipi). Piensan seguir divirtiéndose con el juego del palo mágico hasta que los seres humanos se reformen y conviertan en "gente verdadera", con la que los espíritus quizás quieran vincularse de nuevo.

El mundo de los espíritus recorre y atraviesa el de las especies. No necesita preocuparse por la reproducción, no teme a la muerte ni es práctico. Sin embargo, los espíritus parecen tener un interés ambivalente y selectivo en la comunicación entre diferentes mundos. Jóvenes vestidas con túnicas blancas y rojas danzan para llamar a los dioses, para ser poseídas por ellos, para hablar con sus voces. Los sacerdotes que las emplean solo pueden

35. *Kukini*: en la cultura nativa maidu, ubicada entre el valle del río Sacramento y las montañas de la Sierra Nevada de California, espíritus guardianes frecuentemente asociados a la geografía particular que habitan.

esperar una palabra suya. Creo que fue D. H. Lawrence el que dijo: "Bebe y diviértete con Baco o come pan seco con Jesús, pero no te sientes nunca si no es en compañía de algún dios".

(En cuanto al carácter *personal* de los sueños en las montañas: estaba medio dormido sobre el suelo rocoso junto al lago Tower, en la Sierra Nevada. Había cuatro bandas horizontales de roca color crema rielando en la pared de un talud, y el sueño me dijo: "Esas bandas de roca son tus hijas".).

Mientras Dogen y la tradición zen caminaban, cantaban un sutra o se sentaban a meditar, los viejos artesanos autóctonos del alma y el espíritu tocaban la flauta y el tambor, bailaban, soñaban, prestaban atención para escuchar un canto, ayunaban y alentaban el temple necesario para comunicarse con pájaros, animales o rocas. Hay un cuento en el que Coyote miraba las otoñales hojas del álamo mientras flotaban y caían livianamente al suelo. Era tan hermoso ver ese espectáculo que les preguntó a las hojas si acaso él podría hacer lo mismo. Ellas le advirtieron: "Pesas demasiado, Coyote, y tu cuerpo son huesos, vísceras y músculos. Nosotras somos livianas, el viento nos arrastra, pero tú caerías y te harías daño". Coyote no quiso escuchar, insistió en trepar por el álamo y, asomándose tan lejos como pudo sobre una rama, se soltó. Cayó y murió. He aquí una advertencia: no nos apresuremos a "fusionarnos". Por otra parte, tal y como se nos cuenta, Coyote se revolverá, recompondrá su costillar, se palpará las garras, encontrará un guijarro con un puntito negro que le sirva de ojo y saldrá de allí trotando.

Las narraciones son una de las huellas que dejamos en el mundo. Todas nuestras literaturas son restos, del mismo orden que los mitos de los nativos, que solo dejan tras de sí historias y alguna herramienta de piedra. Las demás formas de seres vivos tienen su propia literatura. Las narraciones del mundo de los venados son el rastro de los olores que se transmite de ciervo a ciervo con un arte instintivo para su interpretación. Una

literatura de manchas de sangre, algo de orín, el aroma del estro, un golpe de celo, el rasguño en un tronco joven..., y hace tiempo que se fueron. Puede incluso que haya una "teoría de la narrativa" entre esas criaturas, y que rumien sobre la "intersexualidad" o la "crítica de la descomposición".

Sospecho que las sociedades primarias saben que, de alguna forma, sus mitos han sido "imaginados". No los aceptan literalmente y, sin embargo, estiman mucho tales narraciones. Solo al ser invadidos por la historia y doblemente engañados con valores ajenos comienza un pueblo a declarar que sus mitos son "literalmente verdaderos". Esta literalidad, a su vez, provoca cuestionamientos escépticos y el ejercicio del pensamiento crítico. Qué refinada confusión sobre el papel de los mitos supone declarar que, a pesar de que no deben ser creídos, son, sin embargo, ensoñaciones estéticas y psicológicas que ordenan un mundo que de otro modo sería caótico, con las cuales debemos voluntariamente comprometernos. Un buen antídoto es esta frase de Dogen: "Deberías saber que, aunque todas las cosas se han liberado y no están ligadas a nada, aceptan su propia expresión fenoménica". *El sutra de las montañas y las aguas* se denomina *sutra* no ya para aseverar que "las montañas y ríos de este momento" son un texto, un sistema de símbolos, un universo referencial de espejos, sino que el mundo en su existencia actual es una representación completa, una puesta en escena que, sin embargo, no representa nada.

Caminar sobre las aguas

Hay muchas maneras de caminar, desde avanzar en línea recta atravesando un desierto hasta tejer un sinuoso recorrido en la maleza. Una manera de hacerlo consiste en descender de cumbres escarpadas y por laderas de taludes. Es una danza irregular, de pasos cambiantes, sobre losa y pedregal. La respiración y la vista siguen siempre esa cadencia irregular. No es nunca rítmica ni acompasada.

sino tensa, a pequeños saltos, con pasos laterales, eligiendo un lugar bien a la vista para colocar el pie sobre la roca, pisar firme, continuar, avanzando en zigzag e intencionadamente. El ojo alerta mirando hacia delante, eligiendo los apoyos siguientes, a la vez que se afianza el siguiente paso. Cuerpo y mente se aúnan de tal forma con ese mundo abrupto que consiguen moverse sin esfuerzo una vez que tienen algo de práctica. La montaña se iguala con la montaña.

En 1225 Dogen pasaba su segundo año en el sur de China. En esa fecha abandonó las montañas en su viaje hacia el norte y pasó por Hangzhou, capital de la dinastía Song del sur, camino del monasterio de Wan-Shou en la montaña Jing. El único registro sobre China que nos legó Dogen son unas anotaciones sobre las charlas del maestro Ru Jing (Kodera,1980). Me pregunto qué hubiera dicho Dogen sobre nuestro caminar urbano. Hangzhou tenía calles llanas, anchas y rectas, paralelas a canales. Debió de conocer las casas de varias plantas, las limpias calles de adoquines, los teatros, los mercados y los numerosos restaurantes. Había tres mil baños públicos. Marco Polo, que la llamaba Quinsai, la visitó veinticinco años más tarde y la consideraba la ciudad más poblada –tenía al menos un millón de habitantes– y rica del mundo (Gernet, 1962). Aún hoy la gente de Hangzhou recuerda al gran poeta del siglo XI, Su Shi, que cuando era gobernador construyó el viaducto que cruza el Lago Occidental. En la época de la peregrinación de Dogen, el norte de China estaba dominado por los mongoles, y cincuenta y cinco años más tarde Hangzhou también caería bajo su poder.

El sur de China de esa época exportó a Japón la pintura de paisajes y la caligrafía, las escuelas de zen soto y rinzai y la visión de esa gran capital del sur. La evocación de Hangzhou influyó en la evolución tanto de Osaka como de Tokio durante el periodo Tokugawa. Estas dos actitudes –por un lado, la práctica austera del zen, con sus salas limpias y sobrias; por el otro, la posibilidad de

una vida de convivencia urbana con abundantes festivales, representaciones teatrales y restaurantes– son dos poderosos legados de Asia oriental al resto del mundo. Si el zen refleja el amor por la naturaleza del Lejano Oriente, Hangzhou representa el ideal urbano. Ambos desbordan energía y vida, y puesto que la mayoría de las ciudades del mundo están hoy atrapadas en la pobreza, el hacinamiento y la contaminación, mayores son los motivos para recuperar este sueño. Como sugiere James Hillman (1989, 169), sería suicida desatender la ciudad en nuestro corazón y nuestra mente.

El sutra de las montañas y las aguas prosigue:

> "Todas las aguas aparecen al pie de las montañas orientales. Sobre todas las aguas están todas las montañas. Se camina dentro y se camina más allá sobre las aguas. Todas las montañas caminan con los dedos de los pies sobre todas las aguas y chapotean allí".

Dogen termina su meditación sobre las montañas y las aguas del siguiente modo: "Cuando estudias en profundidad las montañas, ese es el trabajo de las montañas. Tales montañas y aguas se convierten en personas sabias y maestros"; se transforman en vendedores ambulantes y cocineros de pasta, en marmotas, cuervos, tímalos, carpas, serpientes de cascabel y mosquitos. *Todos* los seres son "dichos" por las montañas y las aguas, incluso el estruendo de un tractor y el brillo de las teclas de un clarinete.

LOS BOSQUES ANTIGUOS DEL LEJANO OESTE

"Al contrario, destruiréis sus altares, romperéis sus estelas y talaréis sus bosques". (ÉXODO, 34:13)

Tras la tala rasa

Teníamos una pequeña granja lechera situada entre el estrecho de Puget y el norte del lago Washington, en medio de una zona talada. Los biorregionalistas llaman a esa parte del noreste del estado de Washington Ish, porque este sufijo significa "río" en salish.[36] Los ríos que fluyen hasta el estrecho de Puget son el Snohomish, el Skykomish, el Samamish, el Duwamish y el Stillaguamish.

Recuerdo ver a mi padre y a su cuadrilla dinamitar tocones y arrancar los restos con un tiro de caballos. Desbrozó casi una hectárea y la valló para tres vacas guernsey. Después construyó un establo de dos plantas con pesebres y zona de almacén: las vacas abajo y las gallinas arriba. Él y mi madre plantaron árboles frutales, criaron gansos y vendieron leche. Los bosques estaban detrás de la valla de la parte de atrás: una selva de segundo crecimiento con alisos y cáscara sagrada, y las zarzamoras autóctonas extendiéndose sobre los tocones. Algunos tenían hasta tres metros de altura y de dos a tres metros de diámetro en la base. En la parte alta, a los lados, se podían ver las muescas que los leñadores había hecho para apoyar los tablones con puntas de acero, los trampolines desde los que talaban. Así se situaban por encima de la colosal circunferencia de la base. Dos o tres árboles viejos habían sobrevivido —pequeños en comparación a los anteriores— y yo me subía a ellos, especialmente a un cedro rojo occidental (*xelpai'its* en snohomish) que imaginaba que era mi consejero. Con el paso

36. Salish: nombre de un grupo indígena, y su lengua, de la región del Noroeste del Pacífico norteamericano.

de los años vagué por el bosque de segundo crecimiento, con sus cedros, tsugas del Pacífico y abetos Douglas, más allá de los pastos del ganado, detrás de la marisma, subiendo por una larga ladera hasta una plantación de pinos secos. El bosque era mi hogar, más incluso que mi propia casa. Tenía una zona de acampada permanente donde a veces cocinaba y pasaba la noche.

Cuando crecí, hice excursiones hasta los bosque primarios en los valles al pie de las montañas Cascades y Olímpicas, donde la col de mofeta, que se da bien a la sombra, y el sotobosque de maza del diablo (*Oplopanax*) son más altos que uno, y la alfombra de musgo llega a los treinta centímetros de espesor. Siempre hay un olor penetrante a organismos húmedos aplastados –hongos–, rojos troncos podridos y algunos arbustos de frutos ácidos de zarza purpúrea. En el límite del bosque hay matorrales de salal con bayas insípidas llenas de semillas, frambuesas amarillas y una maraña de arbustos de arce enredadera. Desde la umbría miras la tierra quemada y talada y ves la adelfilla en flor.

Siendo algo mayor llegué hasta la alta montaña. Las cimas nevadas se veían desde cerca de nuestra casa: en particular el monte Baker y el pico Glacier, al norte, y el monte Rainier, al sur. Al oeste, al otro lado del estrecho de Puget, estaban las montañas Olímpicas. Las sobrenaturales cimas nevadas, flotantes y resplandecientes, son una promesa para el espíritu. La primera vez que experimenté de cerca una de esas lejanas cumbres fue a los quince años, cuando subí a la montaña Saint Helens. Me levanté a las tres de la mañana junto al límite de los árboles y desmonté el campamento para llegar al glaciar a las seis. Presenciar el alba rosa a dos mil setecientos metros en una ladera helada acompañado por el nítido tintineo de las puntas de los crampones sobre el hielo es uno de los placeres esotéricos del montañismo. Adentrarse en el hielo y la roca y estar en lo más alto es experimentar una rigurosa e inquietante transformación iniciática. Situarse por encima de las nubes con la única compañía de unas pocas altas cumbres,

también bajo el sol, mientras el mundo humano aún duerme en el amanecer bajo una sábana de nubes grises, es un pequeño paso hacia el "pensar como una montaña", en palabras de Aldo Leopold. Ascendí a la mayoría de las cimas del noroeste –las montañas Hood, Baker, Rainier, Adams, Stuart y otras– durante los años que siguieron.

Al mismo tiempo, me hice más consciente de las tierras bajas. Los camiones bajaban sin cesar carretera abajo desde las Cascades a los valles fluviales, cargados con inmensas trozas.[37] Caminando por las montañas bajas alrededor de nuestra casa cerca de Lake City me di cuenta de que yo había crecido justo después de una tala rasa, que solo habían pasado treinta y cinco o cuarenta años desde la deforestación de todas aquellas montañas. Ahora sé que esa zona había albergado algunos de los árboles más grandes y hermosos que el mundo haya visto jamás: un antiguo bosque de tsuga, abetos Douglas y una zona templada de bosque húmedo anterior a los glaciares. Sospecho que, de alguna forma, me instruyeron los fantasmas de esos antiguos árboles cuando rondaban entre sus tocones. Me apunté a la Wilderness Society[38] a los diecisiete años, me suscribí a *Living Wilderness* y escribí cartas al Congreso sobre controversias forestales en las montañas Olímpicas.

Pero también me formé gracias al tipo de trabajo que hacían mis tíos, mis vecinos y los trabajadores de todo el Noroeste del Pacífico. Mi padre me puso en el extremo de un tronzador cuando tenía diez años y me dio las instrucciones clásicas: "No te montes sobre la sierra" –no empujes, solo tira–. Me encantaba

37. Troza: en el lenguaje forestal, un *tronco aserrado y cortado*.

38. Wilderness Society: asociación *conservacionista* fundada en 1935 orientada a la consecución de políticas públicas de *protección y* defensa del territorio. *Living Wilderness* fue su revista.

el zumbido y el siseo nítido de la hoja, el ritmo, la camaradería, el rizo blanco de madera que salía de las cuchillas, el ritual de colocar los mangos y rociar queroseno sobre la cuchilla y en el corte para disolver la resina. Serrábamos secciones de troncos caídos para cortarlos y utilizarlos como leña. Los parados durante los años de la Depresión talaban los enormes tocones de cedro que quedaban después de la primera tala para hacer bloques y después cortarlos con un hendedor para fabricar tejas de cedro y venderlas. Nosotros talábamos para aclarar pastos, quemando enormes pilas de maleza.

A la gente le encanta trabajar duro en equipo y sentir que su trabajo es verdadero, que es igual a decir primario, productivo, necesario. Conocer las habilidades de nuestras manos y disfrutar de las cualidades de herramientas bien diseñadas es primordial. Es un dilema trágico que una parte importante del mejor trabajo que los hombres hacen juntos ya no sea del todo bueno. Hoy sabemos que la precisa información sobre las técnicas de caza manual de ballenas y todos los pasos de despiece y limpieza descritos en *Moby Dick* ya no pueden obviar al terrible fantasma de la extinción de las ballenas. Hasta el granjero y el carpintero están inquietos: pesticidas, herbicidas, espeluznantes subvenciones, agua subvencionada, materiales baratos, subdivisiones horrorosas, muros que no duran. ¿Quién puede estar orgulloso? Y nuestra indignación ética y ecológica a menudo señala –por pura frustración– al leñador o al ganadero, cuando el poder real está en manos de gente que gana sumas de dinero inimaginables, hombres y mujeres vestidos impecablemente, y con la exquisita educación de las mejores universidades, que comen alimentos de primera y leen literatura culta mientras van orquestando las inversiones y la legislación que arruinarán al mundo. Al entrar en la mayoría de edad en el Noroeste del Pacífico, aconsejado por un cedro, conociendo la historia de mi región, practicando montañismo, estudiando las culturas nativas y concibiendo los pequeños

rituales que mantuvieron mi espíritu cuerdo, a menudo me ganaba la vida gracias a las destrezas de leñador que aprendí en una granja de tocones durante la Depresión.

Trabajar en el bosque

Los años de 1952 y 1953 trabajé como vigía para el Servicio Forestal en las montañas Cascades del Norte. El verano siguiente, como quería ver nuevas montañas, solicité plaza en un Bosque Nacional de la zona del monte Rainier. Ya había llegado hasta la estación de guardas de Packwood y comprado mi provisión de víveres para llevar al mirador forestal cuando llegó la notificación de mi despido (desde Washington, D. C.). Era la época del macartismo y las sesiones del Comité Velde[39] tuvieron lugar en Portland. Mencionaban a muchos de mis conocidos en la televisión. Fue el fin de mi carrera como trabajador forestal estacional para el Gobierno.

Estaba totalmente arruinado y decidí volver a trabajar en el negocio forestal. Hice autoestop desde el este de las Cascades de Oregón hasta la reserva india de Warm Springs y me puse en contacto con la compañía maderera Warm Springs. El verano de 1951 ya había trabajado allí de cubicador y ahora me contrataron de estrobero.[40] En la meseta de lava al sur del río Columbia, en la cuenca del Deschutes, cerca del nacimiento del río Warm Springs. Talábamos un bosque primario de pinos ponderosa en las faldas del lado este, una aromático bosque abierto con

39. Comité Velde: un comité de actividades antiamericanas durante el periodo de represión anticomunista liderado por el senador Joseph McCarthy en Estados Unidos durante la década de 1950.

40. Cubicador y estrobero: el primero es el operario forestal encargado de calcular el volumen de madera de un tronco y determinar su calidad. El estrobero se encargaba de enganchar los cables a los troncos para que fueran arrastrados por tractores o grúas.

árboles inmensos de troncos rectilíneos que crecían en suelo volcánico. El extremo superior lindaba con la zona alpina y el inferior –adentrándose más y más en el desierto– se convertía progresivamente en artemisa. La tala estaba bajo contrato con el consejo tribal nativo. Las ganancias se repartían entre el conjunto de la comunidad.

11 de agosto de 1954

Hoy, estrobero. Por la noche, cerveza en Madras. Bajo la sombra del monte Jefferson. Largos troncos de color canela. Esto es "pino" y pertenece a los "indios", qué unión más curiosa. Que estos indios y estos árboles, que coexistieron durante siglos, de repente sean poseedor y poseído. Nuestros conceptos, sin lugar a dudas.

No tuve grandes dilemas con aquel trabajo. A diferencia de los bosques húmedos de abetos Douglas de crecimiento rápido al oeste de las Cascades, donde existen argumentos plausibles a favor de la tala rasa, los bosques de pinos, más secos, son perfectos para la tala selectiva. Aquí las pendientes eran suaves y no se talaba más de un cuarenta por ciento del dosel forestal. Se dejaban en pie unos cuantos árboles semilleros sanos de tamaño medio. Los tractores de oruga zigzagueaban entre ellos sin descortezarlos.

Los estroberos son parte de la operación de transporte de troncos. En el bosque, primero llegan los que hacen el inventario forestal, calculan el total de metros de tabla por árbol y los marcan. A continuación, aparecen las orugas y las motoniveladoras. Y, pisándoles los talones, están los leñadores *gypo* –a los que se les paga por lo que producen a destajo, en lugar de un sueldo fijo–; y, por último, entra el equipo de transporte de troncos. Normalmente, el desembosque al oeste de las montañas es una operación realizada mediante un sistema con un cable aéreo de acero donde se agrupan las trozas y, utilizando un sistema de eslingas, se arrastran en línea desde un árbol que hace de mástil.

En los bosques de pinos de la zona este el transporte se hace con tractores oruga de gran tamaño. El tractor tira de un remolque con oruga que tiene un "arco" del que cuelga un cable que va del cabrestante a la popa del tractor pasando por la rueda de la polea que está en la parte alta del arco. A continuación, el cable baja hasta donde la eslinga se divide en tres grandes cadenas que acaban en unos enormes ganchos de acero, los ganchos de cierre. Yo estaba en un equipo de dos que trabajábamos detrás de un tractor oruga. Era cosa de dos.

Cada tractor arrastra los troncos talados y desramados hasta los cargaderos —donde se suben en camiones— desde las propias vías de arrastre. Mientras se arrastran los troncos, los estroberos —que se quedan detrás— van estudiando la siguiente carga. Seleccionan los troncos que amarrarán al tractor para el siguiente viaje y determinan la secuencia en que deben ir enganchados para que no se crucen, volteen, giren o rompan otros árboles vivos, para que no se traben con los tocones ni hagan ningún movimiento extraño o peligroso. Los estroberos deben ser delgados y fibrosos. Yo llevaba botas de leñador embreadas y con puntas de acero en la suela, parecidas a dientecillos de comadreja. Era el calzado perfecto para correr entre las enormes trozas y subir por ellas mientras observaba su disposición y preveía la dinámica de su masa en movimiento. El tractor volvía por la vía de arrastre con las eslingas vacías y se colocaba donde yo le señalaba. Entonces yo sacaba dos o tres eslingas de los ganchos de cierre y arrastraba los cables de cinco metros detrás de mí hasta las trozas y las colocaba. El tractor continuaba hasta el otro estrobero, que sacaba sus eslingas y hacía lo mismo.

Como el tractor se iba moviendo y girando, los estroberos acabábamos totalmente llenos de polvo y mantillo, embutiendo el extremo de la eslinga bajo la troza, rodeándola y enganchándola al cierre metálico corredizo llamado "de campana", que enlaza la troza cuando la eslinga se tensa. El tractor daba marcha atrás con

el remolque y el arco hasta donde yo estaba sujetando en alto las eslingas. Yo enganchaba la primera "D" —el agujero en el extremo libre de la eslinga— por encima del gancho de cierre y enviaba el tractor a por la siguiente troza. Se podía adelantar y arrastrarlo mientras yo saltaba hasta la siguiente carga y enganchaba la siguiente eslinga al gancho de cierre. Entonces el cabrestante de la parte posterior del tractor lo acababa de sujetar y los extremos de las trozas se alzaban limpiamente del suelo colgando del arco entre las dos ruedas de oruga.

De pie
        sostenía la eslinga en alto
Mientras el tractor daba marcha atrás con el remolque de arco
            cayeron abetos blancos,
Las ramas chasqueando contra el casco
        el brillante cable D enganchado
Los ganchos de cierre se balanceaban
            repiqueteando contra el frío acero.

(de *Myths and Texts*)[41]

La siguiente pregunta era: ¿cómo se iban a desplegar las trozas? El conductor del tractor que me tocaba era Little Joe, de diecinueve años y recién casado; mascaba tabaco y siempre estaba de broma. Le hacía una señal con el dedo pulgar y al mismo tiempo salía corriendo de entre las trozas saltando detrás, a veces incluso cuando él ya empezaba a tirar y estas se elevaban desde el arco. Nunca te quedes en medio de un despliegue de trozas. Cuando el tractor tira, pueden balancearse y juntarse

41. *Myths and Texts* [Mitos y textos]: el segundo poemario del autor, publicado en 1960. Una sección está inspirada en su trabajo como peón forestal. Otros poemas de este libro traducidos al castellano pueden leerse en: Snyder, Gary, *La mente salvaje: Nueva antología*, Árdora Ediciones, 2016.

con un chasquido. "Así pierden los estroberos las piernas". Y tampoco permanezcas cerca de un árbol muerto cuando salga la carga. Por poco que la carga lo roce, la parte superior, o todo el árbol, puede caerse. Yo vi a una *maestra* muerta –un árbol con una horcadura en la tercera rama más alta– resquebrajarse y caer como si nada, rozando el casco de un estrobero llamado Stubby. Tuvo suerte.

El tractor D8 acelera ligero entre abetos blancos
Roza el pino semillero
                las ardillas rayadas huyen,
Una hormiga negra lleva un huevo
sin rumbo fijo por la maltrecha tierra.
Avispas amarillas en movimiento rodean
el tronco muerto destrozado, su hogar.
La resina rezuma de los árboles
                        sin corteza aún en pie,
extraño olor a arbustos triturados.
Los pinos *contorta* son frágiles.
Los cascanueces revolotean y observan.

De los estroberos experimentados aprendí trucos, asientos y tiros; maneras de que una eslinga volteara una troza o incluso que saltara desde debajo de otra. Formas y secuencias para enganchar eslingas. Una vez colocadas, parecían un telaraña enmarañada, pero cuando el tractor tiraba, se deshacía el revoltijo como por arte de magia sin que las eslingas se cruzasen, y cada troza se colocaba en su sitio. De vez en cuando enganchábamos un árbol de dos metros y medio de diámetro y a menudo otros de casi dos metros: nunca antes había visto pinos ponderosa tan perfectos. También había abetos blancos, abetos Douglas y algunos alerces.

Pronto me acostumbré al rugido y el fragor rechinante del tractor, al polvo, a los ricos olores que ascendían del suelo herido

y revuelto de vida vegetal. A la hora de comer, cuando toda la maquinaria estaba en silencio, aparecían ciervos buscando el camino entre el bosque devastado. Un oso negro se metía una y otra vez en nuestra destartalada furgoneta para hacerse con la comida hasta que alguien le pegó un tiro y sirvió de cena para todo el campamento. No había rencor contra el oso, y no había sensación de conquista en el trabajo de los leñadores. Los hombres eran estoicos, diestros, trabajaban de más y sabían un montón de chistes y dichos horribles, ¡pero también muy divertidos! Muchos de ellos vivían en la reserva, compartida entre los pueblos wasco, wishram y shoshone. La compañía maderera daba prioridad a la contratación de nativos americanos de la zona.

Ray Wells, un nisqually grande, y yo
                    pusimos una eslinga cada uno
En los ganchos de cierre de dos grandes alerces
En un espesura de estramonio y un pantano.
                    esperando a que volviera el tractor,
"Ayer capamos unos ponis
Mi suegro les cortó las pelotas
Es wasco y no habla inglés
Agarra un manojo de tubos y de alguna manera
                    corta los correctos.
La pelota salta, el caballo chilla
Pero está completamente amarrado".
Bajó el tractor rechinando.
A la sombra del estruendo de metal y diésel
                    y su huella metálica
Pensé en el tipi de Ray Wells en la llanura de salvia
Los ponis castrados
Sanando y pastando a pleno sol.

También había viejos blancos que trabajaron toda la vida en la

industria maderera; uno había sido activista en el sindicato Industrial Workers of the World, "los *wobblies*",[42] y despreciaba los sindicatos posteriores. Le hablé de mi abuelo, que había dado mítines a favor de los *wobblies* en la plaza Yesler de Seattle, y de mi tío Roy, cuya esposa, Anna, fue la cocinera jefa de un inmenso campamento de leñadores en Gray's Harbor durante la primera guerra mundial. Le conté sobre el renovado interés por el anarcosindicalismo en algunos círculos en Portland. Me dijo que no había conocido a nadie con quien hablar en *wobbly* en los últimos veinte años y que le encantaba. Su trabajo de cortador de nudos le hacía estar en los cargaderos donde los tractores oruga soltaban las trozas. Aunque las palas cortaban las ramas, a veces se dejaban nudos que hacían difícil cargar y apilar las trozas. Cortaba tocones con un hacha de doble filo. Ed tenía una marca circular desgastada en el bolsillo posterior de sus tejanos recortados: era de la piedra redonda para afilar el hacha. Entre carga y carga, la afilaba constantemente: con ella podía hasta cortar láminas de su pastilla de tabaco de mascar.

Ed McCullough, leñador durante treinta y cinco años
Relegado por la llegada de las motosierras
A cortar nudos en los cargaderos:

"No tengo que aceptar esta mierda,
Veinte años más
                    y les diré que les den por el culo"
                    (tenía entonces sesenta y cinco años)
En 1934 vivían en casuchas
En Hooverville, Sullivan's Gulch.
Cuando el tren a Portland empezó a pasar por allí

42. Industrial Workers of the World [Trabajadores Industriales del Mundo]: un histórico sindicato anarcosindicalista fundado en Chicago en 1905. Sus simpatizantes era conocidos como *wobblies*.

Los ferroviarios les tiraban carbón.
"A miles de chicos les dispararon y golpearon
Por querer una buena cama, una buena paga,
comida decente, en el bosque"
Nadie sabía lo que significaba:
"Soldados del descontento".

En una ocasión un tractor oruga fue hasta los cargaderos tirando solo de un tronco, y no era el típico de diez metros de longitud, sino uno de cinco. Aun siendo la mitad, el tractor apenas podía arrastrarlo. Tuvimos que aparejar dos eslingas alrededor de él sin que sobrara mucho cable. Ahora sé que ese árbol estuvo a punto de batir un récord de tamaño. El pino ponderosa más grande del mundo, cerca del monte Adams, que fui a ver tras recorrer kilómetros de carreteras polvorientas, no tenía un diámetro mucho mayor que aquel árbol.

¿Cómo no lamentarse al ver un árbol tan grande convertirse en madera? Era un anciano, un ser de gran presencia, un testigo de los siglos. Guardé algunos fragmentos irregulares y de color tostado de la corteza y los coloqué en un pequeño altar sobre una caja junto a mi litera en el campamento. Esa y otras ofrendas –una pluma de pájaro carpintero, un trozo de huevo de pájaro roto, un poco de obsidiana y una foto del bodhisattva de la sabiduría trascendental, Manjusri– no eran "mis" ofrendas al bosque, sino las que nos hacía el bosque a todos nosotros. Supongo que era mi manera de recordármelo.

Todos los árboles del bosque de Warm Springs eran primarios. También eran perfectos para madera, la mayoría sin ninguna podredumbre. No tengo la menor duda de que muchos de los árboles semilleros y los más pequeños que se dejaron en pie crecieron, y que el bosque volvió a recuperarse. Un silvicultor que trabajaba para la Oficina de Asuntos Indios y para el consejo tribal planificó esa tala.

¿Realmente volvió a recuperarse? No sé si las madereras de Warm Springs los han vuelto a talar. No deberían haberlo hecho, pero...

Había una retórica tranquilizadora y conservacionista en el mundo forestal y maderero desde mediados de los años treinta hasta finales de los cincuenta. Aún no había empezado la brutal tala rasa que ha devastado ya toda la vertiente del Pacífico desde el río Kern hasta Sitka, en Alaska. En aquellos días, los profesionales forestales todavía creían en la tala selectiva y, de hecho, ejercían la producción sostenible. Fueron, si echamos la vista atrás, los últimos años de una correcta gestión de los bosques en Estados Unidos.

Perenne

La tierra seca y árida del Oeste americano tuvo un extraño efecto en la política de Estados Unidos. Transformó, radicalizando incluso, a algunos individuos. Una vez que se cerró a los colonos y las tierras no reclamadas pasaron a ser de titularidad pública, unas cuantas personas se dieron cuenta de que el futuro de esas tierras dependía de un debate público. Algunas cambiaron la exploración y el gusto por la naturaleza salvaje por el activismo político.

Los filósofos taoístas nos cuentan que la sorpresa y la enseñanza sutil pueden llegar de lo inútil. Así sucedió con la tierra baldía del Oeste americano: era inaccesible, inhóspita, árida e intimidatoria a los ojos de la mayoría de los primeros euroamericanos. Estas tierras inútiles se convirtieron en el "lugar del sueño" de unos cuantos hombres y mujeres del siglo XIX y principios del XX –John Wesley Powell en materia de agua y terrenos públicos, Mary Austin en lo concerniente a los nativos americanos, el desierto y las mujeres– que se adentraron en soledad en los grandes espacios y volvieron de sus expediciones no solo para criticar la política y los supuestos que se daban por buenos en aquellos Estados Unidos en expansión, sino también para izar las velas, hoy henchidas de viento, en nombre de lo salvaje y el procomún. Algunos de los terrenos de dominio público recién establecido tenían un uso potencial para la

explotación maderera, el pastoreo y la minería, pero en lo que se refiere a madera y praderas, las mejores tierras estaban ya en manos privadas. Lo que pasó a ser de titularidad pública u ocasionalmente reserva india era –desde el punto de vista de entonces– tierra marginal. Las zonas restringidas para campos de tiro y pruebas nucleares de la Gran Cuenca también son de dominio público, aunque el BLM[43] las haya cedido a los militares.

Por eso, los bosques que en esa época se protegieron como tempranas reservas forestales no se consideraban tierra óptima para la explotación maderera. La primera industria maderera del Noroeste del Pacífico se centró en los espesos bosques de coníferas de baja elevación, como los que había alrededor de la casa donde me crie, o junto al océano, o en las riberas de los ríos. Ese territorio accesible, tras la tala rasa, se convirtió en bienes raíces, pero las grandes empresas se quedaron también con tierras más alejadas para explotarlas comercialmente. La mayor parte del bosque de la península Olímpica es privado. Solo por suerte o casualidad son de dominio público algunas zonas de arbolado a baja elevación, como el bosque del río Hoh en el Parque Nacional de las Montañas Olímpicas, o las secuoyas del parque Jedediah Smith en California. Es gracias a estas reservas de bosques supervivientes que todavía podemos reconocer cómo fue el bosque original de la Costa Oeste, en su versión más espesa y densa. Primero se le llamó "bosque virgen", un término revelador. Después, "bosque primario", o, en algunos casos, "clímax". Ahora empezamos a llamarlo "bosque antiguo".

En la lluviosa vertiente del Pacífico hubo bosques de millones de hectáreas que coevolucionaron a lo largo de milenios, es posible incluso que durante más de un millón de años. Esos bosques son el

43. BLM: Boreau of Land Management. La oficina de administración de tierras del Gobierno de los Estados Unidos.

ejemplo más completo de los procesos ecológicos, pues contienen ingentes cantidades de materia muerta en descomposición junto a la fertilidad reciente, y preservan los flujos de energía tanto del detritus como de la vida en desarrollo. Un bosque antiguo tiene muchos árboles viejos verdaderamente grandes; algunos tendrán las copas desiguales, rotas y musgosas, "sucias" con considerable acumulación orgánica y, la mayoría, agujeros con podredumbre en el interior. Habrá árboles muertos en pie y un buen número de troncos caídos. Aunque estas peculiaridades no atraigan a los madereros por "exceso de madurez", hacen que un bosque antiguo sea algo más que madera: un palacio de organismos, un cielo para muchos seres, un templo donde la vida investiga a conciencia su propio rompecabezas. La actividad vital cae directamente para hundirse bajo el suelo (putrefacción y mantillo). Hay termitas, larvas, milpiés, ácaros, gusanos de tierra, colémbolos, cochinillas y finos hililIos de hongos enhebrados entre sí. "Existen hasta unos 5.500 individuos –sin contar los gusanos de tierra y los nematodos– por cada 30 cm^2 de terreno de aproximadamente 30 centímetros de profundidad. Se han recogido hasta 70 especies diferentes en menos de 30 cm^2 de fértil tierra forestal. La población animal conjunta en el suelo y el humus probablemente llega a 10.000 animales en 30 cm^2". (Robinson, 1988, 87).

Las coníferas dominantes de este bosque son longevas y crecen hasta alcanzar un gran tamaño: el abeto Douglas, el cedro rojo del Pacífico, la tsuga del Pacífico, el abeto noble, la pícea de Sitka y la secuoya roja. Son con frecuencia las más longevas de su género. Los antiguos bosques de las laderas occidentales mantienen uno de los mayores porcentajes de biomasa –materia viva total– por hectárea de bosque del mundo, y solamente algunos de los bosques australianos de eucaliptos se les acercan. Los antiguos bosques templados de frondosas, y también los bosques tropicales, tienen un promedio de 61.916 toneladas por hectárea. Los bosques de la ladera occidental de las Cascades de Oregón promediaron

175.228 toneladas por hectárea. En la máxima categoría, los bosques de secuoyas rojas llegan hasta 740.979 toneladas de biomasa por hectárea (Waring y Franklin,1979).

Los ecólogos y paleoecólogos forestales especulan sobre cómo pudo establecerse un bosque tan inmenso. Al parecer, el bosque del Oeste estaba conformado mayoritariamente por frondosas caducifolias hace unos veinte millones de años: había fresnos, arces, hayas, robles, castaños, olmos y gingkos, con coníferas solo en los puntos más altos. Entre doce y dieciocho millones de años atrás, las coníferas empezaron a ocupar grandes áreas y después conectaron entre sí en las tierras altas. Hace un millón y medio de años, durante el Pleistoceno inferior, las coníferas lo habían invadido todo y el bosque era esencialmente como es ahora. El tipo de bosques que había prevalecido anteriormente, los bosques de frondosas, sobreviven hoy en la zona este de los Estados Unidos y también fueron vegetación original —antes de la agricultura y de las primeras explotaciones madereras— de China y Japón. Visitar el Parque Nacional Great Smoky Mountains[44] hoy puede darnos una idea de cómo fueron en el siglo IX los bosques montañosos de los alrededores de la vieja capital china de Xian, conocida antiguamente como Ch'ang-an.

En las demás zonas de bosque templado del mundo, las coníferas tienen una presencia secundaria u ocasional. Parece ser que el aumento de las coníferas en la Costa Oeste se puede atribuir a una combinación de factores: veranos relativamente fríos y bastante secos (que no van tan bien a los árboles de hoja caduca) combinado con inviernos húmedos y suaves (durante los cuales las coníferas continúan con el proceso de la fotosíntesis), y una ausencia casi total de tifones. El enorme tamaño de los troncos

44. Great Smoky Mountains National Park: Parque Nacional de las "Grandes Montañas Humeantes". El nombre hace referencia a la presencia habitual de niebla. Está situado en la cadena de los montes Apalaches, en el este de Estados Unidos, entre los estados de Tennessee y Carolina del Norte.

ayuda a almacenar humedad y nutrientes para los años de sequía. Mientras son jóvenes, los bosques tienen un crecimiento estable y productivo –desde una perspectiva maderera–, y estas especies en particular siguen creciendo y acumulando biomasa incluso mucho tiempo después de que la mayoría de los árboles de otras zonas húmedas hayan alcanzado su equilibrio.

En este bosque se encuentra la ardilla voladora del norte –que se alimenta de las trufas– y su sagrado enemigo, el cárabo manchado. La ardilla de Douglas, o *pillillooeet,*[45] vive aquí, como también su sagrada enemiga la marta de los pinos, tan ágil sobre las copas de los árboles que puede dar caza a una ardilla. La osa negra deambula sin cesar rebuscando larvas en los troncos que llevan tiempo muertos. Estos y otros muchos seres ocupan las galerías sombrías, profundas y de condiciones estables –menos viento, menos cambios de temperatura, humedad constante– de las enormes arboledas. Los campañoles rojos, que habitan en las copas de los árboles, llevan centenares de generaciones a sesenta metros entre el follaje, y algunos de ellos nunca han descendido al suelo (Maser,1989). De alguna manera, la red que mantiene todo unido es el micelio: los filamentos de los hongos que median entre las puntas de las raíces de las plantas y la química de los suelos, captando nutrientes. Esta asociación es tan vieja como las plantas con raíces. El bosque se sostiene gracias a esa red soterrada.

Los bosques costeros del Noroeste del Pacífico son los últimos de este tipo en una zona templada. Un fragmento de *Critias,* de Platón (III a-d) dice: "Entonces, cuando aún no se había desgastado [Attica], tenía montañas coronadas de tierra y las llanuras que ahora se dicen de suelo rocoso estaban cubiertas de tierra fértil. En sus montañas había grandes bosques de los

45. *Pillillooeet*: Un nombre onomatopéyico para las ardillas, que imita su llamada de alerta. Es el que usaban los nativos americanos del área del rio King, en California.

que persisten signos visibles, pues en las montañas que ahora solo tienen alimento para las abejas se talaban árboles no hace mucho tiempo para techar las construcciones... Había otros muchos altos árboles... Además, gozaba anualmente del agua de Zeus, sin perderla, como sucede en el presente que fluye del suelo desnudo al mar".[46] La aleccionadora historia de los bosques mediterráneos es bien conocida. Una parte importante de la destrucción de estos ha tenido lugar en los últimos siglos, pero ya había comenzado, en particular en las tierras bajas, durante el periodo clásico. En el Neolítico toda la cuenca habría tenido más de doscientos millones de hectáreas de bosque. Los bosques más altos son los únicos que sobreviven, y únicamente ocupan el treinta por ciento de la zona, alrededor de dieciocho millones de hectáreas. Aproximadamente dos millones de hectáreas de tierra antiguamente cubiertas de pino, roble, fresno, laurel y mirto solo tienen hoy restos de vegetación. En el arco mediterráneo existe un vocabulario más sofisticado para las comunidades de plantas que ocupan antiguas zonas de bosque y también áreas no forestales. En California, a cualquier arbusto se le llama chaparral. *Maquis* es el término para el roble, el acebuche, el mirto y el enebro. Al conjunto de arbustos bajos, de hoja lustrosa y resistentes a la sequía se le llama *garriga*. *Batha* es roca expuesta, suelo erosionado con matorral disperso y plantas estacionales.

Las personas que ahora viven allí ni siquiera saben que esas montañas rocosas y grises tuvieron abundantes árboles y fauna salvaje. La destrucción se intensificó como resultado del tipo de agricultura. Los grandes latifundios de propietarios ausentes mantenidos por esclavos y concebidos para surtir a los mercados centrales fueron reemplazando las pequeñas granjas autosuficientes y los procomunes de los agricultores. Los nuevos propietarios exterminaron

46. Platón, *Filebo, Timeo* y *Critias*. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1992. Traducción de M.ª Ángeles Durán y Federico Lisi.

la fauna salvaje que quedaba en el procomún, el bosque se vendió a cambio de dinero y los campos de cultivo se extendieron por lo que valían. "Las ciudades del litoral mediterráneo se implicaron en un intenso comercio interregional, con productos fabricados de forma barata, mercados crecientes y formas de producción similares a la industrial... Este desarrollo de la colonización, la economía planificada, las divisas y el intercambio de medios tuvo consecuencias drásticas para toda la vegetación natural desde España hasta la India". (Thirgood,1981, 29).

Los bosques de frondosas de las tierras bajas de China disminuyeron gradualmente a medida que la agricultura fue avanzando, y prácticamente habían desaparecido hace unos tres mil quinientos años (el filósofo chino Mencio ya mencionaba los riesgos de la tala rasa en el siglo IV a. C.) La composición del bosque japonés se ha alterado durante siglos por la tala continua. Los aserraderos japoneses han reducido su capacidad para ajustarse a troncos de alrededor de veinte centímetros y los bosques de hoja caduca primigenios solo se encuentran ya en las montañas más remotas. El apreciado y aromático falso ciprés hinoki (el *Chamaecyparis* japonés), esencial para las edificaciones de templos y santuarios, es ahora tan escaso que, para renovar las construcciones tradicionales, se tienen que importar troncos lo bastante grandes desde la Costa Oeste de Estados Unidos. Aquí se le conoce como el ciprés de Port Orford y solo se encuentra en el sur de Oregón y en las montañas Siskiyou, al norte de California. Durante muchos años se utilizó para hacer los astiles de las flechas. Ahora los americanos no se lo pueden permitir. Ninguna otra conífera en el mundo se cotiza tanto como esta, y solo los compradores japoneses están dispuestos a pagar por ella.

La explotación comercial de la madera en la Costa Oeste comenzó alrededor de 1870. Durante décadas se realizaba por debajo de los 1.200 metros. Fue la época de los tronzadores (sierra para

dos personas), el hacha de doble filo, los cortes direccionales, los trampolines, la lámpara de queroseno con un garfio como asa para colgar de la corteza. Los leñadores *gypo* que talaban en los alrededores de las bahías marinas del estrecho Puget bajaban los troncos por el agua hasta los aserraderos. Después llegó la maquinaria forestal a vapor y el tiro de bueyes para arrastrar enormes trozas por caminos de troncos o utilizando grandes ruedas de madera que mantenían un extremo del tronco en alto para facilitar el arrastre. Las máquinas a vapor reemplazaron a los bueyes, y el diésel, al vapor. La tala rasa de las tierras bajas de la Costa Oeste fue absoluta.

Chris Maser (1989, xviii) escribe: "Cada avance en tecnología forestal y en el uso de fibra de madera ha acelerado la explotación de los bosques; por eso, desde 1935 hasta 1980, el volumen anual de madera talada ha aumentado exponencialmente un 4,7% por año... Desde la década de 1970 el 65% de la madera se ha talado por encima de los 1.200 metros de altitud. Como en los últimos cuarenta años el árbol medio recogido ha sido cada vez más joven y pequeño, el aumento anual de hectáreas taladas es cinco veces superior al aumento en volumen talado".

En esos años los camiones reemplazaron a los trenes, y los tractores oruga más versátiles, que llamamos *cats*, reemplazaron a las grúas fijas de cables. Desde finales de los cuarenta en adelante, los elegantes y melodiosos tronzadores Royal Chinook colgaron de las paredes en los graneros, y la motosierra de gasolina empezó a ser la herramienta preferida del leñador. A finales de la segunda guerra mundial las grandes compañías madereras habían conseguido —con algunas notables excepciones— esquilmar y gestionar tan mal su propia tierra que se fijaron en las tierras federales, los bosques de la gente, en busca de rescate. No se puede alabar mucho la virtud de los propietarios de bosques privados —su historia es catastrófica—, pero todavía hay románticos de la privatización mal informados que argumentan que las tierras públicas deberían venderse al mejor postor.

Las tablas de San Francisco
fueron los bosques alrededor de Seattle:
Se mató y se construyó, una casa,
un bosque, arruinado o cepillado
Toda América colgada de un gancho
y quemada por hombres para su mayor gloria.

Antes de la segunda guerra mundial, el Servicio Forestal de los Estados Unidos se comportó como una verdadera agencia conservacionista, oponiéndose a la era temprana de la tala rasa. Normalmente se exigía a los contratistas que hicieran una tala selectiva altamente profesional. La tala permitida era mucho menor. Iba de los 8,26 millones de metros cúbicos a en 1950 a los 31,85 millones en 1970. A partir de 1961, los nuevos responsables del Servicio Forestal acogieron a la industria con los brazos abiertos y durante las décadas de 1960 y 1970 se fue eliminando sucesivamente al personal más veterano y conservacionista. En los ochenta, el Servicio Forestal de los Estados Unidos se embarcó en un ingente programa de construcción de carreteras. Los silvicultores hablan de "fibra vegetal", con ánimo de desmarcarse profesionalmente y marginalizar la realidad de los bosques, y algunos manifiestan que no ven ninguna diferencia entre un monocultivo de plantas de la misma edad y un bosque salvaje. Los nuevos responsables de comunicación de la agencia todavía repiten la retórica conservacionista de los años treinta, como si el Servicio Forestal nunca hubiese permitido talas rasas controvertidas ni vendido madera de árboles primarios incluso con pérdidas económicas.

El mandato legal del Servicio Forestal no deja lugar a dudas sobre su responsabilidad en la gestión de las tierras forestales "como bosques", lo que quiere decir que la madera es solo uno de los bienes a tener en cuenta. Está claro que los bosques se deben gestionar de forma permanentemente sostenible. Pero

el Congreso, el Ministerio de Agricultura y las compañías se confabulan para sortear los controles. *Renovable* se confunde con *sostenible*: simplemente porque algunos organismos vivos continúen renovándose no quiere decir que siempre será así, especialmente si se abusa. Y "siempre" —el lapso de tiempo que un bosque debería seguir madurando— se modifica para reducirlo a "entre cien y cincuenta años". A pesar de la abrumadora evidencia de la mala gestión del burocrático Servicio Forestal que aportaron los grupos ecologistas, este se resistió de forma arrogante y tozuda a lo que se ha convertido en una clara petición pública de cambio. Ya está bien de etiquetar como "gestión" tanto a la sumisión al vertiginoso viaje económico de los tiempos modernos —generando rotaciones forestales cada vez más rápidas en los bosques— como a lo contrario: se precisan ciclos lentos.

La turba de los grupos de activistas del bosque (que incluye a los refinados de Washington D. C.) pedía rotaciones más lentas, protección auténtica de las riberas, menos carreteras, fin de las talas en las laderas empinadas, solo talas ocasionales de regeneración y la más prudente aplicación de pequeños y apropiados clareos. Solicitamos volver a la tala selectiva, a la presencia de árboles de diferentes edades y a una protección real de las especies amenazadas (el cárabo manchado, la marta pescadora y la marta de los pinos son solo algunas de ellas). Decían, y dicen todavía, que *no debería talarse más en absoluto* en los bosques antiguos que todavía quedan. Además, todos pedimos que se establezcan corredores biológicos para evitar que las arboledas maduras se conviertan en islas ecológicamente empobrecidas.

Muchos empleados del Servicio Forestal de los Estados Unidos estarían hoy de acuerdo en que estas medidas son vitales para una verdadera sostenibilidad. Pero están atrapados en la espesa red de leyes expoliadoras impuestas por el Congreso, las empresas y algunos funcionarios públicos. Con buenas prácticas, América del Norte podría mantener una industria forestal y proteger al mismo tiempo una extensión medio decente de bosque

salvaje durante diez mil años. Es aproximadamente la edad de la cultura de los pueblos del valle del río Wei en China: un periodo de tiempo que no resulta excesivo para que los humanos lo consideren y planifiquen de acuerdo a él.

Los bosques profundos retornan una y otra vez. Todavía nos rodean los bosques antiguos del Oeste. Todas las casas de San Francisco, Eureka, Corvallis, Portland, Seattle o Longview se han construido con esos cuerpos antiguos: las maderas, la tablas y los revestimientos exteriores provienen de las talas de las décadas de 1910 y 1920. Si rascas la pintura de un apartamento viejo de San Francisco encontrarás debajo paneles de primera calidad de secuoya roja. Pasamos nuestra vida diaria cobijados por árboles antiguos. Nuestros biznietos tendrán seguramente que ampararse bajo el conglomerado de un lecho fluvial. Para entonces los bosques del pasado ya habrán desaparecido por completo.

En medio del bosque, un árbol caído tarda aproximadamente los años que ha vivido en volver por completo a la tierra. Si las sociedades pudiesen aprender a vivir a ese ritmo, no habría escasez ni extinciones; habría arroyos limpios y el salmón siempre retornaría a desovar.

Un bosque
Virgen
Es antiguo; amamantó
A muchos,
Estable; en el
Clímax.

Excursus: *Pradera de Sailor, Sierra Nevada*

A mediados de octubre bajábamos hacia la pradera de Sailor (a unos 1.800 metros) para ver un viejo bosque en un ancho bancal por encima del brazo norte del río American en la Sierra Nevada occidental. Primero descendimos desde la cresta de una

serranía entre arbustos de chinquapin y manzanita, dejando al norte la ancha cumbre de la montaña Snow y los taludes sobre la garganta Royal. Cuando el desvanecido sendero se niveló, lo abandonamos para encaminarnos hacia las colinas rocosas en el extremo norte de la abrupta cuenca. Comimos sentados bajo un cedro que crecía en la cima de las rocas.

Luego nos dirigimos hacia el sudoeste atravesando ondulantes formaciones rocosas con arbolado, y después laderas más suaves, para adentrarnos en un universo de árboles cada vez mayores. Los ancianos nos acompañaron durante horas.

Predominan los pinos de azúcar. Hay árboles simétricos perfectamente maduros de cuarenta y cinco metros de altura que se mantienen rectos, con las ramas perfectamente ordenadas. Pero entonces, detrás y por encima de ellos, acechan los *árboles antiguos*: enormes, sinuosos, desaliñados e irregulares. Su corteza es más roja y más ancha, conservan menos ramas y las que han sobrevivido tienen un contorno inmenso y están furiosamente retorcidas. Cada una es única y rara. Un cedro de incienso maduro, grandes abetos rojos, un extraño abeto Douglas, unos cuantos y enormes pinos de Jeffrey. Algunos cedros tienen cicatrices en la base como resultado de algún antiguo incendio. Todos están en la cara noroeste; ninguno de los demás árboles muestra estas marcas de quemaduras.

Y hay muchos árboles muertos, de todo tipo: algunos acababan de morir y aún les colgaban agujas muertas rojas o marrones. Otros, muertos hace más tiempo, con trozos de corteza colgando del tronco donde anidan los murciélagos; otros muertos son de un blanco puro, lisos, prácticamente sin ramas, pero con algún perfecto agujero de pájaro carpintero; y, por último, el muerto antiguo: completamente blando y podrido, pero aún en pie.

Muchos han caído. Hay árboles muertos recién vencidos (que a menudo se llevan otros árboles al caer) y otros que ya estaban desde hace tiempo en el suelo. Hay troncos sobre los que debes

trepar para cruzarlos, o, si no, rodearlos, y otros que se desmenuzan cuando los pisas. Troncos de otra época que se han vuelto más blandos y empiezan a desaparecer, dejando únicamente como muestra el oscuro núcleo de madera dura y las resinosas puntitas de algunas ramas, resistentes a la podredumbre. Y luego encuentras unos cuantos montículos alargados, casi imperceptibles, que son el último rastro de un tronco que desapareció hace mucho tiempo. La línea recta de hongos brotando a lo largo de una superficie lisa en el suelo es la última señal, el último fantasma, de un árbol que "murió" hace siglos.

A continuación, una alfombra de árboles jóvenes —de quince centímetros a seis metros de altura, ejemplares de todos los tamaños— espera en la superficie baja del bosque a que los grandes muertos que permanecen en pie se venzan y creen más espacio entre el follaje. Llega el sol, corre la brisa, la temperatura es cálida, hay aperturas y luz, pero los grandes árboles nos rodean. Sus troncos llenan el cielo y reflejan una cálida luz dorada. Todo el follaje transmite esa imagen vigorosa de los árboles antiguos. Sus agujas son un pequeño y peculiar estampado en el cielo; el pino rojo es el más recto y delgado.

Los bosques de la Sierra Nevada, como los de más al norte en la Costa Oeste, datan de la época en que los primeros bosques caducifolios de frondosas empezaban a desaparecer, antes del éxito expansionista de las coníferas. Esta "familia" también lleva un millón de años aquí. Y cada bosque local alcanza una altura y composición que viene determinada por las fluctuaciones de temperatura en el periodo glacial, avanzando o retrocediendo hacia arriba o abajo y de norte a sur por las laderas, pero manteniendo la unión de muchas comunidades vegetales a pesar de los cambios en altitud y terminación de las zonas a lo largo de los siglos. Absorben el fuego, se adaptan a la sequía estival, sobreviven a los años de plaga del escarabajo del pino de montaña, siempre retejiendo la red.

Las bellotas alimentan a los ciervos, la manzanita alimenta a los petirrojos y a los mapaches, los madroños alimentan a las palomas de collar, los puercoespines mordisquean cortezas de cedro joven, los ciervos macho baten sus astas contra los sauces.

El bosque de mediana elevación de la Sierra se compone de pino de azúcar, pino ponderosa, cedro de incienso, abeto Douglas y, en terrenos ligeramente más altos, pino de Jeffrey, abeto del Colorado y abeto rojo. Todos estos árboles son longevos. Los pinos más grandes son el de azúcar y el ponderosa. El roble negro, la encina, el roble de Tanoak y el madroño del Pacífico son los caducifolios más comunes.

El bosque de la Sierra combina sol y sombra y es seco durante la mitad del año. La materia en descomposición, el polvo del mantillo, las retorcidas hojas secas del madroño en el suelo, las moneditas de las hojas de manzanita caídas, todo crepita. El suelo de agujas de pino es crujiente, el aire es ligeramente resinoso y aromático; hay delicadas pinceladas de tela de araña por todas partes. El bosque en verano: sol radiante y vegetación de presencia fija e inalterable, sin ceder agua, sin marchitarse, sin tensión, solo aguantando tranquilamente. Matorrales con duras y brillantes hojitas aromáticas; su color es a menudo azul grisáceo.

El bosque se ha adaptado al fuego durante milenios y es sumamente resistente a los incendios espontáneos una vez que la maleza más grande ha muerto o se ha quemado. Los primeros colonos describieron cómo descendían por la ladera oeste de la cordillera con sus carretas, entre bosques de grandes árboles. A las primeras talas les siguieron incendios devastadores. Luego llegó la supresión de incendios por parte de las agencias forestales, y se desarrolló el sotobosque de matorral que hoy es tan común en la Sierra. La pradera de Sailor es un bosque espacioso, abierto y adaptado al fuego, como los de antes.

En el extremo sur de la pequeña pradera que le da nombre y más allá de una espesura de álamos, inclinado en medio de una

arboleda de hermosos abetos, hay un árbol muerto impresionante. Llegó a ser un pino de más de sesenta metros de altura. Ahora, toda la albura se ha despegado y está alrededor de la base, y lo que mantiene en alto el enorme tronco es una fina columna de duramen que está seca, desnuda y exhausta. ¡Y esa estupenda cosa podrida también está inclinada! Caerá en cualquier momento.

¡Qué curioso debe ser morir y después permanecer en pie uno o dos siglos más! Disfrutar "verticalmente muerto". Si los humanos lo pudieran hacer, oiríamos noticias como, "finalmente Henry David Thoreau se derrumbó". La comunidad humana, cuando está sana, es como un bosque antiguo. Los pequeños están a la sombra y al abrigo de los mayores, aún arraigados a sus cuerpos viejos y caducos. Todos juntos, de todas las edades, creciendo y muriendo. Lo que algunos silvicultores llaman "ordenación de masas coetáneas" —plantaciones de árboles del mismo tamaño que crecen juntos— se antoja un utópico totalitarismo racionalista. Nunca se nos ocurriría dejar a nuestros hijos en instituciones reglamentadas, sin visitas familiares, para que un colectivo de profesionales moldeara todos sus pensamientos siguiendo manuales oficiales, escritos por gente que nunca ha educado a niños. ¿Por qué lo deberíamos hacer con nuestros bosques?

"El desorden de todas las edades" es una comunidad natural, humana o de otro tipo. La industria valora los árboles jóvenes y de mediana edad que mantienen su simetría y presentan ramas con una longitud y ángulos uniformes. Pero dejemos que también haya árboles realmente viejos que abandonan todo sentido de la propiedad y empiecen a echar ramas de manera extravagante, con poses de bailarina, mostrando su despreocupación ante la mortalidad y manteniéndose dispuestos a todo lo que el mundo o la meteorología les depare. Los admiro: son como los chinos inmortales, personajes al estilo de Han Shan y Shide. Vivir tanto tiempo les da licencia para ser excéntricos, para ser poetas y pintores entre los árboles, risueños, andrajosos y audaces. Casi hacen que desee la vejez.

En la arboleda de abetos se pueden oler las setas, y después descubrirlas a los pies de los troncos podridos. Un grupo de políporos de invierno, un *Cortinarius* y, en medio del campo, empujando las agujas secas, montones de rúsula y boletos. Hay algunos huecos escarbados, donde el ciervo las arrancó. A los ciervos les encantan las setas.

Intentamos cruzar la parte sur de la pradera en línea recta, pero estaba húmeda y blanda bajo plantas y hierbas muertas que parecían secas. Así que rodeamos la parte sur a través de los álamos y encontramos –y guardamos– más setas. Empezaron a acercarse las nubes desde el sur y la brisa llenó el cielo de una lluvia de agujas de pino secas. Era media tarde, así que atajamos campo a través por pendientes muy empinadas siguiendo sendas de ciervos una hora seguida, hasta encontrar una vereda cubierta de vegetación hacia una mina abandonada que nos llevó de vuelta a la camioneta.

Garrulos como nosotros

Esta breve explicación de los grandes bosques de la Costa Oeste se puede tomar como ejemplo de lo que está pasando en cualquier otro lugar del planeta. Todas las comunidades naturales del mundo han sido, a su manera, "antiguas" y cada comunidad natural incluye niños, adolescentes, adultos y ancianos, como en una familia. La integridad de lo completo abarca desde el extremo del bosque que se ha incendiado recientemente, con sus adelfillas y zarzamoras, hasta las oscuras arboledas más húmedas y longevas. Los viejos bosques de árboles prehistóricos, los saguaros medio podridos del desierto de Sonora o las viejas manzanitas de gruesos y bien arraigados troncos al pie de las colinas de la Sierra son los abuelos y portadores de la información de sus comunidades. Una comunidad necesita que sus ancianos se preserven. De la misma manera que no puede surgir cultura de una población de niños de guardería, un bosque no puede desarrollar su potencial

natural sin los árboles semilleros, la micorriza, los cantos de los pájaros y los depósitos mágicos de pequeñas heces que son el regalo de los viejos a los jóvenes. Chris Maser dice: "Necesitamos bosques antiguos para que los bosques antiguos sobrevivan". Cuando los arados de vertedera de los primeros granjeros del Medio Oeste "cortaron las raíces de las hierbas de las praderas –un sonido que recordaba al abrir o cerrar de una cremallera– se abrió un nuevo estilo de vida, y al mismo tiempo se cerró, probablemente para siempre, una dinastía de ecosistemas que se remontaba a unos treinta millones de años" (Jackson, 1987, 78). Sin embargo, los ecosistemas ininterrumpidos más antiguos de la tierra son los bosques húmedos tropicales, que en el Sudeste asiático se estima que llegan a cien millones de años.

Delgados troncos arqueados de los altos y rectos árboles de
corteza blanca, helechos de cuerno de alce asoman de los troncos
y sus horcaduras en lo alto. Árboles que llaman boj del cepillo,
palo de alquitrán, manzano malus, cedro rojo australiano (nombres
traídos de Europa), y el carabeen rojo, el carabeen
amarillo, el arbusto yimpi yimpi, claros azul oscuro se inclinan
hacia delante.

Luz de un arco verde de hojas allí arriba
Bebo el agua que fluye por la raíces
Del bosque, el arroyo Terania, viene de Pangea,
Directo de Gondwana,
Suelo rocoso,
Sombra desde el fondo del cielo.

Tiempo atrás dentro de las rocas
Raíces del cielo
El agua clara atraviesa las raíces

De los árboles que llegan alto en la sombra
El canto de los pájaros nos mantiene despiertos
El latigazo de los trinos nos despierta riendo.
Booyong, carabeen, boj del cepillo, tocón negro,
acacia de bohemia
(tierra seca de eucaliptus vencedores del suelo desnudo
Buscando entre la tierra áspera durante setenta millones de años)

Pero estas viejas tribus de árboles
Siempre viajan en grupo.
Vigilando desde los acantilados
En la cresta sobre la copa de los árboles,
Sentados en la cornisa de polvo del refugio
Donde vivimos todas esas vidas.

Queensland, 1981

Una multitud de multinacionales son partícipes de la deforestación de los trópicos. Algunas empezaron talando en Míchigan o en el Noroeste del Pacífico. Las empresas Georgia Pacific y Scott Paper trabajan ahora en Filipinas, en el Sudeste asiático o en Latinoamérica con los mismos tractores oruga de colores brillantes e idénticas motosierras estridentes y amarillas. Durante el verano de 1987 en el territorio occidental brasileño de Rondonia, a consecuencia de la caótica "conversión" de la Amazonia para otros usos, se incendió una zona de bosque del tamaño del estado de Oregón. A veces se escucha la opinión ingenua de que todo el mundo vive hoy en ciudades. Puede que llegue ese momento, pero por ahora el mayor grupo específico de población mundial lo forma la gente de diversos tonos de piel que cultiva las zonas cálidas. Hasta hace bien poco, una gran parte de ese ámbito estaba entre los árboles, y las culturas que habitaban en la profundidad del bosque tenían formas de vida diversas y

útiles para ese entorno. En esa época de menor población, la agricultura de largas rotaciones de roza y quema mezclada con la recolección no suponía una amenaza ecológica. Hoy en día, la combinación de la tala a gran escala, el desarrollo de la industria agropecuaria y los proyectos de presas mastodónticas amenazan todos los rincones del mundo rural.

En Brasil hay un complejo abanico de adversarios. Por un lado, el Gobierno nacional con sus planes desarrollistas se ha aliado con las multinacionales, los prósperos intereses ganaderos y el común de los agricultores empobrecidos. En el lado contrario, resistiéndose a la deforestación, están los profesionales forestales, públicos y privados, y los científicos, unidos en la causa con las pequeñas empresas madereras locales, los campesinos asentados al borde de la jungla, las organizaciones ecologistas y las tribus que viven en el bosque. Los Gobiernos del Tercer Mundo normalmente niegan el derecho a la "titularidad nativa" de la tierra por parte de los indígenas. No reconocen la validez de los propietarios ancestrales del bosque comunitario, como el sistema *adat* de los penan de Sarawak, un sofisticado tipo procomún multidimensional. Los penan se tumban en la carretera para protestar frente a los camiones de las empresas madereras en su propia tierra y después van a la cárcel como si fueran delincuentes.

Las políticas del Tercer Mundo respecto a la naturaleza salvaje a menudo siguen la dirección marcada por India en 1938, cuando permitió los asentamientos externos en los bosques tribales de Assam argumentando que "los indígenas solos, sin la ayuda de los colonos inmigrantes, no serían capaces de desarrollar los inmensos recursos de los páramos de la provincia en un plazo de tiempo razonable" (Richards y Tucker, 1988, 107). Demasiadas personas con poder en los gobiernos y en las universidades del mundo parecen tener prejuicios contra el mundo natural, y también contra el pasado, contra la historia. Parece que los norteamericanos se guían por un creacionismo de Cámara de Comercio que se

declara satisfecho ante la divina presencia de un centro comercial. La integridad y carácter de nuestros propios ancestros se desestima con un "yo no podría vivir así" por personas que no saben vivir *en absoluto*. Se ve al bosque antiguo como si fuera basura podre, igual que a un grupo de ancianos que nos avergüenza.

Silvicultura. "¿Cuántas
Vidas
Se segaron
En Vietnam?".

Tala rasa. "Algunos
Eran niños,
Algunas estaban demasiado maduras".

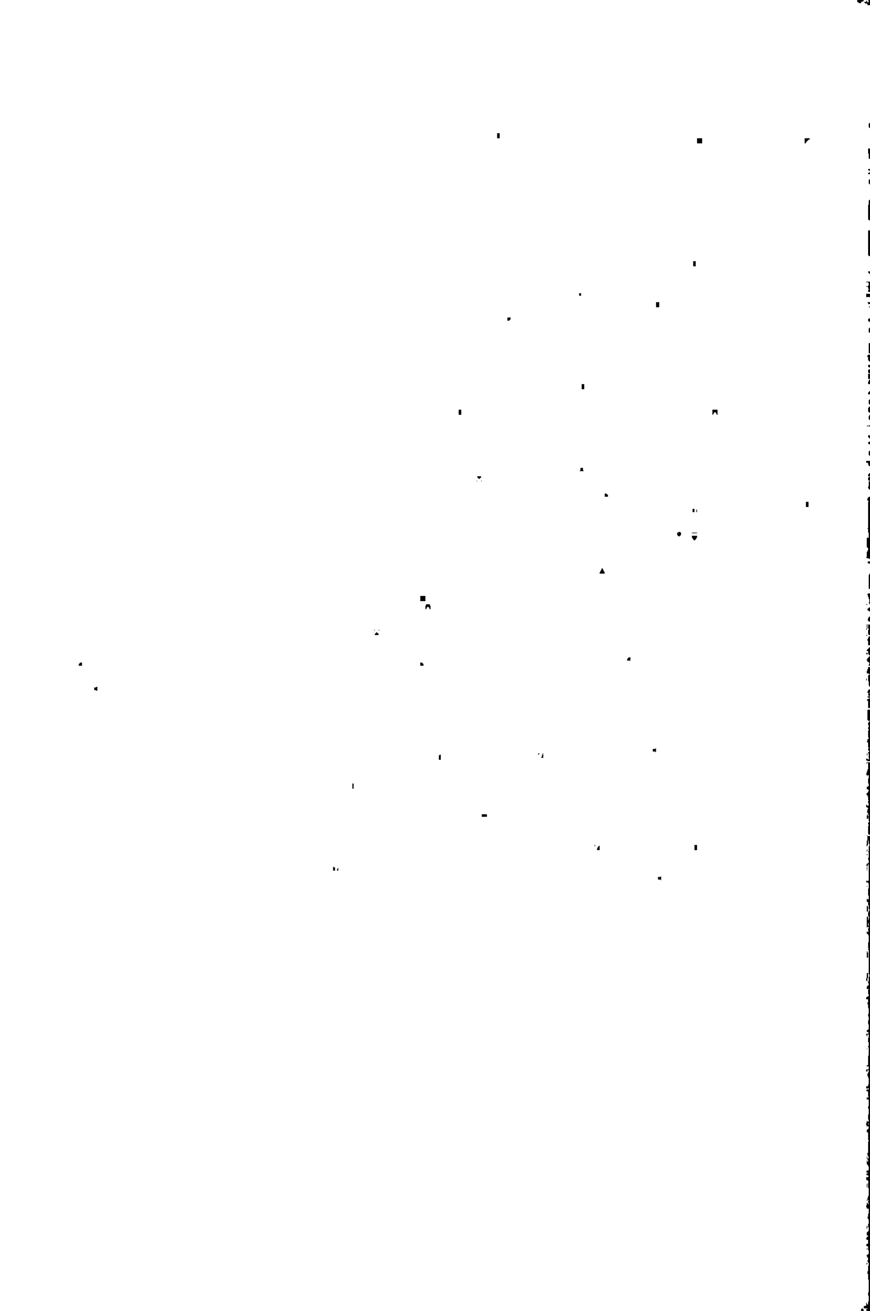
Las sociedades que viven de acuerdo a las viejas costumbres (Snyder, 1977) tienen destrezas notables. Para los que viven de la recolección –los zoólogos y botánicos forestales originales– la jungla es una rica reserva de fibra, veneno, medicina, estupefacientes, desintoxicantes, contenedores, impermeabilizantes, comida, tintes, pegamentos, incienso, diversión, compañía, inspiración y, también, picaduras, golpes y mordiscos. Estas sociedades primarias son como los bosques antiguos de nuestra historia humana, con profundidades y diversidades similares ("antiguas" y "vírgenes" al mismo tiempo). La "sabiduría tradicional" de la naturaleza salvaje va desapareciendo al mismo tiempo que las culturas humanas pobladoras. Cada una tiene su propio humus de costumbres, mitos y sabiduría tradicional que ahora se desvanece con rapidez, una tragedia para todos nosotros.

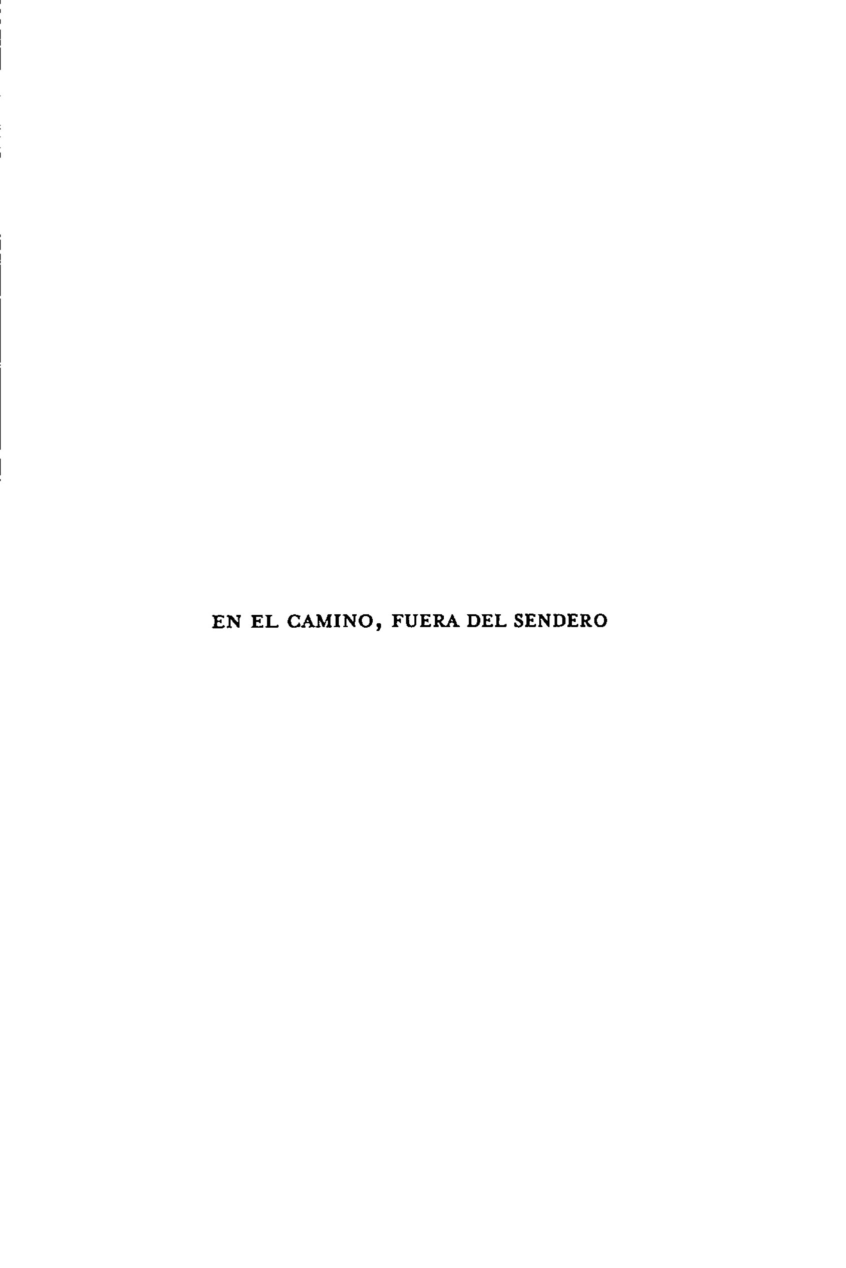
Brasil proporciona incentivos para este tipo de desarrollo destructivo. Al tiempo que se promete mitigarlo, se impulsan políticas localizadas que favorecen activamente a las grandes

multinacionales y desplazan a los nativos, pero no se hace nada por la mayoría pobre. Estados Unidos usurpa el poder de los granjeros del Tercer Mundo al dar subsidios al exceso de producción propia. El capitalismo, sumado a un gobierno enorme, a menudo parece prestar beneficios sociales para los ricos, concediendo ayudas a las empresas dedicadas a la tala rasa con pérdidas financieras para el erario público. El mayor importador de frondosas tropicales del mundo es Japón (Mazda, Mitsubishi), y el segundo es Estados Unidos.

Debemos recalcar a las economías capitalistas que sean al menos lo bastante capitalistas como para controlar que las multinacionales que compran madera de nuestras tierras públicas paguen un precio de mercado justo. Debemos dejar claro de manera firme que, en la práctica, los árboles del mundo son más valiosos en pie que como madera, porque sirven también para evitar catástrofes fruto de la deforestación, como las inundaciones que destruyen vidas en Bangladesh y Tailandia, la extinción de millones de especies de animales y plantas y el calentamiento global. Y, finalmente, cuando hablamos de integridad ecológica y sostenibilidad, no solo nos referimos a las culturas que viven en los bosques o a las especies en peligro como los topillos o los lémures, también estamos pensando en el futuro de nuestra actual sociedad urbana e industrial. No hace tanto, los bosques fueron nuestra hondura, un mundo moteado de sol, una fuente inagotable e infinita. Ahora están desapareciendo. Todos somos garrulos en peligro de extinción (*Yokel:*[47] en dialecto inglés significa originalmente "pájaro carpintero verde o dorado").

47. *Yokel*: voz coloquial en inglés para pájaro carpintero, pero también "garrulo o paleto". El autor juega con la polisemia de la palabra, utilizada en el título de la sección: *As Yokels*.





EN EL CAMINO, FUERA DEL SENDERO

Trabajo en un lugar, sobre un lugar

El lugar es uno concreto. Otra vertiente es el trabajo que hacemos, nuestra vocación, nuestro camino en la vida. La pertenencia a un lugar incluye la pertenencia a una comunidad. La pertenencia a una asociación de trabajadores –tanto si es un gremio, un sindicato, una orden religiosa o una sociedad mercantil– supone pertenecer a una red. Las redes trascienden las comunidades con su propio tipo de territorialidad, análogas a las largas migraciones de gansos y halcones.

Las metáforas de camino y sendero se remontan a la época de cuando los viajes eran a pie o a caballo con albarda, cuando todo el mundo humano era una red de caminos. Había caminos por todas partes: fáciles, trillados, despejados, a veces incluso marcados con postes o mojones para medir las *li*, *verstas* o *ioyanas*.[48] En las boscosas montañas del norte de Kioto me topé con mojones cubiertos de musgo casi perdidos entre la floresta de ramas de bambú. Indicaban –como averigüé mucho más tarde– la ruta comercial del arenque desecado transportado en talegas desde el mar de Japón hasta la vieja capital. Existen senderos famosos: el de John Muir sobre las cimas de la Alta Sierra, la Senda de Natchez,[49] la Ruta de la Seda.

48. *Li*, *verstas* o *ioyanas*: diversas unidades de longitud tradicionales. El *li* es chino; la *versta*, rusa, y la *ioyana* proviene de India.

49. John Muir Trail y Senda de Natchez: la primera, un camino de montaña de largo recorrido en la Sierra Nevada californiana. La senda de Natchez es una ruta –hoy carretera– históricamente utilizada por nativos americanos y colonos, que recorre zonas rurales y de bosque de los estados de Misisipi, Tennessee y Alabama.

Un camino se puede seguir, te lleva a alguna parte; es "lineal". ¿Que sería lo opuesto del camino? "El no camino". Fuera del camino, fuera del sendero. Entonces, ¿qué hay *fuera* del camino? En cierto sentido *todo lo demás* está fuera del sendero. La implacable complejidad del mundo no está en el sendero marcado, sino en los márgenes. Para los cazadores y pastores, los senderos no siempre fueron útiles. Un recolector no se queda largo rato en el camino. Las plantas salvajes, los bulbos, las codornices, las hierbas colorantes están más allá del camino. La extensa variedad de artículos que colman nuestras necesidades está ahí fuera. Debemos deambular para conocer y memorizar el campo, que es ondulante, irregular y árido, con quebradas y riscos –arrugado como el cerebro– y mantener el mapa en mente. Este es el ejercicio de economía, meditación y visualización de los inupiaq y los atabascanos de Alaska en la actualidad. Para el recolector, el camino trillado no muestra nada nuevo, y puedes volver a casa con las manos vacías.

En el imaginario de China, la más antigua de las civilizaciones agrícolas, se ha dado un lugar predominante al camino o la calzada. Los procesos naturales y prácticos se han descrito en términos de camino o senda desde los primeros días de la civilización china. Esta conexión es explícita en el críptico texto que parece reunir toda la sabiduría tradicional primaria y reafirmarla para la historia posterior, el *Tao Te Ching*, "El clásico del Camino y el Poder". La palabra *tao* significa "camino, calzada, recorrido", y guiar y seguir. En términos filosóficos significa "la naturaleza y el camino de la verdad" (los primeros traductores budistas chinos adoptaron la terminología del taoísmo. Ser budista o taoísta, era ser una "persona del camino"). Otra acepción significativa de *tao* es la práctica de un arte u oficio. En japonés, *tao* se pronuncia *do*, como en *kado*, "el camino de las flores", *bushido*, "el camino del guerrero", o *sado*, "la ceremonia del té".

El aprendizaje era habitual en todas las artes y oficios tradicionales. Alrededor de los catorce años, los chicos o las chicas

se convertían en aprendices de ceramistas, carpinteros, tejedores, tintoreros, farmacéuticos, metalúrgicos, cocineros y demás. Los jóvenes se marchaban de casa y se iban a la alfarería, donde dormían en la parte posterior. Pongamos que a lo largo de tres años seguidos, se les encargaba únicamente mezclar arcilla o afilar los formones de los carpinteros. A menudo era desagradable. El aprendiz tenía que someterse a la idiosincrasia y la absoluta mezquindad del profesor sin quejarse. Se aceptaba que el profesor pusiera a prueba continuamente la paciencia y la fortaleza del aprendiz. Este ni siquiera podía plantearse abandonar, sino aceptarlo, profundizar, y no tener otro interés. Para un aprendiz no había ninguna otra posibilidad de estudio. Más tarde, se le iniciaba gradualmente en habilidades más complejas y los criterios y trucos secretos del oficio. También empezaban a experimentar –justo entonces, al principio– qué significaba ser "uno con tu trabajo". El estudiante no solo espera aprender la mecánica del oficio, sino también absorber algo de la energía del profesor, el *mana*, una energía que va más allá de cualquier comprensión o habilidad ordinaria.

En *El libro de Zhuangzi* (Chuang-tzu), un texto de pensamiento taoísta radical del siglo III a. C. –quizás posterior al *Tao Te Ching* en un siglo–, hay una serie de párrafos dedicados a los "trucos" de los oficios:

"El cocinero Ting despedazaba un buey para el señor Wenhui con tanta gracia y destreza como si estuviese bailando. 'Avanzo siguiendo su constitución natural, golpeo las grandes zonas huecas, llevo el cuchillo hacia las grandes hendiduras y sigo las cosas tal como son. Nunca toco el menor ligamento o tendón, y mucho menos una articulación mayor... Tengo este cuchillo desde hace diecinueve años y he descuartizado miles de bueyes con él; sin embargo, la hoja sigue tan afilada como si acabara de pasar por la muela. Hay espacios entre las articulaciones, y la hoja del cuchillo no tiene grosor. Si

insertas lo que carece de grosor en tales espacios, sobra sitio... Es por eso que después de diecinueve años, la hoja de mi cuchillo sigue tan afilada como cuando llegó de la muela'. '¡Excelente! –dijo el señor Wenhui–. ¡He escuchado las palabras del cocinero Ting y he aprendido cómo cuidar de la vida!'.".
(WATSON, 1968, 50-51)

Estas historias no solo establecen un puente entre lo espiritual y lo práctico, también nos provocan con el reflejo de lo realizados que nos podríamos sentir si pusiésemos la vida entera en el trabajo que hacemos.

La visión occidental de las artes –si así lo queremos, desde el nacimiento de la burguesía– minusvalora el aspecto del logro y empuja a la gente a que haga algo nuevo continuamente. Esto supone una carga considerable para los trabajadores de cada generación, una carga doble desde el momento en que creen que deben renunciar al trabajo de la generación anterior y a continuación hacer algo supuestamente mejor y diferente. El énfasis en conocer bien el uso de las herramientas, a base de práctica y aprendizaje, ha perdido importancia. En una sociedad que sigue la tradición, la creatividad se entiende como algo que llega casi por accidente y es impredecible, un don solo para algunas personas. No puede programarse en el currículo educativo y es mejor en pequeñas dosis. Deberíamos dar las gracias cuando llega, pero no contar con ella. Cuando *aparece*, es auténtica. El aprendiz-estudiante de artesanía tradicional de barro a quien le han repetido "hazlo como siempre" durante ocho o diez años necesita un fuerte impulso para hacer algo nuevo. ¿Qué sucede entonces? Los veteranos de esa tradición lo miran y le dicen: "¡Vaya!, ¡hiciste algo nuevo! ¡Felicidades!".

Cuando los maestros artesanos llegan a los cuarenta, empiezan a coger aprendices y a transmitir el oficio. Puede que se interesen también por otras cosas –como algo de caligrafía–, peregrinen o

amplíen sus horizontes. Si hay un paso posterior (y en rigor no hace ninguna falta, porque es fruto de una vida entera conseguir la destreza de un artesano dotado y la ejecución de un trabajo impecable que refleje lo mejor de la tradición), ese sería ir "más allá de la formación" en busca de la flor definitiva, que no viene garantizada exclusivamente por el esfuerzo. Hay un punto más lejano, al que no puede llevarte ni la formación ni la práctica. Zeami, el excepcional dramaturgo y director de teatro noh del siglo XIV, que también fue monje zen, calificó ese momento como "sorpresa". Es la sorpresa de encontrarse a uno mismo sin necesidad de ser sí mismo, siendo uno con su trabajo, moviéndose con disciplinada facilidad y gracia. Sabes qué significa *ser* una bola de arcilla que gira, un rizo de pura madera blanca que sale del borde del formón o una de las muchas manos de Kannon, el bodhisattva de la compasión. Llegados a este punto, uno puede ser libre, con el trabajo y desde el trabajo.

Por humilde que sea su estatus social, el trabajador o trabajadora con oficio tiene dignidad y orgullo; se necesita y respeta su destreza. Esto no debe entenderse como una justificación del feudalismo: es simplemente una descripción de un aspecto concreto del funcionamiento de las cosas en el pasado. Con el tiempo, la mística del aprendizaje del oficio en el Extremo Oriente impregnó toda la cultura japonesa: desde cómo cocinar fideos (la película *Tampopo*) a los grandes negocios, las artes y la cultura con mayúsculas. Uno de los vectores de su difusión fue el budismo zen.

El zen es el ejemplo más claro de la rama de la "autosalvación" (*jiriki*) del budismo Mahayana. Su vida en comunidad y su disciplina son similares al programa de aprendizaje de un oficio tradicional. Las artes y oficios han admirado siempre la formación zen como un modelo de educación duro, limpio y valioso. Describiré mi experiencia durante los años sesenta como *koji* (miembro laico) en el monasterio de Daitoku-ji, un templo de la escuela zen Rinzai en Kioto. Nos sentábamos con las piernas

cruzadas y meditábamos un mínimo de cinco horas diarias. En los descansos, todos hacíamos trabajo manual: ocuparnos del huerto, escabechar, cortar troncos, limpiar los baños, hacer turnos en la cocina. Nos entrevistábamos con el profesor, el *Roshi* Oda Sesso, al menos dos veces al día. En ese momento se esperaba de nosotros que hiciéramos una presentación de lo que habíamos entendido del *koan* que nos habían asignado.

Teníamos que memorizar algunos sutras y seguir unos cuantos rituales menores. La vida diaria se desarrollaba de acuerdo a un protocolo y un vocabulario realmente arcaicos. Teníamos un horario fijo de meditación y trabajo dividido por ciclos semanales, mensuales y anuales de ceremonias y contemplación que databan de la dinastía china Song y se remontaban, en parte, hasta la India de la época de Sakyamuni. Dormíamos poco, la comida era escasa y las habitaciones sobrias y frías, pero esto, en los sesenta, era así tanto en el mundo de los trabajadores y agricultores como en el monasterio.

A los novicios se les pedía dejar atrás su pasado, afinar su atención y hacerse ordinarios en todo excepto en su intención de acceder mediante su *koan* por la estrecha puerta de la concentración. *Hone o oru*, "pártete el espinazo", que dice la expresión; unas palabras que en Japón también utilizan los trabajadores manuales y los practicantes de artes marciales, y que hoy pueden escucharse en los deportes modernos y el montañismo.

También trabajábamos con adeptos laicos, a menudo granjeros, con franqueza y simpatía. Nos dejábamos ver en los huertos de los lugareños, hablando con ellos de todo: las nuevas especies de semillas, el béisbol o los funerales. Cada semana salíamos a mendigar por las calles de la ciudad y las carreteras entonando cánticos mientras caminábamos, con las caras escondidas bajo grandes sombreros de paja impermeables y teñidos de marrón con zumo de caqui. En otoño, la comunidad emprendía viajes a distantes provincias situadas detrás de tres o cuatro cordilleras de montes, para mendigar rábanos o arroz.

Pero, a pesar de toda su rutina, el horario monástico se podía romper en ocasiones especiales: una vez viajamos todos en tren a una reunión de centenares de monjes en un pequeño y hermoso templo rural para conmemorar su fundación, hacía exactamente quinientos años... A nuestro grupo le tocó trabajar en la cocina: estuvimos muchos días troceando, cocinando, lavando y distribuyendo comida con las esposas de los granjeros de la región. Al comenzar el festín, fuimos los sirvientes. Esa noche, cuando los centenares de invitados se habían marchado, los trabajadores de la cocina y los jornaleros celebramos nuestro propio banquete y su fiesta. Los viejos granjeros con sus esposas y los monjes zen aprendieron unos de otros danzas y canciones disparatadas y divertidas.

Libertad en el trabajo

Durante uno de los largos retiros de meditación, llamados *sesshin*, el *Roshi* nos dio una charla sobre esta frase: "El camino perfecto no tiene dificultades; ¡esfuérzate!". Esta es la paradoja fundamental del camino. Se nos puede exigir no escatimar una gota de sudor en la intensidad del esfuerzo mientras nos recuerdan que no hay obstáculos en el camino y que incluso el propio esfuerzo nos puede llevar a extraviarnos. El esfuerzo por sí solo puede hacer que se acumule aprendizaje y energía, o se consigan logros formales. La disciplina puede alimentar el talento natural, pero por sí sola no llevará a nadie al territorio del "paseo libre y fácil" (una frase de Zhuangzi). Hay que procurar no ser víctima de la inclinación personal a la autodisciplina y el trabajo duro. Un talento menor puede conducirnos al éxito en nuestro oficio o en los negocios, pero quizá entonces nunca descubramos qué capacidades lúdicas nos habrían dado las mayores alegrías. "Estudiamos el yo para olvidar el yo –dijo Dogen–. Cuando olvidas el yo, eres uno con las diez mil cosas". Las diez mil cosas quiere

decir todo el mundo fenoménico. Cuando estamos abiertos, ese mundo puede llenarnos.

Aun así, estamos llamados a luchar con el curioso fenómeno de la compleja esencia humana, necesaria pero desmedida, que se resiste a dejar entrar al mundo. La práctica de la meditación nos enseña formas para rasparla, ablandarla y darle color. El propósito del *koan* es proporcionar al estudiante un ladrillo con el que llamar al portón para atravesarlo y cruzar esa primera barrera. Después hay otros muchos *koans* que profundizan en el ver y el ser no dualista, permitiendo al estudiante –tal y como le gustaría a la tradición– llegar a ser consciente, elegante, agradecido y diestro en la vida diaria; para ir más allá de la dicotomía entre lo natural y lo elaborado. Es en cierta medida la práctica de "un arte de la vida".

El propio *Tao Te Ching* nos ofrece la interpretación más sutil de lo que el camino puede querer decir. Empieza diciendo así: "El camino que puede seguirse (caminarse) no es el camino constante". *Dao ke dao fei chang dao.* Es la primera línea del primer capítulo. Está diciendo: "Una senda que puede seguirse no es una senda *espiritual*". La realidad de las cosas no puede confinarse en una imagen tan lineal como una calzada. El objetivo del aprendizaje solo se alcanza cuando se olvida al "seguidor". El camino no tiene dificultades, no propone obstáculos, está abierto a todas las direcciones. Sin embargo, nosotros nos interponemos en nuestro propio camino, y por eso el viejo maestro dijo: "¡Esfuérzate!".

También hay maestros que dicen: "No intentes demostrarte algo difícil a ti mismo, es una pérdida de tiempo; tu ego y tu intelecto se meterán por el medio; deja que esas aspiraciones fantásticas desaparezcan". Te dirán: "En este preciso momento, simplemente *sé* la mente misma que lea *esta* palabra y la conozca sin esfuerzo, y habrás entendido 'la gran materia'. Tales fueron las instrucciones de Ramana Maharshi, Krishnamurti y el maestro zen Bankei. Esta fue la versión de Alan Watts del zen. Toda una escuela de budismo acepta esta postura, Jodoshin, o

budismo de la Tierra Pura, de la que el anciano y elegante maestro Roshi Morimoto –que hablaba el dialecto de Osaka– dijo: "Es la única escuela de budismo que puede sermonear al zen". Puede sermonearlo, dijo, por ser tan duro, por considerarse tan especial y por ser orgulloso. Uno debe respetar la desnudez y la radical corrección de esta enseñanza. El budismo de la Tierra Pura es el más puro. Se resiste con firmeza a todos y cada uno de los programas de superación personal y sigue solamente el *tariki*, que quiere decir "ayuda de otro". El otro que puede ayudar se describe mitológicamente como el "buda Amida". Amida no es más que el "vacío", la mente sin concepción ni intención; la mente búdica. En otras palabras: "Deja de intentar mejorarte, deja que el yo verdadero sea tu yo". Esta enseñanza es frustrante para las personas motivadas porque no ofrece instrucción, en sentido estricto, al desventurado peregrino espiritual.

Siempre ha habido infinidad de bodhisattvas desconocidos que no siguieron ninguna instrucción formal o búsqueda filosófica. Se moldearon y curtieron en medio de la confusión, el sufrimiento, la injusticia, las promesas y las contradicciones de la vida. Son desinteresados, generosos, valientes, misericordiosos, humildes, gente corriente que, de hecho, siempre ha mantenido a la familia humana unida.

Hay caminos a seguir, y hay uno que no se puede seguir, no es un camino, es la naturaleza salvaje. Hay un "ir", pero no un caminante: no hay destino, solo el campo abierto. Yo me salí un poco del sendero en las montañas del Noroeste del Pacífico, con veintidós años, cuando era vigía forestal en las Cascades Occidentales. Entonces tomé la determinación de estudiar zen en Japón. Tuve otro vislumbre parecido echando un vistazo al pasillo de la biblioteca de un monasterio zen cuando tenía treinta años: aquello me ayudó a darme cuenta de que no debía vivir como un monje. Me mudé a las cercanías del monasterio y participaba en la meditación, las ceremonias y el trabajo de la huerta como laico.

Regresé a los Estados Unidos en 1969 con la que era mi esposa en aquel momento y nuestro primer hijo, y pronto nos trasladamos a la Sierra Nevada. Además del trabajo en granjas, con los árboles y en política, mis vecinos y yo hemos intentado seguir algo de práctica budista formal. La mantenemos laica y no profesional a propósito. El mundo zen japonés de los últimos siglos es tan versado y riguroso en cuanto a la instrucción estricta que ha perdido, en gran medida, la capacidad de sorprenderse a sí mismo. Los generosos sacerdotes de Japón, consagrados por completo al zen, defienden su papel de especialistas, señalando que la gente corriente no puede profundizar tanto en las enseñanzas porque no les dedican el tiempo suficiente. No tiene por qué ser así para el laico, cuya práctica budista es como la de cualquier trabajador, artesano o artista con su oficio.

La estructura del orden budista original se inspiró en la gobernanza tribal de la nación Sakya ("Roble"), una diminuta república parecida a la Confederación Iroquesa, con normas democráticas para el voto (Gard, 1949; 1956). El buda Gautama nació en Sakia, de ahí su apelativo Sakiamuni, "sabio de los sakias". Por tanto, la comunidad budista (*shanga*) se modeló siguiendo las características políticas de una comunidad procedente del Neolítico.

Es por eso que nuestros modelos en la práctica, la enseñanza y la dedicación no se limitan a los monasterios o a una orientación vocacional, sino que también podemos seguir a comunidades primigenias en la tradición del trabajo y el reparto. Hay conocimientos añadidos que solo llegan a través de la experiencia no monástica del trabajo, la familia, la pérdida, el amor o el fracaso. Y también están todas las conexiones ecológicas y económicas de los humanos con otros seres vivos, que no pueden ser siempre ignoradas y nos alientan a considerar con rigor los procesos de plantar y cosechar, criar y matar. Todos nosotros somos aprendices de la misma maestra con la que las instituciones religiosas trabajaron originalmente: la realidad.

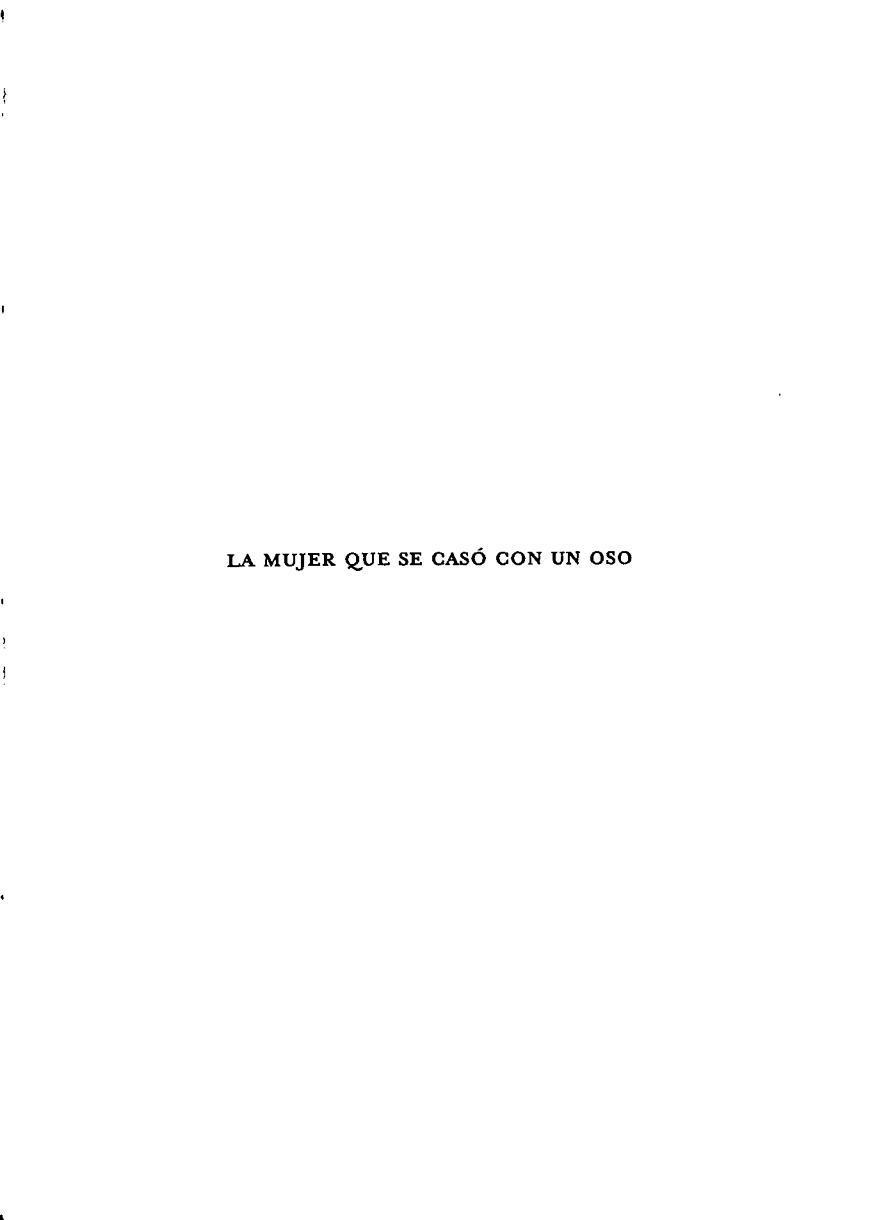
La realidad examinada nos dice: trata de comprender la historia y la política inmediata, aprende a controlar tu tiempo; domina las veinticuatro horas. Hazlo bien, sin autocompasión. Cuesta tanto meter a los niños en el coche compartido que los lleva hasta el autobús del cole como cantar sutras en la sala de meditación una mañana fría. Una cosa no es mejor que la otra, las dos pueden llegar a ser bastante aburridas, y ambas tienen la virtuosa cualidad de la repetición. La repetición y el ritual, y sus buenos resultados, se presentan de muchas maneras. No te dejes convencer de que cambiar el filtro, limpiar los mocos, ir a reuniones, ordenar la casa, fregar los platos o comprobar el nivel de aceite te está alejando de objetivos más serios. Todas esas tareas no son un conjunto de dificultades de las que deseemos escapar para poder dedicarnos a la "práctica" que nos pondrá en el "camino", *son* nuestro camino. Pueden ser un objetivo en sí mismas, porque, ¿quién iba a querer contraponer iluminación y no-iluminación cuando cada una de ellas es su propia realidad al completo, su propia y perfecta quimera? A Dogen le gustaba decir que "la práctica *es* el camino". Es más fácil entenderlo cuando vemos que el "camino perfecto" no es un recorrido hasta un sitio fácilmente definido para alcanzar un objetivo al que se llega tras una evolución. Los montañeros suben cimas por las fantásticas vistas, la cooperación y la camaradería, la dificultad gozosa, pero, sobre todo, porque "te coloca ahí fuera" donde tiene lugar lo desconocido, donde te enfrentas a la sorpresa.

La persona verdaderamente experimentada, la persona refinada, *disfruta con lo corriente*. Ese tipo de persona encontrará el trabajo tedioso de la casa o de la oficina tan entretenido y lleno de retos como cualquier metáfora sugerida por el montañismo. Yo diría que el verdadero juego consiste en salirse completamente del sendero, alejarse de cualquier rastro de uniformidad humana o animal dirigida a algún objetivo práctico o espiritual. Uno sale al "sendero que no se puede seguir", que lleva a todas partes y a

ninguna, un entramado infinito de posibilidades, con millones de elegantes variaciones sobre los mismos temas, siendo cada una única. Cada roca en un talud es diferente; ni siquiera hay dos agujas de abeto idénticas. ¿Cómo puede ser una parte más crucial o importante que cualquier otra? Nunca te encontrarás con un nido de rata cambalachera de cola peluda hecho con ramitas, piedras y hojas amontonadas a un metro de altura a menos que te adentres en los matorrales de manzanita. ¡Esfuérzate!

Encontramos algo de paz y comodidad en nuestra casa, junto a la chimenea, y en los caminos cercanos. También hallamos ahí el tedio de las labores rutinarias y el hastío de los asuntos repetitivos y triviales. Sin embargo, nada dura una eternidad según la norma de la transitorio. Lo efímero de todos nuestros actos nos sitúa en una especie de "territorio salvaje en el tiempo". Vivimos dentro de redes de procesos inorgánicos y biológicos que lo alimentan todo, descendiendo a saltos por ríos subterráneos o brillando como telas de araña en el cielo. Vida y materia en juego, heladas y bastas, peludas y sabrosas. Tales cosas constituyen un orden mayor que los pequeños enclaves de ordenación provisional que conocemos como sendas. *Son* el Camino.

Nuestras habilidades y trabajos no son más que pequeños reflejos del mundo salvaje, cuyo orden es innato y libre. No hay nada como salirse de la calzada y adentrarse en una parte nueva de la divisoria de aguas. No por la novedad en sí, sino por la sensación de llegar a casa, a todo nuestro territorio. "Abandonar el sendero" es otra forma de llamar al Camino, y deambular alejándose del sendero es la práctica de lo salvaje. Es ahí también donde, paradójicamente, damos lo mejor de nosotros mismos. Aun así, necesitamos caminos y senderos, y los mantendremos siempre. Primero debes estar en el camino, antes de poder echar a andar en otro sentido y adentrarte en lo salvaje.



LA MUJER QUE SE CASÓ CON UN OSO

La historia

Había una vez una niña; tenía alrededor de diez años. Solía salir a recoger bayas todos los veranos. Todos los veranos salía con su familia y recogían bayas y las secaban. En ocasiones veían excrementos de oso en el sendero. Las niñas debían ser prudentes con los excrementos de oso y no caminar sobre ellos. Los hombres podían caminar sobre ellos, pero las niñas jóvenes debían rodearlos. A ella le encantaba saltar sobre los excrementos de oso y darles patadas. Desobedecía a su madre. Se topaba con ellos a menudo y les daba patadas y los pisaba. Continuaba viéndolos a su alrededor. Hacía esto desde pequeña.

La niña creció. Un verano salieron todos a recoger bayas, secar pescado y acampar. Estuvo todo el día con su madre, sus tías y sus hermanas recogiendo bayas. Fue hacia el final del día cuando vio algunos excrementos de oso. Les dijo todo tipo de cosas, les dio patadas y saltó sobre ellos. Las mujeres se estaban preparando para volver a casa, levantando sus pesadas cestas cargadas de arándanos. La joven vio unas bayas de muy buen aspecto y se paró a recogerlas mientras las demás se adelantaban. Cuando les estaba dando alcance, resbaló y se le cayeron al suelo algunas. Se agachó para recogerlas. Las demás continuaron su camino.

Un hombre estaba allí parado, vestido elegantemente, la cara pintada de rojo. Lo vio entre las sombras. Nunca lo había visto antes. Él dijo: "Yo sé dónde hay muchas bayas grandes, mejores que esas. Vamos a llenar tu cesta. Te acompañaré a casa". Estuvieron recogiendo un rato. Comenzaba a oscurecer, pero él dijo: "Hay otro buen sitio"; y pronto se hizo de noche. Él dijo: "Es demasiado tarde para ir a casa; vamos a preparar la cena".

Y cocinó sobre un fuego; parecía un fuego. Comieron un poco de ardilla de tierra. Luego prepararon una cama entre las hojas. Cuando se fueron a dormir, él dijo: "No me mires al levantar la cabeza por la mañana, ni siquiera si te despiertas antes que yo".

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, el hombre le dijo: "Podemos continuar. Comeremos ardilla de tierra fría y no haremos fuego. Vayamos a recoger muchísimas bayas". La joven habló de ir a casa, de su padre y de su madre, y él dijo: "No tengas miedo. Yo iré a casa contigo". Después le dio una palmada justo en lo alto de la cabeza e hizo un círculo alrededor de la cabeza de la chica con su dedo, en el sentido del sol. Entonces ella olvidó y nunca más volvió a hablar de su casa.

Ella se olvidó completamente de volver. Sencillamente permaneció con él, recogiendo bayas. Cada vez que acampaban, a ella le parecía que pasaba un mes, cuando en realidad era un solo día. Continuaron viajando de montaña en montaña. Por fin ella reconoció un sitio. Parecía un lugar donde solía ir con su familia a secar carne. Él se detuvo allí, al comienzo del bosque, y le dio una palmada en la cabeza e hizo un círculo en la dirección del sol y después otro en la tierra donde estaba sentada. Le dijo: "Espera aquí, voy a cazar ardillas de tierra. No tenemos carne. Espera hasta que vuelva". Volvió con las ardillas de tierra. Al anochecer acamparon y prepararon la cena.

A la mañana siguiente se levantaron y continuaron el viaje. Por fin lo supo. Se estaba acercando el otoño y hacía frío. Supo que era un oso. Él dijo: "Es el momento de hacerse una casa"; y comenzó a cavar una osera. Entonces supo de verdad que era un oso. Llegó bastante profundo cavando la osera y luego dijo: "Vete a coger algunas ramas de abeto y algo de maleza". Ella rompió ramas altas y le llevó un haz. Él vio aquello y dijo: "Esas ramas no sirven. Dejaste una señal y la gente la verá y sabrá que estuvimos aquí. No podemos quedarnos en este lugar". Y se fueron.

Subieron al inicio del valle. Ella conocía este valle. Era donde sus hermanos solían ir a cazar y comer oso. En abril llevarían allí los perros y cazarían un oso. Mandarían a los perros a entrar en la osera y entonces el oso saldría. Allí era donde solían ir sus hermanos, y ella lo sabía.

Su marido cavó una nueva osera y la mandó a por maleza. Le dijo: "Coge algo de maleza que encuentres en la tierra, no ramas altas. Nadie verá de dónde la cogiste, y la nieve cubrirá el lugar". Ella la recogió del suelo, pero también dobló algunas ramas altas. Las dejó colgando para que sus hermanos las vieran. También se restregó arena encima, por todo el cuerpo. Después la restregó por los árboles a su alrededor, para que los perros encontraran su rastro. Luego se fue a la osera con sus haces de maleza.

Cuando el hombre escarbaba parecía un oso. Esa fue la *única* vez. Pero el resto del tiempo parecía un ser humano. La mujer no sabía cómo sobrevivir de otra manera, y, mientras fuera bueno con ella, seguiría a su lado.

"Esto está mejor", dijo él, y acarreó la maleza al interior y preparó la osera. Después de que preparara la osera se marcharon. El oso grizzly[50] es el último en entrar en la osera; les gusta andar por la nieve. Pasaron algunos días más cazando ardillas de tierra para el invierno. Ella nunca lo vio hacerlo; se sentaba al sol del otoño tardío y miraba valle abajo. Él no quería que lo viera escarbando en busca de ardillas de tierra como un grizzly.

Casi a diario cazaba ardillas de tierra y recogían bayas. Para ella él era igual que un ser humano.

El otoño estaba ya muy avanzado. Él dijo: "Creo que es el momento de irnos. Tenemos suficiente comida y bayas. Bajaremos a casa". Entraron en la osera y se quedaron allí durmiendo. Se despertaban una vez al mes para comer, y luego volvían a la cama.

50. Oso grizzly: una subespecie americana del oso pardo, *Ursus arctos horribilis*. Es uno de los osos más grandes del mundo, y el peso de los machos puede alcanzar los 600 kilos.

Cada mes parecía otra mañana, igual que otro día cualquiera. En realidad nunca salían fuera, solo lo parecía.

Muy pronto la mujer se dio cuenta de que estaba esperando un bebé. Y a mitad del invierno, en la osera, tuvo dos bebés; uno era una niña y el otro, un niño. Los tuvo cuando las osas tienen sus oseznos.

Su marido solía cantar por la noche y ella se despertaba para escucharlo. El oso se convirtió en un chamán cuando empezó a vivir con la mujer. La canción le era dictada, como a un chamán. La cantó dos veces. Lo escuchó la primera vez. La segunda hizo un sonido, "¡wuf! ¡wuf!", y ella se despertó.

"¡No lo hagas! ¡Son tus cuñados! Si de verdad me quieres, los querrás también a ellos. No los mates. ¡Deja que te maten! ¡Si de verdad me quieres, no pelees! Has sido bueno conmigo. ¿Por qué has vivido conmigo, si ahora vas a matarlos?". "De acuerdo —dijo—. ¡No pelearé, pero quiero que sepas lo que sucedería!". Sus grandes dientes caninos parecían espadas. "Esto es con lo que peleo", dijo. Ella continuó suplicando. "No hagas nada. ¡Todavía tendré a mis hijos si te matan a ti!". Ahora sabía de verdad que era un oso.

Se fueron otra vez a dormir. Cuando volvió a despertarse, él estaba cantando su canción. "Es verdad —dijo—. Están acercándose. Si me matan, quiero que les quites mi cráneo y mi cola. Allí donde me maten prepara un gran fuego y quema mi cabeza y mi cola, y canta esta canción mientras la cabeza arda. ¡Cántala hasta que todo esté quemado!". Y volvió a cantar la canción.

Después comieron un poco y volvieron a dormir. Pasó otro mes. No durmieron bien ese mes. Él se despertaba a menudo. "El momento está cerca —dijo—. No puedo dormir bien. La tierra está quedando al descubierto. Sal y mira si la nieve se ha derretido delante de la osera". Ella se asomó, y vio que fuera había barro y arena. Recogió un poco e hizo una bola y se la frotó por encima. Estaba llena de su olor. La hizo rodar colina abajo; así los perros

podrían olerla. Volvió a entrar y dijo: "Hay tierra al descubierto en algunos sitios". Él le preguntó por qué había dejado las señales. "¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Nos encontrarán con facilidad!".

Durmieron durante medio mes y después se despertaron. Él estaba cantando de nuevo. "Esta es la última vez —dijo—. No volverás a oírme. De un momento a otro los perros estarán por la puerta. Andan muy cerca. ¡Pelearé! ¡Voy a hacer algo terrible!". Su mujer dijo: "¡Tú sabes que son mis hermanos! ¡No lo hagas! ¿Quién cuidará de mis hijos si los matas? Debes pensar en los niños. Mis hermanos me ayudarán. ¡Si mis hermanos te dan caza, déjales hacer!". Volvieron a la cama por muy poco tiempo. A la mañana siguiente él dijo: "¡El momento está cerca! ¡Está muy cerca! ¡Despierta!".

Justo cuando se estaban levantando, oyeron un ruido. "Los perros están ladrando, debo ir. ¿Dónde están mis cuchillos? ¡Los quiero!". Los descolgó. Ella lo vio ponerse los dientes. Era un gran oso grizzly.

"Por favor, no pelees. Si me querías para ti, ¿por qué has llegado hasta aquí? Piensa en los niños. ¡No hagas daño a mis hermanos!". Él dijo: "¡No volverás a verme!", y salió. En la entrada gruñó, y de un zarpazo lanzó algo al interior de la osera. Era un perrillo, un pequeño perro cazador de osos. Cuando lanzó el perro al interior, ella lo agarró y lo arrinconó entre la maleza bajo el lecho. Puso allí al perro para retenerlo. Se sentó encima de él y lo mantuvo allí para que no pudiera escapar. Tenía una razón para hacerlo.

Durante un largo rato no se oyó ningún ruido. Salió de la osera y oyó a sus hermanos ladera abajo. Ya habían matado al oso. Se sintió mal y decidió sentarse. Encontró una flecha en el suelo y la recogió. Después ajustó una cuerda a la espalda del perrillo. Ató la flecha al perrillo y este corrió hacia sus dueños. Los chicos estaban abajo despiezando al oso. Reconocieron al perro, y al ver la flecha se la quitaron.

"Qué curioso —dijeron—. ¡Nadie en una osera le ataría esto!". Hablaron sobre ello y decidieron que el hermano más joven subiera a la osera. Un hermano pequeño podría hablar con su hermana, pero un hermano mayor no podría. Los hermanos mayores le dijeron al más joven: "Perdimos a nuestra hermana hace un año. Podría haber sucedido algo. Puede que un oso se la llevara. Tú eres el más joven, no debes temer. Allí arriba no hay nadie más que tu hermana. Ve y mira si está allí. ¡Averígualo!".

Él fue. La encontró allí sentada, llorando. El niño se acercó y ella lloró cuando lo vio. Le dijo: "¡Vosotros matasteis a vuestro cuñado! Me fui con él el verano pasado. Lo matasteis, pero dile a los otros que conserven el cráneo y la cola. Dejadlos allí para mí. Cuando lleguéis a casa, dile a madre que zurza un vestido para mí y así podré volver a casa. Que zurza un vestido para la niña, pantalones y una camisa para el niño, y mocasines. Y dile que venga a verme". Él volvió a bajar y les dijo a sus hermanos: "Es nuestra hermana. Quiere que conservemos la cabeza y la cola del oso".

Así lo hicieron, y después volvieron a casa. Se lo dijeron a su madre. Su madre se puso a la tarea y cosió. Tenía un vestido y mocasines y ropa para los niños. Al día siguiente subió allí. La madre fue al lugar y vistió a los niños. Después bajaron al sitio donde habían dado muerte al oso. Los chicos habían dejado una gran fogata. La mujer quemó la cabeza y la cola, y después cantó la canción hasta que todo fueron cenizas.

Después volvieron a su casa, pero ella no entró inmediatamente. No estaba acostumbrada al olor humano. Dijo: "Dile a los chicos que preparen un campamento. Todavía no puedo entrar en la casa. Pasará algún tiempo". Estuvo fuera una larga temporada. Hacia el otoño entró por fin y se quedó junto a su madre. Ese invierno los niños crecieron.

Durante la primavera siguiente sus hermanos querían que se comportara como una osa. Habían matado a una osa que había tenido oseznos, un macho y una hembra. Querían que su hermana

se cubriera con la piel y actuara como una osa. Prepararon pequeños arcos. La acosaron para que jugara con ellos, y querían que sus dos hijitos jugaran también. Ella no quería. Le dijo a su madre: "¡No puedo hacerlo! Si lo hago, me convertiré en una osa. Ya lo soy a medias. Me ha empezado a crecer pelo en los brazos y las piernas, y es muy largo". Si se hubiera quedado allí con su marido oso otro verano, se habría convertido en una osa. "Si me cubro con la piel de la osa, me convertiré en una", dijo.

Pero continuaron insistiendo para que jugara. Un día los chicos entraron a hurtadillas y lanzaron las pieles de oso sobre ella y sus pequeños. ¡Ella salió a cuatro patas! ¡Se sacudió como una osa! Era una osa grizzly. No pudo hacer nada. Tenía que defenderse de las flechas y los mató a todos, incluso a su madre. No mató a su hermano menor, a él no. No pudo evitarlo. Las lágrimas le corrían por el rostro.

Después se marchó. Tenía con ella a sus dos oseznos. Caminaron ladera arriba y se adentraron de nuevo en las montañas.

Por eso un oso grizzly es en parte humano. Ahora la gente come carne de oso negro, pero siguen sin comer carne de grizzly, porque los grizzlies son medio humanos.

Sobre "La mujer que se casó con un oso"

Arándano, frambuesa negra, zarzamora, serbal, manzanita, arándano rojo... Las bayas salmón maduran pronto, y casi todas las demás lo hacen hacia el final del verano. El brillo de las bayas, su aroma, su pequeña punzada de sabor, su dulzura, todo nos ha sido dado desde un tiempo muy lejano. ¿Para quién es? Las bayas incitan a las aves y los osos a alimentarse. Es una ofrenda, pero también hay una compensación, ya que de este modo las semillas serán diseminadas. Pequeñas semillas enterradas en dulces glóbulos que viajarán en el buche de las aves, en intestinos de

mapaches, sobre las rocas, a través del aire, sortearán el río, para ser depositadas en la tierra de otros bosques y brotar de nuevo.

Para recoger bayas hace falta paciencia. Los osos se acercan a los brotes y arañan delicadamente entre los racimos con sus zarpas. La gente hace rastrillos de madera que se asemejan a zarpas de oso y las recogen en una cesta, o varean los arbustos con una cuchara de madera sobre un canasto que sostienen en la otra mano. ¡Algunas mujeres son muy rápidas! Las arrancan con todos los dedos de ambas manos, sin estropearlas nunca. Cuando están maduras, la gente sale a recogerlas todos los días, y después las secan o las escabechan para el invierno. El comérselas no hace ningún mal al arbusto ni a la semilla. Quizá esta historia comienza con las bayas.

Desde un tiempo muy lejano, los osos pardos, los *grizzlies* (aunque no nos referiremos a ellos directamente con nombres tan bruscos), han llegado a los campos de bayas. Llevan fuera vagando y alimentándose desde la primavera, recorriendo docenas o cientos de kilómetros, a menudo en solitario. Cuando se reúnen en las laderas más abundantes en bayas, puede haber muchos osos recogiéndolas a poca distancia, y se las arreglan para no enfrentarse.

Comen durante todo el verano acumulando grasa para el invierno. Si por alguna razón no consiguen el suficiente peso llegado el final del otoño, los cuerpos de las madres abortarán los pequeños fetos, ya que la lactancia durante el rigor del invierno puede agotar sus fuerzas. Cuando han acabado con los arándanos y otras bayas en las montanas, bajan a los ríos y arroyos a por los salmones que remontan la corriente en otoño.

Durante mucho tiempo solo hubo osos y pájaros en los ríos y junto a los matorrales de bayas. Los humanos llegaron más tarde. Al principio todos se llevaban bien; siempre había algo de alimento para compartir. Los animales pequeños pueden ser tan poderosos como los grandes. Algunos, y algunos humanos, podían

cambiar de piel, cambiar de máscaras. De vez en cuando todos se adentraban en el mundo del espíritu para un gran encuentro o una contienda. En los tiempos primigenios los seres humanos no eran tan malos. Más adelante parecieron distanciarse. Se ocupaban solo de sí mismos y pasaban todo su tiempo juntos. Dejaron de ir a las reuniones, y eran cada vez más tacaños. Aprendieron un montón de menudencias y olvidaron de dónde venían.

Algunos animales empezaron a evitar a los seres humanos. Otros estaban preocupados, ya que les gustaban los humanos y disfrutaban de su compañía y de su divertido comportamiento. Los osos todavía les tenían cierto aprecio. Todavía querían ser vistos por las personas, sorprenderlas de vez en cuando, incluso que les cazaran y dieran muerte, para poder entrar en las casas y oír su música. Quizás por eso los osos dejan excrementos en las sendas. Es una manera de decirle a la gente que están cerca y así evitan asustarles. Si osos o personas se llevan un susto, alguien puede resultar herido. Cuando la gente encuentra cagadas puede examinarlas y ver si son recientes, y comprobar qué se ha comido. Si esta semana tocan bayas, deberías saberlo. Las cagadas son una ventana a la vida de un oso: indican dónde ha estado. Así, cuando la gente va a la montaña puede silbar y ocuparse de lo suyo, porque todo el mundo sabe lo que están pensando los humanos.

A las niñas pequeñas les gusta correr, saltar y cantar. A algunas de ellas les gusta hacer burla, pero generalmente no es una burla cruel. Juegan a la comba: saltan y cantan; juegan a la raya: saltan y cantan. Aun así, una niña o una mujer no deberían saltar nunca sobre excrementos de oso; en realidad, no debería hacerlo sobre ningún excremento, y tampoco los hombres. Está bien observarlos y pensar en tales señales, pero sería una tontería opinar al respecto. Sin embargo, esta niña siempre los pisaba y no dejaba de hablar de ello. Quizás estaba siendo traviesa, aunque también debemos decir que era una

niña excepcional que de alguna manera se sentía atraída por un lugar salvaje.

Atraída por lo salvaje. Los osos son tan tranquilos y poderosos. Al mismo tiempo son los animales más cercanos al hombre. Todo el mundo lo dice: "Cuando le sacas el abrigo a un oso, es igual que un hombre". Y actúan como humanos: juguetean, educan a sus oseznos —que son traviesos y curiosos— y recuerdan. Confían en sí mismos. Engullen un pequeño bocado o tumban a un alce con la misma elegancia. Sus zarpas son delicadas y precisas: pueden coger un fruto entre dos uñas. Hacen el amor durante horas. Son gruñones después de la siesta. Pueden recorrer más de ciento cincuenta kilómetros en una noche. Parecen indestructibles. Saben qué está pasando, a dónde ir y cómo llegar allí. No son rencorosos. Pueden ponerse furiosos, y cuando pelean es como si no sintieran dolor. No tienen enemigos ni miedos, pueden ser cómicos y tienen un gran corazón. El mundo es su casa. Les gustan los seres humanos, y decidieron hace tiempo dejar que los humanos les acompañaran en los ríos salmoneros y en los campos de bayas.

Esta niña debía de saber algo de todo esto, y en cierta manera estaba llamando a los osos. La mayoría de la gente sabe que romper las reglas es malo, y cuando lo hacen a escondidas sienten que están haciendo algo reprobable. Hay gente que rompe las reglas por codicia y por tener un oscuro corazón. Ciertas personas son claras y rompen las reglas porque quieren *saber*. También entienden que hay que pagar un precio, y no se quejarán.

Las reglas son cuestiones de comportamiento que tienen que ver con el poder y el conocimiento, con la vida y la muerte, dado que versan sobre quitar la vida y sobre la propia alimentación y muerte. Los seres humanos, en su ignorancia, son proclives a ofender. Hay un mundo detrás del mundo que vemos, que es el mismo mundo, pero más abierto, más transparente y sin barreras. Al igual que dentro de una gran mente, todos los hombres y los animales pueden hablar, y aquellos que pasan por él reciben

el poder de ayudar y sanar. Aprenden a comportarse y a evitar ofender. Tocar este mundo, no importa con qué brevedad, es una ayuda en la vida. La gente lo busca, pero la búsqueda no es sencilla. Aquí las formas fluyen. Para un oso todos los seres parecen osos. Para un humano todos parecen humanos. Cada criatura tiene sus historias y sus rarezas; todos los animales con su graciosa naturaleza representando diferentes papeles. "Cuando dragones y peces ven el agua como un palacio, es igual que si un ser humano viera un palacio. No piensan que fluya. Si un forastero les dice: 'Lo que veis como un palacio es agua que corre', los dragones y peces se quedarían perplejos, al igual que nosotros lo estamos cuando oímos las palabras: 'Las montañas fluyen'." (Dogen). Y en ocasiones aquellos que tienen el poder, o una razón, o simplemente son curiosos, cruzan las fronteras.

Esta joven mujer ya había crecido, y recogía bayas con su familia. Los osos sabían que estaba allí. Cuando se quedó atrás para recoger las bayas que se le habían caído de la cesta, un hombre joven se aproximó para presentarse y ayudarla. Llevaba su mejor ropa, vestido como alguien que va de visita. Para ella era un ser humano, y así se adentró en un mundo intermedio, no del todo humano, no del todo animal, donde la lluvia puede parecer fuego y el fuego puede resultar lluvia. Y él la asentó allí con más firmeza y rigor dándole una palmada en la cabeza para que olvidara. Se adentraron bajo la maraña de ramas, y cuando salieron habían cruzado una cadena de montañas. Cada día es un mes, o años.

Pero no se olvidó del todo. Siempre estamos en ambos mundos, porque no son realmente dos. Y aunque recordara que había dejado atrás una casa y una familia, no era un impulso demasiado fuerte porque estaba enamorada. Él era un hombre fuerte y guapo, y además la amaba. Se paseaban por las montañas más hermosas, en el grandioso clima dorado del final del verano, con bayas maduras en todas las laderas. Sus sueños de joven

doncella se habían cumplido. Si ella aprendió a amar a un oso, él tuvo que superar sus prejuicios contra los humanos, que son débiles, livianos, impredecibles y malolientes. Se unieron en la pasión y la conversación. Vivían en la frontera de los bosques.

Pero llega el invierno. Los osos ganan peso y les crece mucho el pelo. Si están preparando una nueva osera, seleccionan un lugar en una ladera, cavan hacia abajo y luego hacia arriba, situando la cámara bajo una alfombra de raíces de algún árbol alpino o una gran losa de piedra. El túnel de entrada puede ser de uno a tres metros de largo, y la cámara, de dos y medio a tres y medio de ancho. Y después los osos arrancan ramas: las doblan sobre un brazo y las rompen con el otro, recogiéndolas para usarlas de lecho en la osera. Con la osera lista los grizzlies merodean, todavía de caza, mientras el tiempo continúe siendo apacible. Cuando la nieve comienza a ser intensa, justo cuando está cayendo con más fuerza, el oso entra en la osera y la nevada cubrirá sus huellas.

En la osera los osos dejan de beber, comer, orinar o defecar durante meses. Permanecen alerta y pueden despertarse con bastante rapidez. Sus cuerpos encuentran la manera de metabolizar sus propios desechos. Aun perdiendo grasa, aumentan su masa muscular y conservan su volumen óseo como si estuvieran despiertos y en activo. Sueñan. Quizás sueñen con encuentros en las "montañas interiores", donde El Oso, como "Señor de la Montaña", ofrece una gran celebración para todos los demás animales. Para la joven mujer, este es un tiempo de relampagueantes idas y venidas entre sus dos seres. El paisaje retorna a su historia: reconoce un valle. Ve a su amante, a su marido, primero como un oso cavando la osera, después como un ser humano que se sienta y conversa con ella. Le ayuda a recoger ramas de abeto balsámico para la osera y no puede evitar dejar marcas, señales para sus hermanos, que la buscarán. Con disgusto, tristeza y cierto fatalismo, él ve todo esto, y, sin irritarse con ella, simplemente se aleja y cava una nueva osera; pero ella continuará dejando su rastro.

Y llega el momento de bajar a la osera. Ella todavía no es un osa, así que preparan comida para cuando la necesite. Pare los bebés durante el invierno, al igual que lo hacen los osos, y después llega el momento en que deben confrontar sus destinos, su tarea. "Él se convirtió en un chamán cuando empezó a vivir con la mujer". No era un oso común, dado que fue capaz de cambiar de forma y aceptar lo humano, pero el poder todavía seguía llegándole. ¿Osos ancianos velando por él en la distancia, sabiendo que los poderes serían necesarios? Un chamán canta canciones de poder, y él cantó una de esas canciones. Si antes no sabía lo que iba a llegar, ahora lo intuye: los hermanos de ella y una batalla. Sin duda podría matarlos, conservando a su mujer e hijos, y adentrarse más en la montañas para estar seguro. Esa es la tentación: viaja entre dos dominios con sus enormes dientes caninos de grizzly, que aparecen como espadas o dientes, dientes o espadas, a los ojos de ella.

Pero, habiendo llegado hasta aquí en el dominio de lo humano, también se ha obligado a sí mismo a la costumbre humana, y existe una férrea ley que dice que los cuñados nunca deben pelear. El nombre de familia que los niños reciben es el de la madre, y serán criados más por los hermanos de ella que por su padre. ¡Si solo pudieran aceptarlo como cuñado! Esa sería una unidad familiar ideal, extraña solo en cuanto que la mitad de la familia serían osos —ya que ella se está convirtiendo en una— y la otra mitad humanos. Qué momento de sueño utópico debió de ser para él.

Ella es práctica. Sabe que sus hermanos nunca lo aceptarán y siente que sus hijos deben ser criados como humanos. Pero ama a su marido, no solo al hombre guapo, también el cuerpo de oso. Ella misma está empezando a ser peluda. Durante varias semanas deben convivir con estas alternativas y el destino que se va acercando. Él canta otra vez por la noche: es la canción que debe cantarse cuando se ha cazado y dado muerte a un oso. Le da las instrucciones: "Allí donde me maten, prepara un gran fuego,

quema mi cabeza y mi cola y canta esta canción mientras la cabeza arda. ¡Cántala hasta que todo esté quemado!".

Esta es la razón por la que se encontraron: para que él pasara esa enseñanza, a través de ella, del dominio de los osos al de los hombres. Ahora los dos lo saben. Pero él no puede dejarse llevar del todo; pregunta: "¿Por qué? ¿Por qué?"; y aun el último día un pensamiento más le incita a defenderse. Ella siempre insiste en la palabra *hermanos* y él no puede rebelarse contra eso. Sale por la puerta camino de su muerte, lanzando de un zarpazo detrás de él al pequeño perro tahlan cazador de osos. Este perro doméstico es medio animal salvaje y medio humano, y la ayuda a prepararse para regresar a lo humano. Su marido muere fuera de su vista, pero ella puede oír el ladrido de los perros. Se sienta y llora, dejando que aflore la pérdida y el dolor que estaba conteniendo, y lo vierte sobre su hermano pequeño: "¡Vosotros, chicos, acabáis de matar a vuestro cuñado!", lo que también es para ellos algo doloroso.

(Los osos salen de la osera en primavera flacos y hambrientos, y se sacian con primores de primavera -*Claytonia*- o plantas similares si no pueden encontrar un cadáver de alce o caribú al que haya matado el invierno).

Ella quema la cabeza y la cola y canta la canción.

No puede volver a casa de su madre. Pasa todo el verano de luto y habituándose al olor humano. Durante el otoño y el invierno, viviendo en el poblado, enseña a sus familiares lo que aprendió —a quemar el cráneo y la cola de un oso después de matarlo— y les enseña la canción. Aprendió mucho más de su marido sobre la ceremonia del oso y la manera apropiada de cazar, y todo lo enseña: a ser discretos, a no fanfarronear, a no señalar nunca a un oso, a hablar despacio.

No es un invierno fácil. Los niños no se acostumbran, y ella tampoco. La gente no le habla con confianza. Los hermanos tienen oscuros e intrincados pensamientos sobre su hermana, que

sabe tanto de osos. La siguiente primavera se ponen en marcha para la caza anual del oso y vuelven con la piel de una hembra y dos oseznos. Quieren forzar a su hermana para que se disfrace y haga de oso. Secretos que no deben contarse les acechan: su hermana, una osa. ¿Qué comían? ¿De qué hablaban? ¿Con qué sueña? ¿Cómo fue? ¿Cuánto poder tiene ahora? ¿Pueden fiarse de ella? ¿En qué se convertirán sus hijos? El poder y el misterio que ahora la rodean ya no es cómodo para los humanos.

Ella intenta que su madre los detenga, sabiendo lo que ocurrirá, su pelo cada vez más largo. Pero ocurre: los hermanos no pueden soportar esta ambigüedad y la fuerzan a cruzar la raya. Ella se vuelve otra vez osa y los mata a todos, excepto a su hermano pequeño. Ahora ya han pagado por matar a su cuñado, y pagado por burlarse y atormentarla, y la madre también ha muerto. La joven mujer y sus hijos son ahora irrevocablemente osos; el mundo de los humanos no los aceptará. Deberán retornar a la naturaleza salvaje habiendo cumplido su tarea: enseñar a los humanos las actitudes correctas respecto a los osos. Quizás todo esto estaba planeado por los Osos Padres y Madres, que escogieron a un macho joven e intrépido para ser el mensajero. Para cada uno de los actores había un precio: el oso y la familia de la mujer perdieron la vida. No se puede cruzar entre dominios sin pagar un alto precio. Ella perdió a su amante y su humanidad para convertirse en una osa con dos traviesos oseznos, sola entre bosques y montañas.

Esto sucedió hace mucho tiempo. Desde entonces, los hombres han tenido buenas relaciones con los osos. Todos los años a mitad de invierno, en bosques nevados alrededor del mundo, muchas gentes han cazado, celebrado y festejado junto con los osos. Osos y hombres han compartido verano tras verano los campos de bayas y los ríos salmoneros sin grandes dificultades. Los osos han sido cuidadosos de no cazar ni elegir a humanos como presas, si bien pelearán si son atacados.

Su historia tuvo otras consecuencias: la esposa del oso fue recordada como una diosa bajo muchos nombres y se contaron muchas historias sobre sus hijos y lo que les aconteció en el mundo. Pero ese tiempo se ha acabado. Los osos están siendo diezmados, los humanos están en todas partes y el mundo verde está siendo desgarrado, arrasado y reducido a cenizas por el avance de un mundo gris que parece no tener fin. Si no fuera por unas cuantas gentes ancianas de los tiempos de antaño, ni siquiera conoceríamos este cuento.

Maria Johns y la narración de esta historia

Esta versión de "La mujer que se casó con un oso" está basada en la narración de Maria Johns a Catherine McClellan, antropóloga y etnohistoriadora. Hay muchas versiones de esta historia, y once de ellas están recogidas en el estudio de McClellan *The Girl Who Married the Bear: A Masterpiece of Indian Oral Tradition*[51] (1970). Sobre Maria Johns escribió:

> "Probablemente Maria Johns nació durante la década de 1880. La primera vez que vio a un hombre blanco fue cuando ella y su familia retaron a los chilkoot de la costa y cruzaron el Paso de Chilkoot para comerciar en Wilson's Store en Dyea. Esto sucedió en los ochenta, y Maria era entonces una mujercita. Maria pertenecía al clan tuq'wedi o dicitan y remontaba su ascendencia en último término al pueblo costero tlingit de Angoon. Aunque su primera lengua era el dialecto tagish del atabascano, también hablaba bastante tlingit, que, de hecho, se convirtió en la principal lengua nativa de los tagish. Tenía muy poco dominio del inglés.
>
> Aunque parece que llevó una vida bastante rica y activa, pasó la mayor parte de sus días de adulta con poca salud y parcialmente

51. En castellano, "La mujer que se casó con un oso: una obra maestra de la tradición oral amerindia".

ciega. Cuando la conocí en 1948 estaba totalmente ciega y pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, cubierta con una manta de piel de ardilla de tierra. Maria compuso por lo menos tres canciones propias y evidentemente contó muchas historias a sus hijos, a juzgar por el repertorio de sus dos hijas adultas.

Maria se ofreció a contar la historia del oso la mañana del 16 de julio de 1948. La había visitado en casa de su hija Dora y le pregunté si existían observancias rituales para con los osos.

Maria era obviamente una buena contadora. Gesticulaba con frecuencia, cambiaba la voz para indicar que se trataba de diferentes personajes hablando, e imitaba el sonido de perros y osos. Apresuró un poco el final del cuento porque le preocupaba que yo pudiera perder el tren para salir de Carcross.

Dora Austin Wedge, la intérprete, había ido al colegio, y hablaba un excelente inglés. La hija de Dora, Annie, era la otra persona presente. Estaba muy interesada en la historia, que, evidentemente, no había oído antes".

Arcadia

Oso pardo: *Ursus arctos.*

Arktos, "oso" en griego; en latín llamado *urs*; en sánscrito, *rksha*; en galés, *arth* (rey Arturo). El sánscrito probablemente conduce a *Rakshasas*: "errantes demonios nocturnos que rugen y aúllan y comen cadáveres". D. Pawda sugiere que la protorraíz es "¡Rrrrrr!".

El "Ártico" es donde están los osos.

Arcade era el hijo de Zeus y de la diosa osa Calisto. Supuestamente él era el progenitor de los arcades, gentes de la Arcadia, "hombres oso". Veneraban a Pan, Hermes y Artemisa, la dama de las cosas salvajes, también asociada con los osos.

Arcadia: las altiplanicies y cordilleras en las tierras altas e interiores del Peloponeso central, con picos de dos mil trescientos

metros a lo largo del extremo norte. Originariamente había bosques de pino y roble, y praderas. Los otros griegos pensaban que los arcadios eran una población aborigen que siempre había estado allí, y, de hecho, se mantuvieron como un pueblo fuerte e independiente a lo largo de toda la historia de Grecia. No les afectaron las invasiones dóricas. Fueron hortelanos, ganaderos y cazadores. Para los romanos y los griegos urbanos eran el modelo de una cultura de subsistencia vernácula y fuerte que no perdió sus conexiones con la naturaleza. En los primeros siglos después de Cristo, la deforestación y el agotamiento de la tierra redujeron la población, y en el siglo octavo los inmigrantes eslavos propiciaron el fin de esta vieja cultura. Sin duda, algunos de los primitivos arcadios conocían y contaban alguna versión de la historia de la mujer que se casó con un oso.

En la Danza del Oso

Una mujer con apariencia de abuela y vestido estampado está hablando con un anciano curtido que viste pantalones de leñador y tirantes. "Hay espíritus en todo, ¿verdad?". Él asiente. Ella sonríe: "No pareces muy convencido".

El viejo es alto y poderoso, aunque un poco cargado de espaldas. El pelo, rizado y gris metálico, le llega a la altura de los hombros, lleva los pantalones medio salidos de unas botas rancheras altas, y sus manos son pesadas y ásperas, con un pulgar roto. Comenta: "Las viejas gentes no tenían todas las palabras apropiadas de la ciencia que ahora tenemos; o sea, que llamaban a los rayos del sol 'espíritus'. Llamaban a muchas cosas 'espíritus'. No es que fueran tontos, pero llamaban a esas cosas de poder y energía 'espíritus'.".

Un blanco joven está escuchando. La mujer es intensa, de ojos claros, bienhumorada, y continúa con su propio razonamiento: "Se han olvidado muchas cosas. He averiguado mucho sobre esto.

No es para todo el mundo, es para nuestra gente. Necesitamos enseñar a los jóvenes".

En la polvorienta zona de danza se está formando un círculo de niños. Marvin Potts, con un viejo sombrero de fieltro, chaqueta y vaqueros de dril, y gastadas botas de trabajo, los sitúa e instruye con ternura. Hay un poste de dos metros y medio en la zona de baile, del que cuelga una piel de oso. En la base del poste hay un montoncito de hojas y tallos de artemisa recién recogidos, todavía húmedos después del lavado. Todo el mundo está cogiendo un puñadito. Un trecho más arriba de la ladera hay un sombrajo donde se juega una partida, con el ritmo incesante del tamborileo en los troncos y el canto que asciende y cae.

La mujer y los dos hombres siguen de pie bajo un caluroso sol, un torrente de gente pasando a su alrededor, la voz del hombre viejo tan baja que casi no se le puede oír. El joven escucha y solo pregunta de vez en cuando.

"La ciencia ha subido tanto –dice el hombre viejo– que ahora está empezando a bajar. Nosotros estamos ascendiendo con nuestra vieja sabiduría, y muy pronto nos encontraremos con la ciencia bajando". Una nativa joven se ha sumado al grupo, y la mujer mayor le dice: "No me llames maidu o concow. Soy una tai. Ese es nuestro nombre para nosotros". El hombre viejo se vuelve hacia ella y dice: "¿Qué es una tai?". "Eso es lo que yo soy, pero tú no lo sabes".

"Bueno, yo soy un maidu igual que tu", dice él. Ella se ríe con franqueza, y le responde: "Lo cierto es que tú eres un...", y pronuncia un sonoro nombre nativo. "Significa Montaña Mediana". Él repite la palabra con facilidad; está claro que la conoce: "Sí, significa Montaña Mediana. O sea, ¿que eso es lo que éramos?". "Sí, tu grupo. El antropólogo blanco nos dio a todos el nombre de maidu". "De acuerdo", dice, y se vuelve otra vez hacia el hombre joven. "Ahora voy a bailar. Venga a visitarnos alguna vez. Tenemos muchos problemas tratando de evitar que la

gente robe nuestro cementerio". "¿A qué se dedica?", pregunta el hombre blanco. "Trabajo media jornada en un aserradero". Y se va, recogiendo a tres nietos pequeñitos y conduciéndolos al círculo interior de los niños en la Danza del Oso.

Marie Potts está en su silla de ruedas junto a un poste adornado con tiras de corteza de arce que penden alrededor. Un sistema de megafonía portátil está encendido y Frank empieza a cantar: "*Weda..., weda..., weda...*". Hay dos círculos: uno interior de niños y un corro exterior de adultos. Ambos comienzan a girar despacio, en la dirección de las agujas del reloj, la gente agitando sus pequeños puñados de ajenjo rítmicamente. Hay jóvenes y viejos, muchos blancos, muchos nativos, muchos colores entre unos y otros.

Muy pronto es el propio oso el que aparece, la gran cabeza sostenida delante, la gruesa piel negra cubriéndole la espalda. Las dos patas delanteras son brazos con bastones. La parte baja del cuerpo del oso lleva unos vaqueros blancos cortados con las costuras medio descosidas. Se mueve con soltura, como lo haría un oso, deslizándose dentro y fuera del corro, desplazándose en círculos entre los danzantes, abriéndose paso hacia dentro, volviendo a salir. Coge a un niño y lo conduce consigo bajo la piel de oso, y después lo deja marchar. Un pequeño rompe a llorar cuando se le acerca, mientras un niño detrás de él le azota la espalda con la artemisa. Él corre hacia las mujeres, las asedia, ellas chillan y le pegan con la artemisa. De vez en cuando la canción deja de oírse por un momento y el cantante toma aliento. El oso se acerca a Marie en su silla de ruedas, le pone la zarpa alrededor de los hombros y la acaricia con el hocico. A ella le brillan los ojos, y su sonrisa es intensa y complacida.

Mientras tanto, Marvin lidera el corro de los danzantes, enarbolando el poste con las cortezas de arce (había dicho que los enroscados trozos de corteza eran como cascabeles de serpiente de cascabel y que jugamos con Serpiente y Oso y les ofrecemos diversión

y buen humor para que todos nos llevemos bien durante el verano).

La danza circular continúa con sus majestuosas rotaciones. Finalmente, Marvin conduce al corro fuera de la zona de danza. La fila de los danzantes, mujeres y hombres nativos, niños, rancheros blancos de mediana edad con vaqueros y sombreros tejanos, zigzaguea entre la profusión de furgonetas y coches aparcados. Desciende entre los troncos marrón canela de los umbrosos pinos de Jeffrey y alrededor del sombrajo donde se juega la partida (todavía suenan con fuerza las canciones, mano a mano con la música de la Danza del Oso), para después subir una pendiente de hierba que lleva a un veloz torrente, donde todo el mundo se dispersa a lo largo de las márgenes y se lava las manos y la cara con agua fresca. Dejan flotar libremente en el arroyo sus ramos de artemisa. Los ramos fluirán entre el bosque de pinos, de vuelta a la vegetación, y desaparecerán en la Gran Cuenca.

Este es el final de la Danza del Oso. La piel se cuelga otra vez del poste, la gente se dirige hacia la barbacoa y el salmón, que fue un regalo de un grupo de la costa. Las canciones de poder de los jugadores de la partida continúan sin interrupción.

Wepamkun, en Notokkoyo, Shasta, junio de 40077[52]

52. Junio de 40077: Esta datación toma como punto de partida la fecha aproximada —hace entre 40.000 y 50.000 años— en la que diversos paleontólogos sitúan la aparición de los primeros artefactos no utilitarios, como huesos y astas tallados o pinturas rupestres, indicios del pensamiento simbólico.



SUPERVIVENCIA Y SACRAMENTO

"En una ocasión, mientras el maestro lavaba sus cuencos, vio a dos pájaros peleándose por una rana. Un monje que también observaba preguntó: '¿Por qué se llega a algo así?'. El maestro le respondió: 'Es solo por tu bien'.". (DONGSHAN)

El fin del nacimiento

En plena rebelión de An Lushan, tras la destrucción de la capital Ch'ang, Du Fu escribió un poema, "Paisaje de primavera", que es un lamento por Ch'ang y toda China. Comienza así:

"El estado ha sido destruido,
pero las montañas y los ríos permanecen".

Es uno de los poemas chinos más famosos, muy conocido también en Japón. El poeta japonés Nanao Sakaki ha invertido recientemente este verso para darle una lectura contemporánea:

"Las montañas y los ríos han sido destruidos,
pero el estado permanece".

Uno debe viajar fuera de Norteamérica para valorarlo. Hablando con un grupo de escritores e intelectuales en Beijing en 1984 sobre la necesidad de incluir las riberas de los ríos y los bosques en los consejos de los trabajadores y los campesinos, cité la versión de Nanao de este magnífico verso; respondieron con una risa amarga.

Se ha dicho que alrededor de un millón y medio de especies animales y vegetales han sido científicamente descritas, y que

existen entre diez y treinta millones de organismos en la Tierra. Se cree que más de la mitad de estas especies viven en los bosques tropicales húmedos (Wilson, 1989, 108). Alrededor de la mitad de estos bosques, en Asia. En África y América del Sur ya han desaparecido. (Al mismo tiempo, hay siete millones de niños sin hogar en las calles de Brasil. ¿Están los árboles desvanecidos reencarnándose en niños abandonados?). Una tala rasa, o incluso una mina a cielo abierto de un kilómetro y medio de extensión, cicatrizarán en tiempo geológico. La extinción de cualquier especie, peregrinas todas ellas de cuatro mil millones de años de evolución, es una pérdida irreparable. El final de la sucesión de tantas criaturas con las que hemos viajado hasta aquí es motivo de profunda tristeza y pesar. La muerte puede ser aceptada y, hasta cierto punto, transformada, pero la pérdida de un linaje y su futura descendencia es algo que no puede aceptarse. Deberá ser rigurosa e inteligentemente resistida.

¿Defender todas las plantas, insectos y animales de la misma manera? ¿Pequeños invertebrados que nunca han sido vistos en un zoo o en una revista de naturaleza salvaje? ¿Especies cuyas diferencias son mínimas? No es solo la vida de un linaje específico, sino la de ecosistemas completos –una forma de cuasi organismos de mayor tamaño– la que está en juego. Hay quien argumenta con cierta suficiencia que la extinción ha sido siempre el destino último tanto de especies como de comunidades, y nos responden citando una enseñanza budista: "Todo es transitorio". Sin duda; razón de más para actuar con gentileza y causar menos daño. Los grandes vertebrados altamente adaptados, una vez que desaparezcan, nunca volverán en la forma en que los hemos conocido. Podrían transcurrir cientos de millones de años antes de que el equivalente de una ballena o un elefante aparezca de nuevo, si es que vuelve a aparecer. La magnitud de la pérdida sobrepasa cualquier medida jamás conocida en el planeta. "La muerte es una cosa, poner fin al nacimiento es otra". (Soule y Wilcox, 1980, 8).

Pero cuando hablamos de seres humanos, el fin del nacimiento no parece próximo. La población mundial se ha doblado desde 1950, y supera los 5.000 millones; se convertirá en 8.500 millones en el año 2025. Se estima que 1.500 millones de personas en el Tercer Mundo carecerán pronto de leña, mientras que los habitantes de los países desarrollados conducen quinientos millones de coches (Keyfitz, 1989, 121). A lo largo de la última parte del siglo XX el crecimiento de la población superó al crecimiento económico en el Tercer Mundo, y no se observa en el horizonte una "transición demográfica" que estabilice el índice de natalidad en esa parte del mundo.

Existen criterios para debatir la capacidad de carga del planeta. Proponer un índice de población humana ecológicamente óptimo no significa una demanda inmediata de que se mate a nadie o de que el aborto se convierta en obligatorio, tal como algunos parecen pensar. Es una propuesta a debate. Si se actúa conforme a ella, la reducción de la población se conseguiría por medio de un índice de natalidad más bajo a lo largo de décadas e incluso siglos. Yo mismo argumenté que el diez por ciento de la población del planeta en el 2000, de más de 5.000 millones, podría ser la meta propuesta. Esto garantizaría espacio y hábitat para todos, incluida la vida salvaje. Mi persona ha sido citada con cierto descreimiento, mencionando mi "obsesión por la naturaleza salvaje" (Guha, 1989, 73). ¡La población humana era alrededor del diez por ciento de lo que es hoy en el año 1650! En aquel momento, aproximadamente 550 millones de almas vivían rodeadas de exquisita arquitectura, arte y literatura, y debatiendo sobre filosofías y religiones largamente establecidas, las mismas sobre las que continuamos discutiendo hoy.

Nuestro problema más inmediato, nuestra disputa, es con nosotros mismos. Sería presuntuoso pensar que Gaia está especialmente necesitada de nuestros rezos y buenas vibraciones: son los seres humanos los que están en peligro. No solo en el plano

de la supervivencia de la civilización, sino, más esencialmente, en el plano del corazón y del alma. Corremos el riesgo de perder nuestras almas. Ignoramos nuestra propia naturaleza y nos sentimos desorientados ante lo que significa un ser humano. Este libro propone imaginar de nuevo lo que hemos sido y hecho, y también la vigorosa sabiduría de nuestras antiguas formas de vida. Como en el libro de Ursula Le Guin *El eterno regreso a casa* —un texto genuinamente instructivo—, he pretendido meditar sobre las implicaciones de existir como seres humanos.

Este momento presente, los más o menos doce mil años transcurridos desde la última glaciación y los aproximadamente doce mil años todavía por llegar constituyen nuestro pequeño territorio. Seremos juzgados o nos juzgaremos nosotros mismos por cómo hemos convivido entre nosotros y con el mundo en estos veinte mil años. Si estamos aquí por algún propósito beneficioso —aparte de cotejar textos, navegar ríos o conocer la estrellas— sospecho que es para entretener al resto de la naturaleza. Somos una panda de primates payasos y seductores. Todas las pequeñas criaturas se acercan sigilosamente a escuchar cuando los humanos están de buen humor y dispuestos a tocar y cantar canciones.

Cultivada o silvestre

Pero todavía sabemos solo lo que sabemos. "Los sabores del melocotón y el albaricoque no se pierden de una generación a otra. Tampoco se transmiten a través de la lectura de un libro", escribió Ezra Pound. El resto son habladurías. Hay fortaleza, libertad y autosuficiencia en el hecho de ser un morador experto en tus propios alrededores, consciente de lo que sabes.

Existen dos clases de conocimiento; el primero es aquel que te enraíza y ubica en tu actual condición. Distingues el norte del sur, el pino del abeto, en qué dirección se puede encontrar la luna nueva, de dónde viene el agua, a dónde va la basura, cómo dar la mano,

cómo afilar una navaja, cómo funciona un tipo de interés. Este género de conocimiento puede, en sí mismo, mejorar la vida pública y salvar especies amenazadas. Lo aprendemos restableciendo cultura, que es como rehabitar: volver a un territorio que ha sido explotado y medio olvidado, y replantar árboles, retirar la canalización de los cauces de los ríos, roturar el asfalto. Algunos preguntarán: ¿y qué pasa si no queda cultura? Siempre la hay, en la misma medida en que siempre existen —no importa dónde— el lugar y la lengua. La cultura de cada uno está en la familia y la comunidad, y se ilumina cuando juntos acometemos algún trabajo real, o jugamos, o contamos historias, o actuamos, o alguien enferma, o muere, o nace, o nos reunimos en un día como el de Acción de Gracias. Una cultura es una red de vecinos o comunidades, enraizada y atendida; tiene límites, es cotidiana. "Muy culta" no debería significar "elitista", sino "bien abonada".

El término *cultura* se remonta a significados latinos —a través de *colere*— tales como adorar, dar atención, cultivar, respetar, labrar, cuidar. La raíz *kwel*, que significa esencialmente "dar vueltas alrededor de un centro", es cognado de *wheel*, "rueda" en inglés y el griego *telos*, "compleción de un ciclo", de ahí *teleología*. En sánscrito es *chakra*, "rueda" o "gran rueda del universo". La palabra moderna en hindi es *charkha*, "rueca", con la que Ghandi meditó sobre la independencia de la India mientras estaba encarcelado.

La otra clase de conocimiento viene de errar por el exterior. Sobre la manzana silvestre escribía Thoreau: "*Nuestra* manzana silvestre es silvestre solo en la misma medida en que yo lo soy; no pertenezco a la raza autóctona de este lugar, pero he errado por los bosques, siendo de género cultivado". John Muir lleva más allá estas reflexiones. En *Wild Wool*[53] cita a un amigo agricultor que le dice: "La cultura es una manzana de pomar, la naturaleza

53. "Wild Wool" [Lana Silvestre]: un ensayo de John Muir (*véase* bibliografía). Muir (1838-1914) fue un conservacionista y escritor norteamericano nacido en Escocia, y fundador del Sierra Club.

es la silvestre". Retornar a la naturaleza salvaje significa tornarse áspero, austero, silvestre, duro, resistente, sin abono y sin poda, y todas las primaveras, *escandalosamente* hermoso al florecer. Prácticamente toda la población contemporánea es de género cultivado, pero podemos errar de nuevo por los bosques.

Uno abandona el hogar para sumirse en la búsqueda adentrándose en un entorno salvaje arquetípico que resulta peligroso, amenazante, repleto de alimañas y de enemigos hostiles. Este tipo de encuentro con el otro, tanto interior como exterior, requiere renunciar a la comodidad y a la seguridad, aceptar el frío y el hambre, y estar dispuesto a comer cualquier cosa. Puede que nunca vuelvas a tu hogar. La soledad es tu pan. Tus huesos pueden aparecer un día entre el limo de la orilla de algún río. Garantiza libertad, apertura y liberación; estar desatado, libre, enloquecido por un tiempo. Rompe tabúes, se acerca a la frontera de la transgresión, enseña humildad. Hace salir afuera, ayunar, cantar en soledad, conversar a través de la barrera de las especies, rezar, dar gracias, retornar.

En el plano mítico, esta es la fuente de la narrativa del héroe a lo largo y ancho del mundo. En el plano espiritual, requiere aceptar al otro como a uno mismo, y cruzar la línea; no "fundirse con" y confundir las cosas, sino mantener delicadamente tanto la diferencia como la igualdad. Puede significar ver las casas, las carreteras y a las gentes de tu lugar de origen como si las vieras por primera vez. Significa que toda palabra se escucha hasta su eco más profundo. Puede significar misteriosas lágrimas de gratitud. El "alma" propia es nuestro sueño del otro.

Existe una tendencia hacia la creación de una "cultura de la naturaleza salvaje" dentro de la civilización contemporánea. Los filósofos de la ecología profunda, los debates y discusiones que han tenido lugar entre ellos y el movimiento verde, el ecologismo social y el ecofeminismo son parte de esta reciente comprensión. Los pensadores de la ecología profunda insisten en que el

mundo natural tiene valor por derecho propio, que la salud de los sistemas naturales debería ser nuestra primera preocupación y que esto supone también el mejor servicio a los intereses humanos. Saben perfectamente que las culturas primarias de todo el mundo son nuestros maestros en estos valores. La aparición de Earth First! sitúa al ecologismo en un nuevo nivel de apremio, audacia, osadía y humor. Técnicas de acción directa, que se remontan a los días de los derechos civiles y el movimiento obrero, son utilizadas en conflictos ecológicos. Estos disidentes obligan a las organizaciones medioambientales establecidas a volverse más activistas. Al mismo tiempo, se extienden con rapidez movimientos de base en Asia, Borneo, Brasil, Siberia... Es esperanzador que tanta gente a lo largo y ancho del mundo –desde intelectuales checos a madres de los bosques lluviosos de Sarawak– estén despertando a esta llamada.

La tradición primera de defensa del medio ambiente en América surge de la política de ordenación del territorio público y la conservación de la vida salvaje (gansos, peces, patos; de ahí la Audubon Society, la liga Izaak Walton y Ducks Unlimited).[54] Durante décadas, una dedicación reducida pero indispensable a la protección de la vida salvaje ocupó el tiempo de voluntariado de toda la población. Con la llegada de la década de de 1970, "conservación" se convirtió en "ecologismo", al tiempo que las preocupaciones se extendían fuera del territorio de la naturaleza hacia cuestiones más amplias, como la gestión de los bosques, la agricultura, la contaminación del aire y el agua, la energía nuclear y todos los demás asuntos que conocemos tan bien.

La problemática y política ecológica se han difundido por todo el mundo. En algunos países, el interés se centra casi por entero en la salud humana y cuestiones de bienestar social. Lo

54. Audubon Society, la liga Izaak Walton y Ducks Unlimited: Organizaciones pioneras a nivel nacional en Estados Unidos a favor de la conservación de la vida salvaje, fundadas respectivamente en 1905, 1922 y 1937.

apropiado sería que el radio de acción del movimiento incluyera desde la vida salvaje a la salud urbana. Pero no puede haber salud para el ser humano y las ciudades que prescinda del resto de la naturaleza. Una postura ecológica apropiadamente radical no es en modo alguno antihumana. Comprendemos el sufrimiento de nuestra condición en toda su complejidad y le añadimos la conciencia de cómo algunas especies y entornos clave han entrado en una desesperada situación de peligro. Paradójicamente, recibimos gran cantidad de información sobre nosotros desde el núcleo de la civilización, a través las ciencias biológicas y sociales. El debate vigente en estos momentos en los círculos ecológicos se sitúa entre aquellos que operan desde una mentalidad que llama a administrar los recursos considerando el interés humano y aquellos cuyos principios reflejan una conciencia de la integridad de toda la naturaleza. Este último posicionamiento, el de la ecología profunda, es más vivaz políticamente, más valiente y sociable, más arriesgado y científico.

Todo esto nos acerca otra vez a la sutil pero crítica diferencia entre los términos *natural* y *salvaje*. La naturaleza es el objeto, dicen, de la ciencia. La naturaleza se puede investigar a fondo, como demuestra la microbiología. Lo salvaje no debe hacerse sujeto ni objeto de esa forma; para acercarse a ello hay que aceptarlo desde dentro, como una cualidad intrínseca a quienes somos. La naturaleza no está de ningún modo en peligro, la naturaleza salvaje sí lo está. Lo salvaje es indestructible, pero puede que no *veamos* lo salvaje.

La civilización es parte de la naturaleza, nuestro ego juega en los prados del inconsciente, la historia tiene lugar en el Holoceno, la cultura humana está enraizada en lo primitivo, nuestro cuerpo es un ser mamífero vertebrado, y nuestra alma vaga por territorio salvaje.

Todos juntos en otro lugar, vastas
manadas de renos avanzan a través

de millas y millas de musgo dorado
en silencio y muy rápido.

W. H. AUDEN, "La caída de Roma"

La Gracia

Existe un verso que los budistas zen recitan llamado "Los cuatro grandes votos". La primera estrofa dice: "Los seres sensibles son incontables. Me inclino para salvarlos". *Shoju muhen seigando.* Anunciar diariamente tal intención al universo —en voz alta— es ligeramente estremecedor. Este voto me acechó durante varios años y finalmente me dio caza. Me di cuenta de que yo mismo me ofrecía para dejar que los seres sensibles *me salvaran a mí.* De la misma manera, el precepto en contra de quitar la vida, causar daño, no se detiene en lo negativo. Nos urge a *dar* vida, a *deshacer* el daño.

Aquellos que alcanzan el entendimiento último de estas cuestiones, son llamados "budas", que significa "los iluminados". La palabra está conectada con el verbo inglés *to bud,* que significa "brotar". En una ocasión escribí una pequeña parábola:

Quiénes son los budas

Todos los seres del universo están ya realizados. Esto es así con la excepción de uno o dos seres. En estos extraños casos, las ciudades, pueblos, arroyos y bosques, con todas sus aves, flores, animales, ríos, árboles y humanos que rodean a dicha persona, colaboran para educarla, servirla, cuestionarla e instruirla, hasta que la persona también se convierte en un nuevo ser iluminado. Los seres recientemente realizados se entusiasman instruyendo y enseñando, creando escuelas y prácticas. Ser capaces de ello desarrolla su confianza y su visión, hasta el punto en que están totalmente listos para integrarse en el intachable mundo del

juego interdependiente. A estos nuevos seres iluminados se les llamas "budas", y les gusta decir este tipo de cosas: "Estoy iluminado junto con todo el universo".

Barco en la tormenta, 1987.

Podríamos decir ¡buena suerte! Para saber a qué sabe hay que probarlo. Se puede condensar si observamos la conducta que se relaciona con los alimentos. A la hora del almuerzo, sentados en el suelo en fila, los monjes zen cantan:

Las gachas son efectivas de diez maneras
Para ayudar al estudiante del zen
No hay límite a los buenos resultados
Consumando la felicidad eterna.

Oh, todos vosotros demonios y espíritus
Os ofrecemos ahora esta comida
Que todos vosotros en cualquier lugar
La compartáis junto con nosotros.

Lavamos nuestros cuencos en esta agua
Tiene el sabor del rocío de ambrosía
Lo ofrecemos a todos los demonios
Que todos se alimenten y satisfagan

Om makula sai svaha[55]

Seguidos de otros muchos versos. Estas viejas fórmulas de eco supersticioso no se mencionan nunca en conferencias, pero son el corazón del aprendizaje. Su importancia es anterior al budismo o a cualquier otra religión del mundo. Son parte de la primera y última práctica de lo salvaje: *la Gracia*.

55. *Om makula sai svaha*: parte de un sutra del budismo zen cuyo recitado es previo al acto de comer.

Todo aquel que haya vivido privó de la vida a otros animales, arrancó plantas, recogió frutas y se alimentó. Las culturas primitivas tenían sus propias maneras de tratar de entender el precepto de no dañar. Sabían que privar de la vida requería gratitud y cuidado. No hay muerte que no sea el alimento de alguien, vida que no sea la muerte de alguien. Hay quien entiende esto como una señal de que el universo es esencialmente imperfecto. Esto conduce a una aversión del ser, la humanidad y la naturaleza. Las filosofías del otro mundo acaban haciendo más daño al planeta (y a la psique humana) que el dolor y el sufrimiento presentes en las circunstancias existenciales que pretenden trascender.

La religión arcaica es matar a dios y comérselo. O comérsela. La trémula cadena alimenticia, la red trófica, es la escalofriante y hermosa condición de la biosfera. Las culturas de la subsistencia viven sin excusas. Te manchas las manos de sangre mientras separas la vejiga del hígado; has visto desaparecer el color en el brillo de la trucha. Una economía de subsistencia es una economía sacramental, dado que ha confrontado uno de los problemas más críticos de la vida y la muerte: tomar la vida de otros para alimentarse. Las personas que viven en el mundo actual no necesitan cazar, muchos ni siquiera pueden permitirse comprar carne, y en el mundo desarrollado, la variedad de alimentos disponibles hace de la abstinencia de carne una elección sencilla. Los bosques de los trópicos están siendo talados para crear pasto donde criar vacuno de carne para el mercado americano. Nuestra distancia respecto al origen de los alimentos nos permite permanecer superficialmente más cómodos y ser decididamente más ignorantes.

Comer es un sacramento. La bendición que musitamos limpia nuestros corazones, guía a los niños y da la bienvenida a los invitados, todo al mismo tiempo. Observamos los huevos, las manzanas y el guiso. Son evidencia de plenitud, fecundidad, exuberancia reproductiva. Millones de granos de semillas de hierba

que se convertirán en arroz o harina, millones de pequeños bacalaos fritos que nunca llegarán, y *nunca deben llegar* a la madurez. Incontables pequeñas semillas que son sacrificios a la cadena alimenticia. Una chirivía a nuestros pies es maravillosa química viva, creando azúcares y sabores de la tierra, el aire y el agua. Y si comemos carne, lo que nos comemos es la vida, el brinco, el siseo de un gran ser alerta, de fino oído y amorosos ojos, de cuatro firmes patas y un gigantesco corazón palpitante; no nos engañemos.

También nosotros seremos ofrendas; todos somos comestibles. Y si no nos devoran rápidamente, somos lo suficientemente grandes –como los viejos árboles caídos– para proporcionar una larga y lenta comida a las pequeñas criaturas. Los cadáveres de ballena, que se hunden a varios kilómetros de profundidad en el océano, alimentan a organismos en la oscuridad durante quince años. Se estima que son necesarios alrededor de dos mil años para agotar los nutrientes de una civilización avanzada.

En nuestra casa decimos esta pequeña oración budista:

"Veneramos los tres tesoros: a los maestros, lo salvaje y a los amigos,
y damos gracias por esta comida,
trabajo de muchas gentes
y entrega de otras formas de vida".

Cualquiera puede usar una oración de su propia tradición y darle realmente significado, o crear la suya. Decir algún tipo de oración no es nunca inapropiado, y se le pueden añadir noticias y avisos. Es una cosita sencilla, común y de vieja raigambre que al hacerla nos conecta con todos nuestros ancestros.

Un monje preguntó a Dongshan: "¿Existe una práctica que la gente pueda seguir?". Este contestó: "Cuando te conviertes en una persona verdadera, esa práctica existe".

Sarvamangalam, buena suerte para todos.

Berg, Peter, y otros. *A Green City Program for San Francisco Bay Area Cities and Towns.* Planet Drum, San Francisco, 1989.
Blainey, Geoffrey. *The Triumph of the Nomads.* Sun Books, Melburne, 1976.
Cafard, Max. "The Surre(gion)alist Manifesto". *Mesechabe,* Otoño 1989.
Cook, Francis. *How to Raise an Ox.* Center, Los Ángeles, 1979.
Cox, Susan Jane Buck. "No Tragedy in the Commons". *Environmental Ethics,* primavera 1985.
Davidson, Florence Edenshaw. *During My Time.* Recorded by Margaret B. Blackman. University of Washington Press, Seattle, 1982.
Dodge, Jim. "Living by Life". *CoEvolution Quarterly.* Otoño 1981.
Dogen. *Moon in a Dewdrop: Writings of Zen Master Dògen.* Tanahashi, Kazuaki (trad.). North Point, San Francisco, 1985.
Dong-shan. *The Record of Tung-shan.* William F. Powell (trad.). University of Hawaii Press, Honololú,1986.
Ferguson, Denzel, y Nancy Ferguson. *Sacred Cows at the Public Trough.* Maverick, Bend, Oregón. 1983.
Friedrich, Paul. *Proto-Indo-European Trees.* University of Chicago Press, Chicago, 1970.
Gard, Richard. *Buddhist Influences on the Political Thought and Institutions of India and Japan.* Phoenix Papers, n.º X Claremont, 1949.
_______. *Buddhist Political Thought.* Mahamukta University, Bangkok, 1956.
Gernet, Jacques. *Daily Life in China: On the Eve of the Mongol Invasion.* Stanford University Press, Stanford, 1962.
Grapard, Allan. "Flying Mountains and Walkers of Emptiness:

Toward a Definition of Sacred Space in Japanese Religions". *History of Religions*, febrero 1982.
Guha, Ramachandra. "Radical Environmentalism and Wilderness Preservation: A Third World Critique". *Environmental Ethics*, primavera 1989.
Gumperz, John J. "Speech Variation and the Study of Indian Civilization". En Dell Hymes (ed.), *Language in Culture and Society*. Harper & Row, Nueva York, 1964.
Hardin, Garrett y John Baden. *Managing the Commons*. W. H. Freeman, San Francisco, 1977.
Hillman, James. *Blue Fire*. Harper & Row, Nueva York, 1989.
Illich, Ivan. *Shadow Work*. Marion Boyars, Londres, 1981.
Jackson, Wes. *New Roots for Agriculture*. Friends of the Earth, San Francisco, 1980.
______. *Altars of Unhewn Stone: Science and the Earth*. North Point Press, San Francisco, 1987.
Kari, James. *Dena'ina Elnena, Tanaina Country*. University of Alaska Native Languages Center, Fairbanks, 1982.
______. *Native Place Names in Alaska: Trends in Policy and Research*. McGill University Symposium on Indigenous Names in the North, Montreal, 1985.
Keyfitz, Nathan. "The Growing Human Population". *Scientific American*, septiembre 1989.
Kodera, Takashi James. *Dogen's Formative Years in China*. Prajna Press, Boulder, 1980.
Kroeber, A. L. *Cultural and Natural Areas of Native North America*. University of California Press, Berkeley, 1947.
Le Guin, Ursula K. *El eterno regreso a casa*. Edhasa, Barcelona, 2005.
Maser, Chris. *The Redesigned Forest*. R. & J. Miles, San Pedro, 1988.
______. *Primeval Forest*. Sierra Club, San Francisco, 1989.
McCay, Bonnie M. y James M. Acheson (eds.). *The Question of the Commons: The Culture and Ecology of Communal Resources*. University of Arizona Press, Tucson, 1987.

McClellan, Catherine. *The Girl Who Married the Bear: A Masterpiece of Indian Oral Tradition*. Publications on Ethnology, nº 2. Ottawa: Museum of Man, Ottawa,1970.

______. *My Old People Say: An Ethnographic Survey of Southern Yukon Territory*. Pts. 1 y 2. Museum of Man, Ottawa, 1975.

Mitchell, John H. y *Ceremonial Time*. Doubleday, Nueva York, 1984.

Moyle, Peter y F. Ranil Senanayake. "Wildlife Conservation in Sri Lanka: A Buddhist Dilemma". *Tigerpaper* 9, 1983.

Muir, John. "Wild Wool". En *Wilderness Essays*. Peregrine Smith, Salt Lake City, 1984.

Myers, Norman. *The Primary Source*. Norton, Nueva York, 1984.

Netting, R. "What Alpine Peasants Have in Common: Observations on Communal Tenure in a Swiss Village". *Human Ecology*, 1976.

Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, *Los naufragios*. Castalia, Madrid, 2012.

Polanyi, Karl. *The Great Transformation*. Octagon Books, Nueva York, 1975.

Raise the Stakes. Publicación the la Fundación Planet Drum Foundation. San Francisco.

Richards, John F. y, Richard P. Tucker. *World Deforestation in the Twentieth Century*. Duke University Press, Durham, 1988.

Robinson, Gordon. *The Forest and the Trees: A Guide to Excellent Forestry*. Island Press, Covelo, 1988.

Sessions, George y Bill Devall. *Deep Ecology*.Peregrine Smith, Salt Lake City, 1985.

Snyder, Gary. *La mente salvaje: Nueva antología* (edición de Nacho Fernández R.), Árdora Ediciones, Madrid, 2016.

______. *Myths and Texts*. Nueva York: New Directions, 1960.

______. *Turtle Island*. New Directions, Nueva York, 1974. (Edición española en preparación: *La Isla de la Tortuga*; traducción de José Luis Regojo Borrás).

______. *The Old Ways*. San Francisco: City Lights, 1977.

______. " 'Wild' in China". *CoEvolution Quarterly*, otoño 1978.

______. *He Who Hunted Birds in His Father's Village*. Grey Fox, San Francisco, 1979.

______. "Ink and Charcoal". *CoEvolution Quarterly*, otoño 1981.
Soule, Michael y Bruce A. Wilcox (eds.). *Conservation Biology*. Sunderland. Mass.: Sinauer, 1980.
Thirgood, J. V. *Man and the Mediterranean Forest: A History of Resource Depletion*. Academic Press, Nueva York, 1981.
Thoreau, Henry David. "Wild Apples". En *The Natural History Essays*. Peregrine Smith, Salt Lake City, 1984.
Todorov, Tzvetan. *The Conquest of America*. Harper & Row, Nueva York, 1984.
Waring, R. H. y Jerry Franklin. "Evergreen Coniferous Forests of the Pacific Northwest". *Science*, 29, junio 1979.
Watson, Burton (trad.). *The Complete Works of Chuang Tzu*. Columbia University Press, Nueva York, 1968.
______. *Chinese Lyricism: Shih Poetry from the Second to the Twelfth Century*. Columbia University Press, Nueva York, 1971.
Wilson, E. O. "Threats to Biodiversity". *Scientific American*, septiembre, 1989.
Zeami. *Kadensho* (trad. de Chuichi Sakurai y otros). Universidad de Doshisha, Kioto, 1968.

AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR

La mayor parte de los ensayos de este libro se originaron en charlas, talleres y conversaciones que tuvieron lugar durante los últimos quince años. Debo mucho a un buen número de personas y entidades que promovieron estas reflexiones. Aunque mi trabajo y mi curiosidad me han llevado lejos de casa, soy ante todo una persona del entorno del río Yuba en la Sierra Nevada del norte de California. Las gentes de la Sierra de San Juan y muchas personas con las que comparto trabajo, rituales e ideas han sido primordiales para la consecución de este proyecto. En primer lugar, quiero dar gracias a la persona a la que he dedicado este libro, mi esposa y compañera, Carole Koda, que leyó y debatió conmigo su contenido a medida que lo escribía. Jerry Tecklin, Bob Greensfelder, Jean Greensfelder, Jim Pyle, Pat Ferris, Gen Snyder, Kai Snyder, Chuck Dockham, Bruce Boyd, Holly Tornheim, Steve Beckwitt, Eric Beckwitt, David Tecklin, Steve Sanfield, Lennie Brackett, Don Harkin, Michael Killigrew, Robin Martin, Arlo Acton, Tony Mociun, David Samuels, Nelson Foster, Masa Uehara, Paul Noel, DeOnne Noel, Will Staple, Michael Brackney, Bob Erickson, Moth Lorenzon, Robbie Thompson, Ann Greensfelder, Sara Greensfelder y Jacquie Bellon me han dado todos buenas pistas, a menudo no verbales. La comunidad de la Sierra de San Juan ha sido a la vez compañera y maestra.

He aprendido mucho de mis diversos viajes a Alaska. Gary Holthaus, del Alaska Humanities Forum, me indicó qué sitios visitar y me hizo partícipe de su profundo aprecio por esa tierra durante reuniones comunitarias en lugares tan diversos como Aleknagik, Fort Yukon, Juneau, Homer, Sitka y Bethel. Steve Grubis me guió por el río Kobuk y Bonnie y Hans Boenish nos alojaron. Ron y Suzie Scollon me dieron a conocer su trabajo con el atabascano y otras familias lingüísticas de Alaska, y las nevadas montañas al norte de Haines. Dick Dauenhauer y

Nora Marks Dauenhauer me ayudaron a comprender parte del contexto cultural del sudeste de Alaska. Jim Kari compartió conmigo las sutilezas de la toponimia. Dick Nelson me guió por las ciénagas y rompientes hasta entornos salvajes sin senderos. Agradezco a Roger Rom que se asociase con la Universidad de Alaska para promover dos viajes estivales sucesivos a la cordillera de Brooks, y a James Katz que organizara un seminario fluvial en el río Tatshenshini. Jan Straley nos llevó a avistar ballenas yubarta –como parte de su investigación– en el estrecho de Icy, y Jonathan White navegó el *Crusader* por los fiordos de Ford's Terror solo para que viéramos un Yosemite repleto de hielo y agua.

Muchos de mis compañeros de la Universidad de California en Davis comparten el interés por lo salvaje y por la interacción entre naturaleza y cultura. Agradezco especialmente la erudición de David Robertson, Jack Hicks, Will Baker, Scott McLean y David Scofield Wilson. Los estudiantes que han asistido a mis charlas y seminarios han puesto a prueba mis ideas y ampliado mi visión con puntos de vista novedosos e inteligentes. También la cooperación amistosa y participativa de mis compañeros en el departamento de inglés, y varias ayudas económicas de la universidad a la investigación –pequeñas, pero oportunas–, me fueron de gran utilidad.

Algunos de estos ensayos se concibieron inicialmente como conferencias para el Instituto Jung de San Francisco (a veces en estimulantes colaboraciones con James Hillman, Gioia Timpanelli y Ursula Le Guin), y una parte del libro sirvió también como base para trabajos como las charlas en la Teton Science School de Jackon Hole, las convenciones de la Lindisfarne Association y la asamblea anual de la Schumacher Society en Bristol, Inglaterra, la Wilderness Conference de 1984, a cargo de la Universidad de Montana, la Hudson Valley Watershed Conference en Hollyhock Farm, Columbia Británica, y otros. John Stokes y el Australian Arts Council hicieron posible que Nanao Sakaki y yo viajásemos a lo largo de Australia y visitásemos zonas del desierto central que no están abiertas al público.

Muchos amigos leyeron partes del libro a lo largo de su redacción

y me dieron oportunos consejos. David Padwa y Peter Coyote me animaron sin concesiones cuando lo necesitaba, así como Jim Dodge y Peter Berg. Max Oelschlager y Wendell Berry me hicieron atinadas sugerencias.

Nanao Sakaki, de Japón y la Isla de la Tortuga; Lee Swenson, George Sessions y Tom Lyon, de Utah y las Montañas Rocosas; Paul Shepard y Drum Hadley; de Guadalupe Canyon Ranch; Dave Foreman, de Earth First!; Dolores La Chapelle, Sherman Paul, Malcolm Margolin y Bob Uhl, de Kotzebue, Alaska; Jerry Martien, de Arcata; Kurt Hoelting, de Petersburg, Alaska; Jerry Gotsline, de Port Towsend; Fraser y Ali Lang, de Bridge River, Columbia Británica; Kelly Kindscher, de Kansas; Gary Lawless, de Maine; Dale Pendell, ahora de Santa Cruz; Greg Keeler, de Bozeman; Allen Ginsberg, de Nueva York y Boulder; Jack Turner, de la cordillera Teton; Jack Loeffler, de Santa Fe; Jim Snyder, de Yosemite; Ed Grumbine y Jaan Kaplinski, de Estonia; Julia Martin, de Ciudad del Cabo, Sudáfrica; John Seed, de Nueva Gales del Sur; Sansei Yamao, de Yakushima, Japón; Peter Bluecloud, de Akwesasne; Paul Winter, Lewis MacAdams, de The Friends of the L. A. River, Non y Bird, de las montañas cerca de Trinidad, Colorado; Dan Kozlowsky, de Wisconsin; Clayton Eshleman, de *Sulfur*; Michael McClure, de la clase Mmamalia y Morinaga Soko Roshi, de Daishu, son unos cuantos entre los muchos grandes amigos cuyas vidas y trabajos he tenido en mente mientras escribía este libro.

Agradezco a Catherine McClellan, profesora emérita de antropología de la Universidad de Wisconsin, el permiso para adaptar la versión de "La mujer que se casó con un oso" que escuchó de Maria Johns en los primeros años de su carrera, así como sus recuerdos de esta.

Agradezco a Gary Capshaw el regalo del escritorio y sus recuerdos de Lew Welch. Quiero agradecer especialmente a Yvon y Malinda Chouinard y a la Patagonia Corporation su generosa e inmediata ayuda económica durante el último año de redacción.

Con tantos amigos y críticos cuesta creer que puedan existir errores o infidelidades. De haberlos, serían únicamente mi responsabilidad.

AGRADECIMIENTOS DE LOS TRADUCTORES

José Luis Regojo Borrás agradece a Concepción Catalán Giménez sus atinados y puntillosos comentarios a la traducción, que han ayudado a mejorar el resultado final. Nacho Fernández Rocafort agradece el apoyo recibido de la Fundación Galsen a su proyecto de dar a conocer la obra de Gary Snyder en España. También a Carlos Altschul por su versión del ensayo "El eterno caminar de las montañas azules", que sirvió de base para la traducción que aquí se incluye.

Ambos traductores dan gracias al autor por las detalladas respuestas a cuantas preguntas y dudas se le han planteado.


9 788494 335341

N° 12

Gary Snyder (San Francisco, 1930) poeta esencial de la generación *beatnik* que inspiró *Los vagabundos del Dharma* de Kerouac y ganador de premios como el **Pulitzer** (1975) o el **Ruth Lilly Poetry Price** (2008). Es autor de una extensa obra traducida a diversas lenguas, pero *La práctica de lo salvaje* (Varasek Ediciones, 2016) es la primera edición en castellano de un libro completo de sus ensayos. En la misma colección, encontramos también su mítico diario *Viaje por la India* (Varasek Ediciones, 2014). Peón forestal, novicio budista en Japón, activista, poeta, académico e íntimo conocedor de su entorno en la Sierra Nevada californiana o de fronteras remotas como Alaska, Snyder propone en estas páginas la recuperación de una condición esencial que nos vincule verdaderamente con el territorio, la comunidad natural y con nuestro propio ser salvaje.

WWW.VARASEKEDICIONES.ES
INCLUYE E-BOOK DE REGALO. CONSULTA A TU LIBRERO